

EL ÍDOLO CAÍDO

POR





NUEVA YORK
D. APPLETON Y CÍA., LIBREROS-EDITORES
1, 3, Y 5 BOND STREET.

EL ÍDOLO CAÍDO

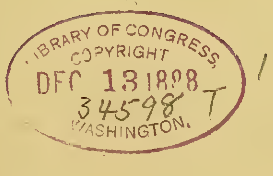
NOVELA ESCRITA EN INGLES

POR

F. ANSTEY

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

A. M. FERNÁNDEZ



NUEVA YORK
D. APPLETON Y COMPAÑÍA
1, 3, Y 5 BOND STREET
1889

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN ESPAÑOLA

Entre los nombres de los novelistas ingleses y norteamericanos que figuran en nuestra serie de novelas vertidas al castellano, no podría omitirse el de Anstey, sin que la lista quedara incompleta ; y como es nuestro deseo dar á conocer en los países españoles é hispanoamericanos, las diversas escuelas modernas de literatura inglesa y angloamericana, no hemos vacilado en hacer traducir su famoso *Ídolo Caído*, una de sus mejores obras (sino es la mejor de todas) y la que más famosa se ha hecho tanto en Inglaterra como en este país. Anstey es un novelista peculiar como lo demuestra su *Vice-Versa*, el *Capote del Gigante*, y otras de sus obras, llenas de aventuras, siempre fundadas en alguna tradición más ó menos fantástica ; pero al fin, tradición que instruye y deleita á la vez : puede considerarse como el Julio Verne de alguna creencia antigua ó de alguna superstición ó leyenda del pasado. El estilo, es sencillo y lleno de genialidades de humor y sátira.

El *Ídolo Caído*, además de ser una crítica de la Teosofía ó doctrina de la India, toca las cuestiones más serias de esa filosofía, amenizándolas con las aventuras amorosas más extrañas, y forma una trama, cuyo conjunto encanta al lec-

tor, y cuyos detalles transportan la imaginación á un mundo de cosas poco conocidas.

Es una mezcla de realidad y de cuento; de historia y de novela; de superstición y de magia; teniendo por base, la influencia que las cosas misteriosas ejercen en ciertos espíritus, y mostrando lo fácil que es extraviar el humano entendimiento, y como se puede avezar á las creencias más absurdas. El ídolo es una especie de *diablillo*, que de travesura en travesura, mantiene al lector en un constante estado de ansiedad y hasta de impaciencia, por darse cuenta de lo ocurrido y de la nueva sorpresa que le prepara. Cuando el ídolo ha entretenido lo suficiente á unos y maravillado por completo á otros; antes que llegue á decaer su interés, el autor, da más vida á la parte amorosa, más importancia al carácter de los personajes y el interés no cesa por un instante, ni acaba sino cuando se ha leído el último renglón, y aún entonces se despierta otro deseo, el de leer de nuevo las diabluras del ídolo travieso.

Por lo que toca á la versión castellana, no nos corresponde á nosotros juzgar de su mérito; pero sí diremos, que ya sea por la naturaleza especial del asunto ó por otras circunstancias, muchas dificultades ofreció, y mucho hicimos por vencerlas, debiendo hacer constar que además del traductor el Sr. D. José Trigo contribuyó con sus trabajos á dejar la obra de Anstey tal y como ahora la presentamos á nuestros lectores.

Los Editores.

New York, *Octubre, 1888.*

EL ÍDOLO CAÍDO

PRÓLOGO

La escena pasa en la India, en el siglo XIII

Hace más de cien años, al amanecer de una fresca mañana, se hallaba sentado un sacerdote de edad madura en el pórtico de un pequeño templo rodeado de pilastras, situado en las afueras de la aldéa de Chandra-gurry, en el sur de la Misora.*

Era una aldéa como todas las de aquel país y de aquella época, fortificada con una baja muralla de barro y compuesta de líneas de casas de dos pisos, de alegre fachada, pintada con anchas listas verticales rojas y blancas, y techadas con tejas acanaladas ú hojas de palmera desflecadas. Por tres de sus costados se hallaba rodeada de bosques de higueras sagradas y tamarindos, de plantíos de arróz, algodón y mijo, atravesados por mansos riachuelos; en el otro costado el terreno se elevaba gradualmente formando colinas y mesetas, con espacios cubiertos de finísima hierba y magestuosos árboles, hasta perderse en escarpadas montañas allá á lo lejos.

* La antigua Maisúr (*Mahesh-asura* entre los nativos) en el Asia meridional, cerca de la costa del Malabar. Es una provincia de más de 25,000 millas cuadradas y 5.000,000 de habitantes, anexada hoy á Inglaterra.—*N. del T.*

El templo estaba situado en la cumbre de la primera de esas colinas, y era muy bonito edificio cuyo grupo de cúpulas blancas como la nieve, construídas en forma piramidal y coronadas por un pináculo laboriosamente tallado, del que se alzaba un largo palo con una bola dorada en la punta.

No era un templo hindú ortodoxo, puesto que el tál se hallaba más próximo al poblado y era una imponente estructura de granito rojo, que dominaba los humildes techos de las casas de la aldéa; éste era solamente el lugar donde iba á orar aquella parte de la población que pertenecía á la secta de los "jaínos," que profesan una especie de budhismo mal interpretado, en el cual se rinde culto á nada menos que setenta y dos Budhas terrenales, esto es, veinte y cuatro de la éra pasada, veinte y cuatro de la presente y veinte y cuatro que están aún por venir. Designan ellos á estos Budhas con los nombres de *Jinas*, *Arjatas* ó *Tirzankaras*, y los consideran como santos que han vivido en la tierra como meros mortales; pero que habiéndose sobrepuesto á todos los vicios y á todas las virtudes, han obtenido al fin *nirvana*, ó séase la emancipación de la existencia en la tierra.*

El último santo de la éra presente había sido Majavira, que fué canonizado más de dos mil años antes de aquella época. Este templo estaba erigido en su honor, y su imagen era por consiguiente la más grande y la que ocupaba el sitio de preferencia en la cámara de los ídolos, en la cual había una efigie de cada uno de los veinte y cuatro santos.

El templo era la propiedad particular del anciano sacerdote Acharía Chick, que aunque estaba bajo las órdenes del jefe *gurú* de los jaínos, se encontraba hasta cierto punto

* Este es el *summum bonum* ó la suma bondad de los budhistas.—*N. del T.*

libre de ejercer su ministerio ó como más conveniente lo creyera.

Chick, sin embargo, como era un anciano fervoroso y bueno, con la inocencia de un niño, se concretaba estrictamente al cumplimiento de sus deberes, se sentía con razón orgulloso de su templo, y no disfrutaba de su oficio de sacerdote más que de un modesto modo de vivir.

Sentado allí fuera en un banco de piedra, acostumbraba meditar antes de las oraciones con que comenzaban las faenas del día, y se hallaba perturbado aquella mañana por ciertas dudas que hacía solamente poco tiempo daban tormento á su sosegada fe. Se le había pedido recientemente que colocara en su panteón la imagen de un nuevo santo, y para un sacerdote de idéas tan conservadoras como las suyas esto era bastante intranquilizador.

Hacia veinte años poco más ó menos, corría por las calles del pueblo un muchacho, que no se sabía quienes eran sus padres, fué adoptado como hijo por uno de los trabajadores en bronce que formaban una comunidad entre los habitantes, y que eran todos ellos jaínos acérrimos. Para una persona inexperta nada tenía él con que pudiera distinguírsele entre aquellos muchachos desnudos, á no ser que fuese una fuerza de voluntad superior y un ingenio fecundo, que le permitían ser siempre el caudillo en todas las empresas malévolas que entre ellos se intentaban, hasta un día, que habiendo venido el jefe *gurú* de los jaínos de su templo pontificial en Belligola, para hacer su periódica visita de inspección, los dejó á todos perplejos con el descubrimiento que entonces hizo.

Como hemos dicho antes, ya hacía dos mil años que había fallecido el último *tirzankara* de la éra presente, y su sucesor no se daba prisa en llegar.

Resultó pues que el *gurú* hizo el extraordinario descu-

brimiento de que el muy esperado *tirzankara* se había encarnado en el cuerpo de aquel muchacho. Y no era posible que existiera en ello duda alguna, pues según había dicho, el joven tenía todos los signos y señales místicas que demostraban su alta misión entre aquellas gentes.

Como puede calcularse, esta revelación cambió por completo el porvenir de aquel muchacho, pues ya no era posible dejarle que se desarrollara de por sí, porque se hubiera corrido el riesgo de que se pervirtiera, y en ese caso todo el trabajo de encarnar un *tirzankara* habría que principiarlo de nuevo: era necesario pues, educarle con cuidado.

Así es que le pusieron maestros apropiados, y se le bautizó con el místico nombre de Chalanca. Estudió magia natural, en la cual pronto se hizo notable guiádo por un eminente *yoguí* de gran santidad, pero muy desaliñado.

Se decía sin embargo que Chalanca no siempre hacía el debido uso de sus conocimientos ocultos, y que todos sus milagros se asemejaban más á las bromas de mal género que á los prodigios; pero esa clase de milagros tienen y tendrán esta tendencia, cuando el santo que los hace es joven y entusiasta.

Chalanca creció fuerte é intrépido, bajo ningún concepto mal parecido; á su debido tiempo pasó el noviciado y se hizo *yatí*, ó ascético del primer grado; se cortó el pelo, usaba un hábito ceniciento (que con el uso se asemejó luego al carbón) y todo su equipaje estaba reducido á un mazo de plumas de pavo real y una vasija de barro.

Dedicó toda su energía á la contemplación de lo abstracto, llevándolo á cabo con perseverancia y un éxito completo; dominó todas las pasiones y flaquezas humanas (pues así se esperaba que lo hiciera), y se ejercitó en la creencia de que su cuerpo no era más que una burbuja, aunque no es

necesario decir que la tal burbuja ninguna relación tenía con el jabón.

De tiempo en tiempo daba un paséo por el barrio jaíno del poblado, tocando un silbato de caracól para llamar la atención, y recibiendo limosna de las almas caritativas. De vez en cuando sus divagaciones le conducían, sin darse cuenta de ello, hasta la rotunda del gran templo brahmano, con disgusto de los sacerdotes y diversión de las muchachas bailarinas.

Pasaron años y al fin se consideró que su sabiduría estaba ya madura y lista para la cosecha; así es que le arrancaron de raíz los pocos cabellos que le quedaban, él se quitaba su hábito siempre que iba á comer, y se le señaló un cierto número de discípulos para que los instruyera, á los que se les dijo que debían prestar mucha atención á sus enseñanzas y preservarlas para su subsecuente trasmisión.

Desgraciadamente no se conserva hoy ningún escrito que trate de sus doctrinas, las que parecen haber sido muy complicadas ó tal vez demasiado avanzadas para que se divulguen por ahora. Todo lo que de él se sabe con certeza, es que inspiró á sus discípulos un temor saludable.

Pasó otro período, Chalanca despidió á sus agradecidos discípulos, y se estableció como ermitaño entre las rocas de la montaña, donde debía permanecer por varios años silencioso y en la contemplación exclusiva de su propia existencia.

No les era posible á los curiosos verle á menudo, pues él tenía el poder de hacerse invisible. Algunas veces por la noche, en el espeso bosque cerca del templo brahmano, se veía la sombra de una persona que se deslizaba caminando á hurtadillas, y era la forma del santo ermitaño al entrar en su celda de piedra, allá en lo alto entre las escarpadas rocas de la montaña; otras veces se oía entre los riscos y

despeñaderos una gran risotada, y los que la escuchaban ya sabían que era Chalanca en uno de sus santos frenesíes, no atreviéndose entonces á molestarle por nada de cuanto hay en el mundo. Y luego, de la manera más inesperada, murió. Se encontró su cuerpo, rígido é hinchado, al pie de un precipicio, y si hubiera sido el de otra persona cualquiera se habría dicho que había sido arrojado de allí.

Nadie creyó que Chalanca moriría tan pronto, y mucho menos que dejara este mundo con una carencia tan completa de ostentación ; pero como representaba al primer *tirzankara* de la nueva éra, estaba por consiguiente facultado para establecer nuevos precedentes. No quedaba duda que estaba muerto, así es que lo único que había que hacer era incinerar su cuerpo y arrojar luego sus cenizas en el agua.

Su muerte inesperada hizo renacer la duda que muchos habían secretamente entretenido durante su vida : ¿ Era él en realidad un *tirzankara* ó nó ? Cuando se le comparaba con sus predecesores, no demostraba ser iguál á ellos : su fama era limitada ; sus hechos sobrenaturales eran de un orden inferior, y hasta se prestaban á la duda ; no había aumentado la fe con ningún precepto nuevo que valiera la pena. Y además, aquellos que habían tenido la oportunidad de tratarle de cerca (entre los que se encontraba el mismo Acharía Chick) notaron en él ciertas deficiencias, como por ejemplo : disposición á mostrarse arrogante, adicto á recibir lisonjas, trazas de avaricia, fraude y crueldad ; lo que, sin ser serio de por sí, era incompatible con el completo dominio sobre la materia. Es tal vez más prudente dejar siempre pasar cien años antes de canonizar á un religioso, que hacerlo inmediatamente después de su muerte, como resultó en este caso ; pero ninguno de los hermanos religiosos de Chalanca quiso hacer las veces de *advocatus diaboli*, en la

creencia de que al ser admitido entre las divinidades jaínas, se conferiría con ello un gran honor á la aldéa de Chandragurry y á su templo, sin que dejara también de tener una influencia estimuladora la idea de que así se aumentaría el comercio de objetos de bronce fundido, en el que todos los sectarios del pueblo se hallaban muy interesados.

El jefe *gurú*, á quien se sometió el punto para su decisión, apoyó como era natural su opinión primitiva: Chalanca había sido un legítimo *arjat*, el primero de una nueva éra, y como tál todos los jaínos devotos debían rendirle homenaje, erigir una imagen en su honor, y dedicarle á ésta un nicho en el templo de su pueblo nativo. Por supuesto la decisión del *gurú* fué final, y en su consecuencia se le dió la orden necesaria al escultor de ídolos, el cual en poco tiempo hizo una pequeña imagen sentada, que era una representación tan fiél como podía esperarse del verdadero Chalanca.

El nuevo ídolo solamente había pasado una noche bajo el techo del templo, hasta la mañana en que nos encontramos á Acharía Chick perplejo en el pórtico y aunque involuntariamente por culpa suya. Este digno jaíno, aunque demasiado humilde y devoto para cuestionar ni aún consigo mísmo, la sabiduría de su superior, no se podía avenir á considerar esta última imagen como una verdadera adquisición. Su pequeño templo había sido hasta entonces bastante grande y él se sentía ya muy viejo para atender á esa nueva deidad que de tal manera le imponían. Así fué que la noche anterior, al hacer la repartición de las ofrendas que sus dioses habían recibido durante el día, reservó, quizás sin mala intención, las frutas más malas y las flores más marchitas, como la porción que correspondía al nuevo huésped, y en aquel momento, no sabía él con certeza si era remordimiento de conciencia ó repugnancia lo que sentía, al aproximarse la hora en que era pre-

ciso que volviera á entrar en el santuario. Pero estaba decretado que estas desagradables meditaciones habían de recibir una interrupción no menos desagradable. Desde donde estaba sentado podía Chick ver perfectamente la serpenteada vereda, que partiendo de una de las puertas de la población conducía á la cumbre de la colina, y pudo distinguír la figura alta y magestuosa de un indivíduo que venía hacia él, en la que sus perspicaces ojos pronto descubrieron á su enemigo más encarnizado, Ram Chunga, el sacerdote brahmano y jefe del macizo templo donde se le rendía culto á Brahma, Siva, Parvati, y Genesvara, hijo de estos dos últimos.

Indudablemente se dirigía al templo de los jaínos, y ya se hallaba casi en la palizada cuando Chick se sintió ansioso al pensar cuál sería el objeto de la visita, precisamente como se sentiría un ministro protestante disidente de la escuela antigua, al ver venir por el sendero del jardín de su casa, una persona con mitra y jarreteras de obispo.

El ministro protestante cree que tiene tanto derecho al título de "reverendo" como su jefe el obispo; pero al mismo tiempo bién sabe que el obispo es de distinta opinión. Así también Acharía Chick, que pretendía ser de la raza brahmana, tenía siempre la desagradable aprehensión de que Ram Chunga pròbablemente le negaría el derecho de pertenecer á ningún linaje que valiera la pena.

Él creyó adivinar el objeto de la visita: hacía ya tiempo que había llegado á oídos de Ram Chunga que el templo jaíno contenía, como á menudo resultaba en aquel país, una imagen extraordinariamente hermosa de Siva, y una ó dos ocasiones en que los sacerdotes rivales se habían encontrado en el bazár del pueblo, el brahmano le hizo proposiciones de compra de una efigie que, según se expresó, estaba completamente fuera de lugar en un santuario jaíno.

Que Ram Chunga tenía en realidad deséos de comprar aquella imagen era más de lo que Chick podía creer, y su opinión era que el brahmano sólo lo decía para mortificarle, ó con la tiránica intención de humillarle y avasallarle, á lo cual estaba dispuesto á resistirse á pesar de que su carácter dulce y apacible repudiaba la amenazante controversia.

Al llegar el brahmano con aire y ademanes como si quisiera evitar toda contaminación, moral y física, el jaíno se levantó de su asiento y le saludó tan cortesmente como le fué posible.

Ram Chunga rehusó el asiento que le indicaba Chick en el banco de piedra, y manteniéndose á cierta distancia principió á decir que el único móvil que podía haberle hecho ir á un lugar semejante habría sido ya probablemente adivinado.

Si el objeto de la visita, le contestó el jaíno, era renovar las ofertas de comprar la imagen de Siva, se veía precisado á darle, con el debido respeto, la misma respuesta que antes.

El brahmano le replicó que ya no se proponía comprar la imagen, sino que ahora venía para que se la entregase sin pagar nada.

Eso sería á todas luces injusto, le dijo Acharía Chick. La Siva era propiedad suya, habiéndola traído con gran costo desde uno de los templos jaínos de Padan-guddy. ¿Cómo podía, pues, el brahmano exigir que se la entregasen?

Como sacerdote de Siva, el diós de garganta azulada, contestó Ram Chunga, le era imposible tolerar que la imagen de una deidad tan poderosa estuviese obligada á dividir sus ofrendas y permanecer en compañía de un hato de insignificantes y pequeños semi-dioses, como eran á los que él creía se le tributaba culto en el templo jaíno.

Á lo cual Acharía Chick contestó con mansedumbre que su hermano religioso estaba equivocado : cierto era que en los templos jaínos podían hallarse muchos de los emblemas vedáticos ó de Veda, tales como las imágenes de Brahma, Indra, Indrani, y del buey Nandí, así como también la de Siva ; pero nunca habían sido considerados por ellos más que como *devatas* ó ministrantes de los varios *tirzankaras*, y la imagen de Siva en cuestión, era en su templo un mero adorno, que nunca había recibido adoración ni ofrendas.

Esta respuesta sólo sirvió para agriar el debate, pues el brahmano replicó que en ese caso se aumentaba con ello la profanación. ¿Por qué motivo había de pasar desapercibido Siva, mientras que á los pigméos *tirzankaras* se les colmaba de regalos? ¿Quién era más poderoso, un puñado de hombres deificados ó un diós que había sido creado antes que todas las cosas?

—Os equivocais, Ram Chunga, y no comprendeis el espíritu de nuestra fe—contestó el jaíno, y los delgados labios del brahmano se contrajeron con una sonrisa de desprecio.—Nosotros depositamos nuestros humildes tributos de flores y de frutas á los pies de las imágenes de nuestros *arjatas*, que son las existencias puras, los sabios, los maestros ; pero sin intención alguna de agradar ó propiciar. Ellos en sí se hallan infinitamente fuera del alcance de nuestro pobre homenaje ; mas honrar lo que es puro y bueno es de por sí beneficioso, y los actos devotos purifican el corazón, ya que con ellos no obtengamos otra recompensa.

—Y vuestro último diós, ¿Quién fué y qué hizo ?—preguntó Ram Chunga.

Acharía Chick tuvo un acceso de tos, y después contestó :

—¿Os referis á Chalanca, que hasta ayer se encontraba

entre nosotros y que ahora ha pasado á mejor vida? Él también es digno de nuestro culto, pues llegó á dominar los ocho grandes crímenes, ayunó en silencio (y hasta como lo hizo nuestro santísimo Majavira, que durante meses enteros permaneció con los ojos fijos en la punta de la naríz), dominó todas las pasiones y flaquezas humanas, y por lo tanto ahora que ya ha atravesado el océano de la existencia, nos queda como un ejemplo el recuerdo de su vida.

El brahmano hizo un ruido gutural para manifestar su intenso desdén, y exclamó:

—Y ¡ qué ejemplo!—acercándose luego á Chick y bajando la voz al fijar sus fríos y penetrantes ojos en la cara de éste, le preguntó:

—¿Sabeis cómo murió, y por qué causa? Pues escuchad:

Lo que dijo en los oídos del jaíno fué una relación terrible de goces ocultos, del descubrimiento de éstos, de un castigo tremendo y una desesperación sin límites. No era de extrañar, pues, que Acharía Chick se negase rotundamente á darle crédito.

—¿Dónde está esa perjura bailarina de vuestro templo? Quisiera interrogarla.

—¿La muchacha?; dijo el brahmano con aspereza: Está donde ni Vos., Acharía Chick, ni ningún otro hombre la verá jamás. ¡ Y ese hombre es en verdad el que va á ocupar un puesto entre vuestras divinidades! ¡ Su altar va á ser decorado, mientras que la imagen del sagrado Siva clama en vano por guirnaldas! Nó, esto no sucederá. Yo, su indigno servidor, protesto contra semejante ultraje. ¡ Dejad que esa imagen salga de aquí, ya que no sabéis honrarla! ¡ Déjadla que salga, repito!

Aunque el jaíno era hombre de paz, no por eso iba á permitir que le amedrentáran con bravatas en su propio templo.

La acusación que su antagonista había hecho á Chalanca levantó su ánimo decaído, y además la solicitud del brahmano era demasiado absurda para tratarla seriamente; y dijo:

—Ya os he dado mi respuesta, Ram Chunga. Déjadme gobernar mi propio templo, y marchar en paz.

—¿Os negais?; contestó Chunga frunciendo el entrecejo.

—Sí, me niego.

—Bien, entonces oid mi admonición: esa terquedad no puede continuar sin castigo mucho tiempo; nuestros dioses á lo menos no han estado durmiendo en eterna apatía; ellos pueden premiar, y lo que es más, también castigar; pronto resienten un agravio sí, y lo saben vengar. ¿No habeis oido nunca hablar del saco de garbanzos insuficientes, y del insultado ídolo de Mahadeva, que es Isvara, y el mismo que hoy se llama Siva?

Y como Chick no respondiése una palabra, Ram Chunga le refirió la historia siguiente:

Un piadoso pero tacaño devoto visitó una vez la aldéa de Tady Malingy, en la que había varios templos dedicados á Mahadeva, y deseoso de ofrecer su tributo á cada uno de los ídolos en todos los santuarios, si es que podía realizarlo sin incurrir en mucho gasto. Resolvió el problema comprando un saco de garbanzos y dando á cada ídolo el suyo. Pero desgraciadamente para él, no alcanzaron los garbanzos, y uno de los ídolos se quedó á la luna de Valencia; este lo tomó á ofensa, sintiéndose además mortificado por la burla que le hacían los ótros, que, entre paréntesis, parecían conformarse con bien poco. En su incomodidad el desairado ídolo se trasportó maravillosamente al lado de un río en persecución del devoto, que nada de esto sospechaba, y que volvía tranquilamente á su casa muy satisfecho de la inventiva de su genio económico; pero cuando menos lo espe-

raba experimentó una desgracia demasiado horrible para mencionarla; y cómo fué que el ídolo rehusó después para siempre volver al templo, hallándose ahora, todos sus compañeros y los santuarios, enterrados á muchas brazas de profundidad en la arena. Ram Chunga refirió esta maravillosa fábula con impresiva solemnidad, agregando:

—Tal es Siva, el glorioso, el conquistador de la muerte, en cuyo santo nombre ahora os hablo. ¡Pensad bien una, y más veces, antes de oponeros á su voluntad!

Acharía Chick se levantó con imperturbable dignidad, y contestó:

—Tengo que marcharme, Ram Chunga, pues ya es la hora en que debo principiar mis devociones.

El brahmano se encogió de hombros, y dijo:

—¡Cáigan sobre vuestra cabeza las consecuencias! Ya estáis amonestado, y repito, Acharía Chick, que esa imagen tiene que ser mía.

Dió la vuelta y se retiró con aire altanero, mientras que el jaíno permaneció por algunos momentos en el pórtico contemplando la gorra de escarlata del brahmano, que producía varios cambiantes de luz cada vez que el sol la iluminaba. Chick entró luego en su templo con un nuevo motivo de inquietud.

No podía ni quería creer de Chalanca una calumnia semejante, y sin embargo deseaba más que nunca en su interior que el jefe *gurú* no se hubiera sentido tan seguro respecto al nuevo ídolo. Estaba pues más determinado que antes á observar una marcada moderación en la cantidad de ofrendas que para dicha imagen separára.

Hecha esta resolución se quitó las zapatilla en el vestíbulo que estaba debajo de la cúpula central, dejándolas allí sobre el piso de mármol, y abrió las pesadas y ricamente ornamentadas hojas de la puerta que comunicaba con la

cámara de los ídolos. Era ésta una sala grande, fresca y apenas alumbrada, en la que el aire se hallaba fuertemente impregnado con el perfume de las flores del laurél de la India y de una especie de adelfa, que diariamente los devotos renovaban.

Uno de sus costados estaba elaboradamente esculpido, y dividido en dos hileras de nichos muy ornamentados. En el centro de la hilera de arriba, y sostenido por otros dos *arjatas*, se hallaba sentado Majavira, la deidad que presidía en aquel templo, cuya efigie estaba pintada de amarillo y bañada por la irradiación de los rayos de una luz misteriosa, que partía de un oculto agujero en el techo, y que era la única que alumbraba aquella sala.

La hilera inferior de nichos se hallaba toda ocupada por los otros *tirzankaras*, cada ídolo pintado con su color característico y en su concavidad respectiva, teniendo grabado á sus piés el emblema que lo distinguía, y sobre la cabeza los tres místicos paraguas formando una especie de pináculo. La actitud de todos era la mísma, esto es, sentados en cuclillas con las manos cruzadas y descansando sobre los piés, cuya planta estaba vuelta hacia arriba. La mayor parte de ellos tenían aretes y collares de más ó menos valor, y ante cada uno de los nichos había una repisa ó altar para recibir las ofrendas.

En la esquina cerca de la puerta estaba la imagen de Siva, que el sacerdote brahmano codiciaba para su templo. Era un ídolo grande é imponente, con la barriga en forma de jarrón, pintado de azul ceniciento, con un ojo superfluo en medio de la frente, y con tantos brazos que ni siquiera una deidad podría manejar con comodidad ó destreza.

No había sido posible colocar la imagen de Chalanca en la hilera de nichos; pero se le colocó en un lugar muy

cómodo y apropiado, con su altar provisional, en el costado opuesto de la cámara. Podía decirse que dicha imagen, en su aspecto general, en nada se diferenciaba de las ótras, aunque (debido á una insinuación que Acharía hizo al escultor de ídolos) era sin embargo mucho más pequeña; tenía por emblema, el leopardo cazador de la India.

Al entrar en aquella oscuridad no pudo el sacerdote distinguír bien los objetos; pero cuando sus ojos se habían ya acomodado á tan escasa luz, quedó sorprendido de lo que vió: ¡algún impío había entrado en el templo durante la noche, y había robado todas las prendas de los ídolos, llevándose también hasta las flores y las frutas recientemente ofrecídas, pues los altares que el mismo Acharía había adornado profusamente la noche anterior estaban ahora limpios! Pero poco después se sintió consolado: no había sido á pesar de todo un sacrilegio, pues ni las alhajas, ni las frutas, ni las flores faltaban de allí; sólo que los aretes y collares los tenía puestos la imagen del nuevo *tirzankara*, ante la cual estaban apiladas en gran profusión todas las ofrendas del día anterior.

Al contemplar esto Acharía se puso en extremo enfadado. El ministrante del templo (pues Chick no hacía más que presidir en las ceremonias) era joven y fervoroso; pero con todo era injusto por su parte dar esta soberana bienvenida al ídolo de una celebridad local. Así fué que mandó á buscar á este subordinado demasiado entusiasta, y le echó una fuerte reprensión; pero desgraciadamente el coadjutor había hecho aquel día voto de silencio, y para defenderse de la inculpación que se le hacía tuvo que contentarse con sacudir fuertemente la cabeza en señal de negación.

Aquella noche Acharía presenció la distribución de las

ofrendas del día, poniendo aún más cuidado que la vez anterior en disminuír la parte que correspondía á Chalanca, tanto en cantidad como en calidad. Era en vano recordar la influencia que pudiera haber ejercido en él la historia que de este *arjat* le contó Ram Chunga (pues un ídolo calumniado se parece á una ciruela dañada, esto es, ha perdido ya algo que no puede recuperar) y además, Acharía había tenido también sus dudas desde el principio.

Á la mañana siguiente el jaíno descubrió un ultraje de la más grosera irreverencia : ¡¡ Cada uno de los *tirzankaras* había sido colocado con la cabeza para abajo en su nicho respectivo, excepto Chalanca, que apenas se le veía detrás de un montón de flores !!

Bien sabía Chick que ningún jaíno era capáz de cometer este sacrilegio, y creyó ver en ello la mano de su poco escrupuloso adversario, Ram Chunga, así es que se llenó de consternación y de ira.

Volvió á colocar los ídolos en su posición normal antes que llegaran los devotos, y tan luego como terminaron las oraciones de la mañana, fué á la aldéa y tuvo una entrevista con el alcalde, Fatekjan Gul, á quien manifestó lo que había pasado.

El alcalde puso á su disposición un guarda musulmán, que teniendo una gran aversión á jaínos y brahmanos, podía confiarse plenamente en que permanecería imparcial. Se le apostó cerca del templo escondido de tal manera que nadie pudiera acercarse sin que se le diera el ¡ Alto !

Aquel día se lavaron con mucho cuidado todos los ídolos con agua de sándalo, y se les untó aceite, dejándolos listos para que pasaran la noche tranquilos, según la convicción que tenía Acharía de la imposibilidad que entonces había de que nadie los molestara.

Pero al amanecer de la mañana siguiente cuando entró

en la galería de los ídolos, la encontró en un estado tal de desorden y ruina que casi se desmayó de sorpresa y horror. Lo que había ocurrido hasta entonces era juego de niños comparado con esto: ¡¡¡ Todos los nichos que formaban la hilera inferior estaban vacíos, y en el centro de la sala había un montón de imágenes, cada una de las cuales tenía algo mutilado; á ésta le faltaba la naríz, á aquélla las orejas (que eran desproporcionadamente largas, y sobresalían por encima de la cabeza como las del elefante africano), el triple paraguas místico de todas ellas había sido roto en dos, y sobre cada uno de los altares se veía reposando con cínico sarcasmo una naríz, un paraguas y un par de orejas !!!

Acharía Chick casi se volvió loco, pues toda la noche se la había pasado en vela vigilando, yendo de uno á otro punto de observación; por lo tanto estaba persuadido que Ram Chunga no era responsable, bajo ningún concepto, por este segundo ultraje.

Con todo, lo cierto era que le habían bárbaramente desfigurado su costosa colección de imágenes, y que muy en breve llegarían los piadosos jaínos de la aldéa á hacer sus oraciones de la mañana. ¿Qué pensarían entonces?, y ¿Qué explicación les daría?

Para él, como hombre mucho más ilustrado, las efigies no eran más que emblemas; pero esta doctrina estaba por completo fuera del alcance de sus feligreses, y Acharía temblaba al pensar la interpretación que pudieran dar ellos á este desastre al por mayor.

El coadjutor, que era hombre listo y de recursos, propuso que se volvieran á colocar los ídolos en sus nichos, y confiar en que con la oscuridad que allí había pasarían desapercibidas sus imperfecciones; pero Acharía se hallaba demasiado descorazonado y, debemos decirlo en su obsequio,

era hombre de mucha conciencia para recurrir á esa estratagema.

Así fué que cuando llegaron los primeros latoneros y caldereros, después de depositar sus ofrendas en el vestíbulo y entrar en la galería de los ídolos, en la que debían dar tres vueltas alrededor haciendo reverencia á cada una de las imágenes, se quedaron aterrorizados al ver á su sacerdote de pié con la cabeza caída y la sotana blanca hecha jirones, detrás de un montón de mutiladas divinidades. Gradualmente se fué llenando la nave, y se oía por todas partes un cuchichéo de pasmosa curiosidad. Si sus dioses habían sido arrojados del santuario, ¿ Á quién iban ellos á adorar ahora? Y aunque los menos religiosos se alegraban hasta cierto punto de tener así una buena excusa para no asistir más al templo, la mayoría deploraba piadosamente la pérdida de sus dioses tán moderados, tán inactivos, tán sonrientes, que nunca les causaban disgustos, y cuyas caras se les habían hecho tan familiares como las de antiguos conocidos!

—Hijos míos—tartamudeó el sacerdote, notando que sus feligreses esperaban la explicación de aquello; el destructor ha realizado su obra en la oscuridad de la noche. Lo mismo que vosotros, yo tampoco puedo explicarme el porqué nos ha caído esta desgracia, que me humilla á mí y os llena de pesar los corazones.

—¡ Es el espíritu maligno!; dijo en voz baja Murli Das, el calderero.

Y toda la congregación repitió en alta voz:

—¡ Sí, es el espíritu maligno, es *saktís!*

Todos se arrodillaron, y llenos de pavór daban golpes en el suelo con la frente. Acharía Chick, cualquiera que fuese su opinión particular sobre la materia, no quiso por entonces contrariarles.

Pero de pronto hubo una gran confusión entre los fieles,

poniéndose algunos de pie y abriendo camino ótros, como para dar paso á un personaje distinguido; y Acharía, con la agonía de acerba mortificación, vió aproximarse á su rival Ram Chunga, la última persona que él hubiera deseado fuese testigo de sus desgracias.

No puede encontrarse en el mundo un lugar mas dificil que una aldea para guardar un secreto. No pasó mucho tiempo sin que la sospecha del sacerdote jaíno, y su petición de un guarda al alcalde, llegaran á oídos de su rival brahmano, así es que éste había venido para repudiar fuertemente el cargo; mas habiendo notado al llegar á la puerta del templo el bullicio que allí reinaba, juzgó que algo muy extraordinario pasaba en su interior, y como él estaba acostumbrado á mirar con desprecio toda clase de predisposiciones, excepto las suyas propias, se internó en el templo para cerciorarse por sí mismo de lo que ocurría.

Evitando en todo lo que le era posible el contacto con los otros indivíduos, Ram Chunga contempló aquel espectáculo con no poca sorpresa, y dijo:

—¿Acharía Chick, qué es esto?

—¡Mirad; contestó el jaíno; las imágenes de nuestros sagrados *arjatas* han sido mutiladas y profanadas! No podemos saber quien es el que ha cometido tal sacrilegio.

El brahmano se preguntó entonces á sí mismo: ¿Por qué habrá destruído este despreciable vejancón los dioses de que vivía? porque, sin duda, esta es obra suya."

No era que Ram Chunga dejase de tener la habilidad suficiente para ejecutar cosas extraordinarias, ó hacer una série de milagros; pero él no se explicaba un portento en una escala tan extensa como ésta, y le parecía que su autor no tenía ni siquiera sentido común.

De repente, sin embargo, creyó ver claro á través de este misterio: su rival jaíno, en su terquedad de mulo, había

preferido destruír la imagen de Siva antes que entregársela á él, y luego, para no causar sospecha, se había visto obligado á desfigurar otros ídolos.

—¿ Dónde está la imagen de Siva el inmortal ?—dijo de mal humor frunciendo el entrecejo. Traedla aquí para que yo pueda contemplarla.

—Ahí está á vuestra espalda ; replicó Chick acongojado.

Volvió Ram Chunga la cabeza, y contempló por primera vez el ídolo que había sido la causa de aquella terrible contienda. Hasta entonces no fué más que el deséo de poseerla lo que le había impulsado ; pero ahora que la vió, se fortaleció con su vista el anhelo que tenía de sacarla de manos extrañas.

El ídolo era realmente hermoso, quizás un poco anticuado su diseño, pero de una mano de obra excelente y, á pesar de su dudosa procedencia, era ortodoxo en todos sus detalles : podía hacer honor al templo más suntuoso.

Con inmensa sorpresa vió el brahmano que nada absolutamente había sufrido aquella imagen. No le quedaba ya duda : al aturdido del jaíno le había faltado el valor suficiente cuando llegó el momento de mutilar la efigie y hacerla inservible (pues un ídolo hindú mutilado es, por supuesto, tan formidable como un cañón clavado).

¿ Qué pudo, pues, haberle hecho cometer una barbaridad tan grande ? ¿ Sería (y al pensarlo el brahmano se puso lívido de coraje) que lo había hecho á fin de causar sospecha de *él ?* Si éste fué su objeto, ya le haría ver que no había contado con la huéspeda.

Volviéndose por lo tanto al jaíno con aire de autoridad, le dijo :

—Escuchadme, Acharía Chick, y responded con sinceridad. ¿ No os pedí hace dos días que me entregaseis esta

imagen del diós que vos y vuestros fieles no quieren adorar? ¿No os previne de la ofensa que se le hacía introduciendo en su compañía un miserable *yoguí,* que hasta ayer vagaba por nuestras calles, y que hoy es un diós como él en vuestra cámara de ídolos?

—Así fué, Ram Chunga; contestó el jaíno; y no lo negaré ahora.

—¡Ved pues realizada la predicción!; exclamó el brahmano.—¡Siva, el hermoso, el diós de cuello azulado, se ha hecho conocer destrozando los dioses que por tanto tiempo había tolerado!

Los devotos jaínos quedaron muy impresionados al oir esto, pues siendo menos instruídos que su maestro los ídolos eran para ellos divinidades concretas, que oían sus humildes oraciones y satisfacían sus moderadas necesidades. Habían sentido siempre la secreta convicción de que no era justo hacer tan poco caso de Siva, y ahora este olvidado diós de repente les demostraba ser una deidad formidable, capáz de manifestar su disgusto de una manera muy patente.

Pero las sospechas que Acharía tenía del brahmano volvieron á renacer al ver que éste trataba de sacar partido de la situación, y por lo tanto se hizo la resolución de destruír si le era posible, tan absurda pretensión.

—Ram Chunga, ¿Qué prueba teneis de que es cierto lo que acabais de decir?—le preguntó.

—¿Una prueba?; contestó el brahmano. ¿No permanece la imagen de Siva entera y sana? No están todas las ótras mutiladas y deshonradas? ¡Y quereis una prueba!

Acharía había notado, al echar una mirada en derredor de la galería, una cosa que al principio no le llamó mucho la atención, porque sólo aumentaba su desconcierto; pero ahora sacaba con ahinco un gran provecho de ella.

—¡Con que Siva ha hecho esto, y la prueba es que

su imagen nada ha sufrido! ¿Cómo es que entonces ha dejado él sin castigo la imagen del que asegurais ser la causa primordial de su ira? Si la imagen de Siva permanece lo mismo que antes, la de Chalanca ha ganado como podeis ver por todos los honores que se le han tributado.

Mientras hablaba indicaba con la mano el nicho del centro en la hilera superior, que últimamente había ocupado el hermoso ídolo de Majavira. Allí se hallaba, desproporcionadamente pequeño para aquella concavidad, sentado en cuclillas, el último y más pequeño de los *tirzankaras*, calentándose con una sonrisa de restringido gozo en la misteriosa luz del sol, que hasta entonces había inundado la efigie del depuesto Majavira.

Los feligreses tampoco habían notado esto, así es que entonces lo contemplaron con un grito de alegría. No queda duda, se dijeron para sí, que Chalanca ha podido capear una tempestad en que varias otras deidades, ó como si dijéramos, naves de mucho mayor calado, se habían ido á pique, era sin disputa un diós de buenas y sólidas cualidades, que podía con ventaja habérselas con toda la mitología hindú.

El brahmano se sonrió con desdén, y dijo para sus adentros: ¡Hola, *esto* era lo que el jaíno estaba tramando! Sacrificar la mayor parte de sus bienes sagrados para aumentar el valor del resto. ¡Ah, pillastre, ya te daré jaque mate!

Y dirigiéndose á la congregación, dijo:

—¿Se pone el tigre en acecho para matar un ratón? ó ¿Da caza el elefante á la tortuga? ¡Tontos sois en verdad, y ciegos para no ver que este Chalanca vuestro debe su inmunidad á su insignificancia! Estos ótros son hasta cierto punto divinidades, pero él es muy inferior y por lo tanto, el poderoso y magnánimo Siva desdeña levantar ni

tan siquiera el dedo meñique de su sexta mano para castigarle ; y para burlarse le ha colocado en esa altura, como el diós ante el cual sois vosotros solos dignos de humillaros.

Los jaínos cambiaron de opinión otra vez. Ram Chunga era un sabio, y había hablado con elocuencia ; él mejor que nadie debía saber la verdad.

—Volved á colocar en sus puestos vuestros mutilados ídolos ; continuó el brahmano con mordáz altanería, y adoradlos como antes, pues ¿ Qué me importa á mí ó á Siva ? Pero no retengáis aquí la imagen de éste por más tiempo ; entregádmela que yo soy su servidor. ¡ Por última vez os lo pido !

—Ram Chunga ; dijo el sacerdote jaíno con dulzura, pero también con firmeza ; desde que se trajo aquí esa imagen no ha causado ningún disturbio, ni ha dado jamás señal alguna de disgusto. No puedo creer que este terrible suceso proceda ahora de ella, ni nunca consentiré que se deshonre la cámara de los ídolos consagrados á los *arjatas* destituyéndola de un adorno que la embellece. Jamás lo permitiré.

Pero al decir esto Acharía dió un grito horrible de dolor, y al mismo tiempo, cubriéndose un ojo con la mano, salió precipitadamente al vestíbulo seguido de su ansioso rebaño.

—¡ Una mosca, hijos míos ! ; dijo con angustia. En el nombre de nuestros benditos *arjatas* y de todas las existencias puras, sacádla antes que muera.

En un caso semejante, el principal cuidado en Europa sería no ocuparse mucho de la vida de la mosca ; pero los escrupulosos jaínos tienen una gran aversión á destruír toda clase de vida, y toman todas las precauciones imaginables (aún la de usar respiradores de tela) para no tragarse involuntariamente los insectos más diminutos.

Así fué que durante algunos momentos de excitación el

sacerdote estuvo rodeado de un ansioso grupo de devotos, todos empeñados en salvar la mosca si era posible. Murli Das, el aceitero, la sacó al fin con una tira que arrancó de la falda de su camisa ; pero desgraciadamente ya había dejado de existir. Á la verdad, no podía reconocérsela como mosca, pues en la agonía del dolor el sacerdote se olvidó á tal extremo de su deber, que se frotó el ojo con una violencia fatal para el insecto.

Cuando Acharía Chick se hizo cargo de esto, se desplomó en el banco de piedra más cercano sobrecogido de espanto, al mismo tiempo que los feligreses daban nuevos gritos de consternación. Generalmente nunca se sentaba en ninguna parte sin sacudir antes con cuidado el asiento con un pequeño plumero, nó porque tuviera miedo de ensuciarse la sotana, sino por el escrúpulo que ya hemos dicho tenían todos los jaínos de destruír aún las más pequeñas criaturas.

En su confusión se olvidó Chick de usar el plumero y aplastó al sentarse una hermosa araña roja, que no hacía más que un instante había caído sobre el banco, pues ni la persona más humana del mundo puede sentarse sobre una araña sin someterla á la más grave molestia.

El jaíno se postró de rodillas en inútil penitència ante su aplastada víctima, se echó tierra en la rasurada cabeza é hizo varios votos desagradables en penitencia del pecado ; pero ¡ Ah !, la araña no volvería á tejer ya más su tela.

Sus feligreses se alejaron de él en seguida llenos de horror. Cosas semejantes les habían pasado, por supuesto, á todos ellos ; pero que un sacerdote cometiera en tan corto tiempo dos trasgresiones de tal naturaleza, parecía demostrar que estaba dejado de la mano de Diós.

Ram Chunga, cuyos preceptos dogmáticos no llegaban

hasta ese punto, había sido testigo de la escena, y pensó, como era su costumbre, sacarle todo el partido posible.

—¿ Estáis todavía en vuestras trece ? ; les preguntó ; ó ¿ Es que ya reconoceis en esto el poder de Siva ?

Los devotos jaínos pudieron haberse resistido á creer en la evidencia de la mosca, pero corroborada como había sido por la araña, ya era cosa irresistible ; así es que se postraron de rodillas con la cara puesta sobre el suelo, y murmuraron contritos en alta voz :

—¡ Siva, diós y señor nuestro, ten piedad de nosotros !

Si Ram Chunga hubiera querido hacer prosélitos, allí mismo habría podido en el acto convertir á todos aquellos devotos y aumentar así su rebaño ; pero la creencia religiosa de esta gente era para el brahmano un asunto de completa indiferencia : esos trabajadores de metales eran demasiado pobres para dar utilidad.

—Y vos, Acharía Chick, ¿ Me entregarais ahora la imagen ? ; le dijo.

El sacerdote jaíno iba á contestar que nó otra vez ; pero sus feligreses no se lo permitieron, diciéndole :

—¡ Entregádsela, Acharía, entregádsela antes que nos vaya á traer más desgracias ! Con lo cual comprendió él que su influencia sacerdotal había decaído mucho, si no estaba ya perdida por completo, y volviéndose de pronto al brahmano, le dijo :

—Llevarosla, y no nos molesteis más.

Así triunfó Ram Chunga, ganando una doble victoria : había hecho una adquisición muy valiosa para su templo, esto es, un ídolo que tendría todo el atractivo de un troféo, y que probablemente haría aumentar mucho las entradas mensuales de la pagoda ; y lo que más le agradaba aún, había desbancado por completo á su rival, cuyo templo fué

siempre para él una especie de basilisco. El jaíno estaba pues vencido, humillado, mordido por su propia cobra ó serpiente.

El brahmano no era hombre que ahorrase á un adversario vencido ni una sola agonía, y además era buena táctica explotar bien la situación, sin contar con la imposibilidad de echar á andar con el conquistado ídolo bajo el brazo. Por lo tanto les dijo:

—La entrega es tardía, pero prudente, y yo la acepto en el poderoso nombre de Siva, conquistador de la muerte. La sagrada imagen de Isvara, será trasladada con pompa y regocijo, á otro lugar más apropiado. Á la puesta del sol vendrá el ídolo del eterno Brahma á escoltarle. Cuidáos de que estén abiertas para nosotros todas las puertas cuando lleguemos, y si tiene lugar algún desagradable encuentro entre nuestros respectivos sectarios, os haré responsable de ello, Acharía Chick.

Éste inclinó la cabeza en señal de resignación, pues se sentía ya impaciente por ver llena hasta el borde la copa de su amargura y humillación. Se le había desprovisto del principal recurso con que ganaba su simple é inofensiva existencia, todo el bien que había tratado de hacer quedaba en un momento deshecho, y elevaba en su alma una protesta contra la apatía de sus dioses que habían permitido que estas cosas tuvieran lugar.

Permaneció un momento en el vestíbulo después de marcharse el brahmano, contemplando distraídamente las losas de mármol del pavimento; el sacristán y el coadjutor no se atrevían á preguntarle si se celebrarían aquel día como de costumbre las oraciones matinales, y permanecían á cierta distancia. Acharía no tenía valor para ordenar que se volvieran á colocar los ídolos en su lugar, y que tuvieran efecto las rogativas y lustraciones ó *mantrams* usuales en

tales casos. Los feligreses se habían marchado á sus faenas diarias, y era dudoso que volvieran á someterse á prestar homenaje á los desnarigados ídolos, que habían visto amontonados en ignominiosa pila en el suelo del santuario.

Al fin Acharía Chick salió de su arrobamiento dando un quejido, y huyó del desprestigiado templo como si fuera perseguido por alguno, internándose por las escarpadas rocas, hasta que el sol del medio día le obligó á caér jadeante de fatiga á la sombra de un desfiladero. Los ministrantes del templo también se fueron cada uno por su lado, y el santuario quedó desierto.

Entre tanto el sacerdote brahmano había ido al pueblo, con el firme propósito de organizar una procesión tan lujosa como le fuera posible en tan corto tiempo. Estaba sumamente contento de haber vencido por completo con sus tretas al á su juicio hipócrita y cobarde anciano jaíno, y ya tenía calculado el lugar en que iba á colocar el nuevo ídolo; sólo era preciso purificarlo un poco con unas cuantas *mantrams*, para que volviera á ser tan eficáz como cuando era nuevo.

Antes que declinara el día toda la población hindú del pueblo se hallaba poseída de un extraordinario fervor religioso, gracias á los esfuerzos que había hecho Ram Chunga. Acharía Chick pasó la mayor parte del día agazapado á la sombra de los lugares que para ello pudo encontrar, con la mente en una especie de estupor, y en su alma la determinación infantil de mortificarse todo lo más que pudiera. Pero al comenzar á ponerse el sol, y principiar á oscurecerse la llanura con la neblina que entonces se formaba en aquellos pantanosos campos de arróz, volvió á entrar en razón, y le parecía que una atracción poderosa le impulsaba hacia la falda de la montaña, y en dirección á

su templo : se hallaba pues impelido á presenciar su humillación.

Á pesar de sentirse débil y fatigado, bajó con dificultad por la cuesta de la montaña, hasta llegar á una arboleda de higueras desde donde alcanzaba á ver el pórtico de su templo, y podía presenciar todo lo que ocurriese allí sin ser visto.

Pronto se llenó el aire con nubes de polvo, y algunas calles del pueblo aparecieron iluminadas por la vacilante luz de las antorchas, mientras que hacia el bazár principiaba á oirse una bulliciosa confusión.

El ruido se iba haciendo cada vez más perceptible, hasta convertirse en una especie de trueno, en médio del cual se distinguía el sonido de los címbalos y el de los silbatos de caracól. Con un pequeño esfuerzo le fué posible al jaíno ver una confusa masa de gente que hormigueaba por la llanura, y comprendió que la procesión se había puesto en marcha para conducir á Siva á su nueva morada.

Subieron luego por la falda de la loma levantando gran polvareda y agitando banderas y estandartes religiosos, fanáticos saltimbánquis y bailarinas de movimientos mesurados y serpentinos, marchaban á la cabeza, y en el centro de la procesión, iba tirado por dos novillos castrados, la pintada y tosca carroza de los ídolos, con su bárbara ostentación de adornos esculpidos y dorados, y su dosel en forma de cúpula, en el que se perdió el último rayo rojizo del sol de aquella tarde.

Entró luego la muchedumbre en el cercado del templo jaíno, en el que se distinguía á Ram Chunga y otros sacerdotes brahmanos con sus sotanas blancas, tratando de preservar todo el orden posible.

Después, estando ya libre el paso, avanzó crujiendo la carroza de los ídolos y dió un bote al pasar por el quicio de

la puerta, con lo cual el ídolo se tambaleó, perdiendo así algo de su dignidad, á pesar de las corréas con que prudentemente se le había asegurado en su alto trono.

Este ídolo era la representación de Brahma en una de sus numerosas *avataras*,* en que se le representa en la forma de un hombre mitad león con un número excesivo de brazos, dos de ellos al parecer muy ocupados destrozando una pequeña figura que tiene acostada sobre las piernas, y que se supone ser uno de sus enemigos personales.

Era muy exclusivista, y su visita se consideraba en toda la Misora como una suprema distinción. En verdad, solamente salía una vez al año para conferenciar con otro ídolo de muy alto rango llamado Vishnú,† á un *mandapam* ó ermita situada á la mitad del camino entre sus respectivos templos; pero en esta ocasión la influencia de Ram Chunga había hecho quebrantar la regla en favor de Siva.

Allí se encontraba pues aquella tarde, y fué instalado en un lujoso pabellón que se construyó al efecto, en el que luego los brahmanos, habiendo sacado á Siva del templo y recibido por el populacho con grandes aclamaciones de alegría, lo depositaron con mucha reverencia al lado de Brahma.

Como necesariamente estos dioses tendrían acaso muchas cosas que decirse entre si, se corrieron las cortinas y los sacerdotes formaron un círculo alrededor del pabellón para impedir las curiosas miradas del vulgo.

Mientras se suponía que tenía efecto la conferencia en el interior del pabellón, Ram Chunga subió sobre el estribo

* Encarnaciones, de las que creen los partidarios de su religión ha efectuado diez. En este caso está representado en la cuarta.

† El diós preservador, así como Brahma es el diós creador y Siva el destructor: los tres unidos forman la Trinidad ó *trimurti* de los hindús.

de la carroza y principió á arengar la comunidad. Refirió á grandes rasgos la historia de esta imagen de Siva, que en un tiempo había recibido algunos tributos de los herejes jaínos, siendo luego gradualmente descuidada y deshonrada hasta el punto de no ser considerada más que como un adorno; por último, se le había hecho el ultraje de introducir en su compañía la imagen de Chalanca. Hizo luego una descripción muy patética de los varios prodigios con que el ofendido diós había recientemente vindicado su poder, logrando al fin que sus oyentes se llenaran de ira en contra de los jaínos. Los calmó luego manifestándoles que sus descarriados paisanos habían hecho esto de pura ignorancia, y cumpliendo tan sólo los preceptos que les enseñaba su guía espiritual, su digno, aunque un tanto vanidoso, hermano Acharía Chick.

Gritos y chillidos siguieron inmediatamente á esta manifestación, acompañados de amenazas de sacar á Chick de su templo, arrastrarle por las calles y luego arrojarle desde lo alto de una roca, y otras cosas por el estilo, que hicieron que al escucharlas el sacerdote jaíno se considerara muy dichoso de hallarse allí al abrigo de los nopales, y que aquellos de su secta que la curiosidad les había hecho seguír la procesión se sintieran que no les llegaba la camisa al cuerpo.

Cuando Ram Chunga concluyó de hablar, era de suponerse que los dioses habrían tenido tiempo suficiente para decirse sus mútuas opiniones, y que ya era hora de gratificarlos con la ceremonia de las bailarinas, antes de colocarlos en la carroza y conducirlos con pompa á su morada.

Sonaron pues los tamboriles batidos con fervor, las antorchas iluminaron el recinto como si fuese de dia, y las bailarinas con su traje purpurino, anaranjado y verde, ribeteado con brillante cordón de plata, se preparaban á bailar

cadencioso paso y hacer ligeras evoluciones, acompañádas al mismo tiempo de un canto parecido al maullido de los gatos á media noche. Ram Chunga dió entonces la señal para que se descorrieran las cortinas del pabellón. Un grito general de espanto siguió á todo esto, al quedar alumbrado y á la vista de todos el interior de él. Ram Chunga se puso verde, castañeteándole con fuerza los dientes, y aún el mismo Acharía Chick, al contemplar aquello desde donde se hallaba, no podía dar crédito á lo que veía : ¡¡¡ El ídolo sagrado de Brahma estaba roto en una docena de pedazos, y sus brazos enterrados con mucho gusto y primór en todos los rincones del pabellón; pero lo que aún era peór, que el á penas conquistado ídolo de Siva se hallaba en las mismas condiciones, sus fragmentos formando una pirámide sobre el trono principal, y en la cúspide de ésta, con una apacible sonrisa en su cara santurrona, aparecía en cuclillas la despreciada imagen de Chalanca, el más pequeño é insignificante de los *tirzankaras* jaínos !!!

Por primera vez en su vida le faltó á Ram Chunga su presencia de ánimo. No podía achacarle aquello á sus rivales, á causa del cordón de sacerdotes brahmanos que había colocado alrededor del pabellón. Se le ocurrió atribuír tan desastroso suceso á la disensión que, según una antigua leyenda, existía entre los dioses Brahma y Siva, y que había hecho que al aproximar ahora sus imágenes saltara una sobre ótra como dos gallos de peléa ; pero reconocer esto en público hubiera sido admitir que él había tenido muy poco tacto al poner esos ídolos juntos y, además, la aparición en el grupo de aquel insignificante y despreciable ídolo jaíno era imposible de explicar.

Así fué que el orgulloso Ram Chunga, aceptando á pesar suyo la derrota, se cubrió con el manto y salió de aquel lugar, pasando por entre las aterrorizadas bailarinas y ate-

rrados feligreses, alejándose de los alrededores de aquel templo en que había sido desconcertado de una manera tan bochornosa.

No tenían tampoco los devotos brahmanos ningún deséo de permaner en aquel maldito lugar, en que habían quedado inutilizados sus ídolos ; por lo tanto abandonaron el magnífico despojo, y uno tras ótro, se fueron alejando del templo completamente abatidos y avergonzados. Al descender la cuesta un repentino ventarrón que venía de la montaña se dejó sentir, barriéndólos con furia, y después cayo sobre ellos un aguacero que los dejó empapados y fríos, no quedándoles otro recurso que acogerse bajo los portales del templo, de que con tanta magnificencia habían salido en procesión, como si fueran ahora perseguidos hasta allí por la cólera de Chalanca.

Convencidos entonces los jaínos de que su ídolo había probado ser más poderoso que los dos principales personajes de la mitología hindú, llenos de alegría é intrepidez llevaron á cuestas la imagen de Chalanca á la galería de los ídolos, donde poco después se les unió Acharía Chick.

—De aquí en adelante ; gritó lleno de gozo Murli Das, á Chalanca solamente debemos obediencia. ¡ Él nos ha salvado, ha demostrado ser más poderoso que los dioses de antaño, más poderoso aún que nuestros benditos *tirzankaras!* ¿ No es esto cierto ?

Acharía dirigió al ídolo una mirada de repulsión que no pudo dominar, y dijo :

—Así es, y ¡ ojalá que sea él tan benévolo como ya es poderoso !

* * * * * * *

Desde aquel momento quedó establecida la fama de Chalanca, extendiéndose más y más cada día. Los otros *tirzankaras* quedaron completamente descartados por los

jaínos de la localidad, que concentraron toda su devoción en el último santo canonizado.

Se le construyó un espléndido santuario, al que iban á hacer oración peregrinos que venían desde Girnar, Patna y hasta del monte Abú.

En este templo ofició por algún tiempo Acharía Chick; pero luego se retiró por completo del sacerdocio, sin que nadie pudiera saber con seguridad el porqué, á pesar de que corría el rumór que el ídolo había demostrado muy claramente que no le complacian sus servicios. Le sustituyó un *yatí* jaíno que dió entera satisfacción, y casi todos los días se realizaba en el altar de Chalanca algún milagro ó cosa prodigiosa, de naturaleza un tanto *ad captandum*.

Sin embargo, pronto se hizo evidente, que este ídolo era excesivamente vano y ambicioso, obligando á sus devotos á que fueran muy generosos en sus ofrendas, y conservándo el entusiasmo religioso siempre vivo en sumo grado, comparado con la asistencia y las ceremonias que hasta entonces habían satisfecho á los pacíficos y humildes *tirzankaras* de antes; lo cual, quizás, prueba que un ídolo advenedizo en nada se diferencia de cualquier otro *parvenu*.

Así trascurrieron varios años en que el santuario y su imagen continuaban siempre en su apogéo, y el pueblo, tanto en lo espiritual como en lo material, sacaba un buen producto de las circunstancias, hasta que llegó al fin la malaventurada época en que á Tipu Sahib* se le ocurrió la idea de obligar á todos sus súbditos, sin distinción alguna, á que adoptáran la religión mahometana.

Se destruyeron entonces sin razón varios templos de distintas religiones, cuidando antes los que los custodiaban

* Hijo del famoso musulmán Haidar Alí, que usurpó el trono de Misora á principios del siglo diez y ocho. Tipu Sahib murió en el sitio que los ingleses pusieron á Seringapatam en 1799.—*N. del T.*

de enterrar sus ídolos, hasta que brillaran días más felices; y es muy probable que al santuario de Chalanca le cupiese la misma suerte, pues no se encuentra documento alguno que haga referencia á ese templo, después de la capitulación de Seringapatam* y la anexión de la Misora á la Gran Bretaña.

Pero la leyenda subsiste todavía y, como se verá más adelante, un ilustradísimo babuíno ha pretendido relacionarla con ciertos sucesos que forman la parte européa de esta novela, cuento ó fábula.

No tiene el autor la pretensión de justificar ó condenar esa opinión, y sólo se ha concretado á hacer en este prólogo la relación de esta tradición por lo que pueda valer, en la simple creencia de que tal vez sea aceptada por arrojar una debil luz en gran parte de la novela misma, que de otro modo sería incomprensible y no apreciada por aquellos que no están versados en la mitología ni en las leyendas de la India.

* La ciudad mejor fortificada del país.

LA NOVELA

La escena pasa en Londres en el siglo XIX

CAPÍTULO I

DOMINIO DE SÍ MISMO

Hay barrios en Londres que, al parecer, nunca se han podido asimilar completamente á la ciudad. Cualquier familiarizado con dicha metrópoli, podrá por lo menos recordar uno de esta clase, por sus casas pequeñas y limpias, y por su arquitectura parecidas á las de juguete, que hacen gala de su número excesivo de persianas verdes y de sus adornos de pulido bronce; y en cuyas calles se sustituye la numeración moderna por nombres campestres ó románticos. Sus principales vías públicas carecen de ruido y movimiento; sus tiendas tienen una apariencia tranquila y grave, y las ruedas de los vehículos que constituyen su tráfico principal son las del velocípedo de tres ruedas, el carro del lechero y el del organillo ó piano de manubrio del músico ambulante. Al entrar en un sitio como este no puede uno menos de sorprenderse ante el contraste del tumulto que apenas ha dejado de oirse, con una tranquilidad que, sin ser enteramente de aldea, es distintamente provincial, y que en efecto produce la impresión de un domingo por la tarde en una ciudad balnearia de segundo orden, en el interior, cuando ya están cerrados los baños.

Tal vez excite una sonrisa de desdén el agregar que

todas estas cosas son características de un barrio que, en la novela y en el drama, ha quedado exclusivamente reservado para escenas de la vida bohémica y del crimen; tal es el degradado distrito de St. John's Wood; pero esta es sin embargo la verdad, y como muchas de las escenas que vamos á relatar ocurren en ese barrio, no parece del todo impertinente insistir en ello desde el principio.

En una de las calles más tranquilas y respetables de dicha vecindad hay una pequeña casa de dos pisos, con una acacia plantada al frente, y en el fondo una larga ala, cuyas grandes ventanas al norte proclaman desde luego su uso.

Era en la época de que hablo, el estudio de un joven pintor que principiaba ya á ser conocido en los círculos artísticos, y que se encontraba allí trabajando en la misma tarde de un día de primavera en que comienza esta narración.

No era un estudio pintoresco, y su dibujo hubiera hecho triste figura en un artículo de una revista ilustrada, pues no podía vanagloriarse de una rica galería, ventanas con vidrios Venecianos, ni costosa tapicería; nada, en fin, del lujo que ostenta el hombre á quien el éxito ha llevado á la opulencia, ó del que espera, sirviéndose de ésta, para conquistarlo. Reinaldo Campión, aficionado á experimentos un tanto audaces para haberse ganado por completo la confianza del inglés protector del arte, sólo había recibido hasta entonces elogios que no se convertían en efectos materiales.

Estaba muy embebido en su trabajo para cuidarse, de cosas que le distrajeran, aunque hubiera podido hacerlo; las habitaciones que ocupaba eran tan artísticas y estaban en tanta armonía con sus gustos como sus medios le permitían, pero en su estudio reinaba una simplicidad que muchas de las personas que iban á hacerse retratos toma-

ban como un insulto personal : era grande y sin adorno, lleno de rayos de luz demasiado brillante, lienzos apilados, bustos cubiertos de polvo y descoloridos bosquejos en lienzos reclinados ó colgados de la pared ; sobre las mesas montones de tubos de color pinceles y papeles embadurnados ; aquí y allá un pedazo de género bordado con vivos colores ó una silla primorosamente labrada, aunque éstas eran estrictamente para uso y nó para lujo. Fácil era, pues, comprender por los objetos del salón que su dueño era un pintor que trabajaba con ahinco.

Esta convicción se hubiera confirmado tan sólo con la apariencia de Campión frente al extenso lienzo en que trabajaba : alto y bien formado, con cabellos rubios que caían formando hermosos rizos sobre la frente, ojos de un azul claro y la mirada penetrante, naríz achatada, barba corta color de oro y bigotes que no ocultaban por completo una boca un tanto escéptica é irónica.

No era Campión lo que pudiera llamarse un hombre buen mozo, aunque su cara poseía cierto poder de atracción que le era peculiar, y su figura hubiera podido aparecer con ventaja en un traje de pintor, con que ótros menos favorecidos por la naturaleza se vestían para trabajar ; mas aunque no pertenecía á la clase de artistas escuálidos, no se notaba en su ropa más trazas de querer producir una buena impresión que las que se hacían evidentes en su estudio.

Tal era Reinaldo Campión al presentarlo al lector, de pie ante el lienzo que pintaba con mano rápida é intrépida, y cierto aire de completa abstracción en su trabajo, del que tan sólo cesaba para darle un movimiento impaciente y ligero al modelo natural que tenía á su derecha, y que vestido en traje de otra época temblaba de frío, puesto que la estufa se había apagado por falta de atención, y no era nada agradable mantener la misma actitud en aquellas con-

diciones. Tan distraído se hallaba el artista en su trabajo que no sintió abrirse la puerta y entrar un hombre de mediana edad, con cara ordinaria color de aceituna y semblante de mal genio.

—El Sr. Babcock quiere ver á Vd., señor ; dijo con cierto aire de amarga satisfacción, parado sobre el último escalón de la pequeña escalera.

Campión murmuró algunas palabras que no indicaban buen humor.

—¡ Qué majadero ! Bales, ¿ por qué no le dijiste que yo estaba ocupado ?

—Eso fué justamente lo que le dije, replicó Bales con muestra de disgusto, pero de nada sirvió. Aquí viene ; quiere ver á Vd. sobre un asunto importante, según dice.

Bales era un soldado viejo que había ejercido por algunos años la profesión de modelo, y ahora ejercía las funciones de *factotum* de Campión. Su cualidad característica era una duda sistemática de todas las personas y las cosas, que pocas veces dejaba escapar la oportunidad de expresar. Al hablar se retiró hacia un lado para dejar pasar al visitante, que parecía no tener sospecha del modo cómo era recibido.

—¿ Cómo está Vd. ? querido amigo. Trabajando sin cesar como de costumbre, ya se vé. Nunca he visto un hombre como Vd., principió á decir en el tono del que se chancea de algún capricho de otro.—Quise entrar para ver á Vd., pero no puedo permanecer mucho tiempo. Quería hablarle sobre un pequeño asunto. Y dirigió una mirada al modelo con cierta intención, que Campión afectó no comprender y continuó pintando.

—Bueno, respondió ; Vd. no tomará á mal que continúe trabajando. Puedo escuchar y trabajar al mismo tiempo.

—¡ Oh ! esperaré á que estemos solos. No estoy tan apu-

rado como Vd. se imagina. Puedo distraerme mirando lo que hay aquí hasta que Vd. esté listo para escucharme, dijo Babcock alegremente.—¿Qué ha estado Vd. preparando para las exhibiciones de este año? Yo no enviaré nada esta estación, después del modo que me han tratado; pero Vd. se las maneja siempre de tal modo que logra llamar la atención.

Babcock era también pintor, si es que se pudiese decir que tenía alguna profesión. Él había tenido siempre afición al dibujo y buena vista para los colores, y como era poseedor de una hermosa fortuna que le producía buena renta, estaba en aptitud de disponer de una parte de ella en el ejercicio de su vocación.

Había cambiado con frecuencia de escuela de arte, hasta que consideró completa su educación artística, y entonces abrió un estudio muy elegante en el que pronto se hizo célebre por las comidas que daba, y se decía en público que había principiado algunos cuadros importantes.

Babcock tenía la propensión á criticar con severidad el arte contemporáneo, y gozaba la reputación de ser extremamente escrupuloso, y rara vez se arriesgaba prodigando demasiados elogios. Y pasó en revista los cuadros que había en el estudio de Campión, con un aire de superioridad que le hacía muy desagradable.

—¿Qué es esto? ¿Una joven preparándose á dar una zabullida? ¡Ha! ya veo; muy bien "La ardiente Safo"; y puso el cuadro á un lado.—¿Y eso es para la Academia? Hum. ¿Crée Vd. haber delineado bien ese antebrazo? Á mí no me parece del todo bien. Pudo Vd. quizás haber dado á este cuadro un poco más expresión de sentimiento griego.

Campión después de hacer infructuosos esfuerzos por continuar su trabajo dijo á su modelo que podía retirarse

y lleno de incomodidad se sentó en una silla, al mismo tiempo que Babcock daba la vuelta é inspeccionaba su último y más extenso lienzo através de sus gafas.

—Más clásicos, ¿eh? ¿Qué nombre le va Vd. á dar á esto? ¿Escena de la guerra de Troya?

—Vd. se ha quedado corto solamente en algunos siglos; dijo Campión.—Ese cuadro representa á Jerjes sobre el monte Egaleo observando la batalla de Salamís.

—¡Ah! no me queda duda; un buen tema, un *asunto* capital. No es nuevo, sin embargo. ¿Lo es? Y voy á ser á Vd. franco: no es lo que yo llamaría felíz.

—No lo era más Jerjes en aquel momento; dijo Campión.

—Vd. no comprende lo que yo quiero decir: es de un todo demasiado moderno, un poco traído por los cabellos; necesita lo que Vd. podría llamar el reposo, la antigüedad del arte verdaderamente grande. Y Babcock hizo un ligero movimiento ondulatorio con la mano, tan expresivo como una definición. Lo mismo sucede en todo hoy en día. Un hombre pinta dos ó tres modelos en traje de fantasía y se imagina que ha reproducido el pasado. Es un error, señor. Hay muy pocos hombres cuyo arte es capáz de hacerles concebir el pasado á más de un par de siglos de distancia.

—Yo he visto algunas cosas de Vd., Señor Babcock, que han desandado una gran parte del camino.

—¿Cosas mías? ¡Bah! yo no trato de reproducir asuntos históricos. Yo no soy pintor de figura, desgraciadamente.

—No veo nada desgraciado en ello. Pudiera ser peór.

—Sí, es cierto; hay bastante que hacer en paisajes. Con todo, confieso que de vez en cuando me gustaría; y esto me hace recordar el asunto para que vine á ver á Vd.

El hecho es que justamente acabo de concluir un estudio de paisaje: una cañada en la floresta de Epping, y me siento bastante satisfecho de ese trabajo.

—Congratulo á Vd. ciertamente; murmuró Campión entre dientes.

—Gracias; pero á pesar de todo eso, necesita algo más.

—¿Comprador?

—Eso, mi querido compañero, depende de Vd.; fué la respuesta.

—Lo siento mucho, pero tengo que negarme lujos; contestó Campión.

—¡Oh!, no esperaba yo que Vd. lo comprase. Lo que pasa es lo siguiente: he logrado que Sieditoff, de la calle de Bond, venga á casa á verlo, y dice que lo llevará á su galería y tratará de encontrar un comprador, sólo que debo antes pintar una figura en el claro. Yo no pretendo ser pintor de figura.

—¿Pero por qué no?

—Bien, bajo mi palabra, no lo sé; unas veces por uno, otras por otro, nunca me ejercité en ello. Pero Vd., eso ya es diferente; ese es su punto fuerte, siempre lo he reconocido. Así es que se me ocurrió que Vd. no tendría inconveniente en pintarme en ese cuadro una figura de cualquier clase, no importa cuál. Usted lo hará, ¿no es verdad?

—No sé, Babcock, dijo Campión; y supóngase Vd. que yo no pueda concebir el sentimiento de su floresta de Epping, ¿entonces?

—Tontería, Vd. puede si quiere; y por supuesto yo me ocuparé de que su nombre suene también.

—Gracias, pero no puedo admitir eso; dijo Campión un tanto alarmado.—Yo le pintaré sin embargo la figura que desea, cuando guste. Supongo que no hay gran urgencia.

—Bien, yo quisiera que fuese pronto ; mañana traeré el cuadro y el asunto queda concluído. Yo no vine á interrumpir á Vd. y por consiguiente me retiro. ! Ah ¡, ¿ otro cuadro ? Este es un retrato. Debo echarle una mirada antes de irme.

Había llegado al lugar donde se hallaba un gran bastidor con su lienzo, en un rincón del salón, y dió algunos pasos hasta ponerle á la luz.

—Ya me figuré que la conocía ; dijo. ¡ La Señorita Elsworth, vive Dios, la graciosa Sibila !

—Es efectivamente la Señorita Elsworth ; dijo Campión con cierta frialdad. —¿ Qué hay de particular en ello ?

Era el retrato de una joven reclinada perezosamente en un sillón, con las manos ligeramente unidas y descansando sobre el regazo. Tenía la cara encantadora y audáz, los ojos, bastante separados y de un color gris trasparente, que reposaban á una inclinación suficiente para darles una expresión seductora, y brillaban con cierta malicia juguetona, mientras los rojos labios se encorvaban en una sonrisa de sumisión desdeñosa.

Estaba retratada en un vestido blanco con un lazo azul en los hombros, y por detrás aparecían espesas cortinas bordadas á la japonesa, con profusión de pájaros y animales de colores raros y circunvoluciones de brillante cordón dorado, todo entretejido y formando en conjunto una rica armonía. Dificil cual era un fondo de esta naturaleza, había sido pintado con fidelidad y habilmente proporcionado en todas sus partes, mientras que el retrato en sí era una muestra de trabajo muy bien ejecutado, que impresionó á Leonel Babcock.

—Yo fijaría ese blanco dándole uno ó dos tonos más si el cuadro fuese mío ; fué la única observación que hizo,

después de inspeccionar el cuadro y pasarle el dedo con aire magistral.

—¿Con que es cierto que ella ha estado viniendo aquí para que Vd. le haga su retrato?; dijo él; y sus ojos un tanto prominentes salieron un poco más fuera de sus órbitas.

—En efecto que sí. Parece una excentricidad, pero es el caso que ella ha venido.

—Lo que me sorprende es que Sibila no me haya dicho una palabra siquiera sobre el asunto. Nosotros hemos sido siempre tan íntimos amigos que esto me parece raro, pues cuando tiene algo de nuevo por pequeño que sea, me lo dice.

—Tal vez esto sea demasiado grande para decírselo á Vd.; dijo Campión.

¡Ah!, replicó Babcock sin dar muestra de haber comprendido bien esta sugestión.—Puede que sea así; probablemente no se le ocurrió hablarme de eso. Debo confesar, querido, que Vd. ha logrado reproducir admirablemente un mero parecido; pero echo de menos la expresión de su semblante, pues si es que Vd. lo ha notado alguna vez, ella tiene un aire de extrema curiosidad en su mirada.

—Eso lo reservará para un amigo tan íntimo como Vd.

—Es una joven rara, no queda duda; pero sabe ser encantadora cuando quiere, se lo aseguro á Vd. Vamos á ver, ¿Cómo la encontró Vd.?

—Muy política y atenta, Babcock.

—¡Oh! querido amigo, ciertamente que Sibila es política y atenta; pero Vd. no tiene idea de lo diferente que es con un hombre que sabe cómo tratarla. ¡Ah! ¡cuando ella habla conmigo . . . !

—¿Cómo se arregla Vd. para ser tán simpático?

—Yo . . . yo no lo sé mi querido compañero; no sé

cómo ni porqué, pero soy una especie de padre confesor de muchas muchachas; les doy consejos, sabe Vd., y les formo el gusto. Las mujeres son como otra clase cualquiera de animales domésticos: conocen siempre las personas que están acostumbradas á tratar, y que las entiende. Yo he hecho de ellas una especie de estudio, ¿Vd. comprende? y me enorgullezco de leérlas como libros.

—Yo creia que Vd. leía solamente las revistas; dijo Campión.

—Leo libros también, si merecen ser leídos; generalmente no lo merecen. Pero volviendo al retrato; por supuesto que he visto á Vd. con frecuencia en casa de la tía de Sibila, y supongo que fué ella quien dió á Vd. la orden para hacer el retrato. La tía es una vieja rara, ¿no es verdad? Le gusta ser benévola por afición y hacer favor á algún genio ignorado, que ha de asombrar al mundo en cuanto tenga unos cuantos cuartos más. Su casa en Sussex Place es una especie de incubadora de patente para empollar cisnes, sólo que ella la llena de huevos de pato. ¡Buena ocurrencia la mía! ¿no lo cree Vd.?

—No es mala; dijo Campión; ya sabe Vd. que yo fuí uno de esos pichones de pato.

—¡Oh! es cierto, Vd. lo ha sido; dijo Babcock sin turbarse; pero confiamos en que Vd. resultará ser algo mejor que los otros. Recuerdo ahora que estaba Vd. esclavizado como dependiente en un Banco, y que ella le sacó de tal situación; esa fué la manera cómo nosotros nos conocimos, ¿dónde fué? ¡Ah! en la galería de Slade creo que fué por primera vez, después Vd. logró entrar en la Academia, y yo nó; pero en cambio fuí á la India en aquel viaje de recréo, para hacer estudios de algunos paisajes. Esto me trae á la memoria que días atrás hice pasar un buen rato á nuestra querida Señora Staniland,

llevándola para que oyera hablará un *chela* con quien hice conocimiento en Bombay durante mi residencia allí. Usted sabe lo que es un *chela*, ¿eh? Una especie de budhista en ciernes, un *majatma* de teta; se apellida Alejandro Nebelsen, noruego ó sueco ó algo parecido, según me imagino. Fué á la India con una expedición científica y se hizo teosofista. Ahora se halla aquí anunciando su religión y comiendo de convidado. Su propaganda no hace mucho que principió, pero se está abriendo paso, ¿sabe Vd.? Las mujeres le siguen á donde quiera que él va. Es un tipo de rara apariencia, que habla más que siete. ¿Le ha visto Vd.?

—No; dijo Campión; ¿En qué se empléa?

—Hace pequeños milagros; es una especie de profeta de salón, ¿Vd. comprende? Le invitan á comer, come á granitos un poco de arróz durante todo el tiempo que dura la comida, y cuando está tomando el té en la sala le da un éxtasis y dice que vé á todos rodeados de una *auréola*. También he visto yo esa auréola, después de una fuerte comida. Y está aprendiendo á subyugar su cuerpo astrál, pero aún no se átreve á dejarlo fuera de la casa cuando está invitado á comer. Yo, por mi parte, creo que es un tanto farsante, pero me divierte. Siempre que nos encontramos me pondera las ventajas de ser budhista, mas yo le digo que no veo el bien que eso trae, aún suponiendo que pasase uno por *majatma*. El bonachón Nebelsen dice que ese es un reproche endemoniado, y cree que él hará las veces de un buen arado en la propaganda. En esa misión se aprenden muchos secretos, que no sirven luego de nada. ¿Y cuál es el resultado de todo ello? Ser "transformado en buhda," lo cual, según he podido comprender, se le importa un bledo al viejo Budha, y viene á ser el fin del *yo*. Considero todo eso tontería; no es querer decir sin embar-

go que Nebelsen no posea cierto poder, pues yo le he visto con cigarros hacer cosas bastante sorprendentes en su clase, y la otra noche produjo una sucesión de sonidos como toques en una puerta, que parecían proceder de la cabeza de la anciana Lady Timberlake, y que yo no habría creido si no los hubiese oido. Por lo que respecta á sonidos de campanillas, cuando él está de humor todo su cuerpo parece estar lleno de ellas. Me han dicho que el otro día materializó en realidad una fresa, cuando se estaban vendiendo á media corona cada una. Pero ¿de qué sirve materializar *una* fresa? Estos tipos no son hombres prácticos.

Así continuó Babcock charlando sin que le importase si era ó no escuchado, hasta que se le acabó la cuerda, mientras que Campión en su interior deseaba que siguiese charlando.

Una vez más volvió á colocarse frente al cuadro, y dijo:

—Campión, cuando la Señorita Elsworth venía aquí á hacerse su retrato, ¿sabía ella que Vd. me conocía á *mí?*

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Pues, menciónele mi nombre como prueba y verá Vd. si su semblante no cambia de expresión. Me parece que en el retrato aparenta estar un tanto disgustada, ¿no lo cree Vd.? Como si no hubiese tratado Vd. de agradarla.

—¿Lo cree Vd. así?; dijo Campión: Es muy posible.

—Por supuesto que Vd. no puede hacer justicia á una muchacha como ésa si la pinta á sangre fría.

—Mi querido compañero, no resultó así. Yo prefiero el medio ordinario de llevarlo á cabo.

—Usted comprende lo que quiero decir: se sienta Vd. con objeto de interpretar todo el sentimiento, toda la poesía, el fresco é indescribible encanto y la gracia de una muchacha hermosa, porque, se lo aseguro á Vd. bajo mi palabra,

ella posée todas esas cualidades, que Vd. las reconocería también si la conociese. Repito, se sienta Vd. á pintar todo eso con tan poca emoción, con tan poco cuidado para trasladar al lienzo ese poder sublime del modelo, como si estuviera Vd. pintando un sombrero !

—¿ Cómo sabe Vd. lo que yo siento cuando pinto un sombrero, Babcock ? Por lo que toca á este retrato, todo se reduce á una cuestión de opinión, ciertamente : si he dejado de pintarlo bien, mía es la culpa.

—¡ Oh, no digo eso ! Está bien hecho ; pero es el caso que sólo un enamorado pudiera ver el alma de esa muchacha en su cara. ¿ No me comprende Vd. ?

—¡ Vaya ! Lo que explicaría el porqué no me tomé esa libertad.

—¡ Ah, cómo me gustaría ser pintor de retratos ! ¡ Vive Dios ! me dan ganas de pedirle que me deje retratarla, así y todo !, dijo Babcock.—No quiero ocultárselo á usted, amigo mío, pero durante estos últimos doce meses me he ido enamorando más y más de esa muchacha ; y ahora estoy enteramente fascinado.

—Eso ya es cosa seria, replicó Campión con sequedad.

—No soy yo tan estoico que pueda verla semana tras semana sin sentir palpitar el corazón. Le ofrecería mi mano mañana mismo, pero no hay prisa ; ella es joven y yo no me encuentro todavía bastante cansado de la vida de soltero. Gozaré en vivir solo un año más.

Campión le miró y se convenció que Babcock no tenía un aire distinguido, ni era capáz de hacer impresión : de baja estatura, con cabellos negros, que partía en el centro, la cara pálida y un tanto flácida, la boca sin expresión ; durante toda su vida no había hecho más que hablar, y era probable que en el futuro tampoco hiciera otra cosa. Pero á pesar de todo esto Leonel Babcock era un personaje á su

manera: si causaba fastidio á la mayoría de los hombres, las mujeres le consideraban instructivo y agradable; era locuáz y presuntuoso; particularmente, gozaba de una buena fortuna.

¿Podría alguien decir que no se hallaba en condiciones de ganarse el corazón de una joven? Y sin embargo el oírselo presumir á él mismo con tanta calma encrespó los nervios á Campión.

Sí; continuó Babcock; tengo á la vieja de mi parte, que naturalmente está ansiosa de poner á la pobre niña á cubierto de un imprudente compromiso de matrimonio, y por lo tanto bien puedo esperar. Y la niña es tan joven que todavía no ha acabado de desarrollarse; es un poquito tosca, casi pudiera decir *bornée*; necesita más atmósfera, más perspectiva, ¿me comprende Vd.?

—Sí; la violeta necesita que se la riegue con un poquito de polvo perfumado, y las catarátas de Lodore necesitan que se las ilumine con luz roja, y Vd. es el hombre que ha de hacer todo eso, mi querido Babcock.

—Pero es verdad que ella necesita pulimento, Vd. lo sabe; quizás no lo haya Vd. notado, pero es un hecho. Vea Vd., esta misma mañana la encontré con su tía en una tienda de curiosidades en la calle de Hanway, y cuando me vió . . .

—¿No cree Vd. que hemos hablado ya bastaute de la Señorita Elsworth?; preguntó Campión interrumpiéndole.

—Ya veo que le ha tomado Vd. una fuerte antipatía á la pobre muchacha, Campión. No hablaré más de ella, pues en verdad tengo que marcharme. Tengo una cita en casa. Mañana traeré el paisaje.

Cuando efectivamente se había marchado, Campión soltó una carcajada que tenía más de salvaje que de divertida, se colocó luego frente al retrato y lo examinó con detención:—

¿ Tiene ese asno razón ? ; se puso á pensar. ¿ Hay efectivamente en su cara esa expresión de disgusto ? ¿ No existe en sus labios un ligero toque de algo parecido al sufrimiento ? No me pareció á mí así cuando estaba pintando, y con todo, con todo . . . ¡ Maldito Babcock !

Rodó el caballete otra vez hasta ponerlo en el rincón donde estaba antes, y volviendo á su cuadro clásico, dió algunas pinceladas á ciertos detalles de acuerdo con los estudios que de ellos había hecho ; pero al poco rato se detuvo dando un suspiro de impaciencia :—De nada sirve, murmuró ; bien puedo dejar el trabajo por hoy ; la luz se está oscureciendo también. Saldré y haré una visita ; pero nó ; daré un paséo por el parque.

Y á los pocos minutos se hallaba cruzando uno de los puentes que hay sobre el canál, en la dirección del parque. Era una de aquellas tardes de primavera en que parecía que toda la naturaleza se concentraba para llevar á cabo el cambio decisivo. Á primera vista todo parecía tan árido y frío como en los cinco últimos meses ; pero después de un examen más detenido se descubría que la hierba que crecía en los barrancos era más fresca y de un verde más vivo que el que tenía á mediados del invierno ; las ramas de los árboles que miraban hacia el cielo estaban salpicadas de lindos botoncitos, y el tronco bañado por una luz más suave y apacible que la de una tarde de invierno.

Con todo, la alegría de la naturaleza era en su mayor parte profética todavía, puesto que los caminos estaban húmedos y relucientes, y en el parque los senderos que cruzaban en varias direcciones el quebrado terreno tenían un aspecto frío y calcáreo, en contraste con el verde oscuro del musgo, y desaparecían en lontananza como en un místico velo ; la puesta del sol estaba representada por una abertura color de salmón en un cielo gris ; el viento venía del nordeste.

Durante el pasado año Campión le había tomado una gran afección al Regent's Park, y á falta de un lugar fijo donde ir instintivamente se dirigía á aquel punto, y sus pasos siempre le conducían en dirección del hermoso lago cerca de Sussex Place.

Es curioso que una doncella, tal vez por completo inconsciente de ello, puede hacer que toda la vecindad en que vive ejerza una gran fascinación sobre aquél á quien han subyugado sus encantos. Ese embeleso puede transformar y hermosear los alrededores menos poéticos, y ha habido casos en que ha sobrevivido varios años á la causa que le dió origen ; de manera que un indivíduo puede detenerse en un lugar para interrogar á su memoria (aunque quizá sea en vano) por qué una calle cualquiera, ó la vecindad de aquel lugar sin ninguna importancia, puede producir en él al pasar por allí cierta impresión de un vago episodio de su vida.

La divinidad por cuya causa una esquina particular del parque ejercía en Reinaldo Campión una atracción irresistible era, quizás esté de más decirlo, la señorita Sibila Elsworth. No fué él allí con ninguna esperanza, y casi sin el deséo de encontrarla, pues por frecuentes que habían sido sus visitas á aquel lugar, fueron muy raras las ocasiones que se encontró con ella, ya en coche ó á pie, y siempre acompañada de su tía.

Pero le gustaba pasearse por allí ; y todos los objetos y aún las personas tenían para él un atractivo y belleza de que carecía cualquier otro punto del parque, desde el cual no pudiera distinguirse á Sussex Place.

En esta ocasión, sin embargo, Campión estaba deseoso de encontrar un soláz algo más real y efectivo, porque su alma se hallaba llena de dudas é ideas tristes, que nada podría hacerlas desaparecer sino la presencia de su adorada.

La fortuna le fué propicia, pues mientras se hallaba aún en el radio de sus encantos vió venir hacia él una graciosa figura humana que cruzaba uno de los puentes, y al verla reconoció en ella á su encantadora Sibila.

Al aproximarse podía distinguírsele un pequeño hoyuelo en las mejillas, y evidentemente ella había visto á Campión, pues se detuvo un instante saludándole con la mano y aún llamándole por su nombre.

Hasta ese tipo pesado y desagradable, que se conoce con el nombre de "el más ligero observador," hubiera inmediatamente sospechado, al juzgar por las acciones de ambos, que se hallaban en términos de íntima amistad ; y así era, puesto que estaban comprometidos á casarse.

CAPÍTULO II

UNA QUEJA

Reinaldo Campión había logrado ganarse el cariño de Sibila, la sobrina de la Señora Staniland, á quien no se le había todavía consultado, y quien probablemente no aprobaria el compromiso de matrimonio. Él era ciertamente uno de sus protegidos, habiéndole ella librado de su esclavitud como dependiente de un Banco, y puéstole en posición de ejercer el arte que amaba; así es que ahora que ya principiaba á hacerse conocer como pintor de brillante porvenir, ella podía regocijarse de haberle sacado de su oscuridad. Pero el que descubre un nuevo país no está obligado á vivir en él, y la Señora Staniland se había siempre mantenido á cierta distancia en sus relaciones sociales con las personas á quienes había protegido.

Campión recibía de vez su cuando una invitación informal de dicha señora, pero nunca había sido admitido en sus reuniones de amigos íntimos ; y cuando Sibila Elsworth dejó el colegio para ir á vivir con su tía en Sussex Place, no se le ocurrió á ésta que pudiera haber ningún peligro en las visitas del joven pintor.

El mismo Reinaldo, desgraciadamente y sin darse cuenta de ello, no había visto muchas veces á la Señorita Elsworth cuando ya sentía que había perdido la paz de su

corazón. Sin embargo, hay que hacerle justicia, pues luchó para borrar aquella imagen de su mente ; rehusó aprovechar las raras oportunidades que se le presentaban para verla, y hasta trató de olvidarla ocupándose asiduamente de su trabajo.

Aquel ardor con que se dedicó al arte sólo sirvió para que su fama se extendiese, hasta el punto que la Señora Staniland determinó que él fuese quien hiciera el retrato de su sobrina. Reinaldo no podía, ó por lo menos no quiso, rehusar el compromiso.

El infelíz joven, durante los primeros días en que la Señorita Elsworth venía á servirle de modelo, sintió una mezcla de tormento y de deleite. Cada vez estaba más enamorado y triste, pues ella no demostraba en sus modales nada que pudiera alentarle, y aunque así lo hubiese hecho, ¿No se hallaba él obligado á guardar silencio, según los principios más elementales del honor ? ¿ Qué derecho tenía un hombre que escasamente principiaba entonces á ganarse la subsistencia, en pretender que ésta ó cualqnier otra joven, criada y educada con esmero, abandonara su alcurnia y se uniera á él en la lucha de la vida ?

Por esta causa trató de ocultar su pasión con la indiferencia, y el resultado usuál en esos casos. Él la había interesado á ella desde el principio, pero su amor propio ofendido al notar la indiferencia de Reinaldo le hizo tratar de dominar su sentimiento. No tardó mucho tiempo sin que él inconscientemente, ó por lo menos sin intención, descubriera el secreto, y ella al conocerlo experimentó una extraña emoción de alegría.

Este resultado no fué traído por indiscreción de Reinaldo, quien hubiera guardado silencio toda su vida ; pero una circunstancia que hacía cambiar todos sus proyectos le puso en aptitud de obrar con entera libertad. Un pariente leja-

no y excéntrico que acabába de fallecer le legaba una herencia inesperada, que era suficiente para permitirle casarse sin ser egoista, ó cometer ninguna imprudencia.

Vaciló un poco antes de decidirse, pues ultimamente Sibila había cambiado de tal modo su conducta para con él, que temía arriesgar su suerte en aquellos momentos; pero al fin habiéndose presentado la oportunidad la aprovechó, y tuvo el gusto de que ella le escuchase con atención, hasta el fin y además el placer de ser aceptado.

Había sin embargo un inconveniente, en el que ella insistió con persistencia: nadie en la casa, ni aún su tía, debía saber que llevaban amores, hasta que ella le diese á él permiso para decirlo. Tuvo que consentir que Reinaldo escribiese á su padre, que se hallaba en la India; pero si se lo comunicaba á cualquier otra persona, en ese caso, según declaró la voluntariosa, joven no habría nada que hacer público puesto que con eso solamente quedaba roto todo compromiso.

Estaba desesperadamente enamorado para correr el riesgo de poner á prueba la resolución que ella había hecho; consintió, pues, y nunca desde entonces dejó de reprochárselo.

Hacía más de un mes que se había verificado este pacto de matrimonio tan poco satisfactorio. Rara vez se habían visto los amantes en ese tiempo, habiendo Sibila pasado unos cuantos días fuera de la ciudad, en Eastbourne; pero cuando volvieron á encontrarse, ella al saludarle no dió muestra de que su presencia le fuese más agradable que la de cualquier otro conocido. Verdad es que había otras personas presentes, y que al despedirse le manifestó su alegría con ciertas palabras dichas al parecer con descuido, á las cuales su mirada y su voz daban una dulce y especial significación; con todo, esa frialdad había herido el

amor propio de Reinaldo, á quien su falsa posición se le hacía cada vez más intolerable.

Después de esta explicación se comprenderá mejor lo que sufrió él, cuando Babcock le habló de Sibila ; y ahora que por una felíz casualidad se volvía á encontrar con ella, sintió que había llegado la hora de hablar claro.

Sibila fué la primera que rompió el silencio.

—Creí que ésta era una de las cosas que habíamos convenido no hacer ; dijo sin mostrar gran disgusto.

—No pensé que tendría la suerte de encontrarte aquí á esta hora ; replicó Reinaldo ; y debes permitirme que te hable, Sibila. Tengo que decirte una cosa.

Arqueó ella sus lindas cejas, y dijo : ¿ Algo serio ?

—Sí.

—Entonces busquemos un lugar donde sentarnos. Me es mucho más fácil estar seria cuando estoy sentada.

Encontraron un banco á cubierto de los rayos del sol, cerca de la orilla del lago, en la superficie del cual las pequeñas ondas saltaban alegremente.

—Vamos, dímelo todo ; dijo ella dando á su semblante una expresión encantadora, al mismo tiempo que se sentaba con toda comodidad para escuchar bien.

—Es simplemente lo siguiente, Sibila : no me es posible guardar este secreto por más tiempo.

—¡ Oh ! Reinaldo, ¿ pero por qué ? ¿ Qué gracia tiene si todo el mundo lo sabe ?

—Sibila, uno no contráe compromiso de matrimonio (por lo menos yo no lo hice con ese objeto) por diversión, y si con esa idea lo hubiese hecho es muy poca la que he tenido.

—Se puede ser serio sin ser desagradable, Reinaldo.

—¿ Es desagradable quejarse de estar representando un falso papel ?

—Muy desagradable, porque como tú no ignoras, papá ya lo sabe. Hace quince días que debió haber recibido tu carta.

—Pero tu tía no lo sabe. Tú estás enterada de todo lo que ella ha hecho por mí. Nunca debí haberle ocultado esto.

—¡ Ah, pero tú no podías remediarlo ! ; contestó Sibila alegremente, era tan secreto mío como tuyo, y tú estabas comprometido á guardarlo mientras yo quisiera guardarlo.

—¿ Y por qué estabas tú tan ansiosa de guardarlo ?

Ella le contempló con ojos meditabundos, y le preguntó :

—¿ Quiéres que te dé una porción de razones pequeñas, ó prefieres una grande ?

—Quisiera mucho mejor que me dieras la verdadera ; dijo él un tanto molesto.

—Bien, replicó Sibila ; la verdadera razón es que yo he querido que mi retrato aparezca este año en la galería de Grosvenor.

—No veo la relación que una cosa tiene con la otra. Si todo marcha bien el retrato se exhibirá allí. Sir C—— lo ha visto, y sólo necesito ahora que vengas á mi estudio una vez más para concluirlo.

—Mañana vamos. Sí, pero tú, tontuelo, si le hubieras comunicado nuestro secreto á tía Hilaria cuando querías hacerlo, ¿ Crees que hubieras tenido la oportunidad de concluir el retrato á tiempo ? ¡ Bah ! nunca más se me hubiera permitido acercarme á tu estudio hasta saber qué es lo que papá piensa de tí, y quizás ni aún entonces ; todas estas semanas se hubieran pasado en balde. De manera que por medio de esta pequeña estratagema mía (pues tú pudiste haber comprendido, que no intenté hacer todo lo que dije), debido enteramente á esa táctica te he ahorrado un año entero de fama, puesto que ya yo tenía el convencimi-

ento de que ese retrato te va á hacer célebre. Y naturalmente; agregó sonriéndose de su propia vanidad; á mí me gustará también ser un poquito célebre.

—Si eso es todo, dijo Campión, el retrato ya está listo y tú no puedes tener inconveniente en que anuncie nuestro secreto.

—Pero es que *sí* tengo inconveniente; dijo: No se lo digas á mi tía Hilaria todavía, Reinaldo.

—¿ Pero por qué? Tú debes tener alguna razón.

—¡ Nosotros somos muy felices así como estamos!

—No del todo, por lo que á mí concierne. Piensa un momento y dime, Sibila, ¿Con cuánta frecuencia nos vemos? Mira, esta es la primer vez, que tengo la oportunidad de estar solo contigo desde aquella noche que nos vimos en casa de los Pontifexes. Me es forzoso contentarme con verte á cierta distancia en alguna confusa aglomeración de gente, y darme por satisfecho si logro durante toda la velada obtener una mirada ó una palabra tuya.

—No es eso lo que tú debes pensar. Y en verdad que debías sobrellevarlo por un poquito más tiempo cuando yo lo pido, especialmente no habiendo ningún mal en ello.

—No lo habría si yo no debiera favores á la Señora Staniland, y eso es lo que me obliga á quejarme. Si no fuese por eso, me atrevo á creér que gozaría guardando este secreto entre nosotros; pero según están hoy las cosas, nada puede destruír el hecho de que yo me estoy conduciendo con ella de una manera poco delicada.

—Si tú se lo dices, ¿ Sabes lo que resultará? Al principio mi tía me tratará como á una chiquilla majadera (y mientras hablaba se conducía en verdad como tál), y después se lo dirá á cierta persona y entonces todo el mundo lo sabrá.

—¿ Y qué importa?

—Tú sabes bien el cuchicheo que se armará, y vendrán á hacerme preguntas y á congratularme. ¡ Todo eso me cae tan pesado ! Por supuesto, para tí no es nada, tú no has de pasar por ello.

—Por lo que toca á recibir congratulaciones, yo recibiré muchas más que tú. Pero después de todo, ¿ Qué es lo que hay de tachable en ello ?

—¡ Oh ! no sé ; y encogió los hombros de una manera petulante. Cada una de las muchachas que en particular detesto hará el propósito de venir corriendo hacia mí cuando me vea, para darme besitos maliciosos, charlar y decirme. ¡ Oh ! ¡ querida amiga, estoy tan contenta de ver que eres romántica en estos tiempos que atravesamos ! Eso es verdaderamente un idílio. Vamos, cuéntamelo todo. Y otras cosas por el estilo. También las viejas criticonas y los viejos verdes tratarán de darme broma. ¡ Ah ! ¡ Reinaldo, eso es horrible y no hay para qué negarlo !

—Tarde ó temprano tiene que suceder. Tu padre probablemente escribirá pronto á la Señora Staniland, y se lo dirá.

—Papá no es muy puntual con su correspondencia, y en todo caso podemos esperar hasta que escriba. No es nada agradable para mí que tú seas tan obstinado.

Campión hizo un esfuerzo por sonreirse.

—¿ Por qué no dices en pocas palabras que principias á creér que hubieras hecho mejor en no aceptarme como novio ? Supongo que no debe estrañarme que tú no tengas muchas ganas de ser mi esposa.

Si es que su cara podía ser el espejo de sus sentimientos, Sibila Elsworth reflejada en la suya la herida que estas dudas de su amante le habían inferido ; su petulancia (que hasta cierto punto era fingida) desapareció, con su voluntariedad infantil.

—Si tú crees en realidad lo que dices; dijo con voz temblorosa, eres muy cruél. Tú sabes, ó por lo menos debieras saber que ni por un segundo abrigué tal pensamiento. ¡Siempre me he sentido muy orgullosa de tí, Reinaldo!

—Sin embargo no quieres reconocerme como tu novio en público. Sibila, si has principiado á arrepentirte, si tienes el menor temor, no lo ocultes con pretextos y dímelo más fácil me será soportarlo ahora que más tarde.

—Parece que estás muy seguro de tener que soportarlo en algún tiempo; dijo ella volviendo hacia un lado la cabeza.

—Puede que algún día no lejano te digan que me dejes por alguno que sea rico, de buena familia, capáz de darte la posición que debes ocupar, y á favor del cual tu tía ejercerá contigo toda su influencia. Algún sujeto así como por ejemplo, Leonel Babcock.

Sibila se sonrojó:

—Por lo menos debieras esperar hasta que *te deje.* ¡Pobre Leonel Babcock! ¿No crees que es un tanto absurdo tener celos de él?

—Si lo es ó no; dijo Campión; quiero estar seguro de tu amor, Sibila. Tú debes comprender que el guardar esta secreto me va colocando cada día más en una falsa posición, y obligándonos así á que sea más facil el separarnos.

—¡Si yo hubiera sabido que eso te disgustaba tánto!—replicó Sibila. Reinaldo, me das miedo cuando dejas que se apoderen de tu imaginación esas quimeras. Pero no tendrás ninguna excusa para ello en lo sucesivo. Cierto es que quería evitar una escena, pero ahora poco me importa; tía Hilaria lo sabrá, si tú lo crees conveniente. Contéstame, ¿te satisfará eso?

—Es todo lo que te pido. No me creas exigente por

insistir en ello de ese modo, vida mía, aún ahora que estoy convencido que no había motivo para dudar de tí.

—Creo que tú podías haberlo visto desde el principio; dijo Sibila; pero supongo que ese es tú carácter y no puedes remediarlo, por lo tanto te perdono. Esta misma noche se lo contaré todo á tía Hilaria.

—No puedo permitir que tú seas quien se lo digas; contestó Reinaldo; debe partir de mí.

Sibila dió un pequeño suspiro de desahogo.

—Bien; dijo, si tú lo crees mejor así. ¿Y cuando se lo dirás?

—Mañana, tan pronto como haya concluido de hacer tu retrato.

—Nos va á regañar terriblemente, yo lo sé; dijo Sibila con aflicción. Con todo, una vez que en ello tienes gusto; agregó alegremente volviendo á su buen humor habitual, no pensemos más en cosas desagradables. Tengo una sorpresa que darte: mientras que tú, me atrevo á decirlo, estabas tratando de persuadirte que yo me había olvidado completamente de tí, ¿Qué te figuras tú que estaba yo haciendo, esta mañana? ¡Adivínalo!

—No puedo decirlo, por supuesto; á menos que no fuera un par de pantuflos.

—¡Ciertamente que no eran pantuflos! dijo Sibila un tanto molesta—¿Qué, no eres más listo? No era nada de eso; no me da por ahí. Bueno, mejor será que te lo diga: te compré un regalito. Nunca te he dado nada en cambio de aquella linda sortija que me regalaste, y que todavía no he estrenado.

—Tú me diste esto; dijo Reinaldo cojiéndole la mano que tenía más cerca.

—Eso no me costó nada, pero lo otro sí que es un verdadero regalo. ¿Estás contento, ó es que me vas á decir

que ha sido una tontería mía gastar mi dinero en comprar regalos? Eso es lo que tía Hilaria me decía cuando yo le regalaba cualquier cosa. Es verdad; agregó reflexionando, que siempre tenía que pedirle el dinero prestado primero. Pero tú tratarás de que te guste mi regalo, ¿eh?

—Creo que te puedo prometer eso, y no tengo palabras con que expresarte mi agradecimiento.

—Espérate hasta que lo veas, que tal vez no te agradará. No sé lo que me hizo creér que te gustaría; pero debo contarte primero cómo hice la compra. Paseaba en coche esta mañana con tía Hilaria; nos detuvimos en una pequeña tienda de curiosidades cerca de la calle de Oxford, donde ella había oido decir estaban de venta unos cuadros de Sherraton, que deseaba ver. La tienda es de un anciano muy agradable en su trato, que tenía puesta una gorra de terciopelo y parecía estar muy abatido. Mientras tía Hilaria se hallaba en el segundo piso mirando unos armarios de Buhl, el anciano me hizo confidente de su aflicción. Parece que durante meses enteros no ha tenido más que desgracias: pérdidas, roturas de efectos valiosos, ladrones, fuegos, en fin toda clase de trastornos y quebrantos, el pobre viejo. Bien; me compadecí de él, particularmente al pensar que tía Hilaria no iba á comprar nada, por ser esa su costumbre; así es que habiando formado la idea de comprar algo para tí, decidí hacer el gasto allí y darle á ganar al viejecito. Pero todo era muy caro, excepto una cosa. Nó, no esperes que te diga lo que es, porque muy pronto lo vas á ver. ¡Y que tiene su pequeña historieta! fué desenterrado hace poco tiempo por un capitán Don Fulano de Tal, que tuvo que abandonar el ejército después por algo deshonroso que hizo, según me contó el viejito, el buque en que venía de la India manfragó, con todo el cargamento menos eso que yo he comprado para tí, que flotó sobre el

agua envuelto en un salva—vidas. Por lo tanto ya ves que es una curiosidad á su manera.

—Evidentemente ; dijo Campión.

—Llevé un gran susto cuando lo estaba comprando, pues ¿ Quién te crees que se apareció á lo mejor del cuento ?—Leonel Babcock. Se dirijió hacia mí sonriéndo con aquel aire de protector que le es familiar, hinchó el pecho y me dijo : "Bien, muchachita, ¿ En qué nos estamos gastando ahora el dinero ?" Así es que me ví precisada á mostrarle lo que había comprado, y entonces me preguntó, qué uso podía yo hacer de aquello. Le contesté que lo había comprado para acordarme de él, porque las últimas fotografías que se había hecho no le hacían ningún favor. Entonces se fué al otro piso donde estaba tía Hilaria, y yo tuve el tiempo suficiente para dar tu dirección al viejo, y hacerle que me diera su palabra de que guardaría silencio sobre la compra. Ya el regalo debe estar en tu casa. ¿ Qué pensarás tú cuando lo veas ?

—Pensaré que es mi mayor tesoro, y cualquier cosa que ello sea, la conservaré toda mi vida.

—¿ De veras, Reinaldo ? La verdad es que no desaría que te deshicieras de él. ¿ Me prometes conservarlo suceda lo que suceda ?

—Suceda lo que suceda ; contestó Reinaldo sonriéndose al ver la ansiedad de aquella cara encantadora.

—Bien ; dijo Sibila, hemos tenido una larga y agradable conversación, y solamente una peléa. Debo marcharme ahora, Reinaldo.

—Todavía no ; la suplicó.

—Sí, contestó ella ; ahora. Yo le rogué á tía que me dejara á la puerta de los Mastermans, porque quería hablar con esa odiosa de Alicia, asegurándole que me sería fácil encontrar sola el camino hasta casa á través del parque.

Me contestó que uno no sabe con qué clase de gente puede encontrarse en su camino, lo cual es muy cierto porque yo no tenía la menor idea de que te encontraría á tí. Debo marcharme en seguida, Reinaldo, ó de lo contrario ella se inquietará por mí. Nó, no debes dar ni un paso más en mi compañía; te lo prohibo. Tú te saldrás mañana con la tuya.

Se separaron; pero él quedó observando cómo desaparecía aquella graciosa figura en el crepúsculo, hasta que se perdió de vista, y entonces salió del parque con el corazón más lleno de gozo que cuando había entrado en él. Sibila le había demostrado una afección más profunda, un sentimiento más sincero, de lo que hasta entonces le había dejado entrever; sus peores dudas se habían disipado, y ahora podía no hacer caso ya de Babcock. Así es que, contento y satisfecho del porvenir, acariciando en su mente la idea de que al llegar á su casa hallaría allí el regalo de Sibila, dió la vuelta y entró en la ancha y silenciosa calle que conducía á la avenida de Romanoff.

Llegó á la esquina, y ya se hallaba á unos cuantos pasos de su estudio cuando notó un muchacho, aparentemente un mensajero, preparándose á cruzar la avenida con mucha más precaución de la que se requería en aquel lugar tan poco frecuentado; por dos ó tres veces, cuando ya se hallaba en el medio de la calle, volvía corriendo y asustado á la acera desde donde había partido, mirando á uno y otro lado lleno de pavor.

Al fin, cobrando valor, se decidió á atravesar la calle corriendo con una determinación que nada justificaba, y que hizo reír á Campión. Todavía se reía éste cuando de pronto un carruaje vacío de dos ruedas dió repentinamente la vuelta á la esquina y tumbó al muchacho, arrojándole á unas cuantas pulgadas cerca de la acera.

El cochero, sin detenerse para ver el daño que había hecho, azotó su caballo y desapareció á galope antes que Campión, excitado y confuso, hubiese tenido tiempo de detenerle ó ver su número. Solamente le fué posible correr hacia donde estaba el muchacho y ayudarle á levantarse, esperando allí mientras éste, pálido y dando grandes bostezos, se reclinaba contra el enrejado del jardin de la casa de Campión. Cuando el muchacho pudo hablar, dijo :

—Usted me servirá de testigo, señor, pues no ha sido culpa mía. El encargado me dijo que tuviera mucho cuidado, y así lo he hecho, por consiguiente si se ha roto yo no tengo la culpa.

—Eso no importa ; dijo Campión ; lo principal es saber si *tú* has sufrido alguna rotura.

—No creo que me he roto nada, aunque me siento todo el cuerpo magullado. La lanza del coche me dió en el hombro y me arrojó al suelo como si fuese á nadar. Pero hágame el favor, señor, de tentar este paquete por encima del papel y decirme si se ha roto el contenido. Bien, ¡ Dios quiera que no ! Si Vd. supiera el trabajo que me ha costado traerlo hasta aquí seguramente que se compadecería Vd. de mí. Monté en un ómnibus en la avenida de Tottenham Court, y al poco rato los dos caballos se cayeron ; tomé entonces ótro en el Círculo é íbamos corriendo cuesta abajo por la calzada de Edgeware cuando chocamos con el carro de un carnicero, y casi volcamos. ¡ Nunca he visto una cosa semejante, señor ! Entonces me dije : no más coches, caminaré el resto de la jornada. Pero, ¿ Quiere Vd. creérlo ?, parece que todos los coches, ómnibus y carros que me encontré en el camino parecían que se habían propuesto atropellarme. Nunca, en toda mi vida he hecho un mandado como éste. ¡ Quiá ! cuando llegué aquí ya me sentía tan fatigado de vivir como una vieja, y me dije : ¡ maldita

la imagen ! pronto me veré libre de ella ! No hacía más que un momento que lo había dicho, cuando de repente se aparece ese coche á la carrera, y ¡ plum ! voy abajo como un muñeco.

—Lo vi ; dijo Reinaldo ; y tú no tienes la más mínima culpa. Lo mejor que puedes hacer ahora es entrar aquí en mi casa y tomar un poco de brandy. Veremos si tienes algún hueso roto.

—Debo primero entregar este paquete, y quitármelo de encima ; dijo el muchacho con firmeza.

Campión examinó entonces la dirección que tenía el paquete y vió que era para él.

—¡ Ah ; dijo ; debe ser el regalo de Sibila !

Curioso era pensar los peligros que había corrido de perderse ó de romperse, y su salvación le pareció á Reinaldo una especie de milagro.

Hizo entrar al muchacho, llamó á Bales para que le atendiera y él le examinó todo el cuerpo con cuidado. Afortunadamente sólo tenía una ó dos magulladuras, y estaba un poco nervioso á consecuencia del susto.

—Yo no he oido ningún coche ; dijo Bales ; este muchacho debe haber estado peleando con otro, pues eso es lo que hacen en la calle estos pillastres. Esas magulladuras no las ha recibido en ningún percance, estoy seguro de ello.

No habiendo argumento posible que pudiera hacerle cambiar de opinión.

Mientras tanto Campión había desatado el valioso paquete creyendo firmemente encontrar algo atractivo por su historia, algo bonito y apropiado como adorno, que pudiese ocupar un puesto entre sus dioses caseros.

Pero desfalleció ante la realidad : era efectivamente un dios casero en la acepción literal de la palabra, pues no era

ni más ni menos que un ídolo oriental extremadamente feo, como los que pueden encontrarse en cualquier santuario budhista de la China ó de Burmah.

Estaba hecho de una mala clase de alabastro matizado de colores oscuros ; aquí y allí lucía una chispa blanca bajo la lisa superficie. El manto estaba indistintamente indicado con laca de un rojo oscuro, y el ídolo se hallaba representado en cuclillas con varias manos abiertas como abanicos que salían de las piernas. En su ancha y aplanada cara de luna aparecían los ojos cerrados, y la expresión general de su semblante era la de una persona medio dormida y llena de satisfacción, como si un invisible devoto lo estuviese fervorosamente deleitando.

¡ Este era, pues, el primer regalo de Sibila ! Y al contemplar la inescrutable sonrisa que tenía el ídolo dibujada en su apacible semblante, el demonio de la duda volvió á presentarse en la mente de Campión. Aquella sonrisa parecía decirle : ¿ Soy yo la clase de regalo que una joven debe dar al hombre á quien ama ? Y la respuesta que él se dió fué : "No, ella me ha enviado esto con la idea de hacerme una burla fantástica, y nó en prueba de amor. Después de todo, parece que Sibila está jugando conmigo."

CAPÍTULO III

DESDE UN PEDESTAL

Campión miraba todavía con tristeza su mal elegido regalo, cuando entró Bales después de haber acompañado al muchacho mandadero hasta la puerta.

Supongo, dijo el criado ; con tono de duda y curiosidad ; que esta imagen llamó la atención de Vd. como objeto de adorno, de lo contrario no creo que Vd. hubiera gastado el dinero en ella.

—Es un regalo, Bales ; contestó Campión disimulando inconscientemente su opinión sobre el particular, y á costa del mal gusto de Sibila.

—¡ Ah ! ¿ Es un regalo ? Pues si no hubiera pasado el día 28 de Diciembre, creería que alguien le hacía un regalo de *inocente ;* y por cierto que no pudieron elegirle más feo ; parece que han querido dar á Vd. una broma un poco pesada.

—Bastante pesada, Bales ; pero como tu ves, es un objeto curioso entre los de su clase.

—Así podrá ser ; pero si yo quisiera hacer algún regalo, trataría que fuese de mejor gusto que ese. Si el objeto de mi elección fuera un busto, miraría al menos que tuviera la cara más parecida á los cristianos, pues bastantes se ven por las calles puestos en venta por los escultores ambulantes italianos.

—No lo dudo ; pero este es un ídolo antiguo de la India.

—No lo crea Vd. señor ; es mucho más probable que sea una imitación, una de esas figuras que hacen en Birmingham representando á los dioses paganos. ¡ Ay, ay ! Exclamó de repente con dolor, sentándose en la silla más próxima. Dispénseme la libertad, Don Reinaldo ; pero me acaba de dar uno de mis antiguos dolores espasmódicos en este costado.

—Bales ; ¿ Tú no tienes fe en las cosas antiguas, eh ?

Ciertamente que no ; y aunque no puedo decir que en un todo las crea inservibles ; sin embargo yo formo mi juicio solamente con mis propias observaciones. Ahora bien ; ahí tiene Vd. ese lugar llamado *Stone-Enge*,* al que tomó Vd. tanto cariño cuando estuvo en Wiltshire la primavera pasada; pues bien, jamás Don Reinaldo podrá persuadirme de que esas grandes piedras son lo que dicen de ellas. ¿ Qué sabían del arte de construir los antiguos Bretones que vivían en los árboles ? ¿ Y cree Vd., que haya piedra alguna que pueda resistir nuestro clima durante tantos centenares de años ? Mire nuestros edificios públicos, construídos hace poco tiempo y ya se desmoronan. Me atrevo á decir que Vd., Don Reinaldo, siendo joven, cree que sea esa la "Aguja de Cleópatra" la que han colocado á orillas del Támesis ; por mi parte, no lo creo. Desde el momento que la ví, me dije : es una impostura ; todas esas marcas y figuras han sido hechas en nuestro Palacio de Cristal, que me acuerdo bien cuando todavía no estaba construído. En eso es en lo que yo me fundo, ¿ Vd. comprende ? Nó, no se deje Vd. embaucar, señor. Lo mismo resulta con los cuadros de esos antiguos maestros ; ¡ vamos, usted sabe lo que son tan

* *Stone-Enge*, son dos círculos de grandes piedras colocadas á plomo, á siete millas de Salisbury en Inglaterra y que se dice fueron construidos en el año 472.

bien como yo! Yo conozco un individuo que los hace por gruesas; no necesita más que dibujar, colorarlos tan malamente como puede, y colgar luego los lienzos á la chimenea para que se sequen. Cierto es que en la Galería Nacional hay varios cuadros bastante limpios; pero su propio sentido común le dice que están demasiado bien iluminados para que hayan sido pintados en aquellos comunmente llamados tiempos cenagosos. Aquellas gentes no tenían la instrucción suficiente para hacerlos.

—Tú eres un sabio, Bales, el siglo diez y nueve es el único siglo verdadero, todos los otros son espurios, y lo que se ha hecho en ellos lo prueba. Indica ahora algún lugar donde colocar este ídolo. ¿Qué te parece ponerlo encima del pequeño estante de libros?

—No lucirá allí más hermoso que en cualquiera otra parte; dijo Bales.

—Ponlo sobre la rinconera donde está ahora la diosa Herma. Tal vez será mejor que traigas antes la escalera.

Bales trajo la escalera y, apoyándola sobre la repisa de la chimenea, subió pausadamente. Después de quitar de su puesto la pequeña pero fiel copia de yeso de la antigua diosa griega, y se preparaba para colocar al ídolo Oriental en el sitio de la divinidad clásica. Parado sobre la escalera y sosteniendo la imagen con los brazos estirados, dió media vuelta para ponerla encima de la rinconera, al mismo tiempo que decía con enfado:

—¡Y pensar que haya negros tan ignorantes que se postren de rodillas y adoren á este viejo mascarón! Vamos, nunca lo hubiera creido . . .

Pero lo que Bales no hubiera creido no estaba destinado á que se supiese en aquella ocasión, pues perdiendo el equilibrio cayó al suelo acompañado ó precedido de su carga. Con el desesperado esfuerzo que hizo por asirse al marco de

la chimenea lo desprendió por completo, arrastrando consigo en la caida los valiosos objetos de cristal antiguo de Bohemia, alfarería de Venecia y terra-cota Romana que sostenía. Eran los muy estimados despojos que como botín Campión había traido á la vuelta de sus escursiones por el Continente, y Bales yacía allí de espaldas en el suelo en medio de las ruinas.

"Está bien"; dijo Campión frunciendo el entrecejo, mientras desembarazaba á su criado del marco de la chimenea y le ayudaba á levantarse de entre los fragmentos; has logrado caer seguido de un gran acompañamiento, Bales.

Éste se sentó, movió los ojos en todas direcciones y dijo:

—He caido sobre el filo del guarda-fuego, y me tomará más de una hora en limpiar y poner en orden todo este enredo; dijo con tono de mal humor.

—¡No fuí yo quien lo hice, condenado!; dijo Campión riéndose á pesar de su incomodidad. ¡Ea! levántate y recoje todos esos tiestos! Mi Herma está toda hecha añicos, ya lo veo, y supongo que al ídolo le habrá pasado otro tanto.

—Estando el ídolo muy sólidamente hecho, señor, ha permanecido entero y sin sufrir daño alguno, que es más de lo que yo puedo decir de mi propia cabeza: todo mi cráneo parece estar rajado, y con el golpe mi cerebro se halla en tal estado que no sé lo que me digo, ni si estoy sentado ó de pie. Lo único que puedo decir es que otra vez que á su amigo de Vd. le dé el capricho de enviarle un regalo, espero que elegirá uno que sea más fácil de manejar; eso es todo.

Á lo menos el regalo de Sibila no había sufrido el más mínimo rasguño, así es que apesar de su disgusto por el gran número de objetos que se habían roto, Reinaldo se

sentía contento al pensar que no tendría que decir á Sibila que su ídolo estaba hecho pedazos.

¿Dónde lo colocaría ahora? Tal vez, después de todo, el estudio y nó el salón de recibo, era el mejor lugar para tenerlo, y así Sibila lo vería allí cuando viniese al día siguiente Él se acordó que tenía un pequeño pedestal chinesco, en el que se enroscaba un pintoresco dragón, y por entonces, colocó al ídolo sobre dicho pedestal.

La mañana siguiente cuando fué á almorzar encontró sobre su plato una carta, cuyo sello y marca de corréo hicieron temblar sus manos al romper el sobre, pues sabía que contenía la muy esperada respuesta del coronel Elsworth, padre de Sibila.

Era una carta llena de precaución y reserva, y un tanto vacilante. El coronel principiaba diciéndole que si su posición y proyectos eran efectivamente lo que Campión le había manifestado, no podía existir ninguna objeción razonable para oponerse al matrimonio, particularmente cuando su hermana, que era mejor juez que él en la materia, les había permitido contraer el compromiso de casarse, pues presumía que naturalmente ellos habrían obtenido de antemano su consentimiento. Con todo, agregaba él, que como padre estaba obligado á no tomar nada por hecho; que hacía varios años que faltaba de Inglaterra, lo que probablemente sería la causa de que el nombre y las obras de Campión no le fuesen familiares, y que prefería tomar los debidos informes antes de dar su consentimiento para el matrimonio, con mucha más razón no habiendo todavía tenido noticia de la opinión de su hermana sobre el particular. Esperaba estar muy pronto de regreso en Inglaterra con licencia, y entonces habría tiempo suficiente para decidir, dejando entre tanto á la Señora Staniland (á quien escribiría y se lo diría él mismo dentro de una semana) que

estipulase bajo qué condiciones permitiría que se vieran él y su hija, ó si se negaba á ello por completo; y añadía que Campión, para ahorrarse tiempo, podía mostrar aquella carta á la Señora Staniland, si así lo creía conveniente.

La carta era quizás tan favorable como pudiera esperarse, y él no tenía motivo para temer el resultado de los "informes" que el coronel quería tomar. Gracias á la herencia, que ya pronto se la entregarían, podía casarse sin cometer una imprudencia, y además principiaba á ser reconocido como un hombre que llamaría la atención en su arte en día no lejano. No le quedaba duda, si Sibila le permanecía fiel (pues ese terrible "sí" había vuelto otra vez á desvanecer sus esperanzas); fuera de eso nada le arredraba para vencer todas las contrariedades que se presentaran.

Un triste pensamiento cruzó entonces por su mente; ¿qué resultaría si la Señora Staniland hubiere recibido también aquella mañana una carta del coronel? Su confesión habría sido anticipada, y en ese caso ella estaría extremadamente predispuesta contra él. Esta idea le inquietaba y en su turbación no pudo trabajar, hasta el momento que sonó la campanilla de la puerta y le anunciaron que Sibila y su tía habían llegado; entonces hizo un esfuerzo por aparecer delante de ellas en completa calma.

Por las maneras de la Señora Staniland, que eran las mismas que de costumbre, comprendió Campión al momento que nada sospechaba. El coronel debía haber pospuesto su intención de escribirle, ó quizá la carta no había sido puesta á tiempo en el corréo; él podía pues, hacer uso de su oportunidad.

Era la Señora Staniland una hermosa anciana; de aspecto noble y distinguido; cabellos de un color gris pardo veteados de plata por las canas; grandes y brillantes ojos; su tez de un delicado tinte color de manzana, y sin ninguna

arruga. Hablaba con cierta aspereza, y aún en los momentos en que quería mostrarse más afable, su voz tenía un tono de autoridad.

—Señor Campión ; principió á decir mientras le estrechaba la mano ; esta tiene que ser la última vez que venimos. El día que llegamos de Eastbourne iba á mandar á buscar á Vd. para que me diera noticias del retrato ; pero hizo una noche tan terrible que no quise que mi criado saliera de casa.

—El retrâto sólo necesita algunos retoques, que concluiré hoy, y ya no tendré que molestar á ustedes más ; contestó Campión.

—¡ Oh ! yo no me quejo de nada que sea *necesario.* Dígame Vd. ; ¿ Necesita tánta luz como la que hay aquí ? *Yo* creería que una luz tán fuerte no se haría bien al color de ninguna persona ; pero Vd. es mejor juez que yo en la materia, no hay duda. Voy á sentarme con toda la comodidad posible, y Vd. podrá trabajar y concluir de una vez. Sibila, ¿ Dejaste á Willoughby en el coche ?

¡ Ah ! No ; aquí está.

¡ Willoughby, ven acá, picarón, y haz compañía á tu ama !

Willoughby era el falderillo, que al oir la voz de su dueña abandonó de mala gana el paséo de inspección que había comenzado en derredor del estudio, y fué á acostarse á su lado sobre un pequeño canapé oriental, el único oásis de lujo en aquel artístico desierto, en el cual se había ya instalado la Señora Staniland con su cesto de costura, libros y periódicos como específicos contra el fastidio.

Sibila se había quitado su bien aforrado abrigo y se hallaba de pie ante su retrato, vestida con el hermoso traje blanco con el que la habían comenzado á retratar. Reinaldo se acercó, y poniéndose á su lado le dijo :

—¿ Está Vd. satisfecha ?

—Sí ; yo creo que está muy bien.

Le pareció á Campión notar cierto embarazo en su voz, y contestó :

—Pero no tan bien como Vd. desearía : Sea franca.

—Bueno, ¿No cree que me sentaría bien un poquito más de color ? ¿Es que soy tan pálida como Vd. me representa ?

—El pintor ve las cosas de una manera diferente á las otras personas. Ese tinte particular es en sí un gran encanto.

—Pero no puedo creer que yo aparezca bien cuando me siento indispuesta.

—Debe comprender que al retrato le falta mucho todavía para estar concluido, y cuando vuelva á verlo no hay duda que hallará muchos cambios. Espero que entonces reconozca que no ha salido infiel por completo.

Campión había hablado con alguna reserva, debido en parte á la presencia de la Señora Staniland, y también porque se hallaba un tanto ofendido. Aquella palidez color de crema, que le era á ella natural, no tenía semejanza alguna con la amarilléz de una persona enferma, y estaba perfectamente reproducida en el lienzo. ¡ Ella bien pudo haberlo notado ! se dijo él.

—Te tomas mucho tiempo hoy para colocarte en posición, Sibila ; la dijo su tía desde la distante esquina en que se hallaba.

—Ya hemos principiado ; replicó Campión. Ahora, Señorita Elsworth, tenga Vd. la bondad de no moverse durante unos cuantos minutos.

Sibila después de hacer una mueca petulante permaneció tranquila, y Reinaldo puso todos sus cinco sentidos para trasladar al lienzo algo de aquella provocante fascinación y seductora voluntariedad.

En el fondo de su alma la Señora Staniland no consideraba que la ocupación de un artista era cosa suficientemente seria para que se llevase á cabo en silencio, así es que entabló conversación con Campión preguntándole si había oido hablar de lo que le acababa de suceder.

—Yarker, el despensero, ha dejado mi casa hace un mes y esa es una acción desconsiderada y egoísta de parte de ese hombre, justamente cuando ya se había adaptado á mis costumbres. Pero nada le satisfacía, sino el deseo de ser policía ; así es que le dije : bien, si te empeñas en marcharte, vete, pero espero que tu conciencia te lo reprochará algunas veces bajo tu nuevo casco de uniforme. Siempre me resulta así con todas las personas en quienes me intereso y trato de ayudar. ¿ Vd. se acuerda de la criada ayudante de cocina de quien le hablé ; de aquella muchacha que libré de la degradación sacándola de los cafés cantantes donde era actriz ?

—¿ La muchacha á quien el bruto de su padre dió de golpes, porque (con mucha razón) se negó á cantarle algunas de sus canciones ? ; preguntó Campión.

—Sí, *esa* misma. Pues bien ; sus escrúpulos no le impedían cantar por toda mi casa, y no puedo imaginarme que haya canciones *peores*. Además, se hizo tan atrevida que al menor regaño tiraba las cacerolas y su lenguaje era escandaloso, así es que me ví precisada á despedirla. ¿ Y qué cree Vd. que hace ahora ? Viene á mi puerta una tarde sí y otra nó á tocar un organillo. ¡ Ah ! Este es un mundo desagradecido y mentiroso, ó por lo menos así lo he encontrado yo. Vamos, vea Vd., hasta ese joven afinador de pianos que con tanta modestia me preguntó mi opinión sobre unos versos que eran verdaderamente lindos, *¡ él es* también para mí un terrible desengaño !

—¿ Qué es lo que ha hecho ese ?

—Que él no fué el que hizo los versos ; los copió ; ¿ Que le parece ? casi palabra por palabra de una antigua revista americana, donde Sibila los leyó después; la única alteración que hizo fué echar á perder el metro. Y cuando le interrogué sobre el particular, tuvo el descaro de decirme que no había derecho internacional de propiedad literaria, y que él solamente había "adaptado" los versos. ¡ En verdad que parece como si yo estuviera condenada á ser engañada tarde ó temprano por todos aquellos á quien trato de proteger !

—No todos, así lo espero ; dijo Campión sintiendo en su conciencia una especie de mal estar pasajero.

—No me acordaba de Vd. cuando dije eso ; estoy segura que Vd. probará ser una excepción. Ahora que recuerdo, espero pronto á mi hermano, el padre de Sibila, que vendrá con licencia ; ya debía haber tenido carta de él, pero nunca nos ha escrito con regularidad. Cuando venga le voy á traer aquí para que conozca á Vd. ¡ Es tan bueno para un joven tener unos cuantos amigos influyentes !

—¡ Cómo lo he experimentado yo ! Contestó Campión.

—¡ Oh ! Cuando yo descubro el genio bajo cualquier forma, me gusta alentarlo. Quisiera poder decir que el resultado era en lo general más satisfactorio. ¿ Qué le pasa á Willoughby ? se ha escapado y no le veo, pero por su ladrido conozco que está excitado. Señor Campión, tenga la bondad de ir á ver donde está, pues yo no puedo abandonar mi bordado.

—Aseguro á Vd. ; contestó éste ; que no es probable que Willoughby pueda causar ningún daño aquí.

—Pero yo creo que algún ratón debe estar mortificándolo, ¡ Pobrecito ! Sírvase espantar al ratón.

—No hay un ratón en toda la casa, doy á Vd. mi palabra ; dijo Campión.

—Yo iré á ver ; exclamó Sibila.

—¿ Usted ? ¡ por nada en el mundo ! ; contestó Campión ; estamos ahora en la parte más importante del retrato para que yo pueda permitir que Vd. se mueva. Yo iré á ver al Señorito Willoughby tan pronto como pueda.

—¿ Puedo mover la cabeza á un lado ? ; preguntó ella.

—Sí ; si permanece Vd. con las manos quietas.

Eran unas manos lindísimas, y al quedar lijeramente enlazadas con cierta indolencia encantadora mostraban sus flexibles curvas y su satinada superficie, que Campión procuraba trasladar al lienzo con todo el ardor, anhelo, y el más esquisito cuidado de un pintor que es también amante.

Cuando Sibila volvió hacia él la cara, sus ojos brillaban con una maliciosa mirada, y preguntó sonriendo de una manera picaresca :

—¿ Quiere Vd. saber lo que efectivamente está fastidiando al falderillo de mi tía ?

—Creo que no será alguno de mis cuadros ; dijo Campión.

—Nó ; parece que ha excitado uno de sus ataques repentinos de disgusto aquella pequeña y horrible imagen que está sobre el pedestal. ¿ Es esa una nueva adquisición ? No recuerdo haberla visto la última vez que estuve aquí.

Sibila dijo estas palabras con la mayor naturalidad, pero con cierta expresión extraña en sus ojos. Campión lo observó con una mirada un tanto severa, y dijo :

—Un amigo me la regaló ayer.

—Cosa estraña para venir como regalo de un amigo, ¿ no lo cree Vd. así ? replicó Sibila.

—Depende más bien de la intención con que se hizo el regalo—contestó Campión.

—¡ Que frase tan horrible ! ¡ como si viniera encerrada

en una botella á semejanza de una culebra en encurtido! Pero Vd. debió haber pensado, cuando la vió por primera vez, que su amigo se burlaba.

Campión frunció un poco el ceño y dijo.

—He pensado eso mismo desde entonces, y nunca con más razón que ahora; sin embargo he procurado creer también que mi amigo no ha tratado de burlarse de mí intencionalmente.

En el mismo momento los ojos de Sibila tomaron una expresión de sumisión y arrepentimiento, y olvidándose que no debía comprimir sus entrelazadas manos, dijo con dulzura:

—Creo que Vd. tiene razón. Es muy probable que su amigo la comprase creyendo que era un objeto curioso é interesante en su género. Tal vez se imaginó también que cualquier cosa que fuese, viniendo de su parte; ¿Vd. comprende? sería apreciada por Vd.

—Ahora que Vd. le da esa significación, me siento seguro de que así fué. Y mi amigo no se equivocó, porque en verdad aprecio su regalo.

—Si yo quisiese hacerle un regalo á alguna persona á quien apreciara tendría cuidado de elegir una cosa muy fea, porque así sabría si era á mí ó á mi regalo á quien ella estimaba. Ciertamente que el regalo de su amigo es horrible, con aquella sonrisa tán repugnante, ¿No es verdad?

—No se debe criticar ningún regalo, ¿No es cierto? por lo menos en nada que se relacione con la boca. Y con respecto á éste no me siento seguro si es ó no que le estoy tomando cariño por lo mismo que es feo: en su casa hay algo que me parece se asimila á uno mismo.

—Me sería muy penoso si se asemejase en algo á mí. Pero dígame, ¿Es cierto que le agrada?

—Sí; para mí hay una irresistible fascinación en un real

y verdadero ex-ídolo. ¡ Piense Vd. en el poder de que ha gozado en sus días ; del entusiasmo que habrá despertado ; de la fe que habrá inspirado ! Este pequeño ídolo hubo un tiempo en que tuvo su templo, con una plana completa de sacerdotes, todas comprometidos á suministrar sus necesidades y proclamar sus virtudes. De él en cambio nada se esperaba, excepto alguno que otro milagro cuando se sentía con fuerzas para ello, y aún esto era probablemente llevado á cabo por mediación de un apoderado. Allí se hallaba él, sentado en una atmósfera de incienso y flores, oyendo las alabanzas que le hacían un cordón interminable de compungidos devotos.

—Eso debió haberlo hecho muy engreído ó en extremo fastidiado, dijo Sibila.

—Engreído tal vez ; pero dudo que la idolatría produzca un verdadero fastidio, por lo que concierne al objeto idolatrado : jamás se ha oido quejar de monotonía á ninguno de nuestros ídolos populares, quizás habrá podido suceder en el caso de que las adoraciones fueran de corta duración. Por lo que toca á este individuo, Vd. puede ver en su cara que gozó de ello por completo. Me atrevo á decir que en la mayor parte de los ídolos queda siempre un resto de buen humor, como se patentiza en éste, á quien sin duda debió haber divertido ver que se solicitaba su mediación con tanta insistencia, prodigándole los regalos para que permaneciera de buen humor, estando por su parte convencido de que no tenía bastante influencia para contener un aguacero ó curar un resfriado.

—Estamos hablando como si fuese una cosa real y positiva : dijo Sibila.

—Han existido un gran número de personas que en realidad han sido muy artificiosas ; no queda duda. Este ídolo ha sido una personalidad para varias generaciones,

que debieron haberle hecho creer que su poder era tan grande como el de cualquiera otro. Pero ¡ qué cambio tán grande se ha operado ahora ! Nadie sabe siquiera á quién representa, á menos que no sea una imagen de Budha, lo que por compasión á éste espero que nó. No hay quien le consulte ni aún sobre el tiempo ; nadie le hace regalos, ni se sabe cuáles son sus gustos respecto á flores ó ceremonias que le agradan ; es un simple mueble, una curiosidad, "un sujeto que ha sufrido pérdidas," sin siquiera tener el consuelo de que le quedase "la hermosura de su persona."

—¡ Qué patético está Vd. !, exclamó Sibila ; me veré obligada á enviarle algunas lilas de cuaresma. Pero mírelo como está sentado ; parece bastante feliz y contento, sonriéndole á ese pobre enfurecido falderillo, como si fuera un gato sobre una pared.

Willoughby había sin duda alguna odiado la vista del inofensivo extrangero, y después de aullar y olfatear en derredor del pedestal por algún tiempo, é incapáz de refrenar más sus claras y positivas manifestaciones de disgusto, ladraba lleno de furia.

—Señor Campión ; dijo la Señora Staniland ; suplico á Vd. otra vez que traiga á Willoughby á mi lado ; esa excitación no le conviene. ¡ Cualquier cosa fea lo impresiona tánto ! ¡ Pobrecillo ! Y esa imagen parece afectarle los nervios ; tenga la bondad de ponerla donde no pueda molestarlo.

Campión acababa de inclinarse hacia atrás para ver el efecto que producían en el retrato sus últimas pinceladas, y buscando un pedazo de trapo para limpiarse el dedo pulgar con que había tocado un punto todavía fresco del lienzo, dijo :

—Yo diría que Willoughby tiene la culpa de todo ese ruido. Y un momento después gritó :

—¡ Por Dios, ha tirado todo el tenderete !

—¡ Ay, Reinaldo ! gritó Sibila, olvidándose por un momento dónde se hallaba ; ¡ Pobre perro ! ¡ Oh, es horrible ; quítelo Vd. pronto de ahí !

—¿ Es que Willoughby ha causado algun daño ? Preguntó la Señora Staniland preparándose á dejar su costura y levantarse del canapé con el mayor aire de dignidad.

—Me temo que se lo ha hecho él mismo ; contestó Campión dirigiéndose á donde estaba el animal, cuyo último salto de desesperación había derribado el pedestal, cayéndole la imagen sobre la cabeza.

El ídolo yacía con la cara hacia arriba y dibujado en su semblante lo que el inmortal biógrafo del "Honorable Juez Supreme Mookerjee" describiría como "los blandos y fascinadores rayos de una tonta sonrisa," teniendo debajo al infortunado falderillo que no se daba más por insultado.

La Señora Staniland estaba inclinada sobre él, y le decía :

—¡ Ay, mi pobrecito faldero dime algo ! yo, no sé lo que digo Sibila, tráeme el pomo de las sales.

La Señora Staniland no hubiera sacado mas provecho aplicando el pomo de tapa de oro á las aplastadas narices del ídolo, que lo que sacó al ponerlo en las del falderillo. Y para mencionar de nuevo el célebre biógrafo diremos que todo fué como aquello "después del burro muerto cebada al rabo."

Sibila estaba pálida y desconcertada por el sentimiento que la escena producía á su tía ; pues por su parte ella no había tenido mucho cariño por el malogrado Willoughby ¡ Oh, mi querida tía ! Estoy triste, tristísima por el accidente que acaba de suceder.

La Señora Staniland se levantó lívida y desencajada, y dirijiéndose hacia Campión le dijo con aspereza : Esto no

ha sido un accidente casual, ha sido un descuido culpable é intencional, sinó peor. ¿Á quien le ocurre poner una piedra tan pesada sobre un pedestal tan débil expuesta á caer al menor soplo de viento? No; eso no pudo ser puesto ahí sino con alguna intención.

Campión no podía creer lo que oía y preguntó; ¿Es que Vd. quiere decir que yo había premeditado lo que iba á suceder?

—¡Oh, no hago ninguna acusación! Á Vd. nunca le agradó que mi pobre perrito estuviese en su estudio, y ninguna trampa para deshacerse de él pudo ser mejor que ésta. Supliqué á Vd. varias veces que tranquilizara á Willoughby trayéndolo á mi lado; pero como yo no soy más que una vieja tonta para un caballero joven y de talento como Vd., no se me hizo caso. Me aventuro á creer que Vd. deseaba que él se hiciera daño. Está bien; ¡Ya se ha salido Vd. con la suya!

Los ojos de la furiosa señora brillaban de indignación, y sus mejillas tenían un tinte color de carmín: estaba ciega de ira. Hubiera sido injusto tomar á ofensa sus descabelladas acusaciones, de las que probablemente no se acordaría ya al siguiente día; así es que Campión refrenó sus impulsos. Principalmente pensaba en la imposibilidad de manifestar por entonces á la Señora Staniland sus relaciones amorosas con Sibila, y se limitó por lo tanto á decir:

—Señora Staniland, Vd. es muy injusta conmigo.

—¡No en lo más mínimo, caballero! Yo tenía el derecho, que Vd. me obliga á recordárselo, de esperar otra cosa mejor de su parte. Creo que Vd. me debe algunos favores, y vea Vd. cómo me paga.

—Vd. se lo está pagando á sí misma, señora, al hablarme de ese modo.

Con idea más bien de disipar su propia incomodidad,

que iba en aumento, que con otro objeto, Reinaldo trató de colocar cuidadosamente el ídolo en el centro de un viejo armario; pero desgraciadamente su acción pareció tan sólo aumentar la incomodidad de su protectora, que le preguntó:

—¿Es eso que está Vd. haciendo ahora un insulto intencionado, ó mera prueba de endurecimiento de su sensibilidad?

—Parece que no hago mas que ofender á Vd. hoy; contestó Campión. No veo cómo pueda causar á Vd. ofensa lo que estoy haciendo ahora.

—¿Es que en realidad intenta Vd. conservar ese peligroso y ensangrentado objeto entre sus curiosidades, apesar de todo lo sucedido?

—¿Quiere Vd., Señora Staniland, que lo ahorque? replicó él con un tono que no le fué posible contener por más tiempo.

—Parece que le gusta á Vd. ser sarcástico, caballero; respondió ella; pero nadie con un algo de buenos sentimientos, sin querer decir nada de buen gusto, pretendería conservar ese objeto después de lo que ha pasado, suponiendo que haya sido un simple accidente. Nó, cualquiera le arrojaría por la ventana, le regalaría, ó bien le haría pedazos; cualquiera cosa menos conservarle.

Sibila había permanecido á cierta distancia escuchando la conversación con los ojos inclinados hacia el suelo, un tanto avergonzada quizás, pero distraída también por lo que de jocoso tenía la escena, según lo daba á entender con el gesto que se veía en sus labios. Mas al oir esta última demostración de injusticia por parte de su tía, levantó los ojos y miró á su amante con curiosidad para escuchar lo que iba á decir.

—No puedo hacerlo; contestó Reinaldo; pues la ver-

dad es que este ídolo me lo regaló un amigo á quien quiero mucho.

—El cual le hizo prometer, tía Hilaria, que nunca se desharía de él; dijo Sibila con vehemencia.

—¿Cómo sabes tú eso, Sibila? esplícate; interrogó su tía con dureza, pero aquélla permaneció discretamente callada.

—Apesar de todo es la verdad; dijo Campión; yo no podría deshacerme de él aunque quisiera.

—Está bien; dijo amargamente la Señora Staniland. Supongo que esta es la recompensa que Vd. me hace. ¡Debía habérmelo esperado!

Hubo entonces una pausa repentina, pues se acababa de abrir la puerta del estudio, en la que se presentó Leonel Babcock tan satisfecho y sereno como de costumbre y entró en aquella atmósfera tan cargada de electricidad. Ni las personas ni los objetos llamaron su atención por el momento, pues estando su mente muy concentrada en su propia persona, sólo vió á Campión, á quien estrechándole la mano le dijo:

—He traido el cuadro en el cual quiero que Vd. me ayude; lo tengo en un coche que está á la puerta.

Al decir esto se detuvo, pues se apercibió de que había otras personas en el estudio.

—¡Oh! pido á Vds. perdón. Tengo mucho placer de verla, Señora Staniland. ¡Y á tí también picarona Sibila! ¡Qué suerte! ¡Esto es magnífico! ¡Estoy muy contento, contentísimo de encontrarlas aquí!

Á Babcock todo se le volvían agasajos y manifestaciones de alegría infantíl; (modales que creía le sentaban bien) y les estrechaba la mano como si hiciera meses que no las había visto.

—Muy bien; dijo Babcock. ¿Qué tal le parece á Vd., el retrato de esta señorita?

—Se me ha dado motivo para pensar en otras cosas, contestó ella con sequedad.

—¡ Ah ! bien ; dijo Babcock. ¡ Ola, ola, Sibila ! ¿ qué hace aquí nuestro amigo el ídolo de las piernas cruzadas ? No me vayas á decir ahora que lo trajiste para que el Señor Campión te diera su parecer á cerca de la imagen ; él no entiende nada de ídolos de la India. Yo sí, que he estado allí y podría haberte dicho ayer en un segundo, cuando lo estabas comprando, si valía ó no la pena ; pero no me lo preguntaste.

—¡ Alto ahí ! dijo la Señora Staniland. ¿ De qué está Vd. hablando, Leonel ?

—¿ Eh ? exclamó Babcock. Vamos, seguramente que tú recuerdas, muchachita, ayer cuando te hallabas en la tienda de la calle de Hanway, que yo entré en el momento que estabas comprándole ; tuvimos una broma, tú y yo, con respecto á ese ídolo, ¿ no es verdad ?

¿ La tuvimos ? contestó Sibila ; lo he olvidado.

—Ahora principio á comprender ; dijo la Señora Staniland. Leonel, ¿ será Vd. tan amable que saldrá á ver si está mi carruaje á la puerta, y nos esperará allí hasta que salgamos ? No tardarémos mucho ; pero tengo un asunto que arreglar antes con el Señor Campión.

—Ciertamente, replicó Babcock. No dejaría de complacer á Vd. por nada en el mundo.

Cuando éste se había marchado, la Señora Staniland se volvió á Sibila y le dijo :

—Vamos á ver, Sibila, no me digas mentira ; parece que has sido *tú* el amigo que hizo este altamente estimable regalo.

Campión quiso hablar, pero se lo impidieron diciéndole :

—Vd. todavía, no, tenga la bondad. Quiero que mi sobrina me conteste.

—Sí, tía Hilaria, yo lo regalé, replicó Sibila.

—Y ¿puedo preguntarte si tienes la costumbre de hacer regalos á jóvenes á quienes apenas conoces? ; la interrogó su tía.

—Por lo general nó, contestó Sibila ; pero como indudablemente cambia de aspecto cuando uno está comprometido á casarse con la persona á quien hace el presente. Yo lo pensé así.

—¿Cuando uno está *qué?* exclamó la Señora Staniland. ¿Estás loca, Sibila?

—La verdad es, Señora Staniland, que Sibila me ha prometido ser mi esposa ; dijo Campión.

—Y ¿cuánto tiempo hace de eso?

—Unas seis semanas.

—Con que seis semanas, ¿eh?. Congratulo á ambos por el talento con que han llevado á cabo la intriga y por la manera de ocultarla.

—Le escribimos á papá tan luego como nos lo descubrimos nosotros mismos ; dijo Sibila ; é íbamos á decírselo á Vd. hoy.

—Bastante amabilidad ha sido por parte de Vds., ciertamente, pues por supuesto yo soy tan sólo para tí, tu encargada, y para él, su mejor amiga, para que se me diera conocimiento de ello.

—No fué culpa de Reinaldo, pues él quería habérselo dicho á Vd. desde el principio, pero yo no se lo permití.

—No sé á cuál de los dos admirar más. Y ¿ha escrito mi hermano aprobando este juicioso compromiso?

—He recibido esta mañana su respuesta ; dijo Reinaldo que parecía estar confuso dándola al mismo tiempo la carta del coronel. Por culpa de Babcock se había descubierto el secreto, de la manera más desastrosa y en el peor momento posible.

La Señora Staniland leyó la carta con labios comprimidos, y devolviéndosela á Campión le dijo :

—Parece que mi hermano da por hecho que Vds. no me habrían ocultado esto ; pero Horacio siempre está dispuesto á creer que todo el mundo posee el sentido del honor.

—¡ Tía Hilaria ! exclamó Sibila. Reinaldo quería decírselo á Vd. desde el principio.

—¡ Detén la lengua, Sibila ! El Señor Campión es bastante apto para defenderse él mismo.

—¡ Oh ! dijo éste ; por mi parte no trato de excusarme.

—Por mi parte no encuentro ninguna excusa ; dijo la Señora Staniland. Bien, señor mío, mi hermano me da plenos poderes hasta que él venga, según indica su carta : trataré de ejercérlos. Lo que he oido me hace tener muy poca confianza en ninguno de Vds. Prohibo á Vd., Don Reinaldo Campión, visitar mi casa ó tratar de ver á mi sobrina sin mi permiso. Y lo mejor que puede Vd. hacér ahora es procurar que en lo futuro su conducta no sea en lo más mínimo peor de lo que ha sido.

Campión dirijió una mirada interrogadora á Sibila, cuyos ojos parecían decirle "promete cualquier cosa," y contestó :

—Me comprometo á no tratar de verla por ahora si se nos permite escribirnos.

La Señora Staniland tosió significativamente, y dijo :

—¡ Oh ! no tema Vd. que yo atente lo imposibile. Sibila comprende, ó por lo menos debiera comprender, que tiene que obedecer las órdenes de su padre. Si Vds. deséan escribirse entre tanto, supongo que yo no podría impedirlo aunque quisiera, pero nada de entrevistas, ¿ Entienden Vds. bien ?

—Esperaré con paciencia ; contestó Campión. Y yo haré lo mismo, Reinaldo ; dijo Sibila con dulzura.

—Eso es todo. Por lo que concierne al rètrato, tendrá

que quedarse como está ; y si Vd. tiene conciencia, Señor Campión, debe estar remordiéndole ahora.

—Sí señora, me remuerde ; contestó Reinaldo haciendo un movimiento para ir á abrir la puerta.

—No se moleste, no tenemos necesidad de la ayuda de Vd. ; dijo la Señora Staniland. El Señor Babcock nos espera fuera. Á Dios.

Cojió entonces el cuerpo del difunto Willoughby, que había puesto sobre el canapé, y salió del estudio con paso magestuoso seguida de Sibila, que dirigió á Campión una mirada de despedida mezclada de resignación y cierta apariencia de cómica tristeza.

Poco después entró Babcock con un gran lienzo en la mano, y dijo :

—¡ Helo aquí, amigo mío ! Pinte Vd. ahí una figura adecuada, y con ello se ganará mi imperecedera gratitud. Dígame, ¿ Ha ocurrido aquí algo parecido á un altercado ?

—Así parece ; contestó Campión ; bien puedo decir que lo ha habido.

—¡ Ha, ha ! Vd. ha tenido la mala suerte de ofender á nuestra encantadora Sibila, ¿ eh ? Es muy quisquillosa, ¡ oh, sí, quisquillosísima ! Pero no le haga Vd. caso, compañero, recuerde lo que le dije ayer. Yo tengo un poquito de influencia sobre ella, y si puedo hacer algo por Vd. no hay más que decírmelo.

—Muchas gracias, pero la Señorita Elsworth y yo no hemos tenido ninguna desavenencia.

—¡ Ah ! entonces ha sido con la vieja. Conozco que habrá tenido Vd. que dominarse bastante. ¿ Algo que le hizo Vd. á Willoughby ? Ví que estaba muerto ; siempre creí que ese perro un día ú ótro iba á tener un fin desgraciado. ¿ Sobre qué fué la riña ?

—Querido amigo, esas son incumbencias mías.

—Perdóneme Vd.; dijo Babcock inflando los cachetes con aire de gran importancia; pero para una persona que puede hasta cierto punto estar íntimamente relacionada con la familia, ¿Vd. me comprende? puede importarme tanto á mí como á Vd.

—Pues entonces se lo diré, y Vd. verá qué derecho tiene para que se lo diga. La Señora Staniland acaba de descubrir, gracias á Vd., lo que yo mismo iba á decirle: que la Señorita Elsworth y yo estamos comprometidos á casarnos.

—¡Vd. es un diablo! gritó Babcock con aspereza.

—Se lo hubiera dicho á Vd. ayer; contestó Campión; si no hubiera estado comprometido á guardarlo como un secreto.

La cara de Babcock se enrojeció como una granada y, después de un momento de silencio, dijo:

—Si es así, entre Vds. dos deben haberse reido de mí á su gusto.

—¿Qué quiere Vd. decir?; preguntó Campión con firmeza.

—Nada; solamente que si es que conozco algo á las mujeres (y hasta ahora así me lo imaginaba), aquí lo tiene Vd. ¿Qué fué lo que Brabanto le dijo á Otelo después de la escena del concilio? "Ha engañado á su padre y también te lo puede hacer á tí." La cita no es de un todo exacta con respecto á nosotros cuatro; pero es bastante aproximada. Yo guardo mis congratulaciones hasta que tenga mejor ocasión de hacerlas, y que según creo no llegarán nunca. Adiós.

Adiós; murmuró Campión.

Cuando Babcock se retiró, Campión con el mayor disgusto comenzó á pasear por el estudio; estaba de mal humor por el ridículo papel que había tenido que desempeñar;

sin saber por qué, su esperanza para el futuro estaba en duda. Todo había sido fatal para él en aquella desgraciada mañana; y á pesar de que sabía que las insinuaciones de Babcock carecían de fundamento, sin embargo estaba convencido que aquello le alejaría de Sibila más de lo que hasta entonces habían estado.

CAPÍTULO IV

LAS ÚLTIMAS PINCELADAS

Á LA mañana siguiente, Campión había recobrado su ánimo algún tanto: al parecer el inesperado rompimiento con la Señora Staniland no sería definitivo; y según toda probabilidad en pocas semanas su posición podía ser considerada como ventajosa. La herencia que tan oportunamente le había venido, no tardaría en ser poseedor de ella. Tenía muchas esperanzas sobre los dos cuadros que había mandado á la Academia; y el retrato de Sibila Elsworth, á no dudar llamaría la atención en la Galería de Grosvenor. En tales circunstancias, si Sibila pernecía fiel á su amor, nada tenía que temer de la resolución del Coronel, aun contando con la contra que pudiera hacerle la Señora Staniland.

Cuando fué á almorzar encontró sobre la mesa una carta con sobre azul, en el que estaba impreso el nombre de los procuradores que habían sido los primeros en informarle de su herencia. Creyó que los albaceas testamentarios estaban dispuestos á pagarle enseguida; pero apenas había pasado la vista sobre el contenido de la carta, que la satisfacción que había experimentado al recibirla y el apetito que tenía, se desvanecieron como el humo. La misiva estaba concebida en estos términos:

"TESTAMENTARÍA SLIPCUP."

Señor Don Reinaldo Campión:

MUY SEÑOR NUESTRO: Hemos sido notificados por los albaceas testamentarios que la petición hecha ante el Tribunal de Somerset, con objeto de ponerle en posesión de su herencia, ha sido detenida por haberse presentado en el mencionado Tribunal otra petición para anular el testamento; según los informes que últimamente hemos podido obtener. La base que tienen sus oponentes es, que al tiempo de haberse otorgado el testamento, el testador no se hallaba en su sano juicio. Nosotros creemos innecesario advertir á Vd.; que si las gestiones que se están llevando á cabo en el mencionado Tribunal, tienen por resultado la anulación del testamento, todo legado que en él se especifique, quedará por consecuencia sin ningún valor.

No es nuestro objeto dar una opinión con respecto á las probabilidades de éxito que pueda tener la parte contraria, sin embargo, nos aventuramos á decirle que el paso que ellos han dado puede ser muy perjudicial para Vd. como uno de los herederos.

Somos de Vd.,

MOORE, BRADSHAW, Y MOORE.

NEW SQUARE, LINCOLN.

Al leer esta carta vinieron á la mente de Campión los más desconsoladores recuerdos sobre el carácter excéntrico de su pariente. Apenas le había conocido de vista, pero hasta aquel momento, se había hecho la ilusión de que su inesperada herencia era debida al orgullo que el testador debió sentir, al ver la fama creciente de uno de los de su familia, por cuya causa la decepción que recibía era mucho más dolorosa, dado caso, que el testador había soñado

la fama en el momento en que su imaginación estaba perturbada

Pensó ir á Lincoln, cerciorarse por sí mismo del estado del asunto y de las probabilidades que pudiera haber para declarar nulo el testamento ; como también para hablar personalmente con sus procuradores, de los cuales por medio de simpatía podría obtener con más franqueza su opinión ; cosa que por deber profesional, no podían hacerlo en una carta. Sin embargo, Campión no quiso hacerse muchas ilusiones sobre la herencia, pues pensaba, que al presentarse la petición de sus contrarios ante el Tribunal, á estos no les sería difícil probar que el testador había dedicado la última parte de su vida á esfuerzos inútiles de enseñar el ejercicio militar á una bandada de patos que tenía en el corral de su casa; esta excentricidad del testador predispondría el ánimo del jurado en contra de la validez del documento y anticipadamente Campión con la tristeza en el alma, veía todas sus esperanzas desvanecidas.

No podía saber con certeza cuando llegaría á su conocimiento la noticia comunicándole si el testamento había sido declarado nulo ó nó ; pues se deducía por la carta, que los albaceas testamentarios presentarían un escrito en contra de la petición de los contrarios, los que por su parte se verían obligados á tomar la iniciativa en el asunto, teniendo necesariamente que transcurrir algún tiempo antes que los tribunales decidieran la cuestión. Sin embargo no quedaba la menor duda que sus procuradores habían logrado infundir la desconfianza en el ánimo de Reinaldo. Si volvía la vista al pasado, veía que la herencia no había sido más que una esperanza engañadora. Bajo la impresión de que no le era necesario llevar una vida estrictamente económica, sus cuentas se habían hecho enormes en casa de los comerciantes de pinturas y lienzos, y como consecuencia natural se encontra-

ría en una posición muy embarazosa. Por otro lado veía á Sibila ; la pérdida de su herencia comprometía el buen éxito que pudiera esperar de parte del padre de la joven, y ¿ qué efecto podría producir en ella la funesta nueva ?

Necesariamente el resultado inmediato sería posponer el matrimonio, pues el Coronel Elsworth no era rico ni mucho menos, y por su parte el mismo Campión no tenía asegurada una manera de vivir. Resolvió no ocupar su imaginación con tan tristes presentimientos ; ¿ Porqué desesperarse cuando tal vez entonces los cuadros que tenía en su estudio, podrían proporcionarle fama y fortuna ?

Pasó inspección de ellos, pero quedó muy poco satisfecho de verse obligado á limitar sus esperanzas en su propio trabajo ; ¿ Cómo no había podido ver hasta entonces la pobreza en tono, falta de color, y poca vida de sus cuadros ? Era ya tarde para corregir todos los defectos, é imprimir en ellos la vida y fuerza de ejecución que debieran tener.

—Decidió hacer la prueba, y al retocarles en todos sus detalles, su mano rápida y nerviosa llevada por su inspiración, dió pinceladas con maravillosa maestría. En tres horas había transformado por completo su cuadro " Jerjes" ; los grupos aparecían en relieve, y formaban un hermoso contraste con el fondo rojizo que representaba la puesta del sol ; había impreso tal intrepidez en las figuras de los guerreros, que el conjunto general le parecía sombrío y pobre.

Al fin un poco más confiado en su trabajo, se encontró con ánimo suficiente para escribir á Sibila, darla á conocer el revés de fortuna que había sufrido, y suplicarla que le diera la seguridad de que su amor hacia él se sobrepondría á todo.

La carta fué escrita en su estudio con todo el calor que sentía en su corazón y con la rapidéz del pensamiento, y al

poner el sobre, hizo el azar que sus ojos encontraran la cara del ídolo Oriental que estaba sobre un armario al lado opuesto de la estancia y le pareció ver en él una sonrisa de entusiasmo y admiración.

La carta era demasiado importante para confiarla á manos extrañas y él mismo fué á ponerla al buzón, seguro de recibir respuesta á vuelta de correo. Esperó todo el día siguiente y dos más, pero no llegó la misiva consoladora; no obstante la seguridad que tenía de que Sibila y su tía permanecían en Sussex Place y que su carta habría sido recibida. Determinó ir á la oficina de correos á indagar el paradero de la misiva, aun teniendo la convicción de que sus dudas eran infundadas. Llegado que hubo á la oficina, llenó uno de los impresos apropósito para la reclamación de correspondencia, pero al dirigirlo al Administrador General de Correos se arrepintió, pues hubiera ó nó, Sibila recibido la carta, indudablemente sería molestada con preguntas é informes oficiales que tendría por resultado el disgustarla por completo. Decidió tomar la determinación más razonable para un enamorado, y la escribió de nuevo en tales términos que una joven por poco sentimiento que tuviera no podía dejar de contestar. De correos fué para su estudio y estaba pensando en su amada, cuando Bales entró en él y de buenas á primeras le preguntó:

—Señor; ¿Puedo llevarme esta imagen por un rato? porque tengo la intención de darle una buena lavada, pues está tan llena de manchas y polvo que nada puede venirle mejor que una mano de jabón.

—Haz lo que quieras, dijo Reinaldo.

Bales cargó con el ídolo en brazos como lo hubiera hecho con un perro faldero, y al ver sobre la mesa la carta que Campión había escrito le preguntó:

—¿Vá esto al correo?

—Nó; déjala; pienso llevarla yo mismo; pero, está bien Bales, llévala tú y ten cuidado de que llegue á tiempo, no te vayas á olvidar.

Bales se resintió creyendo que la advertencia no era necesaria, y salió del estudio refunfuñando. Como diez minutos más tarde el ídolo apareció traido en brazos de la mujer de Bales quien al entrar dijo á Campión:

—¿Podría Vd. hacerme el favor de darme un poco de coñac para mi marido?

—Indudablemente, tú sabes donde encontrarle. Dime, ¿está enfermo?

—Señor, esta mañana ha sufrido una ligera caida y según parece se ha hecho bastante daño en la parte atrás de la cabeza. Yo no sé que es lo que tiene Bales, desde hace algún tiempo siempre se anda cayendo y dándose golpes. Hoy mismo el que ha llevado le fastidia mucho, á pesar de haberse puesto una venda y haber pasado el accidente como desapercibido.

Campión no hizo caso, pensaba en Sibila, y se decía; ¿Tendrá corazón esa niña?

Esperó de nuevo una cariñosa contestación á sus cartas, pero esta nunca llegó.

Un día preguntó á Bales si había llevado su carta al correo, pero este recibió con indignación la pregunta, y al ver que no hacían plena confianza en él dijo: Todas las cartas que el Señor Campión me manda llevar, yo mismo las echo al buzón; Vd. me dió la carta y puede estar seguro como si fuera Vd. mismo, que yo la llevé.

Después Campión decidió no volver á escribir, y creyó que el silencio de Sibila era intencional; sin embargo no la culpaba por estar convencido de que ella no podría contestar ó bien habría prometido no hacerlo hasta la llegada de su padre. Campión no esperaba lo peor que pudiera ve-

nirle, y trató de pensar únicamente en su cuadro el "Sappho" para retocarlo con la mayor energía.

Había á su parecer producido una admirable alteración en él, y todavía estaba trabajando cuando llegaron unos hombres con cajas para empaquetar las dos pinturas y llevarlas á la Academia. Apenas se las habían llevado, comenzó, á pensar más y más en el inexplicable silencio de Sibila; recordaba algunas frases que al oirlas le habían parecido llenas de encanto y amor, y en este momento las juzgaba como impertinencias.

¿ Había afección en ellas ? Siempre había tenido especial placer en hacerle sufrir con sus caprichos de niña ; y por ventura : ¿ No sería este uno de ellos ?

Cuando él se paraba delante del retrato de Sibila, tenía por costumbre reflexionar de aquella manera, y al ver la sonrisa desdeñosa de sus labios parecía preguntarla. ¿ Dime, eres cruel conmigo ? ¿ eres indiferente ? ¿ me quieres ?

El cuadro había sido concluido, y entonces él comenzó á ver y á sentirse poco satisfecho de su obra, había creido hacer mucho más y veía que al cuadro le faltaba la expresión con que él soñaba y que estaba llamado á causar una verdadera sorpresa ; la composición era pobre y mal ejecutada, le faltaban algunos detalles que desvanecieran un tanto el demasiado efecto de otros, y cuando quiso retocarlos era ya demasiado tarde. En uno de estos momentos, quiso la casualidad que sus ojos encontraran la mirada del ídolo, y Campión al verle hizo una exclamación como si hubiera sido inspirado por él. Allí estaba la falta ; el ídolo mismo era la cosa que necesitaba el cuadro para armonizarle, y la fealdad propia de la imagen produciría en él un contraste encantador. Entonces creyó que algún instinto secreto había impulsado á Sibila á hacerle aquel regalo. Había más, si efectivamente ella se alejaba de él, cuando viera la refor-

ma que había hecho en el retrato y la interpretara como una muda petición; como el eslabón que debía unirles, ¿cuál sería su sorpresa? Aquello no podía disgustarle y quizás llegara á conmoverla.

Una vez que esta idea dominó por completo su pensamiento, los mejores maestros de Londres no podrían haberle disuadido de su propósito, aunque para ello hubieran empleado los argumentos más incontestables.

Colocó pues al ídolo sobre el pedestal adornado con el dragón, y dió principio á su experimento; apenas había indicado su posición en el lienzo, cuando se entusiasmó del efecto encantador que producía. Durante dos días consecutivos se negó á recibir cuando venían á verle, empleaba el menos tiempo posible para sus comidas, y pintaba sin descanso; su pensamiento y su vida estaban sobre el lienzo y los colores, tal era la seducción con que le tenía esclavizado su trabajo.

Á medida que la copia del ídolo avanzaba, él se sentía más y más admirado de sí mismo, al ver la fiel exactitud con que había logrado imitar tanto el color como la expresión de sus grotescas facciones. Descubrió también, que los ojos y la boca de Sibila tenían la vida y el gesto que hasta entonces les faltaba y que tanto había atormentado su cerebro sin poderles trasladar al lienzo. Estaba retratada de una manera tan perfecta y natural que él al contemplarla contuvo su aliento, incapaz de creer que efectivamente había sido su mano la que había efectuado tal maravilla.

El domingo, día en que se acostumbra en Londres visitar los estudios de los pintores con objeto de ver sus obras, pasó desapercibido para Campión, á quien con razón ó sin ella, nunca le habían hecho mucha gracia ese gran número de visitantes de la alta sociedad, pero como á cado uno le toca su turno, esta vez lo habían pasado por alto.

Continuaba sin embargo trabajando en su estudio, retocando el retrato cada día con más entusiasmo hasta que se pasó el fijado para mandar los cuadros á la Galería de Grosvenor, pero como al dar las medidas del espacio que necesitaba para su cuadro pidió que le concedieran unos cuantos días de gracia, no perdió su oportunidad ; finalmente una tarde se vió precisado á mandarlo á la galería y al verlo salir de su estudio le pareció que aquello era una verdadera deserción.

Á pesar de todo no estaba dispuesto á permanecer ocioso. Se había olvidado por completo de Babcock y de su paisaje, pero le vino á la imaginación que debía ser generoso con su rival, y con todo el buen gusto que pudo pintó sobre el cuadro una figura que tomó de un antiguo album de bosquejos.

Quince días más tarde, Campión recibió una carta timbrada con las armas reales, en la cual se le notificaba oficialmente que sus dos cuadros que representaban el trabajo de dos terceras partes de un año, habían sido rechazados ; la noticia dejó á Campión triste y descorazonado. Sus composiciones "Jerjes" y "Sappho" en las que él había fundado tantas esperanzas no podían ser aceptadas por la Academia. Acababa de recibir un gran desengaño, y sus esperanzas fueron echadas por tierra con este terrible golpe. ¿ Dónde estaba aquel poder extraordinario de que él creía haber estado tan poseido ? ¿ Cómo era posible que él se hubiera engañado tan ciega y estúpidamente ? Si el retrato de Sibila no se hubiera hallado ya fuera del estudio habría sido hecho pedazos, víctima del primer impulso de su desesperación y desengaño. Habiendo sido enviado por invitación especial, se hallaba por lo menos á cubierto de ser rechazado, pero juzgando por la suerte que había cabido á los otros, tenía razón fundada para creer que éste tan malo como aquellos, fuera visto con indiferencia.

Todavía se hallaba Campión dando rienda suelta á su mal humor, cuando le anunciaron la visita de un miembro de la Academia de Pinturas llamado Perceval, y uno de los comisionados á quien había sido confiado el cargo de la colocación de las obras presentadas aquel año. Este caballero había manifestado ser un amigo entusiasta de Reinaldo, por quien había tomado un gran interés desde que se había presentado como alumno de la Academia.—Ya veo que le han dado á Vd. un mal trago ; querido amigo, dijo al ver el desconcertado semblante del joven artista.

—Sí, contesto Campión con una sonrisa forzada, pero tengo por fuerza que pasar por ello.

—Yo hice todo lo posible en obsequio de Vd., dijo Perceval ; pero por desgracia fué trabajo perdido, se negaron por completo á admitir sus obras.

—Gracias, dijo tristemente el desdichado Campión. ¿Vd. cree que mis trabajos son tan desesperadamente malos ?

—¿ Quiere Vd. que le dé mi cándida opinión ? Pues bien, no está Vd. en el caso de hacerse ilusiones, y puesto que lo desea, voy á hablarle con franqueza. Yo no creí lo que estaba viendo con mis propios ojos cuando leí el nombre de Vd. al pie de esos cuadros. Amigo mío : ¿ En qué estaba pensando cuando mandó esos dos mamarrachos ? No son más ni menos que dos estafermos de los que ponen al frente de un salón de tiro de pistola ó de panorama de niños. ¡ Nunca lo hubiera creido ! y le aseguro á Vd. que á mi juicio le han hecho un bien en rechazarlos, pues al haber sido puestos en exhibición, hubiera Vd. tenido que salir de Londres avergonzado de su obra.

Campión lanzó un suspiro y dijo :

—Vd. los vió hace dos meses y me manisfestó que le agradaban.

—Sí; pero desde entonces acá Vd. los ha destrozado por

completo. Apenas pude reconocerlos cuando los ví. Vamos, muchacho, es preciso que cambie Vd. de conducta ó de lo contrario va á aumentar el noble ejército de los desamparados. Vd. lleva el mal camino, se quiere mofar de las galerías, y le aseguro que esta es una verdadera galería de arte, para poder pasar lo malo por bueno.

—Supongo que Vd. tiene razón, Perceval, he sido un tonto. He pintado también un retrato, que no podrá escaparse de la cuchilla, puesto que está en la Galería de Grosvenor. Si los otros dos cuadros son malos, supongo que éste debe ser aún peor, pues yo los creía lo mejor que había hecho en mi vida.

—Venga Vd. á ver si le permiten retirarlo. Mi querido amigo Campión: Vd. no debe todavía arriesgar su fama de ese modo, deje eso para nosotros. Campión no podía determinarse á dar este paso desesperado y dijo:

—No me es posible hacerlo, y crea Vd. que ya he perdido la confianza en mi propio discernimiento. Perceval Vd. es conocido allí. ¿No es verdad? Yo voy á abandonar la ciudad esta noche, pues no me es posible permanecer aquí ahora. ¿Quiere Vd. hacerme el favor de ver el retrato y proceder de acuerdo con la opinión que forme de él? Si es malo use toda su influencia para que no lo exhiban, para lo cual le doy mi más plena autorización.

—Bien, supongo que no se les pide con frecuencia tal cosa y puede resultar que sea imposible hacerlo; pero haré todo lo que esté de mi parte. Si al verlo juzgo que el retrato es una obra indigna de Vd., yo les daré tal jaqueca á los miembros de la comisión, que lograré que me lo entreguen.

—Quizás ellos hasta se alegrarán de verse libres del compromiso de exhibirlo; exclamó tristemente Campión.

—Si se parece en algo á los otros dos; contestó Perce-

val, diré á Vd. que no me sorprendería que se alegrasen. No puedo imaginarme lo que le pasa á Vd. este año.

—Tal vez pertenezca á la familia de las güiras de Jonás, replicó Campión con amargura; me pongo á exhibir una calabaza ó algunas hojas de cebada de India con la pretensión de que las premien con medalla de oro, y después morir desesperado al perder toda esperanza.

—Vamos, buen mozo, no diga Vd. disparates, Vd. saldrá con bien de este trastorno, adelante y no tema. Yo haré lo que pueda respecto al retrato, y le avisaré á Vd. el resultado.

Campión dió calorosamente las gracias á su amigo, como también el nombre y dirección del pueblecito de campo donde pensaba esconderse para llorar sus presentes cuitas; y ambos se despidieron.

Con gran dolor de su corazón firmó el recibo que autorizaba á Bales para sacar de la galería de pintura sus infortunados cuadros, y enseguida dejó la ciudad á fin de ahorrar el disgusto de verlos llegar al estudio en completa derrota.

Puedo asegurar que pocos días después cuando Campión regresó del campo, miró con calma los cuadros, los examinó cuidadosamente y se vió obligado á reconocer la justicia con que habían sido rechazados. No podía creer que él los hubiera pintado, eran tan toscos, tan bárbaramente ostentosos en color y tan mal ejecutados, que sólo la concepción podía considerarse de algún valor. Vió todos los cuadros que él había hecho hasta entonces y le pareció que solamente algún espíritu maligno podría haberle inspirado confianza.

No hacía una semana que Campión había salido de Londres, cuando en la modesta posada en que vivía en el pueblecito de campo recibió un telegrama concebido en estos términos: "Visto retrato. Está lejos de malo. Colgado extremo galería Este bajo arco. No retire. Perceval."

Aquel mensage fué un gran alivio para el infortunado Campión: vió que su estado no era completamente desesperante; Sibila no le juzgaría como un miserable impostor, y el recuerdo del revés que habían sufrido sus cuadros en la Academia, dejó de atormentarle. Había pensado permanecer fuera de la ciudad hasta que pasara el día de la exhibición privada, pero recobró su ánimo y regresó á Londres.

CAPÍTULO V

EXPLICACIONES

Á pesar de que Campión ya estaba tranquilo respecto á la suerte que pudiera haberle cabido al retrato de Sibila, durante su viaje de regreso, estaba muy lejos de sentirse contento. Con toda probabilidad la vería al siguiente día en la exhibición privada ; pero no podía calcular con certeza de la manera que ella creería conveniente recibirle y no le era posible desconocer la posición anormal en que se encontraba ; Sibila no le había escrito ni una letra desde la última vez que se vieron, y quizás hasta tenía motivo suficiente de duda sobre el curso que habrían tomado sus relaciones. Al día siguiente cuando la viera, su primera mirada haría desaparecer en el acto todos sus temores, pero temblaba al pensar cual sería el término de tantas contrariedades. Cuando al bajar del tren en la Estación de Podington se encontró cara á cara con Sibila Elsworth, la vió más bien con un extremecimiento de ansiedad y tristeza que de placer. Ella se dirigía hacia él sin la mas mínima apariencia de haberlo reconocido. Mirando por las ventanillas del tren parecía con aire distraido y Reinaldo al verla de este modo estuvo convencido que trataba de evadirle. Vaciló un momento ; su orgullo le impulsaba á continuar su camino, pero el sentido común le decía que sería un loco si daba por hecho lo que pensaba sin tener otras pruebas más cier-

tas; pero en aquel instante ella lo vió y toda duda quedó desvanecida.

El brillo repentino que adquirieron sus picarescos ojos, y la franca manifestación de alegría que se notaba en su sonrisa y en su voz, fueron suficientes para hacer desaparecer de la mente de Campión, todas aquellas divagaciones de que era víctima; ella seguía amándolo como antes.

—¿ Esperabas encontrarme aquí? dijo ella después de saludarlo.

—Nó; respondió él; acabo de llegar de Digglesweds, en Worcestershire, y no tenía motivo para esperarme este encuentro.

Ella le lanzó una mirada de reproche y dijo:

—Pero tú pensabas pasarme como inadvertidamente; sí, eso es lo que ibas á hacer.

—No sabía si tú deseabas que yo lo hiciera así.

—¿ Estás loco? contestó ella riendo, y tal vez no sin sentirse algo ofendida.

—Eso era ser demasiado pundonoroso por tu parte. Nunca se me hubiera ocurrido á mí que el deber podría obligarnos á ser descortés el uno para con el otro.

—No precisamente el deber.

—¿ Cuál podría ser la causa? Ten la bondad de decírmela si te place.

—Como tú no hiciste caso de mis cartas, y no podía juzgar del cambio que pudiera haberse efectuado en tí.

—Yo no he recibido carta ninguna. ¿ Tú has vuelto á dudar otra vez? ¡ Oh! Reinaldo, yo creía que tenías mas fe en mí.

—¿ Me has escrito? la preguntó Campión.

—Nó, pero fué á causa de que tía Hilaria me hizo prometerla que yo no sería la primera en escribir, y por mi parte no hubiera hecho la promesa sin la más completa convic-

ción de que tú lo harías primero. Ahora que sé que tú me has escrito, estoy contenta y satisfecha de tí. Sin embargo, ¿ no te parece extraño que yo no haya recibido esas cartas ?

—Sibila ; contestó él apasionadamente, principio á ver claro. Tu tía se ha propuesto impedir que recibas mis cartas. Esto es obra suya.

—¿ Tía Hilaria ? exclamó ella dando un pequeño grito de sorpresa. ¡ Oh, si lo creyera ! pero no puede ser. Esa no es ni mucho menos su manera de obrar.

—No quisiera pensar en ello ; pero al interceptar mis cartas sin duda alguna tu tía creyó que estaba cumpliendo su deber para contigo. Pero no pensemos más sobre el asunto. ¿ No te parece mejor ? pues al fin todos sus planes han quedado deshechos. ¿ Cómo es que andas sola por aquí ?

—Yo casi lo había olvidado, contestó ella con una ligera sonrisa de alegría. Ah, ahora me acuerdo : vine por encargo de mi tía á recibir á una tal Miss Moon, que viene á pasar unos cuantos días con ella. Yo no estoy aquí sola, Griffiths está ahí con el coche, y si miras en aquella dirección verás á nuestro pajecillo Jaime espiándonos con mucha atención. No me queda duda que Miss Moon no pudo tomar el tren, ó se habrá embarcado tal vez en el que iba en dirección opuesta, pues según creo, ella es como los pichones correos ; por lo general da varias vueltas antes de tomar el verdadero camino, pero la cuestión principal es que piense ahora lo que debo hacer.

—Esperar hasta que llegue el otro tren.

—Pero, es que no llega hasta cerca de las siete, y no sé lo que Griffiths haría si le dijese que tenía que esperar tres horas.

—¿ No podrías mandar que se fuese el coche, y esperarte aquí conmigo ?

Ella movió ligeramente la cabeza en señal de negación, y dijo :

—¡ No, por tres horas, Reinaldo ! Además creo que Miss Moon ya no vendrá hoy.

—Quizás venga todavía, y espere encontrar aquí alguna persona aguardándola.

—En verdad que eres muy bueno al pensar así ; contestó Sibila en un tono un poco burlón. ¿ No quieres ser tan amable como para esperarla aquí hasta que llegue ? Yo puedo darte su descripción, y tú le explicarás lo que ha pasado, la pones en un coche, y le dás nuestra dirección al cochero.

—Yo lo haré si tú lo deseas ; contestó él con cierta inquietud, pero mira, yo tengo mucho que decirte Sibila, y te suplico me acuerdes el placer de hablarte. ¿ No puedes permanecer aquí un rato conmigo ?

—¿ Has olvidado que estás comprometido bajo palabra de honor á no tratar de verme ?

—Este encuentro ha sido casual, y en todo caso tu tía quebrantó primero la promesa que me hizo ; así es que yo me considero ya libre del compromiso ; mis cartas contenían noticias muy importantes, las cuales tengo que comunicarte y me será imposible hacerlo de otro modo, Sibila no me niegues lo que te pido.

—Yo no te he dicho que pensaba hacerlo ; pero dime, ¿ Qué quieres que haga ?

—Manda retirar el coche, y déjame acompañarte hasta Sussex Place, contestó él.

—Muy bien, pero, ¿ Qué pensará de ello tía Hilaria ?

—Ella ha tenido á bien interceptar mis cartas después de haber pretendido permitir que nos escribiéramos, y no puede con justicia quejarse ahora de las consecuencias.

—Tienes razón, contestó Sibila, y después de todo, nos-

otros tenemos el derecho de estar juntos. Mira, acompáñame hasta casa.

Sibila le dijo al paje que Miss Moon no había llegado y que volviera á casa con el coche. El cochero que había oido algunas insinuaciones que con respecto á Sibila y Campión había hecho el paje, regañó á este último á su vuelta para casa, diciéndole que no tenía nada en que mezclarse en las acciones de la señorita, y añadió.

—Mira Jaime, tú eres muchacho y como tal no debes permitirte criticar á los amos de la casa, si yo te oigo hablar de ello en la cocina, me veré obligado á darte una lección tan dura que no la podrâs olvidar en tu vida.

El cochero Griffiths guardó el más profundo silencio sobre lo que había visto, cosa á la verdad bien improbable de encontrar entre los criados de una casa que como regla general encuentran su mayor distracción en criticar los dichos y hechos de la familia donde sirven ; y hubiera sido demasiado esperar que la entrevista de Sibila y Campión pudiera escapar al filo de la tijera de tales críticos.

Entre tanto Campión, después de haberse desembarazado de su equipaje, tomó un coche y montando en él con Sibila, pasó algún tiempo en silencio contemplando extasiado á su amada que iba sentada junto á él ; su cara encantadora estaba muy animada y tenía una vez más el placer de oir su melodiosa voz. Él tenía que comunicarla una cosa que podría quizás convertirse en una barrera que los separase para siempre, pero quería por lo menos poder guardar en su memoria un mero recuerdo de su felicidad, en el caso de que sus palabras trageran un rompimiento, y decidió por lo tanto no hablar del asunto hasta la llegada á Regent's Park, á donde se encontraron pocos minutos después.

La tarde era deliciosa, animada por la suave y perfuma-

da brisa de primavera. La vegetación parecía comenzar á despertar, y sólo algunos arbustos estaban adornados con verdes hojas : aquí y allí se veían los pálidos botones prontos á brotar de las torcidas ramas de los castaños, y más lejos se destacaba el confuso perfil del olmo que parecía estar iluminado por un tinte verde. Campión y Sibila se hallaban ya fuera de los terrenos del Jardín Botánico, cuando él principió á contarla todas sus desgracias ; con una fuerza y valor inesperada, la hizo sabedora en primer lugar de los malos prospectos de la herencia y terminó por los reveses sufridos en la Academia.

Cuando hubo terminado, Sibila llena de cariño y emoción puso la mano sobre el brazo del joven artista y le dijo :

—¿ Y te has mortificado todo este tiempo con la idea de que yo me había olvidado de tí ? ¿ Cómo pudistes pensar que yo pudiera quererte nada más que por tu futura posición, y que ahora debía rechazarte porque la Academia lo ha hecho ? Yo no consulté á la Academia cuando te acepté, Reinaldo.

—¡ Ah, vida mía ; esto me coloca en una situación muy distinta á la de antes ! Es muy posible que pierda lo único que me justificaba al pedirte que fueras mi esposa ; y, de cualquier modo, mi reputación como pintor ha sufrido mucho con haberme rechazado los dos cuadros. Quizás en toda mi vida pueda aspirar á ser sino un pobre mendigo.

—No importa, contestó Sibila llena de animación ; yo lo seré también.

—Temo que tu padre no esté de acuerdo contigo, aun suponiendo que yo fuese tan egoísta que consintiera á ello.

—Pues entonces esperaré Reinaldo. Oh, yo sé que tú me crees frívola é insensible, por que de cuando en cuando me gusta verte sufrir un poco; pero mira, te adoro con todo mi corazón, y tú debieras tener más confianza en mí.

Las palabras de Sibila habían llenado el alma de Campión con una alegría indecible ; se avergonzó de haberla vuelto á juzgar mal, y uniendo las expresiones de amor y arrepentimiento dió rienda suelta á sus emociones.

—¡ Ah ! si tú supieras ; ¡ cuán desgraciado me he hecho yo mismo ! la dijo.

—Y todo sin motivo, contestó ella. Pero tú no volverás á hacerlo otra vez. ¿ No es verdad ?

El corazón del joven palpitó de amor y felicidad, pues vió que aun siendo pobre para aspirar á ella, en lo futuro viviría con la seguridad de que le sería fiel. Ella jamás cambiaría, á menos que él no cambiase primero, lo cual era absurdo.

Pasaban entonces por la orilla del lago donde se habían encontrado ya otra vez, y todo lo que les rodeaba parecía participar también de su felicidad. Desde el pequeño puente colgante llegaban hasta ellos el sonido de las pisadas de la gente que lo cruzaba, y la algazara de los pilluelos andrajosos que jugaban dejándose resbalar acostados sobre sus anchos pasamanos. Botes de recreo hacían pruebas, impelidos por diferentes clases de motores, y deslizándose agitaban el agua color de aceituna, levantando olas de amatísta ; y los cisnes graznaban bulliciosos derribándose los unos á los otros para deleitarse en comer el pedazo de pan que les arrojaban de la orilla. Los vagamundos sentados en bancos á la sombra de los árboles parecían disfrutar de la animación de la escena, y sus rostros demacrados cambiaban al contemplarla ; los pajarillos volando de uno á otro árbol, lanzaban al aire sus armoniosos trinos, mezclados con las dulces voces de los niños que jugaban ; y á lo lejos se oía el ruido de los vehículos de tráfico, como la alza y baja del suave murmurio de las olas de una mar distante.

Tal vez los bien acomodados y los de mediana edad no

son tan entusiastas por nuestros parques como debieran serlo, pues de otro modo encontraríamos menos apatía en proveer á Londres con esta clase de sitios de recreo. Pero el pobre trabajador cansado por sus duras faenas, los niños y los enamorados, saben la magia y el encanto de estos preciosos recintos, donde al entrar dejan á sus puertas los pesares y fatigas del mundo exterior. Especialmente para los amantes, ni la misma Floresta de Ardenes pudiera ofrecer mejores oportunidades (excepto en el mero detalle de nombres picantes) ; y por otra parte el guarda de nuestros parques es un ave silvestre menos temible que el león de aquellos bosques.

En aquella tarde que jamás se borrará de la memoria de Campión, Regent's Park le pareció ser un verdadero paraíso, todo lo que veía parecía decirle con elocuencia las felicidades que le aguardaban en el verano.

—¿ Qué dirá mi tía cuando sepa á donde he estado, y la persona que me ha hecho compañía ? dijo Sibila ; pero no hay cuidado, ahora que conozco su plan yo sabré como arreglarme. Voy á ver si puedo representar el papel de hacerla ver que estoy incómoda, y á la verdad no lo estoy tanto como debiera, pues su manera de obrar para conmigo no ha sido nada recomendable en esta ocasión, por más que no puedo creer que ella haya hecho una cosa tan en contra de su carácter á pesar de todas sus excentricidades.

—Por mi parte, yo quisiera más bien dudar, dijo Campión ; pero el exigirte aquella promesa es muy sospechoso, Sibila. Me temo que no haya más que una explicación que darle.

—Pronto lo sabré. Y es un gran desengaño para mí, que principiaba á creer que ella se sentía un tanto avergonzada por el alboroto que hizo respecto á nuestro pobre ídolo. Pero ; ¿ Qué te pasa Reinaldo ?

Al mencionar Sibila el ídolo, Campión había dejado escapar una pequeña exclamación de sorpresa, pues como un relámpago cruzó por su mente la idea del mal uso que últimamente había hecho de él : con su entusiasmo de amante y pintor había olvidado á pesar suyo, la probabilidad de que la Señora Staniland se ofendiera de encontrar en el retrato de Sibila la imagen que había sido la causa de la muerte de su favorito. Sentía haber cometido la imperdonable torpeza de abrir de nuevo la herida de la tía de Sibila ; la más pequeña cosa daría lugar á una nueva causa de disgusto, y en su ciego capricho era precisamente lo que acababa de hacer. Nada contestó á la última pregunta de Sibila ; yo estaba pensando en tu retrato en aquel momento.

—¡ Oh, Reinaldo ! ¿ Tienes algo peor que decirme ? ¿ es que le han rechazado también ?

Campión se sonrió al ver su ingenua ansiedad, y dijo :

—Oh, no, nada hay que temer con respecto á eso. Al contrario, creo que está colgado en unos de los mejores lugares de la Galería.

—¡ Ah, qué susto me diste ! Sin embargo me parece que tú tienes alguna cosa que te mortifica.

—Estaba pensando, contestó con calma, que sería mejor que trataras de persuadir á tu tía para que no fuera á la Galería de Grosvenor mañana.

—No puede ser, Reinaldo, pues ya tenemos nuestras tarjetas de invitación y todo está listo para ir. Vamos á tomar nuestro *lunch* temprano y estaremos allá á las dos. Yo creo que nos veremos allí. Seguramente tú no temes que mi tía vaya á decirte nada desagradable, de lo contrario veo que tú no la conoces bien.

—Está bien ; contestó él dejando escapar un suspiro de resignación ; lo que ha de suceder no puede ya evitarse ; tú

no puedes ir sola, y finalmente tarde ó temprano ella tendrá que verlo.

—¿Ver, qué?; le preguntó Sibila, pero él continuó hablando como consigo mismo. Y después de todo; dijo, quizás ella no lo tome á mal ¿y por qué?

—No lo sé amado mío; dijo Sibila; pues no tengo la más remota idea de lo que estás hablando.

—Es una simpleza, una alteración que hice en tu retrato en el último momento y quisiera ahora, pero de nada sirve desear.

—Tía Hilaria no lo notará, aún suponiendo que lo viese, pues poco ó nada entiende ella de objetos de arte; dijo Sibila.

—No es cuestión de entender de arte. Mi idea fué causarte una sorpresa y estoy convencido de que hice una locura con exponerme á tener un disgusto.

—¿Por qué excitas mi curiosidad de esta manera tan cruel? preguntó Sibila. Dímelo de una vez, dulce amor mío.

—Nó, contestó Campión, tú y yo lo veremos juntos mañana y espero por lo menos que tú me digas que mi obra no te hace ninguna ofensa.

—Á mí no me gustan los misterios, replicó Sibila haciendo un pequeño gesto de resentimiento.

—Los misterios tal vez no, dijo él sonriéndose, pero no quiero echar á perder el efecto de mi pequeño experimento. Quiero que te coja de sorpresa.

—Pero á mí no me hacen gracias esas sorpresas, y me gusta estar preparada para recibirlas. No sabía que tú eras tan obstinado. Si no me lo dices voy á marcharme, sí, voy á hacerlo porque va haciéndose tarde y no me atrevo á quedarme aquí por más tiempo; además, que tengo ya deseos de ver á mi tía para tener alguna explicación sobre las cartas y espero que las cosas habrán cambiado.

Sibila llegó á los pocos minutos á su casa en Sussex Place, y enseguida se dirigió á la sala donde encontró á su tía sentada trabajando en un bordado á la luz de una lámpara con pantalla de raso. Al ver entrar á su sobrina la Señora Staniland la miró con aire de disgusto y la dijo :

—¿ Qué significa esto Sibila ? Esta se había quitado los guantes y el sombrero y estaba delante de un pequeño espejo tratando de alisar su hermosa cabellera.

—Significa, contestó ella, que Miss Moon no ha llegado.

—Ya lo sé, no vendrá hasta la semana que viene, acabo de recibir un telegrama. Lo que quiero que me digas es por que no volviste tú en el coche.

—Hacía una tarde tan linda que quise dar un paseo á pie.

—Sibila, tú sabes bien que no me gusta que pasees sola por las calles de Londres.

—¡ Ah ! pero yo no iba sola ; Reinaldo me acompañaba.

—¿ Quién, Reinaldo Campión ? Y la Señora Staniland hizo ver por su mirada y tono de voz que era presa del mayor disgusto. ¿ Cómo pudieron Vds. atreverse á pasear juntos cuando prometieron ? . . . Sibila se dirigió hacia ella, y echándola una severa mirada acompañada de una sonrisa dominante, le contestó :

—Tía Vd. me está tratando cruelmente y estoy disgustada en extremo, pues su manera de obrar puede muy bien hacerme desgraciada por toda mi vida, pero yo he descubierto á tiempo su plan.

La Señora Staniland puso sobre la mesa el bordado que tenía en la mano y con tono mal humorado dijo :

—Si tú esperas cubrir tu desobediencia mostrándote impertinente te aseguro que no lo lograrás. Sin mi consentimiento bajo ningún concepto debías haber tenido una entrevista con el Señor Campión. Eso demuestra poca dignidad por ambas partes.

—Fué una casualidad pero Vd. faltó primero á su palabra, Vd. recordará que nos dió plena autorización para escribirnos, y supongo que no lo ha olvidado.

—No veo que eso tenga nada que ver en el asunto ; contestó la Señora Staniland con aspereza.

—De nada sirve hacerse la inocente tía Hilaria. Yo lo sé todo con respecto á las cartas que me escribió Reinaldo.

—¿ Qué quieres decir con eso ?

—¡ Ah, Vd. lo sabe ! replicó Sibila en tono de queja. Quizás Vd. lo hizo con buena intención, pero no por eso deja de ser una grave falta, á la vez que sin resultado, porque gústele ó nó á Vd. y á papá, yo no me casaré con nadie más que con Reinaldo ya Vd. lo sabe, y le suplico sea complaciente y no vuelva á interponerse entre nosotros de ese modo.

—Creo que has perdido la razón ; dijo la Señora Staniland. Me estás hablando de una manera muy poco respetuosa.

—Está bien ; en ese caso hablaré sin ambages. Reinaldo me ha escrito dos cartas, yo no he recibido ninguna de ellas. Tía Hilaria creo que Vd. sabe el porqué.

La Señora Staniland, ofendida en su orgullo se levantó de su asiento y contestó :

—Basta, Sibila, nunca creí que una sobrina me insultaría de esa manera, ¿ Cómo voy á ocultar sus cartas después de haberles dado permiso para que se escribieran ? Si esa es la opinión que tú tienes de mí, mientras menos nos veamos en lo sucesivo será mejor.

Sibila comprendió que aquella muestra de indignación no era fingida, y echando los brazos al cuello de su tía la detuvo cariñosamente antes que saliera de la sala, diciéndola al mismo tiempo :

—Perdóneme tía. Estoy arrepentida de haber pensado

tal cosa de Vd. y soy una insensata en haberlo siquiera sospechado.

—Supongo, dijo la Señora Staniland volviendo á sentarse, sin dejar ver en su semblante lo que sentía; que Reinaldo ha sido bastante amable para sugerirte esa opinión. ¿No es cierto?

—No sabíamos que pensar de ello, pues Vd. vé que han sido dos cartas las extraviadas. ¿Pudieron haberse perdido ambas?

—Muy fácilmente, si es que nunca fueron escritas.

—No hable Vd. así tía; contestó Sibila con asombro. El me ha dicho que las ha escrito. ¿Por qué me había de engañar?

—No puedo contestarte esa pregunta. Lo único que sé es que ni he visto ni oido nada de esas cartas. ¿Necesitas más pruebas?

—Vd. sabe que nó; le interrumpió Sibila dejándose caer de rodillas á sus pies y pidiéndola perdón; ahora puede ver lo penitente y humilde que soy.

La Señora Staniland estaba dispuesta á sacar todo el partido posible de la ofensa que había recibido y ocultando la cabeza murmuró algunas palabras para manifestar que estaba irreconciliablemente ofendida; pero le fué imposible resistir por mucho tiempo á la súplica que le hacía Sibila que la contemplaba llena de arrepentimiento; finalmente la dió un beso en la boca, y al mismo tiempo ya reconciliada la dijo:

—Tú eres una niña majadera y voluntariosa. Espero con ansiedad la llegada de tu padre para que cese mi responsabilidad.

Al mismo tiempo Sibila jugaba con el bordado del vestido de su tía y la dijo:

—Vd. no se enfadará con Reinaldo por lo que acaba de pasar, ¿no es verdad?

—Ya te he dicho que tan pronto como llegue tu padre, dejaré que él se entienda en este asunto ; pero entretanto es mi ineludible deber tratar de que esto no siga adelante.

—Quiero decir que Vd. no tratará de predisponer á papá en contra de Reinaldo, Vd. fué la que descubrió su mérito : ¿ No es cierto mi querida tía ?

—Como pintor, querida sobrina, no como novio. Sin embargo, si tu padre lo aprueba, yo no intervendré en el asunto.

—Reinaldo me dijo hoy ; contestó Sibila, que tal vez pasarán años antes de que pudiera casarse conmigo. Ha sido muy desgraciado últimamente.

—¡ Ah ! pensó la Señora Staniland, cuya experiencia le había hecho ser en extremo perspicaz á juzgar por las apariencias. Está tratando de desembarazarse de su compromiso ahora que ha visto que yo no haría más por él. Luego agregó en alta voz : Supongo, querida sobrina, que te propondría romper las relaciones.

—Lo iba á hacer, aunque quizás no tan terminante como Vd. cree ; pero por supuesto yo no le puse atención.

—¿ Estás segura que él no deseaba que tú le prestaras oído y consintieras ? Á estas horas ya él debe saber que tu padre no puede hacer gran cosa por tí.

—¿ Cómo puede Vd. decir esas cosas, tía ?; replicó Sibila echándose un poco hacia atrás con exasperación ; ¡ Vd. que sabe ser tan buena y complaciente cuando quiere ! No siga hablando así ; Vd. no puede hacerme dudar de su cariño ; él no podría hacer eso, y nunca lo hará. ¿ Por qué está Vd. tan opuesta á mi pobre Reinaldo ?

—Cuando tú hayas vivido en este mundo tanto como yo, querida sobrina, desconfiarás también de todo lo que los hombres te digan que parezca desinteresado y noble ; y con esto, hemos terminado. El Señor Reinaldo Campión puede

ser todo lo honrado y digno que puede desearse, yo así lo espero para bien de ambos. Y á propósito, supongo que él irá mañana á la Galería de Grosvenor :

—Sí ; contestó Sibila, y se me había olvidado decírselo á Vd. antes. Mi retrato está colgado en un lugar de preferencia, según me dijo. ¿ No le parece á Vd. una gran suerte ? Dígame, querida tía, si nos encontramos allí con Reinaldo, no se muestre Vd. seria y orgullosa con él ; sea amable y dele al menos á comprender que Vd. no es su enemiga. Hasta que no me prometa que lo hará, la tendré presa.

—Quisiera que aprendieras á tratarme con más respeto, Sibila ; dijo la Señora Staniland ; pero no le fué posible separar sus manos de la cariñosa presión con que Sibila las sujetaba entre las suyas, tuvo al fin que ceder á la petición que le hacían, y dijo :

—Si el Señor Campión se conduce como es debido, no tendrá motivo para quejarse de mí. Vamos niña obstinada, ve ahora á vestirte para comer, y déjame en paz.

Mientras tenía efecto esta conversación, el joven artista volvía gustoso por el mismo sitio á través del parque, para tener el placer de recordar la hora feliz que acababa de pasar allí, y á asociar cada paso con alguna palabra ó gesto de su adorada, como el amante de " Las Fantasías del Jardín." ¡ Oh ! qué hermosa estaba ; qué amable y consoladora se había mostrado : ¡ Él la quería á la idolatría ! La tarde se había pasado sin sentirlo, el suave crepúsculo de primavera había tendido sus sombras, pero pasó mucho rato antes que comenzara á refrescar para recordarle que ya era tiempo de volver á su casa en la avenida de Romanoff. Al entrar vió cerca de la puerta una caja con sus dos cuadros rechazados, sintió un disgusto pasajero, y sin querer fué partícipe de una animada disputa que Bales y su mujer teníian en el estudio y que podía oirse desde la entrada.

—Si tú no se lo dices, Marieta ; decía Bales ; se lo diré yo ; eso es todo.

—Tú se lo dirás, ¿ eh ? y tienes alma para acusar á tu mujer. Bueno, díselo.

—Tengo que cumplir mi deber, y además, como yo no tengo arte ni parte en ello, no siento vacilación alguna en hacerlo.

—Déjame ponerla sobre la mesa del Señorito, Bales, y no digas nada, él no lo notará.

—¿ No lo notará ? está bien, María ; dijo Campión presentándose de repente en la puerta del estudio. ¿ Y por qué ?

—¡ Oh, señor ! contestó ella sorprendida poniéndose la mano en la cadera ; yo no lo hice á propósito.

—Señor en todo se mezclan las mujeres, dijo su cariñoso marido ; andando por ahí, deja caer una carta detrás del armario, donde pudiera haberse perdido si yo no la hubiese encontrado limpiando los muebles.

—Yo no la dejé caer ¿ oyes ? contestó su mujer ; estando tú fuera cuando la trajeron, quise poner mucho cuidado colocándola de modo que el señorito la viera al entrar, y para evitar que el viento la llevase, la sujeté con una esquina de aquel busto de la India que está allí. Esa es la pura verdad, aunque me costara la vida.

—Dí lo que quieras, Marieta; persistió Bales inexorable; tú no puedes negar que yo encontré la carta en el suelo detrás del armario ; Señor Don Reinaldo, no se puede confiar ningún documento á las mujeres pues su cerebro no está adaptado para esas cosas.

—Cuando Vds. concluyan de hablar ; dijo Campión ; quisiera que me entregasen la carta.

La mujer de Bales la sacó de debajo de su delantal, y dijo :

—Espero que no sea ninguna carta importante, señor.

Campión cogió la carta y vió que estaba dirigida á él, y escrito el sobre en una letra que se asemejaba extraordinariamente á la suya; la fecha de la marca que tenía el sello de correo probaba que había sido entregada hacía ya un mes. Dicho sobre contenía la primera carta que él le había escrito á Sibila después de su cambio de fortuna. Durante algunos minutos no pudo darse cuenta de aquello, hasta que se le ocurrió que en su excitación había escrito inadvertidamente su propio nombre en lugar del de Sibila. Fué una distracción reprensible; pero todos los años gran número de personas echan al correo cartas que no tienen ninguna dirección. Si él había podido creerse incapaz de cometer una distracción semejante, allí tenía el sobre que lo condenaba. Acababa de explicarse la pérdida de su primera carta; creyendo que el misterio que rodeaba la pérdida de la segunda quedaría también explicado con la misma sencillez; decidió interrogar minuciosamente á Bales.

—¿Recuerdas la carta que te dí hace algunos días para que la echaras al correo?, le preguntó. ¿Viste por casualidad la dirección?

—Vd. me ha dado muchas cartas para poner en el correo; contestó Bales ofendido. ¿Puede Vd. indicarme á cual se refiere?

—Fué una que te dí el día que llevaste para lavar este ídolo que está aquí.

—¡Ah! el día que me caí en la escalera de la cocina y me rompí la cabeza. Sí, señor, me acuerdo.

—Bien, me dijiste después que la habías puesto en la posta, ¿no es cierto?

—Por supuesto que la puse; así se lo dije á Vd.

—No, Bales, interrumpió su mujer ; no, el día que te rompiste la cabeza con la imagen ; ese día tú no la pusiste.

—¿ Qué estás tú ahí cacareando Marieta ? ¿ Qué sabes tú lo que hice ?

—Por que en todo aquel día no saliste de casa, sino que te lo pasaste sentado en una silla quejándote y maldiciendo, sí, maldiciendo, hasta que yo llegué á creer que te iba á suceder alguna cosa mala.

Y la mujer de Bales concluyó declarando que estaba en la convicción de que su marido todavía tenía la carta en su poder.

—¡ Hola ! conque ¿ tú crees que yo la tengo todavía? gruñó entre dientes el marido ofendido. No pertenezco á la clase de gentes como tú, y en mí se puede tener plena confianza. Me atrevo á decir que pretendes que no se me considere más que á tí ; pero no te saldrás con la tuya.

—Puedes registrarte los bolsillos sin embargo, Bales ; dijo Campión.

—Voy á hacerlo con placer. Yo no tengo miedo de Vd., Don Reinaldo, aquí no hay nada, ni en este otro bolsillo tampoco. Marieta en ese no hay tampoco nada. Ahora creo que no hay necesidad de seguir buscando, ¿ No es verdad, señor ?

—Nó ; contestó Campión ; por que si no me equivoco allí en aquel bolsillo veo una esquina de la carta.

—¿ Qué fué lo que yo dije ? gritó la mujer de Bales.

—No puedo explicarme esto, señor, dijo Bales desconcertado ; á menos que no sea que una insignificancia como esa se pueda escapar por una cabeza rota ; ahora haga Vd. lo que quiera.

—No hay necesidad de hacer gestos por eso, Marieta ; si tú hubieras tenido una excusa como la mía, yo no te hubiera regañado.

Campión dijo á los esposos que se fueran á continuar su disputa á otra parte, sin expresar, ni sentir, gran incomodidad ; ya él y Sibila se habían visto, la suerte que pudieron haber tenido sus cartas era cosa de poca importancia. La segunda carta estaba bien dirigida pero no había pasado por el correo. Lo único que ahora le inquietaba era la injusticia que había hecho á su bienhechora, creyéndola capaz de haber interceptado su correspondencia, y á pesar de haber descubierto su error era para él un consuelo, ver que ella no era una enemiga tan poco escrupulosa y cruel como se lo había imaginado ; su conciencia le reprochaba duramente su ingratitud, y en particular le dolía en el alma haber comunicado á Sibila sus sospechas. Sin embargo, esta explicación ciertamente lo colocaba en mejor posición que antes para confiar en el futuro, y se encontraba además muy feliz en aquel momento para dedicar más que un pasajero recuerdo á la ligereza con que había pensado.

Tenía hecha la intención de comer eu su *Club* aquella tarde, pero después de su encuentro con Sibila le pareció justo no llevar tan grato recuerdo adonde pudiera oscurecerse, y encontrarse solo para gozar de su felicidad.

Poco después, sin haber casi probado su comida, se hallaba vagando por las calles bajo el azulado y trasparente cielo donde brillaban luminosas las primeras estrellas.

Á pesar de que caminó mucho y de prisa en su paseo, el instinto natural guió sus pies hacia Sussex Place, donde se hallaba el estuche que contenía su joya favorita. Las cortinas de las ventanas de la casa estaban corridas, y no pudo descubrir ninguna sombra que se pareciese á Sibila. Sin embargo quedó satisfecho con mirar al techo de la casa, con su prosáico parapeto y sus chimeneas destacándose en medio de aquel cielo sembrado de estrellas.

Ningún techo bajo el cual se albergara la joven podía ser para él un techo común ; lo admiró por un momento en muda contemplación, y después con el corazón palpitante lleno de amor y felicidad, marchó para su casa á soñar, si podía, en lo que debía suceder al día siguiente.

CAPÍTULO VI

LA EXHIBICIÓN PRIVADA

Iban á dar las dos cuando Campión cruzaba por delante de las calles de Old Bond y Piccadilly: la hora que esperaba con tanta impaciencia había llegado.

La calle de Bond aparecía hermosa aquel Sábado; el copioso chubasco de Abril que acababa de caer había refrescado el brillo de los varios colores del frente de las casas; las barnizadas cubiertas de los coches que llenaban la ancha avenida deslumbraban con los rayos del sol reflejados sobre ellos; aquí y allá sobre las aceras llenas de pasantes proyectaba la muestra de algún establecimiento, mezclando sus colores con los de las listas de los toldos, y todos en conjunto estaban en armonía con el color perla de la atmósfera que se confundía con el claro azul de los cielos. El Oeste de Londres, triste y sombrío como es en otoño é invierno, y caloroso en verano, presenta en primavera una mezcla tan encantadora de colores que lo anima más bien disponiéndolo al placer que á los negocios, y presta á estas calles una atracción irresistible.

El verano, la estación de los malos negocios, caprichosa é inexplicable institución social, empezaba á llegar lentamente, y el comercio y los compradores estaban poseidos de una alegría poco duradera y tan primaveral como las flores del almendro.

Campión estaba en el estado más apropiado para hacer al hombre susceptible á todos las emociones, sus cosas marchaban bien é iba á recibir un doble premio ; sonrisas de su amada y enhorabuenas de sus amigos ; por eso con el corazón henchido de gozo, y ligero como una pluma marcha bajo los porches de la galería, pasa la entrada en la cual los molinetes han sido sustituidos por canastillas para recoger las targetas de invitación y sube con rapidez la escalera cubierta por tapices carmesí.

Con una mirada que dirigió á los dos salones principales quedó convencido que no estaban allí las personas que buscaba. En la galería no había más que algunos entusiastas ignorando el uso ridículo que estaban haciendo de sus targetas de invitación al hacer el papel de examinar los cuadros. Practicaban su inspección con el aire distraido que se leen los anuncios en los carros del tren, echando ojeadas á uno y otro lado, con la esperanza de reconocer ó ser reconocido por los amigos que esperan ó que la casualidad hace llegar.

Desde el sitio donde estaba Campión podía ver el marco de su cuadro colgado como le había dicho Perceval, ocupando el mejor lugar al lado opuesto del salón. No podía juzgar si estaba ó no en armonía con los otros cuadros á su al rededor, pues el vidrio que protegía al retrato reflejaba la luz de tal manera que le hacía completamente invisible. Pero era indudable que llamaba la atención en aquel lugar y hora, y Campión veía con placer que constantemente había un grupo de personas al frente del retrato y que nadie pasaba de largo sin mirar. Él dudaba si iría ó no á cerciorarse de que los cuadros que tenía en derredor del suyo lo desmejoraban, pues como sabemos, el día de la colocación Reinaldo no había podido asistir por encontrarse bajo la terrible impresión de los reveses que había experimentado. Dudaba si iría á ver con sangre fría la obra que había lleva-

do á cabo en aquellos terribles días, no se encontraba dispuesto á oir comentarios sin valor en pro ó en contra, y decidió esperar á verle cuando estuviera al lado de Sibila, de cuyos labios solamente quería oir el veredicto. Dió una vuelta y entró en una pequeña sala donde se exhibían una colección de acuarelas y pretendió examinarlas sin poder verlas, hasta que su creciente inquietud lo llevó instintivamente á la Galería del Oeste á la parte donde no estaba su cuadro, pero que él eligió guiado por una especie de preferencia inexplicable.

En este momento comenzaba á llenarse el salón y la mayor parte de los visitantes eran profesores ó críticos en el arte. Campión sintió que alguien le tocaba en el brazo, y con sorpresa encontró que era Perceval á quien no había vuelto á ver desde el día en que hablaron sobre los cuadros que le habían rechazado en la Academia, y á quien daba ahora las gracias por lo que había hecho con respecto al retrato.

—No hay de qué; pues no fué necesario hacer nada; contestó el académico, y preguntó: ¿Ya lo ha visto Vd.?

—Todavía no; contestó Campión.

—Vaya Vd. á verle; replicó Perceval con buen humor; y le aseguro que va Vd. á reir de algunas reflexiones que hacen la gente que lo vé: y, á propósito ¿quién ha sido su modelo?, yo no la conozco.

—Es el retrato de la Señorita Sibila Elsworth; contestó Campión.

—¿Tiene buen parecido?

—Yo no puedo ser juez en el asunto; pero me parece que no es un mal retrato: dijo el joven artista sonriendo.

—De ninguna manera; está hecho con gran habilidad; exclamó Perceval, y prosiguió: ¿Cuál es el juicio de esa señorita?

—No lo sé : ella no lo ha visto últimamente, pero pronto vendrá aquí ; yo espero que será de su agrado.

—Está bien ; dijo Perceval ; me alegro de saber que Vd. está contento de lo que hice, ó mejor dicho, de lo que no hice : y volviéndose preguntó : ¿Cómo está Vd. Señora Pontifex ? Pronto vamos á tener un gran gentío por acá : pero ignoro si Vd. conoce ó no á mi joven amigo el Sr. Campión.

La Señora Pontifex era un personaje entre la gente de categoría con el poder de conferir grados dentro de los límites sociales en que se encontraba. Campión había hablado con ella diferentes veces en Sussex Place, siempre le había recibido con distinción, y por varias veces le había invitado á sus reuniones en Bryanston Square, y le sorprendió cuando haciendo apenas un perceptible movimiento de cabeza, dijo : Gracias, ya he tenido el honor de verle : y luego añadió sin mirarle :

—Señor Perceval; Vd. es justamente la persona que necesito ; venga con migo á descifrarme esta agria y complicada alegoría que está aquí ; es incomprensible para mi pobre inteligencia. Y se retiró dejando á Campión plantado sin saber si su frialdad había ó no sido intencional. Antes que pudiera explicarse lo sucedido, se sorprendió por recibir las pruebas de amistad inesperada de otra persona igualmente influyente. Esta era una señora de baja estatura, elegantemente ataviada para llamar la atención, y que al ver al joven pintor se dirigió hacia él levantando ligeramente su falda, y demostrando su alegría con una sonrisa cariñosa le dijo :

—Señor Campión, tengo un gran placer al encontrarme con Vd. ; y he tenido por diferentes veces el gusto de verle en casa de mi querida amiga la Señora Staniland.

Campión no estaba acostumbrado á esta clase de saludos,

y viniendo de parte de la Señora Venham Honiton era para él todavía más sorprendente, pues aunque había sido presentado á ella, siempre le había tratado sistemáticamente con la más marcada indiferencia, que á su manera de pensar tenía por origen el haber dejado sin contestación algunas delicadas insinuaciones que ella se había permitido hacer contra su protectora.

—He estado diciende á todo el mundo que vayan á verlo ; continuó ; Vd. sabe á lo que me refiero, es verdaderamente magnífico, sublime ; es el mejor retrato que se ha presentado este año. La Señorita Elsworth va á encontrarse de repente en boca de la fama.

—Vd. es muy amable ; contestó Campión, sin poder reprimir el placer que le causaba una lisonja á la que no estaba acostumbrado.

—El retrato que Vd. ha hecho me agrada muchísimo : es fiel al original ; y créame Vd., es una gran satisfacción ver pintada tal cual es, una persona á quien uno conoce. ¡ Y aquel ídolo encantador ! me parece que yo podría adorarle. Solo á Vd. pudo haberle ocurrido la idea feliz de ponerle allí.

—Necesitaba el contraste más marcado que pudiera encontrar, y me agrada que Vd. le haya hallado á propósito.

—¡ Qué picarón es Vd. ! dijo ; Vd. es muy sagaz y nos obligará á cogerle miedo ; Vd. está familiarizado con la magia, de lo contrario no hubiera podido pintar de esa manera. Tenga la bondad de no olvidar venir á casa ; Vd. sabe mi dirección, Cornwall Gardens, siempre recibo los Domingos. No deje de venir pronto por allá. Y haciendo contorsiones y movimientos, se abrió paso y se ocultó entre la cada vez más creciente concurrencia, dejando á Reinaldo en una satisfactoria confusión. Indudablemente

he tenido que tener un gran acierto para que esta señora se haya mostrado tan fina y atenta conmigo.

Una fresca voz pronunció su nombre, y al volver la cabeza vió á dos jóvenes pintoras con quienes había estudiado en la Galería de Slade hacía tres ó cuatro años. En contestación á sus preguntas Campión quedó informado que ambas exhibían allí sus trabajos, pero le suplicaron que no tratase de verlos, y la de más edad dijo :

—Después de ver el retrato que Vd. ha pintado, hemos perdido el orgullo que cifrábamos en nuestros borrones.

—Señor Campión ; dijo la otra ; haga Vd. el favor de decirnos quien es esa joven misteriosa ; y continuó, ¿ Es que ella es tal y como aparece en el retrato ?

—Puede ser que yo no le haya hecho todo el favor que se merece ; contestó ; pero sin embargo creo que el retrato tiene bastante parecido.

—¿ Es posible que haya quien en realidad se parezca á ese retrato ? ¿ Cree Vd. que ella lo sabe ?

—Se dá el menos tono posible para una persona de su hermosura.

—Y esa es la razón por la cual fué su modelo : ¿ No es verdad ? No me sorprendería si ella en su interior se sentía orgullosa.

—Eso es lo que yo no me hallo en posición de asegurar : contestó Campión con frialdad ; pero sí sé que ella vino á hacerse el retrato accediendo á los deseos de su tía, y no por su gusto particular.

—También ella pudo haberse negado ; yo en su lugar lo hubiera hecho ; dijo la de más edad ; pero como dice el refrán : "Con viento limpian el trigo y . . ." Señor Campión ; ese retrato le va á proporcionar mucha fama.

Él no puso mucha atención á esto último, pero le sorprendió que dos jóvenes estimables como eran aquellas señoritas;

no fueran un poco más generosas con las personas de su sexo. Ellas habían vuelto la cabeza para saludar á alguien, y como Sibila y su tía podían llegar de un momento á otro, comenzó á marchar hacia la Galería del Este, cuando se encontró con Leonel Babcock. Este le miró de una manera extraña ; y en su aire generalmente inespresivo se confundieron, sorpresa, resentimiento, disgusto y satisfacción.

—¿ Qué hay, Campión ? ; dijo ; ahora ha salido Vd. victorioso, y me parece que al encontrarse por aquí es para recojer los laureles de su victoria.

—Esa es la suposición que Vd. hace: dijo Campión secamente.

—Por supuesto, Vd. acaba de hacer que Sibila Elsworth sea el objeto principal de conversación en Londres : la pobre muchacha no podrá presentar su cara en sociedad en esta temporada, y desearía saber quien le metió á Vd. una idea tan diabólica en la cabeza.

—Cuidado; dijo Campión, ¿Qué quiere Vd. decir con eso ?

—¿ Qué es lo que quiero decir ?, replicó á su vez Babcock, y continuó: Reinaldo, un pintor de retratos ocupa una posición de confianza, y es bajo é indigno de caballeros hacer traición á ella, como Vd. acaba de hacer.

—Vd. está hablando de lo que no sabe ; dijo Campión encendido de cólera ; tenga la bondad de dejar esas cosas al juicio de los interesados que son á los que les concierne. Él creyó que Babcock se refería á su compromiso secreto con Sibila y que trataba de censurarle ; pero pronto salió de su error, pues este le interrumpió diciéndole con tono de desprecio :

—Buen modo ha elegido Vd. para complacerles ; pero probablemente Vd. me dirá que la pobre Sibila estará contenta de ver la manera que Vd. ha creído más propia de hacerle pasar á la posteridad.

Campión comenzó á ser presa de terribles aprensiones que le ahogaban como serpientes rodeadas á su cuello, y confuso contestó :

—Dígame Vd. ¿ Qué hay de malo en el retrato ?

—No logrará Vd. que nadie deje de ver la falsedad de la inocencia que Vd. pinta ; demasiado lo sabe Vd. Fué la única respuesta que obtuvo.

—¡ Voto al diablo ; Vd. tiene que contestarme ! dijo Campión fuera de sí.

—Vd. hallará la contestación en el salón contiguo ; dijo Babcock y añadió ; busque en el catálogo el cuadro N°. 999.

—Babcock, Vd. tiene que pagarme el insulto. Venga con migo á ver que es lo que Vd. encuentra de tachable en el retrato.

Babcock se encogió de hombros y dijo :

—Por supuesto, si Vd. insiste en sostener la farsa, á mí me importa poco : pero no crea Vd. que me engaña ; eso es todo.

Los dos empezaron á marchar hacia el salón inmediato por medio de la multitud que llenaba los salones y que difícilmente les permitían avanzar. Al llegar ambos se dirigieron hacia el lugar donde estaba el retrato. Campión se consumía, pues estaba aterrorizado del siniestro que le sugerían los cumplimientos que acababa de oir.

El retrato no había de llamar la atención. Un grupo estacionado al frente de él parecía colocado á propósito para que el joven artista no pudiera acercarse á ver su trabajo. El gentío se aglomeraba delante de él con la persistencia propia de una pesadilla, y lo único que podía ver de su cuadro, era la sonrisa general de buen humor propio de gente de inteligencia común, y que fielmente se reflejaba sobre el cristal que cubría el retrato.

En su terrible impaciencia se hubiera lanzado en medio

del grupo para abrirse paso con la fuerza como si se hubiera encontrado en una desesperada partida de pelota ó á las puertas de un teatro de baja esfera. Pero era inútil pensarlo, y refrenando su exasperación, escuchaba los comentarios de los que le rodeaban ; y esperaba llegar al fin de su horroroso martirio.

Las observaciones que llegaban á sus oidos solo servían para inflamarle más y más.

—¡ Magnífico cuadro ! dice uno. ¿ No es verdad ? Y la voz de una mujer contestó.

—Pero bien raro por cierto. Creo que no querrás decir que te agrada. Por mi parte lo encuentro horrible.

—Eso no es culpa del pintor ; dijo el primero ; él ha llegado al fin de su obra sincero y fiel al original. Además ese dibujo es de mano maestra :

—Mira esas manos ; que color ; que brío ; que atrevimiento y que audacia de ejecución. ¡ Es espléndido, maravilloso ! Es indudablemente la obra de un genio.

Otro dijo ;

—Dime ; ¿ Has visto en tu vida un retrato más extraño ? Y un tercero murmuró : ¿ No es verdad que es sorprendente ? pero no es de admirarse ver aquí cosas por el estilo.

Finalmente Campión logró ponerse al frente de aquel grupo, y la primer mirada que echó sobre el retrato fué tranquilizadora para él á pesar de que el provocativo reflejo del vidrio le impedia ver el retrato por completo. Lo que alcanzaba á ver le pareció más hermoso en color y mejor acabado de lo que él hubiera podido esperar. ¿ Dónde estaban los defectos que Babcock pretendía haber visto ? Deja que él los indique si puede ; que los críticos de afición escudriñen cuanto quieran : su obra era bastante buena para sobreponerse á todo ; él se había alarmado sin motivo. Dió algunos pasos atrás para ponerse á una distancia

conveniente desde donde pudiera ver bien el retrato, y en ese momento cuando vió la cara su naciente tranquilidad vino abajo como pájaro herido de muerte ; esta era la primera vez que lo veía desde que se lo habían llevado del estudio.

¿ Había estado loco ó soñando ? ¿ Qué le había sucedido al retrato ? Aquel rostro tan encantador en el que había puesto toda la fuerza de su voluntad para trasladarlo fielmente al lienzo, lo veía desfigurado como si reflejara en el espejo del espíritu del mal ; pero á pesar de todo conservaba un parecido cruel al modelo. Poco á poco Campión comprendió el engaño artificioso de las alteraciones que había hecho ; el delicado color crema de las mejillas, con un tinte de carmín apenas perceptible había sido transformado en un uniforme blanco mate ; las finas y delicadas cejas, puestas sobre sus ojos con un aire ligeramente Oriental y que imprimían una expresión picaresca en el semblante de Sibila, estaban ahora inclinadas en ángulo ultra-Chinesco, mientras que sus anchos é inocentes ojos infantiles, aparecían pequeños pero con una mirada maliciosa, afectada y sagaz. Y lo peor de todo ; aquella sonrisa dulce-alegre y un tanto burlona, había cambiado en una expresión horrible, egoísta, artificiosa y fatua.

El ídolo no servía ya como para formar un contraste con el retrato, sino que podía ventajosamente sostener comparación con él, pues á la vista era el más agradable de los dos : su horrible fealdad, había sido hábilmente suavizada, sus achatadas facciones parecían ser menos toscas, su color era mas claro, puro y trasparente y su expresión de una calma profunda, digna y benévola sin ostentación. Las dos figuras componían un grupo grotesco, y el parecido de aquel extraño tipo de mujer con la imagen ridícula que tenía cerca de su brazo ; parecían haber sido pintados con una inten-

ción cínica y brutal, y que el artista había encontrado un placer repulsivo al persistir en una analogía tan cómica y degradante.

¿Quién había efectuado aquella diabólica transformación? Él no lo había hecho, y solo de pensarlo se espantaba: y sin embargo ¿Quién pudo ser?

Babcock había estado observando los cambios que sufría la cara de Campión; primero se contrajo y un momento después parecía un viejo.

—No creyó Vd. haber ido tan lejos; ¿No es verdad?

—¿Tiene Vd. ahora razón para preguntarme el porqué yo califiqué ese retrato de un cobarde insulto?

—No: dijo Reinaldo; pero ese trabajo no ha sido hecho por mí. Algún bribón le ha transformado.

—No hay duda; replicó Babcock con aspereza: Es muy probable.

—Y tendrá que darme cuentas cuando yo le descubra.

—Vd. le encontrará tranquilo, satisfecho y dispuesto á decir lo que Vd. quiera que diga.

—¿Cree Vd. que miento? murmuró el desdichado Campión.

—No; lo que creo es que Vd. confió demasiado en su genio, y vé que la cosa no es tan divertida como Vd. la creyó al hacerla. Supongo que pretendió dar una sorpresa á la simpática Sibila y ahora tiene Vd. la oportunidad. La Señora Staniland y Sibila están en el salón de al lado.

—¿Qué haré? le preguntó Campión.

—Si Vd. me lo pregunta yo le aconsejo que se marche; dijo Babcock; si Vd. se queda va á dar lugar á una escena desagradable. Yo daré explicaciones por Vd.

—¿Marcharme?; dijo Campión. ¿Dejarla sola para ver ese retrato? No; yo estaré aquí. Ella no podrá creer que yo he sido tan miserable.

—No ; dijo Babcock ; pero Vd. tendrá que admitir que el imaginario artista que ha alterado el retrato ha sabido imitar su estilo de Vd. á las mil maravillas ; y quien quiera que haya sido no cabe duda que sabe pintar.

La misma cosa había sorprendido á Campión á quien le fué imposible descubrir la más pequeña señal para convencerle, ni tampoco para criticar el trabajo en una sola pincelada. Y haciendo los mayores esfuerzos para convencerse de que él no había hecho aquella maldad, con el corazón afligido salió al encuentro de la Señora Staniland y de Sibila.

La Señora Staniland no le vió en un principio, pues estaba distraida observando con calma á las personas que por su apariencia podrían juzgarse por celebridades, aunque no lo fuesen ; pero al ver la triste cara del joven se sonrió de una manera muy complaciente.

—¿ Qué tiene Vd. Señor Campión ? ¿ Por qué pone Vd. esa cara tan afligida ? No me creí nunca tan terrible ; dijo la Señora Staniland : Si me mostré un poco exasperada la última vez que nos vimos, Vd. no debe tomar á pecho lo que entonces le dije : ¡ Ea, no nos guardemos rencor ! Le doy á Vd. permiso para que vaya á hablar con Sibila. Y bien Leonel ¿ Como está Vd. ?

Sibila radiante de hermosura estaba cerca de él ; vestía con elegancia un lindo traje de primavera perfectamente entallado y que graciosamente hacía aparecer sus flexibles y delicadas formas. Ya sabes donde debes llevarme primeramente ; le dijo ella con un tono alegre, al mismo tiempo que le indicaba el lugar con una expresiva mirada.

—Me parece adivinarlo ; contestó Reinaldo : Y permaneció delante de ella con los ojos bajos y lleno de confusión alguna cosa parecía encontrarse en medio de los dos para separarlos.

Sibila pensaba en las extrañas maneras de Campión, á quien nunca había visto así; y hubo un casi imperceptible cambio en ella cuando dijo: Si mi retrato no está aquí ¿á qué fin habérmelo dicho?

—Ahí está colgado; sus labios parecían pegados el uno del otro cuando hablaba: Solamente que; dijo, é hizo una pausa de desesperación.

Babcock con un aire de benévola condescendencia creyó conveniente intervenir diciendo:

—La verdad es que he estado diciéndole á Campión que no debería permitirle ver el retrato en el estado que se halla. Créeme querida niña, será mejor que no le veas.

—Yo preferiría saber la razón; dijo Sibila. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no podemos ver el retrato? exclamó la Señora Staniland, y le ruego que me digan ¿Por qué vamos á ser una excepción?

—Se han hecho algunas alteraciones; contestó Campión.

—Sí; tú me lo dijiste ayer; interpuso Sibila; pero agregaste que sería una sorpresa para mí.

—Las que; dijo Babcock con aire pedante; apenas me atrevería á llamarlas exageradas.

—Esas son tonterías; dijo la Señora Staniland. Si el retrato es bastante bueno como para ser exhibido aquí; no veo la razón por que no se nos permita verle. Además, la Señora Honiton nos dijo que era admirable; y si Vds. no quieren acompañarnos, Sibila y yo iremos solas á verle; eso es todo.

—Vamos, Sibila; dijo Campión desesperado; y acompañado de ella principió á marchar hacia el sitio fatal, seguido de la Señora Staniland y Babcock.

—Si no hubiera estado convencida de que iba á tener que admirar tu obra, no me hubiera determinado á venir; dijo Sibila: Y en verdad es muy absurdo por tu parte, Reinal-

do, que pierdas de esa manera la confianza que debes tener en tí y en mí.

—¿Tú lo crees así? ; pues espera un momento.

Ella se sintió herida en su orgullo con esta extraña respuesta. ¿Qué tenía Reinaldo? ¿Dónde estaba el vivaz y apasionado joven del día anterior? ¿Podría ser aquel el día que ella había esperado con tanta ansiedad y confianza?

Las gentes allí reunidas como si en común hubieran adivinado que iba á proporcionársele una distracción, habían vuelto la espalda á los cuadros y al pasar Reinaldo y Sibila por la Galería del Este, varias personas les miraron con asombro como incrédulos de lo que habían creido reconocer. Muchas de ellas conocían de vista á Reinaldo y murmuraban á sus oidos que la joven era el original del extraño retrato que él tenía allí en exhibición. En verdad, existía cierto parecido ; pero esta joven era muy natural en sus modales, simpática y en un todo encantadora. Ningún hombre que tuviera ojos en la cara podría haberla desfigurado con aquella expresión burlona, y la sonrisa afectada con que aparecía en la pintura. No obstante, ella siguió impasible hasta el sitio donde estaba su retrato. Aquello era en verdad interesante y quizás dramático ; y como las reglas de buena educación generalmente no son observadas en esta clase de reuniones, los dos jóvenes pronto se encontraron rodeados de personas que prestaban gran interés á lo que ellos hacían. Ella no lo notó ó por lo menos así lo aparentaba. Permaneció por algunos momentos frente á aquella cruelmente elaborada caricatura de sí misma, y el pobre Campión, estático é inmóvil á su lado podía haber oído su propia sangre subir á su cerebro á borbotones.

Al fin Sibila volvió la cabeza ; sus ojos estaban oscurecidos como por el dolor y su cara un poco más pálida que de costumbre ; se sonrió, y él fué el único que pudo leer en

aquella sonrisa el orgulloso desprecio que se pintaba en la curva de sus labios.

—Nó ; no es lo que yo esperaba ver ; pero está hecho con mucha habilidad, y ha sido para mí una verdadera sorpresa. Bajo ningún concepto hubiera sido justo impedirme que lo viese.

Después volviéndose á Babcock, que acababa de llegar accmpañado de la Señora Staniland, le dijo :

—Y ahora que ya lo he visto, vámonos á ver alguna otra cosa ; tal vez encontrémos un asiento vacío en el otro salón, y Vd. me dirá quien es cada una de las personas que hay aquí.

Babcock y Sibila se retiraron de prisa seguidos por varias personas cuya curiosidad parecía no estar aún del todo satisfecha, y lo hubieran seguido todavía por más tiempo si no hubiese sido por el encuentro de una renombrada beldad, cuyos grandes atractivos les hizo variar de dirección.

Reinaldo se quedó con la Señora Staniland, quien con los labios comprimidos examinaba minuciosamente todos los desgraciados detalles del retrato de su sobrina y de vez en cuando lanzaba un ¡ hum ! de disgusto é indignación.

—Muy bien ; señor mío ; dijo al fin ; ¿ tiene Vd. algo que decir para vindicarse ?

—Solamente ; contestó él ; que no me doy cuenta de cómo es que el retrato aparece así.

—Y esa horrible imagen ¿ por qué la incluyó Vd. ? ¿ Fué con el objeto de causarme placer ?

—Fué una equivocación, que no advertí hasta que ya era demasiado tarde.

—Ningún caballero comete esa clase de equivocaciones. ¡ Insultarme por medio de la misma habilidad que, sin mi ayuda, jamás hubiera Vd. alcanzado ! Yo, que he sufrido tantas manifestaciones de desagradecimiento, nunca he reci-

bido una prueba de negra ingratitud igual á esta. Pero, no es este el lugar donde debo decir á Vd. la opinión que me merece. La única excusa caritativa que puede dársele á su conducta, es juzgarla como un acto de locura. Y ahora lo dejo á Vd. para que se goce en su victoria. Nó ; tenga la bondad de permanecer donde está, que yo soy bastante capaz para volverme sola.

La Señora Staniland dió media vuelta y se retiró. Campión la vió detenerse un momento para ponerse las gafas, y buscar con la vista á Sibila ; pero luego varias personas se interpusieron entre ambos, y él quedó solo.

Permaneció allí mirando vagamente el retrato y esforzándose por descubrir alguna prueba de una mano extraña, y al mismo tiempo con el horrible temor de que si continuaba examinándolo se vería obligado á admitir que él era su único autor, pero parecía no poder alejarse de aquel lugar á pesar de desearlo.

Á su espalda la concurrencia que había venido á ver "La Exhibición Privada" era inmensa ; los salones de la galería se hallaban completamente llenos de gente, cuyo afán de ser los primeres en ver los cuadros que se exhibían aquel año, parecía haberse desvanecido y con resignación, se concretaban á inspeccionarse y criticarse mútuamente, y el ruido de los pies, mezclados con el murmullo de mil conversaciones se oía con la cadencia ritmítica del movimiento de una máquina.

Todos los elementos de esta asamblea singular ; celebridades de todos rangos y profesiones cambiaban sus saludos con los de su propia gerarquía; mujeres, prototipos de belleza, paseaban orgullosas las unas al lado de las otras aparentando no hacer caso de sus rivales ; los pedantes, los que iban en busca de paradojas y las nulidades, ó por mejor decir los invitados de "Adelfi" á este banquete del arte,

formaban el fondo del cuadro, y miraban á uno y otro lado tratando de reconocer á algunos de los visitantes por el retrato que de ellos habían visto expuesto en los escaparates de las tiendas.

Aquellos individuos cuya posición social no estaba á la altura que ellos deseaban, podían ser fácilmente reconocidos por la ansiedad y los esfuerzos que hacían para ser vistos por alguna persona que estaba distante, ó por el cuidado que ponían en evadir á otras ; también podía reconocérsele por el carácter preocupado de su conversación que hacía ver la duda que tenían en su mente de que tal vez habría allí algún otro conocido con el cual sería más conveniente hablar.

Campión se mantuvo aislado de todos, sin notarlos ni ser notado, y no podía darse cuenta del motivo que le obligaba á permanecer allí, excepto por el disgusto que le causaba volver entonces para su casa, y no tener deseos de ir á ninguna otra parte.

Al fin la idea de que Sibila pudiera marcharse sin que él le diese alguna explicación le hizo volver en sí, pensando en que podría pasarse mucho tiempo antes de que volviera á tener la oportunidad de hablarla ; y lleno de inquietud determinó ir al salón contiguo, esperar allí un momento favorable, y asegurarla que era inocente.

Antes que pusiera su resolución en vías de hecho, vió á Babcock que venía hacia él, y saliéndole al encuentro le dijo :

—Dígame ; ¿ Están todavía aquí esas señoras ?

—Acabo de acompañarlas hasta el coche, contestó Babcock con alegría, y al oir que Campión suspiraba, agregó : Vd. no las animó mucho para que se quedaran. ¡ Ah ! no debo olvidar que tengo un recado para Vd. de parte de la bella Sibila : ella desea verle en su casa tan pronto como le

sea á Vd. posible : y si Vd. gusta puede ir en este momento, pues ellas van directamente para su casa.

—¡ En ese caso ella desea verme !, exclamó Campión involuntariamente. ¡ Dios la bendiga ! ; todavía tengo esperanza.

—Si Vd. puede dar alguna explicación que sea un tanto satisfactoria, me atrevo á decir que la cosa tiene remedio.

—Todo lo que puedo decir es que después que ese retrato salió de mis manos algún malvado lo ha echado á perder.

—Por encima del vidrio, ¿ eh ? Venga acá, amigo, eso no pasa. Acabo de hablar con Copal, á quien Vd. conoce, y que es uno de los comisionados para la colocación de los cuadros, y me ha dicho que le llamó la atención el mismo día que trajeron el retrato, y ciertamente desde entonces acá no ha cambiado. Además, no es posible que se haga tal cosa. Siga Vd. mi consejo ; trate de encontrar otra mentira más pasable que ésa, ó no se presente Vd. por los al rededores de Sussex Place.

—Yo no trato de convencer á Vd., Babcock.

—Perdería Vd. su tiempo si tratara de convencer á alguien con ese cuento, y, especialmente á la Señorita Sibila que, permítame que se lo diga, cuando le place sabe descargar muy bien sus baterías sobre un pobre mortal. Yo la conozco muy bien.

—Babcock ; yo estoy comprometido á casarme con ella.

—Lo dudo compadre ; pero haga Vd. lo que guste, á mí no me importa que Vd. quiera degollarse.

En realidad, Babcock hubiera preferido que Campión no fuese á ver á Sibila por entonces, pero en todo caso estaba bastante tranquilo con respecto á la conducta que ella observaría y por consiguiente su simulada indiferencia no era del todo exagerada.

Campión no esperó oir las últimas palabras de Babcock

y un minuto después montó en un coche de alquiler y con la velocidad con que podía correr el caballo, era llevado hacia Regent's Park. En este momento estaba lleno de esperanzas, se le permitía apelar á ella, y no tenía razón de desesperarse. Después que le oyese estaría convencida de que él no podía haber cometido tan insensata crueldad sin haber tenido motivo fundado para ello.

Pero cuando tuvo á la vista la esquina de Sussex Place con su techo en forma de cúpula, le faltó el valor y la esperanza, y le pareció que el coche había parado demasiado pronto á la puerta de la casa donde se veía obligado á explicar lo que para él mismo era un misterio.

CAPÍTULO VII

UNA PENOSA ENTREVISTA

Campión fué conducido hasta el alegre gabinete de recibo lujosamente adornado con macetas de asfodelos y narcisos, y donde según él lo había deseado con toda su alma se halló á solas con Sibila. Ella estaba de pie cerca de la chimenea, y al mirarla Reinaldo comprendió que había llorado á pesar de que sus ojos no dejaban ver las lágrimas cuando echó sobre él una mirada penetrante.

Él hubiera querido ir á ponerse al lado de ella, pero notó un algo extraño en su mirada y permaneció cerca de la puerta esperando que ella le hablase. Finalmente sin mirarle y con una voz ahogada le dijo:

—Tú debistes haberme prevenido.

—¿ De qué ? Respondió él.

—De que yo era como tú me retrataste.

—Pero . . . ¡ Gran Dios ; tú no eres así ! ¿ Cómo puedes pensarlo ? Sibila, con una melancólica sonrisa replicó :

—Por supuesto que yo no creo ser así en realidad. Yo se que no soy tan horrible ; y hubo un tiempo en que tú también participabas de mi opinión ; pero si no soy tan fea, ¿ por qué me pintaste así ?

—¡ Jamás te he pintado de esa manera ! respondió él con vehemencia.

—¿ Puedes probarlo ? ; dijo ella, brillando en su cara

una repentina sonrisa de esperanza : ¡ Oh, si tan sólo me pudieras probar que estoy equivocada ! . . . ¡ que no ha sido posible que seas tú . . . !

El pobre Reinaldo sabía demasiado bien que las pruebas de que podía disponer le eran todas desfavorables, y por consiguiente no quiso apelar á ellas.

—Sibila ; dijo con voz entrecortada ; por ahora ; no puedo. Quizá nunca podré probar mi inocencia, y sólo me es posible darte mi palabra . . . ¿ No es esto suficiente ?

—Nó ; después de lo que pasó ayer ; ya no.

—¿ Qué fué lo que ocurrió ayer ? ¿ Qué inconveniente hay ahora para que me creas ?

—¿ No procuraste tú, evadirme en la estación del ferrocarril ? ; dijo ella. Entonces no lo comprendí, pero ahora me parece bastante natural. Tú trataste de excusarte diciéndome que me habías escrito unas cartas, á las que yo no había dado contestación, y acusaste á tía Hilaria de haberlas interceptado. Y después . . . después hiciste todo lo que estaba en tu poder para alarmarme diciendo que tu porvenir se presentaba muy oscuro. Lo que tú querías era que rompiéramos nuestras relaciones. Debí estar muy ciega, para no haberlo comprendido; ¿ no es verdad ? Insistí en decir lo que tú no querías que dijese, y entonces principiaste á echarte la culpa á tí mismo. Creo que empezaste también á arrepentirte cuando ya era demasiado tarde, y aún trataste de persuadirme para que no fuera á la Galería de Grosvenor esta tarde, y ¡ ah ! Allí todavía te negabas á decirme el porqué.

Campión principió á sentirse desvanecer : ¿ Qué fatalidad era aquella que convertía sus expresiones más inocentes en pruebas de terribles acusaciones ?

—Sí, sí ; contestó él desesperadamente ; conozco que las apariencias están en contra mía ; pero ¡ oh, Sibila ! no ha-

gas caso; deséchalas y ten confianza en mí. Pregúntate qué motivo pude haber tenido yo para tratarte de esa manera.

—¿ Qué motivo? Quizás tú creíste que yo me estaba poniendo demasiado engreída, y quisiste darme una severa lección en público; ó tal vez estabas resentido porque la última vez que estuve en tu estudio, no me mostré tan satisfecha de mi retrato como tú esperabas que debía estarlo, y por lo tanto determinaste darme un verdadero motivo para que me quejara, ó ¿ fué acaso porque en efecto creíste que yo me había hastiado de tí, y elegiste eso para vengarte?

—¡ Dios mío! murmuró él entre dientes.

—¿ Es tal la opinión que tú tienes de mí?

—¿ Qué otra cosa puedo pensar? ¿ Hay alguna otra persona que tenga la habilidad necesaria para pintar como tú, y que pudiera ó quisiera hacer una cosa semejante? ¡ Ah, Reinaldo! no persistas en negarlo. Lo puedo sufrir todo menos eso. Conozco que algunas veces padeces de ataques de melancolía, durante los cuales dudas de todo el mundo y de todas las cosas: dime que lo hiciste en uno de esos momentos desgraciados, y que jamás tuviste la idea de llevar las cosas á tal extremo. Únicamente te pido que seas franco conmigo; cualquier otra cosa que digas para vindicarte no servirá de nada. Yo trato de buscarte excusas; pero tú te niegas á admitirlas. Seguramente que yo hago todo lo posible para convencerme de que no hay ofensa.

—¡ Vindicarme! Muchas cosas pude haber hecho en uno de mis ataques de hipocondría; pero eso, jamás. Ni aun cuando menos confianza me inspiraba tu amor, puedo inculparme de haberte ofendido ni con el pensamiento, Sibila. Pero, ¡ ah! tú no me crees. ¿ No existe algún medio por el cual pueda yo hacerte ver que estoy diciendo la verdad?

Ella lo miraba pensativa, y solamente esperaba oir algo que la convenciera ; pero los hechos eran pruebas irrecusables en contra suya : existía unicamente una persona cuya mano pudiera haber dado aquellas diestras pinceladas al retrato, y preciso era que tuviese un gran conocimiento de la expresión de su semblante para haber efectuado la trasformación con tanta sutileza ; el reproche que él mismo se había hecho el día anterior ; su manera de conducirse en la Galería de Grosvenor aquella tarde y, por último, si él era inocente debía manifestar á lo menos esperanzas de probarlo ; pero ¡ ni aun esto ! Nó ; ella no podía creerle. Así es que se contuvo en el momento en que iba á ponerse á su lado, y le dijo :

—Es imposible, no puedo . . . no puedo creerte. ¿ Por qué no me contestas de la manera que yo te indico ?

—¿ Por qué ? Porque no sería verdad. Sibila, ¿ es posible que ese miserable retrato venga á interponerse entre nosotros ?

—Tú hablas como si hubiera sido yo quien lo pintó, respondió ella llena de indignación. ¿ Es justo que tú desprecies tu obra de ese modo ? ¡ Oh, Reinaldo ! poco me importaría que me hubieses retratado tan fea como te fuera posible hacerme aparecer, á pesar de eso no me causaría tanta pena si pudiera pensar que tú lo habías hecho de buena fe, ó por equivocación, ó por cualquier cosa excepto por una idea vil y maligna. Tú ves que este misterio debe aclararse, te consta que está en tu mano hacerlo y de otro modo nosotros jamás podremos ser otra vez lo que hemos sido. Mientras tú continúes protestando tu inocencia yo no puedo escucharte. Sé que lo hiciste, y nada que digas en contra me hará cambiar de opinión. Por última vez ; ¿ No admites que me has tratado cruelmente y sin merecerlo ? ¿ Es esto pedirte demasiado ?

—En el sentido que tú lo dices, sí, demasiado.

—Entonces hemos concluído. Yo te he dado toda clase de oportunidades ; hubiera hecho cuanto de mí depende para perdonarte, sin considerar lo que me hubiese costado ; pero tú rehusas admitir hasta que no tienes razón. Prefieres que todo concluya entre nosotros, y quizá sea lo mejor.

—Si tú puedes hacerme tan poco favor en creerlo, supongo que lo mejor será que concluyamos nuestras relaciones.

Campión se aproximó á la ventana y miró, como á través de una niebla, por encima de las macetas y cajones de flores que había detrás del enrejado del parque al otro lado de la calle, y contempló por un momento el agua agitada del lago y las ondulaciones de las verdes lomas que se extendían á lo lejos. Él sabía que un abismo le separaba de Sibila. ¿ Cómo ella podía creer tales cosas de él á pesar de sus vehementes protestas ? Pero ; ¡ Ay ! ; era ya tiempo de que se separáran. Y sin embargo el desgraciado Reinaldo nunca la había amado tanto como entonces, pues veía que el cariño que ella le profesaba había dominado por un momento su lastimado orgullo, y la hizo ofrecerle perdón si él hubiera querido aceptarlo. Por desgracia esto era justamente lo que él no podía hacer. No era posible esperar ; debían separarse.

—Sí, debe terminar ; dijo Sibila. Ten la bondad de retirarte. No me es posible ya sufrir más.

—¡ Y pensar cuán feliz era yo ayer á esta hora !, dijo él. ¿ Ayer ? Hace dos horas, todavía era yo feliz ; y . . . Ahora, ¿ qué soy ?

—Basta ; contestó Sibila quitándose una sortija del dedo, y entregándosela : Tome esto. Sí, tómala ; tengo otras cosas que también te devolveré. Y mis cartas, si es que no las has quemado, tendrás la bondad de remitírmelas.

—Esta noche, junto con el ídolo que me regalaste.

—No lo quiero ; deseo que te quedes con él. Tú me prometiste que siempre lo conservarías. No te deshagas de él ahora ; es el último favor que te pido. Si de vez en cuando al verlo recuerdas esta entrevista ; creo que no debes olvidarlo completamente, pues él te refrescará la imaginación.

—No necesitaré que ningún objeto me haga recordar lo sucedido ; pero, lo conservaré si así lo deseas. Y ahora . . . á Dios, Sibila.

—Á Dios ; contestó ella con una voz casi imperceptible.

Y permaneció todavía al lado de la chimenea, contemplándolo con una mirada de compasión y orgullo. Su cabeza ligeramente inclinada y la boca con los labios caídos indicaban la pena que sufría. Esto fué lo último que él vió de su amada.

En lo sucesivo el mundo no tendría para él ningún encanto. Se sentía entonces como el muchacho que saliendo de ver una pantomima por la tarde, penetra después en la calle resbaladiza y oscura, con la triste idea de que al llegar á su casa hallará lo mismo que de costumbre, y donde las ilusiones de hadas son imposibles.

Al salir de la casa el paje le entregó una carta cerrada, la cual, como no se encontraba en aquel momento dispuesto á leer, se la puso en el bolsillo sin abrirla, y se dirigió al parque.

Sibila oyó cuando cerraron la puerta al salir Campión, y le pareció que su corazón también se cerrada en aquel momento. Permaneció, pues, por algún tiempo sumida en la tristeza que se apoderó de su alma. ¿ Cómo pudo él haberlo hecho ? ¿ qué ofensa había ella cometido para que él la humillase de ese modo ? ¡ Y persistir después de todo en que era inocente !

En su resentimiento ¿había tenido alguna parte su herida vanidad? Sería extraño que no fuese así, pues ella había sentido el placer que es natural que sienta toda joven bonita al hacerse su retrato, y se había además permitido hacer ciertas inocentes anticipaciones de triunfo; pero todo esto quedó hecho pedazos en un instante. El retrato era cruelmente parecido á ella, apesar de la terrible mofa y de la extrema caricatura que con él se le hacía. Por algunos meses tendría que ruborizarse á la sola idea de que el cuadro estaba todavía en exhibición, y que la gente se reía al mirarlo. Cuando cualquiera persona que lo hubiese visto le hablase, quizás trataría de persuadirse que ella era el original de aquel retrato. Todas estas ideas eran ciertamente muy aventuradas, pero ella no podía remediarlas.

Hagamos justicia á Sibila: lo más cruel para ella era el hecho de que había sido su novio el autor de todo esto, y pensar que él lo había llevado á cabo impulsado por algún indigno motivo, del cual se sentía avergonzado porque no le era posible justificarse ni confesarlo.

Sin embargo al recordarlo todo . . . al examinar aquel amargo contraste que existía entre el presente y los tiernos y cariñosos recuerdos del pasado; de tan sólo unas pocas horas atrás, las lágrimas brotaron de sus ojos y fué precipitadamente á su cuarto, donde se encerró para dar libre curso de una vez para siempre á la aflicción que amenazaba abatirla por completo; pero cuando hubo desahogado su corazón volvió á recobrar su buen humor de costumbre, porque no quería que nadie, ni aún la misma Señora Staniland, descubriese lo terrible que había sido su desengaño. Así es que aquella tarde, á la hora de la comida, hizo grandes y poderosos esfuerzos para conversar y conducirse con su tía como siempre, lo cual, sin embargo, no pasó desapercibido á aquella señora perspicaz.

"Pretende hacerme creer que no le importa nada," se dijo la Señora Staniland. "Bien, bien, no tendrá que aparentarlo por mucho tiempo."

Campión, á quien dejamos á la entrada del parque, volvió á marchar lo mismo que había hecho el día anterior por el camino que él y Sibila habían andado juntos; pero esta vez guiado por ese incomprensible impulso de torturarse á sí mismo, que hace que algunos individuos se alejen del curso natural de las cosas para aumentar su aflicción.

Encontró un inexplicable placer en permanecer debajo de los mismos árboles, y esperó por algún tiempo hasta que tuvo la oportunidad de sentarse en el mismo banco en que se habían sentado ambos la tarde anterior.

Allí estaba el cisne que había hecho reir á Sibila, aquella majestuosa ave cuya dignidad le impedía precipitarse en busca de los pedazos de pan, y el cual por lo tanto se veía continuamente sobrepujado en esa caza por sus más activos y menos presuntuosos compañeros, los patos. En nada había cambiado, mostrando todavía los mismos mal intencionados picotazos que daba á sus victoriosos adversarios cuando se le acercaban lo suficiente, los mismos graznidos y chirridos de queja y satisfacción de toda la partida.

Las personas que nunca han amado, probablemente no encontrarán nada extraño en esto; pues solo ven ante sus ojos que la naturaleza sigue su curso invariable á pesar de todos los trastornos que de continuo suceden á los séres que en ella viven. Pero un enamorado como se nota con frecuencia, nunca quiere despojarse por completo de la mala impresión que le causa la falta de simpatía que ve en todo, cuando su ánimo se halla afligido. Él puede perdonarle á la naturaleza que se niegue á bailar al son de su música; pero le es imposible perdonarla cuando va á llo-

rar en su seno, y ella no dá muestras de que escucha sus lamentos.

Campión no volvió á su casa hasta que hubo agotado todos sus recuerdos ; pero, lo mismo que Sibila, se hubiera sentido aún más desgraciado si hubiese sido mejor tratado. Y al dar la vuelta para dirigirse á St. John's Woods y entrar en la avenida de Romanoff, principió á tratar de descubrir el mejor medio de que se valdría para desenmascarar al autor de una acción tan cobarde, y tomó la resolución de trabajar todo el día siguiente, si le era posible obtener el permiso correspondiente, en volver á dejar el retrato en el estado que primero estaba.

No se acordó de la carta de la Señora Staniland hasta que llegó á su casa, y entonces la abrió con inquieta curiosidad : para una señora tan bondadosa como ella, la carta era un tanto vengativa ; decía como sigue :

"En caso de que Vd. tenga la idea de destruir todo vestigio de su mala acción antes de que se abran al público los salones, tomo la pluma para manifestarle que no consentiré tal cosa. El retrato es mío, y prohibo á Vd. que lo toque ó tenga nada absolutamente que hacer con él. Si le queda á Vd. el más pequeño vestigio de caballero, respetará mis deseos encuéntrese ó no estrictamente obligado á ello. Según creo el retrato no puede ser bajo ningún pretexto sacado de la galería sin una real orden ; pero como quiera que sea, es mi voluntad que permanezca donde está. Es demasiado absurdo para que tenga algún parecido con mi sobrina, y pueda causarle perjuicio, mientras que el insulto que Vd. me ha hecho, cuando se haga público, servirá para demostrar el peligro que hay encargando á Vd. trabajos de esa naturaleza, y la ingratitud que es siempre el premio reservado á los que tratan de proteger á ciertas personas. Incluyo una libranza, aunque yo quedaría perfec-

tamente justificada si me negara á recibir el retrato después de lo que Vd. ha hecho."

Como se notará fácilmente, lo que más había molestado á la Señora Staniland era la adición hecha al retrato con la imagen de aquel maldito ídolo, y la caricatura de Sibila era en comparación á esto una ofensa de menor cuantía, aunque ella no se mostraba descontenta de que su sobrina tuviese una opinión algo diferente.

Campión maldijo su mala estrella al leer esta prohibición, é hizo pedazos la libranza. Sus manos quedaban atadas de este modo, sintiéndolo él más por Sibila que por sí mismo. Y todo esto había sido llevado á cabo por un enemigo oculto, que debía tener algún resentimiento con él; y se preguntó: "¿Á quién he ofendido últimamente?" Como dice con mucha razón el autor de "Amigos en Concilio," uno debe preguntarse en un caso semejante qué es lo que ha dicho, en lugar de qué es lo que ha hecho; pero Campión, aunque algunas veces tenía la lengua muy suelta, no buscó el origen en esto. El único hombre que él consideraba que pudiera tenerle alguna animosidad era Leonel Babcock, á quien le había robado el cariño de Sibila. Y al instante se apoderó de su alma la convicción de que Babcock era quien lo había hecho para vengarse de ambos. Mientras más lo pensaba más indudable le parecía, y su corazón rebosaba de ira cuando Bales le anunció el mismo individuo que había encendido aquella pasión.

Babcock entró afectando un aire de completa superioridad moral, y principió á decir:

—Tengo algo que comunicar á Vd., y que lo olvidé esta tarde cuando nos vimos.

—Y yo también tengo que decir á Vd. alguna cosa, dijo Campión indignado: Siéntese.

—Pues empieze; dijo Babcock con una calma irritante;

y le advierto que esta no es la ocasión de propinarme esas miradas. Yo no vengo á hacer á Vd. ningún reproche. Estoy muy lejos de ello.

—¿Vd. hacerme á mí reproches? Babcock; ¿No sabe Vd. lo que pienso?

Babcock poniéndose las gafas con aire pedante contestó:

—No; pero creo será alguna cosa que me proporcione la tranquilidad que deseo.

—Yo creo que Vd. es la única incógnita que hay que eliminar en este asunto.

—Lo siento por Vd. Y; ¿desde cuando está Vd. pensando en ello?

—No me hallo dispuesto á sufrir burlas, y si Vd. ha llevado á cabo esta mala acción; dijo Reinaldo con aire amenazador.

—Vamos, déjese Vd. de tonterías; dijo Babcock con calma; en pocas palabras ¿qué es lo que ocurre?

—En pocas palabras, digo, que Vd. ha sido quien desfiguró el retrato.

Babcock dió un gran bostezo y dijo:

—¡Ah!, conque de esas tenemos? ¡Por gracia de Dios! ¿Soy yo por ventura el hombre que Vd. busca? Estoy pensando que Vd. no está sano, Señor Campión. Y dígame, ¿cuándo cree Vd. que yo pude haber ejecutado esa obra mágica?

—No lo sé; pero lo averiguaré.

Babcock se sonrió de una manera franca é indulgente, y dijo:

—Vd. debía haberlo averiguado antes de elegir su imaginario enemigo. Pintar retratos es sin disputa mi punto fuerte; ¿no es verdad? Vamos, me sorprende su descaro; y con gesto de disgusto añadió; ¿No sabe Vd. que yo me

fuí para París al día siguiente de haberme Vd. manifestado que estaba comprometido á casarse? He regresado esta semana; vamos; ¿Qué contesta Vd. ahora?

La teoría de Campión quedó deshecha por completo. Era evidente que Babcock no lo había hecho, pero entonces ¿quién pudo haber sido? Y confundido dijo con voz balbuciente:

—Babcock, siento mucho haber acusado á Vd.; he sido un loco imprudente, y Vd. debe dispensármelo; este asunto me ha trastornado la razón y apenas sé lo que digo ó hago.

—¡Oh!, yo me figuro que Vd. tiene una idea bastante clara de lo que se trae entre manos; contestó Babcock. No ha sido de un todo malo lo que Vd. ha hecho, nó. Por fortuna he estado en otro lugar al tiempo de que se trata, ó ¡vive Dios! tal vez pudo Vd. encontrar algunas personas que le creyeran. Esto ya casi pasa los límites de una broma; pero, como Vd. dice, debo considerar la desesperación de un hombre que se encuentra en el caso de Vd. Bien, bien, ya ha dicho Vd. lo que tenía que decir, y bastante interesante por cierto; ahora me toca á mí: hace algún tiempo dejé aquí un paisaje; cuadro de no escaso mérito, con objeto de que Vd. pintara en él una figura apropiada; después de lo que ha pasado se me ocurrió que sería mejor recogerlo, hubiese ó nó pintado Vd. la figura; y por esa razón he venido á buscarlo.

—Ya comprendo, contestó Campión; Vd. cree que yo soy capaz de hacer con él alguna trastada.

—Bien, pudiera resultarle alguna cosa inesperada, ¿Vd. comprende? Parece que Vd. ha estado muy desgraciado últimamente.

—¡Oh! Vd. verá, he hecho en él lo que Vd. me pidió. Me tomé alguna pena en hacerlo bien. Creo lo encontrará en mi estudio, si quiere bajar á buscarle.

Babcock parecía estar un poco vacilante, pues se encontraba que tenía que estar agradecido á Campión.

—Se lo agradezco á Vd. en el alma. No se moleste, yo iré á buscarle. Y desapareció en dirección al estudio.

Al poco rato volvió con el cuadro, y dijo con gran sentimiento :

—¡ Por todos los santos del cielo !, Campión, no me esperaba esto de Vd.

—No hay de qué ; contestó Campión : No necesita Vd. darme las gracias por tan poca cosa.

—¿ Darle las gracias ?; replicó Babcock lleno de incomodidad. ¿ Qué diablos quiere Vd. dar á entender haciendo estas cosas ? Primero á aquella pobre joven, y ahora á mí. ¿ Qué hemos hecho para que Vd. nos trate de esta manera ?

—Vd. me pidió que le pintara una figura en el claro del cuadro, y yo la he pintado. ¿ Qué más quiere ? ¿ Qué es lo que tiene de malo ?

—Yo le traje á Vd. un cuadro representando una escena puramente inglesa, Señor Campión, y le dije que quería que me pintase en el claro una figura apropiada. Ahora bien : un negro medio desnudo puede ser pintoresco, pero es menester que me vuelva de cabeza para creerlo.

—Yo pinté un viejo constructor de cercas, no puedo . . . comprender ; principió á decir Campión, cuando Babcock encolerizado le puso el cuadro frente á frente.

Allí se veía, en el mismo centro del lienzo, una figura como si estuviera en cuclillas en el aire, de un tamaño desproporcionadamente grande y representando un individuo de color de café oscuro, con la cabeza rasurada y los ojos medio cerrados, con un collar de cuentas en su flaco pescuezo, y vestido con un jirón color amarillo retama, que colgaba de uno de sus angulosos hombros.

—¿ Es esa la idea que Vd. tiene de un cardador ?, dijo

el furioso Babcock.—¡ Es un indio sucio, señor mío, un religioso mendicante de la India ! ¿ Cuándo ha visto Vd. una cosa que se asemeje á esto, á no ser que sea un negro ministril, en la floresta de Epping ?, eso es lo que me interesaría saber. Tenga Vd. la bondad de aclarar ese punto.

—Babcock ; respondió al fin Campión ; comprendo lo que Vd. pensará de mí, y reconozco que esto está muy mal ; pero nunca tuve la intención de pintar un Hindostanés, puesto que jamás he tenido un modelo de esa clase. No me puedo explicar cómo ha podido suceder esto.

—Pues entonces voy á sacar á Vd. de la duda. Venga acá, Señor Campión, escúcheme : Vd. siempre ha sido amigo de bromas de naturaleza un poco pesada y sarcástica, y me las ha propinado infinidad de veces, en la creencia de que yo no me daba cuenta de ello, pero se equivocaba ; quiso Vd. llevar sus bromas al terreno de los hechos, y al efectuarlo ha ido Vd. demasiado lejos. Puede que no haya peligro en poner en la evidencia á una pobre joven, que vino aquí para que Vd. le hiciera su retrato ; pero echar á perder el cuadro de un hombre, que confiaba en que Vd. le ayudaría en su obra, es un juego en el cual puede Vd. salir perdiendo. Los extraños se inclinarán á juzgar mal esta acción de Vd. Existe lo que se llama celos profesionales.

Campión se sonrió con desdén, y dijo :

—Esa idea es ridícula, Babcock.

—Ridícula, ¿ eh ? ¿ Cree Vd. que encontraré ahora quien me dé por él ni dos peniques siquiera, ó que lo exhiba algún vendedor de cuadros según está ? Si trato de enmendarlo con seguridad que lo echo á perder. Y es el mejor cuadro que he pintado en mi vida ; nunca volveré á pintar con tanta inspiración, como Vd. lo sabe muy bien.

—Vamos, no puedo explicármelo ; pero no hay que afligirse, pues en poco tiempo corregiré esa falta.

Babcock vaciló un momento entre el deseo de volver á tener su cuadro como estaba antes, lo cual él comprendía que no podía hacerlo por sí mismo sin correr gran riesgo, y la idea que principiaba á bullir en su cerebro de ganar una completa victoria sobre su rival.

—¡ Ah !, dijo en un tono burlón ; ¡ parece que Vd. principia á sentirse avergonzado de lo que ha hecho, y quiere echarle tierra al negocio !

—Nada de eso ; contestó Campión con orgullo. Si algo he hecho, lo hice sin la más mínima intención, quizás dormido, ó tal vez por una especie de automatismo cerebral ; no puedo decirlo ; pero siento que no tengo motivo para estar avergonzado de nada. Por supuesto Vd. puede creerme ó nó, y aceptar ó repudiar mi excusa, según le plazca.

—Me disgustan sobremanera las farsas. Vd. tiene mal genio, y ahora lo está demostrando con eso. No me venga Vd. á mí con "lo hice sin intención" y "automatismo cerebral" y todas esas fruslerías. Confiese Vd. que ha hecho una cosa ignominiosa, y que se arrepiente de ello, pues yo no quiero dar un escándalo. Puede Vd. enmendar el cuadro si así lo desea, y no diré una palabra sobre el asunto.

—He confesado todo lo que tenía que confesar, y ciertamente que no me retractaré cuando no me siento culpable.

—Muy bien, entonces me llevaré el cuadro según está. Si alguien me pregunta cómo es que tiene esa apariencia tan fuera de sentido común, se lo explicaré, y si no se le juzga á Vd. muy favorablemente por ello, no será culpa mía. La Señora Staniland y su sobrina vendrán pronto á hacerme una visita.

Campión se puso pálido. ¿ Podía permitir que hicieran creer á Sibila que él había sido capaz de cometer una segunda maldad, aun más infamante que la primera ? No

le era posible remediarlo, pues aunque estaba convencido moralmente de su inocencia, no podía ser tan injusto consigo mismo para dar á entender lo contrario.

—No puedo remediarlo, Babcock. Diga, piense y haga lo que Vd. quiera.

Babcock cogió su cuadro, y dirigiéndose á la puerta contestó :

—Reinaldo, Vd. tiene una cabeza de chorlito. Yo le hubiera tratado á Vd. con mucha más consideración de lo que lo habría hecho otro cualquiera en mi lugar ; pero no puedo tolerar que quiera Vd. aparecer como un mártir inocente, pues eso me desespera. Le advierto á Vd. que de nadie ocultaré esto ; de nadie.

Campión no contestó una palabra, y Babcock se llevó su cuadro.

Cuando volvió á encontrarse solo, Campión procuró sondear este segundo misterio : esta era, á lo menos, una transformación que no podía él atribuírsela á nadie ; el paisaje no había ni por un momento salido de su estudio.

Así es que lleno de ansiedad se esforzó en recordar todo lo que había hecho, durante el período de gran excitación nerviosa en que se había hallado cuando dió las últimas pinceladas al retrato de Sibila. Por algún tiempo nada pudo descubrir, hasta que de repente ; sentado como se hallaba procurando resolver aquel problema, le pareció que un rayo de luz alumbraba momentaneamente esa oscuridad, y todo su cuerpo tembló con un movimiento convulsivo. Por puro terror de lo que pudiera resultarle, si persistiendo en su escrutinio, descubría algo más, cerró las tapas de su linterna mental y no esforzó más su memoria.

Pero ya tenía en su alma el convencimiento de que él mismo era quien había pintado el alfaquí de la India, no podía recordar cuándo ni cómo ; pero tenía el presentimien-

to de que se acordaría cuando menos lo esperase. Y lo que por completo le desconcertó fué la clara y patente consecuencia de que si había podido pintar este religioso mendicante del Hindostán y olvidarlo de un todo después, podía igualmente haber perpetrado aquella horrible travesura en el retrato de su muy amada Sibila.

En ese caso nunca le sería posible vindicarse : no había nadie á quien acusar, nadie que descubrir ; su propia mano le había hecho traición, y no le quedaba más remedio que sufrir las consecuencias lo mejor que pudiera.

CAPÍTULO VIII

HERIDAS RENOVADAS

Ya había pasado la primera quincena de Mayo sin que Babcock lograra inducir á la Señora Staniland á que le cumpliese la promesa que hacía mucho tiempo le había hecho de ir á hacerle una visita en su nuevo estudio; pero para conseguirlo tuvo que mencionar, como al acaso, que invitaría también á Nebelsen, el *Chela* Alemán, para que de ese modo tuviera una entrevista con él.

Cuando llegó la hora principió á sentir cierta inquietud, por el temor que le causaba la idea de que la Señora Staniland considerase conveniente no traer á Sibila con ella, así es que se sintió en extremo agradecido cuando vió entrar á ambas en su estudio.

Él había hablado una ó dos veces con Sibila después del episodio de la Galería de Grosvenor, y le llamó la atención ver cuán poco parecía haberla afectado aquel incidente. Ella se mostraba tan contentá como siempre; con el mismo encanto picaresco en sus hermosos ojos, y la misma animación en su voz; ó al menos, no había podido notar diferencia alguna; quizá estaba un poquito más palida y un tanto más delgada que antes; pero no á un extremo alarmante y sin que perjudicara su belleza.

Ella misma se sorprendía de esto, pues en secreto había pasado muchos momentos de augustia. Hubo ocasiones en

que su indulgencia la llevó hasta el punto de perdonar, ó mejor dicho olvidar, todo el mal que se le había hecho, desear con toda su alma, y aun orar, para que su amante, arrepentido ó sin arrepentirse, volviera otra vez á postrarse á sus pies. Estos eran momentos de debilidad, de los que ella se avergonzaba al poco rato ; pero en público su orgullo venía á ayudarla, y la obligaba á presentarse con sus modales de costumbre, recibiendo también nuevo ánimo con el olvido pasajero de su secreto sufrimiento, que es tal vez el más precioso don que la sociedad puede ofrecernos.

Aquella tarde Sibila no hizo ninguna objeción para acompañar á su tía ; conocía á Babcock desde su niñez y no le era antipático, apesar de que nunca le trató con seriedad. Además, él se había mostrado más bondadoso y razonable con respecto al retrato de lo que ella se figuró, por lo tanto se sentía tan contenta de verle como se hubiera sentido al ver cualquier otro conocido. Él estaba lleno de alegría y satisfacción, así es que dijo cogiéndola la mano :

—Me alegro muchísimo de ver á Vds. en mi pequeño estudio. ¿ Les gusta ?

—¡ Magnífico, soberbio !, contestó Sibila.

Era un gabinete suntuoso, muy bien provisto de armaduras antiguas y rica tapicería, pieles y abanicos de palma japoneses ; y entre los muebles, un caballete de última novedad, el que probablemente por falta de uso hacía penitencia en un rincón.

—Sí ; dijo Babcock ; yo tengo una gran fe en la influencia de lo que á uno le rodea ; ¿ tú me comprendes ? Hay que saturar el cerebro con colores y formas antes de intentar reproducir lo bello ; ¿ no estás tú de acuerdo conmigo ?

—Yo creo que de vez en cuando hay que esforzar el cerebro, Leonel ; contestó ella. Este estudio es una verdadera pintura ; pero ¿ es la única pieza que hay que ver ?

—Probablemente encontrarémos sus cuadros cuando vayamos á la Academia, dijo la Señora Staniland.

—Yo no he mandado ninguno este año ; murmuró Babcock. Esa gente ha tenido que convencerse de que yo no dependo del arte para vivir ; pues cuando descubren que uno se gana la vida con eso, lo tratan sin misericordia ; así es, que ya no me ocupo de la Academia. El otoño pasado, sin embargo, mandé un pequeño trabajo á la Galería de los Artistas Ingleses, y que creo Vds. verían ; era un pequeño estudio en carmesí y negro representando un carro de posta cargado con paquetes de correspondencia, el lugar era el terraplén del Támesis alumbrado por luz eléctrica.

—Y ¿no ha mandado nada más desde entonces? ; exclamó Sibila.

—Nada ; respondió Babcock en voz baja, tratando de dar á sus palabras una gran significación. Nada en fin que yo crea digno de mostrar á Vds.

Si él había contado con la proverbial curiosidad femenina para realizar su plan, quedó muy desairado, porque Sibila se sonrió, y dijo :

—Yo creo que eso le hace á Vd. poco favor. Y antes de que Babcock tuviera tiempo de contestar, la Señora Staniland vino á distraer su atención preguntándole si Nebelsen vendría ó no, y dándole á entender que si no venía se consideraría engañada.

—Oh ; balbuceó Babcock ; él está aquí, en otra habitación.

—¡ Y Vd. me ha tenido distraída conversando todo este tiempo !, exclamó ella. Vamos en seguida á verle.

Babcock no tuvo más remedio que acceder y conducir á sus visitas hasta un arco morisco, descorrió una cortina dejando ver un pequeño *boudoir* octagonal con vidrios venecianos en las ventanas, cerca de las cuales se encontraba una

persona de extraña apariencia sentada en un canapé y revestida de un aire paciente, exacto término medio entre la dignidad y la humildad.

Alejandro Nebelsen era Noruego de nacimiento, pero había sido educado en Alemania ; estudió para médico, y habiendo ido en una expedición científica á la India, allí abandonó la ciencia para dedicarse á la Teosofía, hacia la cual su carácter visionario y su inteligencia abnormalmente desarrollada para ciertas aptitudes, le atraían de una manera poderosa.

Desde entonces se suponía que él había pasado una gran parte del tiempo en la soledad y retraimiento, tratando de prepararse á las pruebas necesarias para la iniciación. Ahora se hallaba en Inglaterra para asuntos, cuya naturaleza nadie, ni aun él mismo, podía comprenderlo claramente.

La figura que hacía, sentado en aquella oscura mezcla de luz amarilla y verde, era en extremo curiosa : su edad no podía calcularse con más exactitud que juzgarla entre los treinta y cuarenta años ; su larga cabellera partida al centro, tenía color de bizcocho y caía en rizos espirales hasta mezclarse de una manera inextricable con su barba ; sus ojos eran de un azul pálido, con mirada soñadora y un anillo color de ópalo en cada iris ; la nariz ancha é inocente, y una boca que ninguna cantidad de cabello en su derredor podía cubrir por completo. Él demostraba su peculiaridad hasta en la ropa que llevaba puesta, pues vestía una especie de túnica Persa muy estrecha, y ceñida por una ancha faja roja. Cuando salía á la calle tomaba la precaución de usar un traje más sencillo ; pero con todo siempre dejaba á la puerta de la casa en que entraba una pequeña turba que se congregaba al verle y que le seguía á donde quiera que iba. Cuando entraron Babcock y las señoras, Nebelsen apareció sorprendido, como si despertase de un sueño ; pero ni

se levantó ni ofreció á nadie su mano, y solamente se sonrió con una expresión de indefinible dulzura.

—Helo aquí, ¿ ven ustedes ? ; dijo Babcock como si lo estuviese exhibiendo. Él solito aquí.

—La mayor parte del tiempo no estoy sólo, ni en este lugar ; contestó el *Chela.*

Hablaba inglés con una dificultad tal, que algunas veces no se le podía comprender.

La Señora Staniland, de acuerdo con su inveterada costumbre, se apoderó de él por completo, y dijo con gran placer :

—Muy bien, así es como me gusta oir hablar á Vd.

—Vamos, continuó, no perdamos el tiempo en trivialidades. Muéstrese interesante. Nunca llegamos á concluir nuestra deliciosa plática sobre *Karma* y *Nirvana.* ¿ Sabe Vd. que hallo que la Teosofía aumenta el campo de las ideas ? Y, á no dudar, si yo no hubiese sido educada de una manera tan ortodoxa, me sentiría tentada á adoptar las doctrinas de Vd. ; pero supongo que ya soy muy vieja para eso.

—Sí ; contestó el *Chela* con inocente candór ; ya es tarde para que Vd. principie.

—Sin embargo, siguió diciendo la Señora Staniland ; me gusta estar al corriente de todo lo nuevo, y cuando encuentro que la propagación de una cosa merece que se la aliente y proteja, es un gran placer para mí hacer lo que pueda en su favor.

—Señora ; replicó el *Chela* con aspereza ; la Teosofía no tiene necesidad de la protección de nadie.

—¡ Oh ! por supuesto, yo lo comprendo así ; sin embargo, creo que á Vd. le convendría darse más á conocer. ¿ Puede por esto sobrevenirle algún perjuicio ? Me causaría gran placer reunir en mi casa unos cuantos amigos in-

fluyentes para que le conozcan si es que se halla Vd. dispuesto á hablarles de todas esas cosas maravillosas.

—Ah, pero yo me cuidaré de escojer personas que sean bastante instruídas. Venga Vd. y háganos ver algunos fenómenos, como he oido decir que ya lo hizo en casa de la Señora Mason Green, donde ví á Vd. por primera vez.

—No puedo prometer á Vd. producir ningún fenómeno hasta que haya consultado á los hermanos ; pero iré y hablaré con Vd. si gusta.

—La última vez que nos vimos, señor Nebelsen, me iba Vd. á decir algo con respecto á un estupendo maestro que tuvo Vd. en la India. ¡ Me agradaría mucho oirlo ahora !

—¿ Con respecto á mi *Gurú* ó *Majatma?* ¡ Oh ! sí, es un hombre muy extraordinario, que se ha desenvuelto perfeccionando sus principios morales innatos, hasta llegar á lo que nosotros llamamos la sexta evolución ; no puedo pronunciar su nombre sin la más profunda veneración y respeto, aquel sabio y muy instruído adepto es conocido con el título oculto de Chang Gasba.

—Y bien, Nebelsen, díganos, ¿ qué fué lo que él le enseñó ? ; dijo entonces Babcock.

—Muchas cosas de que no puedo hablar. De él aprendí lo que sé de la existencia en *Akaska,* las conchas de las almas perdidas y de las que vagan por la tierra é infestan la atmósfera ; con su instrucción he aprendido á hacer completa abstracción de mi cuerpo, y con la rapidez del pensamiento vagar por el espacio infinito ; materializar objetos sacados de la imponderabilidad del cosmo, ó resolver otra vez la materia en sus elementos constituyentes ; transportar objetos en un instante á miles de millas de distancia y, finalmente, con la ayuda y consejo de mi reverendo maestro puedo, con sólo el poder de mi simple voluntad, dominar las fuerzas formidables de la naturaleza.

—¿Vd. lo ha hecho alguna vez?, volvió á preguntar Babcock.

—Nó; contestó Nebelsen.

—Pues ahí es donde creo que está su equivocación. Si Vd. pudiera hacer que sus milagros fuesen un poco más notables, amigo mío, ahora es buena oportunidad para introducir una nueva fe; pero naturalmente las gentes no quieren arriesgar su dinero en un negocio, sin cerciorarse primero de que está bien establecido.

—Con frecuencia me mortifican pidiéndome que produzca algunas manifestaciones; pero solamente me es permitido realizarlas alguna que otra vez, cuando los hermanos se encuentran de humor. ¡Oh! Vd. con seguridad no querrá creer lo que les disgusta hacer alarde de sí mismos, y bajo este punto de vista mi muy respetado *gurú* es el más estricto.

—Ese es un mal plan; dijo Babcock; porque nunca conseguirá Vd. que la Teosofía entre en nuestra mollera dándonos golpecitos de llamada en la cabeza.

—Los adeptos no tienen deseo alguno de convencer al mundo de Occidente.

—Entonces bien pudieron haber abandonado la Teosofía por completo, pues según parece, ellos le han dado á Vd. un chelín, y no le permiten que lo cambie, ó por lo menos debieran dejar que la gente se convenza de que sus doctrinas son buenas.

—Nuestro recóndito conocimiento apela á la fe y no á la razón; contestó el *Chela*. Tal vez sea cierto que los hermanos lleven su teoría demasiado lejos, y así se lo he dicho á mi *Majatma*.

—¿Cada cuánto tiempo lo ve Vd.?; preguntó la Señora Staniland.

—Yo nunca le he visto, todas nuestras comunicaciones se

llevan á cabo por escrito. Le escribo una larga carta, y una ó dos horas después me la devuelve junto con la respuesta.

—¿ Crée Vd. que él vendría á mi casa ?, dijo la Señora Staniland ; porque en ese caso tendré mucho gusto en enviarle una tarjeta de invitación.

—Nó, él no aceptaría ; contestó Nebelsen, evidentemente un tanto sorprendido al oir aquella instigación. Él se encuentra siempre á las orillas del Tiber.

—Entonces ¿ cómo le contesta á Vd. en una ó dos horas ?

—Á un ocultista le es muy fácil comprender eso ; la carta va y viene conducida por una corriente magnética.

—¿ Manda Vd. sus cartas de esa manera ?

—Nó, se las entrego á un amigo que está más adelantado que yo ; él las envía y me las devuelve después que han sido contestadas ; ese es el medio más conveniente.

Durante esta conversación Sibila había estado divagando. El estudio en que se hallaba le traía á la memoria, por su gran contraste, otro que no era lujoso, un rostro varonil con gran penetración en la mirada, y que á una sola palabra de ella adquiría una dulce expresión de ternura. Suponiendo que Reinaldo volviera á ella para pedirle que lo perdonase ; ó que con gran elocuencia insistiera en que únicamente había querido darle una lección bien merecida, ¿ tendría ella la firmeza de carácter suficiente para mantener su posición ? ¡ Si pudiese llegar á creer que él no había tenido la intención de romper las relaciones ! ¡ Ah ! ¡ Si pudiera persuadirse de esto ! ; pero, después de todo, no había peligro de que perdiera su dignidad de mujer ofendida ; él no volvería.

—¿ Por qué estás tan seria ?, le preguntó Babcock yendo á colocarse á su lado.

—¿ Estoy seria ? Estaba tratando de explicarme el porqué tiene Vd. aquí ese gran piano. Nunca le he oido tocar.

—¡ Oh !, sí ; dijo con voz de falsete abatido ; ¿ Quieres venir á ver ? Yo lo toco un poco, y ese es uno de mis placeres. Si era uno de sus placeres, á no dudar era bien simple, pues se contentaba en tocarle con un solo dedo.

Ella se levantó y fué con él para el estudio.

—Sí ; continuó él apoyándose suavemente sobre el instrumento ; mi piano es mi compañero favorito y mi constante consuelo ; cuando me siento inquieto, descorazonado, y cansado de trabajar, corro en su busca. Me alegro que te divierta lo que digo.

Sibila reía porque le era imposible permanecer seria cuando Babcock trataba de mostrarse patético.

—Vd. es muy chistoso cuando quiere que se le tenga lástima ¡ y por exceso de trabajo ! Vamos, confiese Vd. que la mayor parte de sus trabajos de pintor los hace sentado á este piano ; aunque debo decir ; agregó recorriendo el teclado suavemente ; que Vd. ha dejado que se destemple de una manera horrible ó ¿ es que el pobre piano también está descorazonado ?

Esto le molestó un poco, y dijo :

—Me alegraría que fueras más seria. Parece que tú no me consideras como un verdadero pintor.

—Le consideraré como tal cuando pinte un verdadero cuadro ; pero Vd. es tan detestablemente perezoso, que creo que nunca lo hará.

Babcock no se sintió, pues la naturaleza del hombre es tal, que la mayor parte aceptan un reproche que viene de parte de una mujer, como si fuera un cumplimiento ; por otro lado ella le proporcionaba la ocasión que él tanto había buscado ; y satisfecho dijo :

—Tú me haces poco favor ; yo podré no hacer lo que debiera, pero hay que considerar que no tengo á nadie que

me anime, que me inspire, ni que tome interés por mis producciones.

—¿No? contestó ella con cierta conmisceración burlona. Ya lo veo; es muy injusto pretender que Vd. produzca nada hasta que haya encontrado alguna persona que haga por Vd. todo eso, ¿no es verdad?

—Tú lo echas todo á juego; dijo él con impaciencia, y con todo, si yo quisiera, te podría hacer ver un cuadro como prueba de que puedo trabajar cuando me parece.

—Bien, tenga la bondad de enseñármelo.

—Hubo un tiempo en que tuve la idea de enseñártelo, pero ya pasó. Ahora no puedo; y á tí menos que á nadie.

—¿Y, por qué?

—Porque ha sido echado á perder por completo.

—Yo creía que un defecto cualquiera en un cuadro al óleo se podía siempre corregir. Por lo menos Vd. debiera permitirme verlo. Quién sabe, tal vez yo pueda darle á Vd. ánimo; quizás el cuadro sea mucho mejor de lo que Vd. cree y, después de todo, mi opinión no debe asustarle.

—Sibila es mejor que no lo veas; en este momento por lo menos debes seguir mi aviso.

Babcock se atrevió á arriesgar esta sutil alusión al retrato de Sibila, pero por el momento pasó desapercibida de ella, que se complacía en no admitir la existencia del cuadro en cuestión. Él mismo no hubiera podido decir si su deseo de que Sibila no le viese era ó no sincero, pues tenía bastante motivo para estar resentido; por muchas razones quería que ella supiese lo ocurrido, pero á pesar de todas sus pretensiones Babcock no era tonto, y sabía bien el peligro que corría si dejaba entrever sus deseos de que ella viera el cuadro.

Sibila sonrió maliciosamente y dijo: Vd. no podrá evadir mi capricho de esa manera. Si se niega á complacerme,

me parece que no lo hará así con tía Hilaria, y de lo contrario ya sabré yo á que atenerme; y volvió al aposento octagonal, á tiempo en que su tía contestaba después de haberle preguntado con insistencia al Señor Nebelsen cual era el exacto color de su aureola.

—En verdad que no; dijo ella al llegar; su aureola dice que es una especie de color de malva con un tinte purpurino. ¡Jesús, qué horrible! ese sería el último color que yo eligiera para adornarme.

—Tenga la bondad de decirme ahora, ¿puedo hacer algo para cambiarlo por otro?

La petición de Sibila, llegando en un momento tan intempestivo como aquél, no fué muy bien acogida, pues la Señora Staniland le contestó:

—Si Leonel vacila en mostrarte su cuadro, puedes estar segura que tiene muy buenas razones para ello. Me sorprende que tú insistas de esa manera.

—No sea Vd. parcial, Señora Staniland; dijo Babcock.

—Tendré mucho gusto en enseñárselo á Vd., y dejaré que juzgue si tengo razón ó nó.

—Esto se va haciendo misterioso; dijo Sibila. Por lo visto existe un cuadro. Vaya á verlo, tía.

Ciertos movimientos que la Señora Staniland notó en los modales de Babcock, llamaron su atención, y siguió tras él á un cuarto contiguo al estudio, dejando á su sobrina para que entretuviese al *Chela*.

Este estaba sentado con aire místico y sagaz. Sibila le miró con desconfianza.

Un momento después el *Chela* fijó sus descoloridos ojos en ella, y con una profunda voz gutural le dijo:

—Vd. no toma mucho interés en las ciencias ocultas; quizás no se ha puesto Vd. á pensar en tales cosas, ó probablemente no cree que son reales.

—De nada sirve que yo le diga bonitas frases, si es cierto que puede leer el pensamiento; se dijo Sibila; y decidió hablarle con sencillez.

—Todo eso es mucho para creerse de una vez: yo no pretendo entenderlo, pero si Vd. posee esos poderes maravillosos de que habla, podría hacer uso de ellos con algún provecho.

—¿De qué manera?; preguntó.

—El mundo no es tan feliz como parece; contestó Sibila: ¿No hay ninguno que merezca ser salvado del peligro, de la tentación ó de la miseria?: Si Vd. puede leer el futuro y ver lo que para nosotros es invisible, Vd. podría hacer mucho bien con sus consejos ó con su ayuda.

—No se nos anima á ello; dijo él con disgusto; además tenemos que tener cuidado en no intervenir con los mandatos de *Karma.* La vida de los séres humanos no es más que un pequeño eslabón en la interminable cadena de generaciones y ¿qué son sus penas? ó son castigos merecidos en una vida pasada, ó son para ser recompensados en el futuro. Nosotros los fieles no podemos ni debemos hacer alarde de nuestros poderes, tenemos que ser muy prudentes; esos son los preceptos que me enseñó mi *Majatma.*

Sibila no contestó, pero su expresión indicaba que no estaba convencida, y á su gran placer antes que el teosofista pudiera presentarle más argumentos, su tía la llamó para que fuera á ver el cuadro de Babcock, á cuyo llamamiento contestó yendo con la mayor curiosidad.

—Leonel hacía muy bien en respetar tus sentimientos, querida sobrina; dijo la Señora Staniland de pie frente á un caballete en donde había sido colocado el cuadro; yo he creido que tú tienes bastante juicio para poder verlo, y además yo lo he creido conveniente así.

—Me gusta mucho el paisaje, Leonel; dijo Sibila des-

pués de haberlo examinado : Vd. no es tan perezoso como yo creía ; y haciendo un gesto de sorpresa preguntó ; ¿ Pero qué quiere decir ese figurón en el centro ? ¿ dónde está sentado ?

—Ese es el *quid* de la dificultad, querida sobrina ; dijo la Señora Staniland lanzando un suspiro significativo.

—En esa figura está el problema ; respondió Babcock ; pero yo no la he pintado, por lo tanto no soy responsable.

—Leonel me acaba de contar la historia que te voy á referir Sibila ; dijo la Señora Staniland : Babcock pintó el paisaje y Sieditoff lo quería para exhibirlo en su galería de la calle de Bond, pero creyó que debía haber una figura en el claro. Pues bien, Leonel llevó el cuadro á casa de un amigo suyo, que es un buen pintor de figuras, le explicó la oportunidad que se le había presentado para exhibir su obra, y le suplicó que le pintara lo que deseaba, á lo cual accedió el amigo, siendo esta la idea que tuvo para complacer á Leonel ; pintó esa horrible y ridícula figura bailando en el aire, y además carece de proporción y armonía. Leonel teme que Sieditoff no quiera admitir el cuadro, y si lo exhibe no podrá venderlo ; por otra parte, él no se atreve á borrar esa figura por temor de echarlo á perder por completo. Ha sido una prueba de envidia y premeditado despecho por parte de ese amigo.

—¡ Ah, qué odioso, bajo y ruín debe ser ese hombre ! ; exclamó Sibila. Pero por qué ; y se detuvo un momento ; ¿ Le conozco yo ? ¡ Oh !, no me digan ustedes que es él. Tía Hilaria, bien pudo Vd. haberme ahorrado este mal rato; y sus pequeños labios temblaron de indignación.

—Creí necesario que tú lo vieras, Sibila ; respondió con calma su tía.

La joven llena de orgullo y mal humor contestó :

—Puesto que Vds. se ponen á discutir mis asuntos pri-

vados, deben ambos saber que bajo ningún concepto les interesan. No creo justo de parte de Vds. venir á recordarme que el Señor Campión es un mal amigo ; todos sus hechos carecen de interés para mí, y Vds. me han insultado pensando de otro modo.

Sibila dió media vuelta y salió del estudio con el gesto de una princesa ofendida. Estaba muy molesta, y mucho más aun porque tenía necesidad de aquella lección ; y creyó que la era preferible escuchar la conversación del *Chela* á permanecer en el estudio después de lo que acababa de pasar ; y volvió á la pequeña alcoba donde estaba Nebelsen.

Babcock la siguió hasta la puerta del estudio con aire desconcertado, y dijo á media voz :

—Eso mismo era lo que yo temía, ¿ no se lo dije á Vd. Señora Staniland ? Ella va á echar toda la culpa sobre mí.

—Después que se haya calmado no lo hará. Ha sido mucho mejor desengañarla de una vez para siempre. Ella no se indignó tanto cuando el otro incidente. Por ciertas cosas que he visto, he podido juzgar que se encontraba dispuesta para efectuar una reconciliación, que no sería conveniente bajo ningún concepto, y á mi parecer todo ha terminado ya, pues esa muchachita tarda más en olvidar las ofensas que hacen á los otros que las que ella recibe.

—Yo se bien que es una joya ; dijo Babcock.

—¿ Es al fin cuando Vd. viene á descubrirlo ? ; preguntó la Señora Staniland echando á su interlocutor una mirada de sorpresa y aprobación.

—Como Vd. sabe, yo la conozco desde que era muy niña ; dijo Babcock ; pero no sé por que, nunca me sentí loco enamorado de ella sino en el momento en que llegó á mis oídos su compromiso con ese miserable Campión ; y, dígame señora ¿ Crée Vd. que puedo tener alguna esperanza ?

—Si Vd. no trata de avanzar mucho por ahora, creo que más tarde podrá conseguir algo. Vd. es el hombre con quien yo la casaría con el mayor placer, y estoy segura que su padre estaría contento de ello. Por mi parte puede confiar en que haré cuanto pueda por Vd.

—Gracias ; y, ¿ cree Vd. que podré lograr mi deseo ?

—No lo sé, por el momento es mejor que Vd. la deje por sí sola olvidar á ese joven indigno y desagradecido y esperar una buena oportunidad ; después ya veremos.

El *Chela* que empezaba á sentir un vivo interés por Sibila, al verla entrar con su aire orgulloso, sensible y delicado, notó cierta cosa extraña en el semblante de la pálida joven inglesa ; y la preguntó :

—Dígame señorita, Vd. acaba de ver alguna cosa que le ha causado disgusto ¿ no es así ?

—Sí, un poco ; dijo Sibila, y llena de indignación no tuvo ánimo para negarse á contestar á la pregunta curiosa de su interlocutor y continuó ; Con un cuadro me recordaron una per . . . ó por mejor decir, ciertas cosas que yo creía olvidadas ; y le suplico que no me haga más preguntas sobre el particular.

—Ahora voy á hacerla una confesión personal. No es lo que yo pienso ni lo que debiera decir, pues en poco ó nada me concierne. Ahora no soy más que un novicio y no es prudente que confíe en mi propia discreción, y mi *Majatma* que es un sabio no me anima á que haga estas confesiones sino que siempre se opone Probablemente tendrá razón porque yo no haya estudiado lo suficiente para dirigir mis facultades intelectuales con seguridad ; de todos modos no sé que pensar, pues para llegar á la perfección se necesita la práctica, y mi *Majatma* no es inteligente en asuntos terrenales, me ha hecho reflexionar, y recuerdo que nunca he hecho uso de mi sabiduría sino en pequeña escala, y jamás

para buenas obras ; pero la prometo que en el momento que sepa de un caso, en que mis estudios misteriosos puedan ser de alguna utilidad, no vacilaré en hacer la prueba, quiera mi *Majatma* ó nó, y Vd. quedará convencida que el poder de las ciencias ocultas no es una cosa imaginaria sino real.

Sibila á pesar de la confianza, y solemne convicción con que le hablaba el *Chela* de sus conocimientos místicos, sonrió de buen humor al oirle, pero no dejó de causarle cierta impresión. Ella no podía creerle un charlatán, y estaba persuadida de que Nebelsen era sincero y cándido al manifestar sus extrañas rapsodias y su oscura filosofía. La Señora Staniland y Babcock volvieron enseguida y la visita que este último creía muy favorable para él, quedó terminada ; pero al bajar la escalera Sibila notó que Babcock iba á su lado con cierto aire de humildad poco común en él por lo que esta sintiendose arrepentida, pues él había tratado de ocultarla el hecho que acababa de saber, y sus ojos sin poder interpretarse por coquetería aparecían contritos cuando dijo :

—Babcock yo no he querido disgustar á Vd. antes y en este momento, comprendo que no hice bien en enfadarme ; pues por lo menos Vd. fué amable y no tuvo intención de ofenderme.

El semblante de Babcock se animó visiblemente, y contestó :

—Así me gusta. Somos compañeros de infortunio ; ambos hemos sido, ó mejor dicho, pudimos ser, esto es, debemos por eso mismo simpatizar más el uno con el otro.

Apenas concluyó de pronunciar estas palabras, se arrepintió de no haber guardado silencio, pues Sibila enmudeció en el acto y no volvió á hablar hasta que llegaron á donde estaba el coche.

Al volver Babcock á sus habitaciones, después de despe-

dirse de sus visitantes, se encontró á Nebelsen examinando su cuadro, y le preguntó :

—¿ Le gusta ?

—Nó, nada absolutamente ; contestó el *Chela*. ¿ Porqué ha pintado Vd. un *yogí* ejecutando su *japa* en la postura *yoga?*

—Ya sabía yo que eso era lo que Vd. iba á decir. La Señorita Elsworth tampoco pudo sufrir con paciencia este *yogí ;* le causó un disgusto terrible.

—Y ¿ por qué pinta Vd. de modo que sus cuadros causen tal disgusto ? Eso lo ha aprendido Vd. en la India, no me queda duda.

—Sí, es preciso que Vd. lo sepa, Nebelsen, ese idiota del Indostán no es obra mía ; fué pintado, con propósito malévolo, por un pícaro llamado Campión.

—Y, ¿ por qué pudo causar un disgusto tan grande á la encantadora Señorita Elsworth ?

—Esa es una historia muy larga, y cuyo resultado es, que ese individuo llegó á embaucarla hasta el punto de que ella estaba decidida á ser su esposa ; pero él terminó las relaciones por hacerla un horrible insulto. Más tarde me propinó á mí otro del mismo género al pintar la figura que Vd. ve en ese cuadro.

—Ya comprendo ; eso era lo que ella quería olvidar. ¿ Puede Vd. decirme donde vive ese señor ? Deseo tener una entrevista con él.

—Ahí tiene Vd. la dirección, buen amigo ; dijo Babcock con ingenuidad ; y el *Chela* partió con toda la exaltación propia del que va á cumplir un deber.

Él creyó que la joven inglesa al hablarle tan pensativa y triste de la obligación de ayudar á los que se encuentran en peligro, parecía haberlo dicho como pidiendo apoyo para ella; y él quería tener el privilegio de ser el primero en defenderla.

En un instante, las muy ejercitadas facultades del *Chela*, le hicieron comprender que aquella pintura del *yogí* no era una mera copia del religioso mendicante de la India tomada de un libro de bosquejos, sino que el pintor tenía que ser un adepto de gran talento, como lo demostraban algunas marcas especiales que se veían en la pintura ; y además estaba convencido de que el talento del artista se dedicaba á hacer el mal. Aquel pintor sin conciencia estaba indudablemente en perfecta amistad con su compañero de la Magia Negra, y había sometido á una inocente doncella á la más terrible persecución ; pero él estaba dispuesto á probarle que la joven no se encontraba tan indefensa como parecía.

—Y ella ; dijo el *Chela* para sí ; tiene que reconocer que en la Teosofía hay algo de bueno.

CAPÍTULO IX

PUESTO Á PRUEBA

Cuando un joven amante es desdeñado por la joven á quien adora, lo más general es que se entregue á una vida negligente y libertina con la esperanza tal vez de que llegando á los oídos de su amada, esta tome la resolución que por demasiado conocida omitimos mencionar aquí. También es muy común que el hombre hable mal del sexo bello siempre que la ocasión se le presenta. Campión al parecer no debía tener mucho espíritu, porque ni hizo lo primero, ni faltó en lo segundo. Por una parte, porque él tenía esperanza á pesar de todo, y no pudo determinarse á llevar á cabo nada que pudiera en lo futuro retirarle del lado de Sibila ; por la otra, en su terrible tormento reconocía la razón que la asistía para tratarlo así. Sibila continuaba siendo su sueño dorado, y aunque separado de ella por una mala interpretación de hechos, él confiaba en vivir lo bastante para poder convencerla de lo contrario, é hizo como el que sin comprender el resultado toma una póliza de tontina sin estar seguro de que esta sea más favorable que la póliza anual.

Por algún tiempo vivía como si le faltaran la mitad de sus sentidos, sin ningún que hacer pasaba las horas visitando los estudios de sus amigos, fumando constantemente, y con demasiada frecuencia visitaba su *club* donde se entrete-

nía en jugar al *poker* más de lo que debiera jugar en bien de su bolsillo, aun dado el caso que con ello no pagase más que el valor de un olvido pasajero.

Después salió de la ciudad para ir al campo con objeto de hacer algunos estudios de flores de manzano, retama y espino; pero no le fué posible permanecer largo tiempo, pues desde un principio la primavera había perdido para él todos sus encantos.

La única cosa en la cual podía esperar tranquilidad era un asiduo trabajo, y volvió de nuevo resuelto á dedicar toda su energía en perfeccionar algunos estudios que había hecho al comenzar el año, para terminar el cuadro que debía presentar en la próxima exhibición. Sin embargo, sus esperanzas quedaron frustradas, pues en su estudio le esperaban una serie de contrariedades y desastres que á pesar de ser de pequeña monta, le tenían constantemente excitado y de mal humor.

La mayor parte de nosotros hemos tenido ocasión de experimentar esto durante algún espacio de tiempo más ó menos largo; con frecuencia objetos inanimados nos han parecido gozar de un encanto y actividad extraña, al necesitarlos los buscamos inútilmente, pues como la modesta violeta, están cerrados en su corola; pero en el momento en que no tenemos el menor interés por ellos, se nos ponen delante como para darnos á entender que siempre estuvieron allí. En su busca nos golpeamos con muebles y objetos que al parecer se ponen en nuestro camino para aumentar las dificultades, rompemos unos, quebramos otros y finalmente concluimos por perder nuestra tranquilidad, y nerviosos é irascibles estamos imposibilitados de llevar á cabo lo que debíamos hacer.

Un contratiempo de este género puede durar cinco minutos, pero si nuestro lector puede formarse una idea de lo

que sería si se extendiera por horas y días, encontraría una buena explicación al estado anormal en que se encontraba Reinaldo.

En su estudio todos eran percances, los bustos y los bosquejos que tenía, todos habían sufrido más ó menos, y Bales después de negar toda culpabilidad, terminaba echandola á los gatos, por más que fuera imposible imaginarse el atractivo que en estos últimos pudieran haber ejercido las bonitas copias ú originales de antigüedades griegas ó etruscas.

Reinaldo estaba constantemente atormentado con la idea de que debía hacer alguna cosa para salir de aquella situación, pero el tiempo se pasaba y siempre estaba en el mismo estado. Tales cosas le tenían tan inquieto, molesto y caprichoso que sus modelos se negaban á ir á su estudio, y los amigos tenían prevención para hablar con él.

Una noche sentado en su recibidor estaba fumando y trataba de hacer ánimo para ir á su *club*, cuando Bales le entregó una tarjeta de aspecto extraño y en la que estaba impreso el nombre de Alejandro Nebelsen.

—Á mí no me agrada mucho la vista de ese hombre; dijo el *factotum*. Como creo que es extrangero, le he dicho que Vd. no necesita modelos por ahora; pero no me ha querido hacer caso y yo le he sorprendido mirando todo de una manera muy sospechosa.

Campión no recordaba el nombre y la hora le parecía impropia para recibir la visita de un desconocido, dudaba, pero el *Chela* habiendo seguido á Bales le ahorró el trabajo de decidir, presentándose él mismo á la vez que le hizo seña á Bales para que saliera. Bales miró á Campión para asegurarse si debía ó no permanecer allí, y al tener su asentimiento se retiró con la indiferencia de aquel que no quiere asumir ninguna rosponsabilidad en un asunto.

Nebelsen de pie dentro del radio de luz que arrojaba la

lámpara, permaneció firme, grave y silencioso por algunos momentos, los ojos fijos en el aturdido pintor quien con más miedo que satisfacción se aproximó al cordón de la campanilla.

—Sus remordimientos le están indicando á Vd. el objeto de mi visita ; dijo por fin el *Chela.*

—Hasta ahora nada me han indicado ; contestó Campión ; tome asiento y dígame Vd. lo que hay en ello.

—¡ Ah !, exclamó Nebelsen dando un quejido ; Vd. pretende desconcertarme con su calma diabólica. Si Vd. no tiene remordimientos ¿ por qué me mira con ese aire de exasperada excitación ? Yo he venido á decirle que sus malas prácticas deben tener un término esta misma noche. Vd. puede ver que sé lo que hace y quien es.

—Si por ventura Vd. cree que soy el Patriarca Job, debe encontrarse engañado en este momento : dijo Campión.

—Vd. es un cobarde que persigue la inocencia y la belleza, eso es lo que Vd. hace.

—Permítame advertirle por su propio bien, que no debe Vd. ser tan borrico.

—Antes que serpiente prefiero ser asno.

—Á no dudar Vd. acaba de hacer una buena elección ; pero hable claro y pronto si no quiere que le arroje por la ventana. ¿ Qué diablos le trae aquí con todos esos disparates ?

—Si yo le hablo á Vd. de esa manera, es porque Vd. lo ha merecido : dijo el *Chela*, y continuó : El otro día estando yo en el estudio de Mr. Babcock, estaba también allí una señorita delicada y hermosa como un lirio y su nombre es Elsworth ; ¿ Ha oido Vd. bastante ?

—Demasiado ; dijo Campión fuera de sus casillas : ¿ Qué derecho tiene Vd. para mencionarme esa señorita ? ¿ Quiere Vd. marcharse de mi casa al momento ?

—Nada de eso ; contestó el *Chela* recordando al cuervo de Poe. Vd. tiene que oirme. Estando yo presente esa señorita vió el cuadro que Vd. pintó para Mr. Babcock. Ahora parece que Vd. comienza á sentir la picada.

—Sí ; contestó el artista ; si perdón puede haber, Vd. lo tiene. Yo le escucho ; dígamelo todo ; ¿ cuándo y cómo lo vió ? ; ¿ qué hizo ?, y ¿ qué dijo ?

—Yo no le diré más sino que nunca saldrá victorioso ; ella le recuerda con un horror inexplicable.

—¡ Ah ! ; dijo Campión ; ¿ Le ha enviado ella á decírmelo ?

—Yo no soy enviado de nadie ; yo he venido porque así me ha pasado por la cabeza : contestó Nebelsen.

—Y yo estoy temiendo que Vd. salga de aquí marchando sobre ella ; replicó el artista ; si Vd. no me da alguna razón por haberse mezclado en el asunto.

—Escuche Vd. señor ; dijo el *Chela ;* Vd. no me parece ser tan corrompido como para hacer eso. Obedezca Vd. los impulsos del angel de su guarda, y deje Vd. que su buen corazón se salve de las garras de *Avitchi* * antes que sea demasiado tarde. Renuncie el pacto que tiene hecho con Fausto, el demonio amo ó criado ; no vuelva Vd. más á servir de mediador de la Mágia Negra.

Campión le miró asombrado y contestó :

—¿ Tiene Vd. alguna cosa más que recomendarme ? Vd. va á decirme que venda mi varita mágica y después dar un viaje á la luna ; ¿ no es verdad ? Llevado por un instinto de delicadeza no deje Vd. de advertirme.

—Tenga cuidado de no divertirse á mi costo : dijo Nebelsen con seriedad.

—Yo no me he propuesto burlarme de Vd. ; contestó

* El diablo.

Campión olvidando su incomodidad. ¿Puede Vd. decirme en este momento todo lo que piense sobre el particular?

—Vd. con el objeto de hacerse amar é intimidar á la Señorita Elsworth se ha procurado el favor de un *yogí* de la India adoptando una mágia abominable. Ahora bien; si Vd. es místico yo también lo soy; yo estoy apoyado por mi honorable *Majatma* Chan Gasba y me declaro con mi maestro en batalla abierta contra Vd. y el religioso mendicante; es decir tendremos la Mágia Blanca combatiendo á la Negra. Piense Vd. en sus pocas probabilidades de triunfo.

—La cosa me distrae; dijo Campión; pero buen amigo deje Vd. esa retahila de disparates. Yo no soy místico, ni jamás entré en diabólicas alianzas con los mendicantes de la India; yo no estoy familiarizado con ellos; pero no puedo creer que ellos puedan dar ó quitar favor en cuestiones de amor en Europa.

El *Chela* un tanto desconcertado se pasó la mano por la frente, y dijo:

—Yo veo que Vd. dice la verdad y me sorprendía sobre manera que su aureola no perdiera el color. Sin embargo, si Vd. es inocente ¿por qué pintó un mendicante en mística meditación? ¿Dónde lo ha visto Vd.? Eso es muy curioso.

—Yo he hecho cosas más extrañas que esas y no puedo explicarme como ni por qué: dijo Campión.

Nebelsen se sentó frente á él, y poniéndole la mano sobre la rodilla le dijo:

—Quizás la Teosofía solamente podrá aclarar este misterio. Dispénseme Vd. qua haya sido tan irascible, y dígame qué es lo que no comprende.

Había en este noruego alemanizado una especie de inocencia que cautivaba, y bajo cuya influencia Campión se sintió completamente desarmado.

—¿ Qué se lo diga ?, contestó. Bien, no tendría nada de particular y, en todo caso Vd. está seguro de creerme.

Campión entonces le refirió de la manera cruel é inexplicable que había sido alterado el retrato de Sibila, y como desde aquel momento todo cuanto hacía le salía mal.

El *Chela* le escuchó con gran atención y, cuando hubo concluído, le tocó el pecho con la punta del dedo índice como para acentuar la importancia de lo que iba á decirle.

—Hay individuos que en mi lugar dirían á Vd. que este ha sido simplemente un caso de sonambulismo ; pero yo me río de tal apreciación.

—Con seguridad que Vd. no va á concretarse á darme esa sola explicación.

—Le confieso á Vd. que al principio estaba á oscuras, y ahora empiezo á comprender que Vd. se halla maléficamente influenciado por una de esas criaturas semi-inteligentes, de la luz austral, á las que nosotros llamamos "elementales" ; Vd. la ha atraido y vaga en derredor suyo.

—¡ Ah ! ; dijo Campión gravemente.

—¿ Vd. comprende ? No me queda duda que Vd. es lo que en nuestra filosofía llamamos un "sensitivo," y su espíritu se encuentra magnetizado por la aureola elemental de una de esas personalidades desencarnadas, hasta que entre su parte austral y su espíritu libre ya de la carne, se identifiquen por medio de vibraciones moleculares. ¿ No es clara mi explicación ?

—La simplicidad en sí misma ; ¿ no es eso ? ; contestó Campión.

—Eso es ; contestó el *Chela* lleno de satisfacción y encantado de su propia perspicacia. Ahora ¿ lo comprende Vd. ?

—Pero ; ¿ qué tiene eso que ver con las pinturas descabelladas de mis cuadros ? preguntó el artista.

—Probablemente la misma criatura elemental no podría contestarle, pues en ellas existe siempre un espíritu juguetón y travieso.

—Pues si tales son sus juegos, no estoy dispuesto por más tiempo á dejarme guiar por esas criaturas; dijo Campión, y continuó: Ahora bien, puesto que Vd. ha encontrado una teoría yo quiero que me diga algo más. Deseo encontrar una de ellas y machacarle la cabeza para sacarle sus instintos juguetones. Sin embargo Vd. me dirá que eso es imposible, y siendo yo de su misma opinión espero que me dé un remedio para salvarme del mal.

—¿Un remedio? voy á dárselo; dijo el *Chela;* hay uno que todos los iniciados reconocen como muy eficaz en contra de las criaturas elementales. Mande Vd. á buscar á la botica una onza de nitro ó mejor será dos, póngalas en un plato con una onza de vitriolo; eso á no dudar hará marchar los malos espíritus.

Campión no pudo guardar su seriedad por más tiempo, comenzó á reir á carcajadas y sin respeto alguno dijo:

—¿No será mejor hacer uso del veneno de matar las chinches? Tenga la bondad de dispensar mi hilaridad, no puedo remediarla, y á pesar de que veo su buena intención dudo que pueda ayudarme con sus pruebas.

—Permítame probar algo más, advirtiéndole que aun que ahora ríe quizás llegue un día en que no lo haga. Espero una sola palabra de Vd. para poner en juego y á su servicio mis conocimientos ocultos aun exponiéndome á disgustar á mi *Majatma.*

Campión meneó la cabeza sonriendo y dijo.

—Mi querido Nebelsen; debo ser franco con Vd. diciéndole que no creo esas cosas, pues son verdaderas ilusiónes.

—¡Una ilusión! quizás lo sea; dijo el *Chela* levantán-

dose para marchar: Pero debe recordar que todo en el mundo son ilusiones.

Salió del cuarto, bajó la escalera y atravesó el jardín con el aspecto del hombre que se cree inmortal. Al verse solo empezó á desanimarse del mal resultado de su misión. La joven Inglesa no era ni con mucho una beldad desgraciada, y la emoción que había experimentado al ver la figura del *yogí* pintada por Campión, no era más sino una mera renovación de la herida que había recibido su vanidad y orgullo de mujer. Él no podía hacer nada en su favor. Estuvo por un momento seguro de su buen éxito; pero, ¿ adonde estaban sus secretas facultades de adivino, que ahora las echaba de menos? Indudablemente se habían corrompido por el contacto con profanas criaturas; y se preguntaba: ¿ Por qué mi *Majatma* me envió á esta ciudad materialista? ¿ por qué no me dejó continuar mis estudios en paz, en el regazo de mis buenos hermanos? Sin embargo se veía obligado á hacer alguna cosa; tenía que desvelar un misterio físico; ¿ Cuál no sería el triunfo de la Teosofía si conseguía encontrar una solución al problema? Entonces, la Señorita Elsworth sonreiría con aire de aprobación y confesaría que los teosofistas tienen un poder real que puede ser usado en obras generosas y benévolas.

Bien sea porque Campión no hizo caso de la receta del nitro y el vitriolo, ó bien por cualquiera otra causa; el caso es que sus cosas continuaron del mismo modo después de la visita del *Chela*, y empezó á desmayar con la convicción de que nunca volverían á marchar bien.

Todos los días le llegaban cuentas para pagar y empezaba á sentir la falta de recursos. Los procedimientos sobre la herencia tenían ya tiempo para ser terminados, pues era á principios de Junio; y por lo que había oido no creía que el testamento sobreviviera largo tiempo al testador.

En el caso de haber tenido confianza hubiera podido instruir á un procurador para que despachase el asunto, pero no tenía la más remota esperanza de poder pagar las costas, y por otro lado le importaba poco, en la seguridad que tenía de que su herencia estaba perdida. Además se retorció la mano derecha en el momento de arreglar sus muebles y se vió obligado á dejar el trabajo por dos ó tres días. Todo esto le tenía de mal humor, hasta que una tarde á mediados del mes de Julio, el *Chela* sin hacerse anunciar entró en el estudio de Campión haciendo á este reprimir uno de sus frecuentes ataques de ira. Nebelsen estaba muy excitado.

—Vengo corriendo ; dijo : He estado en la Galería de Grosvenor : y sonrojándose continuó : Fuí á ver el retrato de la Señorita Elsworth. ¡ Es terrible ; grita á la conciencia !

Campión había comenzado á arrepentirse de sus confidencias con el *Chela* y dijo :

—Yo lo sé ; pero no me da gusto hablar de ello.

—No, no ; nada de eso ; vengo á decirle que he visto en él una cosa que me ha inspirado y sugerido una nueva teoría.

—Ahora no me encuentro dispuesto á hablar de Teosofía ; exclamó el artista disgustado ; hablemos de cualquiera otra cosa.

—¡ Oh !, sí ; Vd. tiene que oir esto ; replicó Nebelsen con tono persuasivo. En el cuadro de Mr. Babcock Vd. pintó un *yogí* de la India, y en el retrato de la Señorita Elsworth al parecer un ídolo Burmés. Ni el uno ni el otro podrían haber sido hechos por Vd. porque nunca les vió. ¿ Por qué están allí ?

—Yo no sé si esto que voy á decir afecta ó no su teoría; dijo Campión : Si como yo creo puedo explicarme lo del *yogí*, de lo del ídolo, me he dado ya perfecta cuenta, pues lo tomé de un objeto que está en mi posesión.

—¡ Oh !, dijo el *Chela*, cuya última teoría indudablemente había caído por tierra. ¿ Tiene Vd. todavía ese modelo ?

—Sí, lo tengo por ahí. El otro día arreglando mis muebles lo puse sobre un aparador en un sitio donde no me molestara.

—¿ Puedo examinarlo ?

Campión que había tomado odio al ídolo, fué á sacarle de su retiro y lo trajo al *Chela* con aire de verdadero disgusto. Nebelsen le tomó en sus brazos y cuidadosamente le colocó sobre una mesa y meditando con los brazos cruzados, permaneció algún tiempo frente á él ; después se aproximó un poco más, dando pases con los dedos como para examinar la atmósfera que le rodeaba, y finalmente volviéndose hacia Campión, exclamó triunfante :

—Por fin y sin alguna duda he hallado la solución al problema.

—¿ Qué es lo que Vd. me dice ?

Nebelsen le cogió por la manga de la levita y le llevó hacia la imagen diciéndole :

—Ahora, voy á enseñarle á Vd. una cosa que va á sorprenderle sobremanera. Todas sus desgracias son causadas por esta imagen de semblante plácido que está aquí en cuclillas.

Campión con mirada escudriñadora y queriendo comprender algo en las palabras del *Chela*, contempló el ídolo por un momento ; sin embargo nada pudo comprender, pues el *Chela* inocente por completo de su compromiso secreto con Sibila, no podía bajo ningún concepto hacer alusión á él.

—Le digo á Vd., volvió á repetir Nebelsen, que sin duda en este ídolo irradia un magnetismo perverso y que yo percibo desde aquí.

—¡ Qué gracioso es Vd., Nebelsen ! dijo Campión riéndose á su pesar.

—Estas no son gracias; le hablo á Vd. con seriedad. ¿No lo cree Vd.?

—En nada, yo fuí educado como "feliz niño cristiano," según dice el verso que nos cantan las niñeras, y no puedo creer, Nebelsen, en ídolos que hacen milagros.

—Ídolo ó nó ídolo; ¿no puede haber sido saturado con el magnetismo personal de algún *medium* muy poderoso, hasta el punto de llegar á poseer una conciencia automática?

—Lo juzgo hasta cierto punto improbable.

—Contésteme esto solamente: ¿no han tenido lugar ciertas ocurrencias, que Vd. puede muy bien asociar con esta imagen? Le suplico que sea franco.

Campión se puso á reflexionar, y dijo:

—Déjeme ver: el muchacho que lo trajo fué estropeado por un coche cerca de la puerta; pero los muchachos son muy á menudo estropeados por los coches; mi criado Bales y yo sufrimos un descalabro cuando tratamos de colocarlo sobre una repisa en mi estudio, pues se rompieron una porción de cosas; creo que después Bales volvió á caerse con él, cuando lo llevaba cargado para lavarlo.

—Ya vé Vd. exclamó Nebelsen con alegría, pero todavía tiene Vd. algo más que decirme, ¿no es cierto?

—Sí; dijo de mala gana Campión; después no queda duda que mató un perro, por lo menos el perro derribó el pedestal, y el ídolo que estaba encima, cayó y aplastó al pobre animal. Oh, por supuesto, creo que otras varias coincidencias tan notables como ésa podrían descubrirse, si se tomara uno el trabajo de recordarlas.

—La reunión de varias coincidencias idean un hecho. Le digo á Vd. que no pretendo encontrar el porqué; estoy convencido que esta imagen está dotada de un poder extraordinario que la protege.

—¿ En realidad cree Vd. en todas esas tonterías ? Bien, vea Vd.; voy á concluir este asunto para siempre, y espero que entonces no me volverá Vd. á hablar de ello. ¡ Allá va la inteligente imagen ! Y cogiendo al ídolo por la cabeza en forma de cono, lo arrojó con desprecio contra el suelo.

Al caer saltó dando tres brincos como si fuera una piedra en el juego de cabrilla, y rodando después fué á dar contra un gran espejo haciéndolo pedazos, los que al caer cortaron en varias direcciones unos lienzos recientemente colocados en bastidores, como también algunos bosquejos que había detrás.

Nebelsen señalando al ídolo que parecía sonreir en medio de los despojos, con la inocencia de un niño dormido, exclamó :

—No podrá Vd. negar esto como una prueba.

Reinaldo divertido por la obstinación del *Chela* contestó :

—Si es que Vd. va á ver cosas maravillosas en todo, le diré que lo mismo que ha hecho el ídolo, puedo también hacerlo yo con una piedra y que Vd. creería una dignidad ofendida. Nebelsen es preciso que le cure de esa locura que á no dudar le perjudica. Hagamos la prueba otra vez haciéndole un insulto más pequeño ; esto será lo mejor.

Nebelsen había vuelto á colocar el ídolo sobre la mesa, y Campión, cogiendo un tubo de carmín que estaba por casualidad allí cerca, pintó con el dedo pulgar una ancha lista de un lado á otro de los ojos de la imagen, lo cual causó un gran terror al *Chela*, que exclamó :

—¡ Tenga cuidado ! No es prudente enfadarlo de esa manera.

—Esto debe darle ánimo, si es que tiene el espíritu de un zoófito ; contestó Campión ; pero vea Vd., Nebelsen, lo tolera, se ríe como siempre, y yo respiro todavía !

—Ya veremos; fué la única observación que hizo el *Chela*, que parecía hallarse á la vez sorprendido y satisfecho.

—Ah, es Vd. incorregible; dijo Campión riéndose. No importa, no pelearemos por eso.

—¿Tiene Vd. inconveniente en que someta el caso á la sabiduría de mi *Majatma?* Haré que el hermano que se halla aquí le envíe una comunicación que le entregaré; y si no es intervenir demasiado en los asuntos de *Karma*, y mi *Majatma* se encuentra de buen humor, obtendré probablemente una respuesta confirmando mi opinión. En ese caso le diré á Vd. lo que tiene que hacer.

—Haga Vd. lo que guste, Nebelsen; pero no puedo prometerle que seguiré su aviso.

CAPÍTULO X

LA CONVICCIÓN

En la velada del día en que Nebelsen había acusado al ídolo como causa de los males de Campión, este fué para su *club* donde con varios de sus amigos, según su costumbre comenzó á jugar al "Burro." No permaneció largo rato disfrutando de aquella distracción, bien fuera por la mala luz que tenía ó por la poca atención que ponía en el juego, el caso es que amenudo iba al "envite" creyendo tener un "flux" de los tres "triunfos" mayores ó al menos buenas cartas, descubría, y á su pesar todo era "basura," y por consiguiente le hacían "burro." Su obcecación era tal, que á pesar de ver su juego no se convencía de que era malo, y se tenía en sus trece defendiendo que era magnífico. Finalmente, después de perder más que de costumbre, se levantó para no verse obligado á decir á sus amigos que iban "á vaca" contra él, queriéndoles hacer ver que no había visto bien su propio juego. Después de pasada su incomodidad, Reinaldo decidió no volver en su vida á tomar parte en aquella distracción.

Al siguiente día, al comenzar su trabajo habiéndose olvidado por completo del incidente de la noche anterior, pintaba muy animado en el bosquejo de una escena de Christabel. Su amigo que llegó á visitarle en aquel momento, quedó sorprendido al encontrarle tan entusiasmado y le dijo :

—He oido decir que anoche estuvo Vd. un poco inconveniente con sus amigos en el *club*, y algunos de los socios parece que están quejosos de que Vd. quería darles á entender que le hacían mal juego, y quieren elevar una queja á la Directiva.

—¿ Acusarles de hacerme mal juego ? ; contestó Campión quien al recordar el incidente temió haberse propasado en sus manifestaciones de disgusto. Tal idea nunca pasó por mi mente, y siento que hayan formado tal concepto de mí : todo lo atribuí á que habían querido darme una broma, pues al sostener ellos que mis " oros " eran " espadas," como Vd. ha de comprender era muy natural que me molestase, y cuando iba al " envite " era porque tenía siempre la mano llena de " triunfos " y " flux " completo.

—¿ Qué es esto ? dijo Perceval al aproximarse á algunos de los bosquejos. ¿ Son también estos algunos de sus " fluses " ? ¿ Qué significa esto ?

Campión, abandonando lo clásico por lo romántico había elegido como asunto el primer encuentro que en el bosque había tenido lugar entre la amable Christabel y el peligroso Geraldino.

—Lo recuerdo, dijo Perceval, después que sé el asunto del cuadro, pero, ¿ no fué á media noche ?, y ¿ no vestía uno de ellos un traje de seda blanco, y que como una visión aparecía á los pálidos reflejos de la luna ? si es que me acuerdo bien de ese poema de Coleridge. ¿ Por qué ha hecho Vd. que se encuentren á la puesta del sol ?

—¿ Vd. llama esto la puesta del sol ? Creo haber imitado fielmente la luz de la luna.

—Puede ser, pero . . . ¡ musgo carmesí y cesped color de grana ! Vamos, Campión, Vd. está más disparatado que nunca.

—¿ Carmesí ? ¿ Escarlata ? ¡ Qué disparate ! Pardo y

verde, querrá Vd. decir. Señor mío, ¿ dónde tiene Vd. su vista que de esa manera confunde el verde con el rojo ?

—Quizás me equivoque ; contestó Perceval con un aire resignado que hirió el amor propio de Campión.

—Puede ser que sí. Mi querido amigo, no le quede á Vd. duda. Pronto nos vamos á convencer, y llamó á Bales por el tubo acústico.

Al momento, y refunfuñando como de costumbre entraba este último en el estudio.

—¿ Me llama Vd. para algo urgente ? dijo. En este momento iba á buscar los marcos que Vd. ordenó ; pero por supuesto, si es que me necesita aquí, esperaré.

—Ven acá, y dinos que color te parece á tí más prominente en este cuadro.

Bales tosió cubriéndose antes la boca con las manos, y echó á ambos una mirada escrutadora. Al fin convencido de que aquel era un caso que debía tratarse con reserva y en el cual era preciso la perífrasis, dijo :

—Bien, si fuese cosa mía no la dejaría yo donde la pudiera ver un toro.

—¿ Acaso me quieres decir que es el rojo el que sobresale ? : exclamó Campión.

—Cada uno puede hacer de su capa un sayo ; contestó Bales sentenciosamente.

Campión enseguida y de mal humor le dijo que se retirara.

Cuando estuvieron solos, Perceval dijo con tono compasivo.

—No se entristezca por eso, Campión ; no es más que exceso de trabajo. Sin embargo, yo en el caso de Vd. me haría reconocer la vista : ¿ comprende Vd. ?

—Sí, ya comprendo ; contestó él lleno de terror ¡ soy acromatópsico !

—Me temo que pueda haber alguna afección pasajera, pero no se aflija Vd., que eso es una de las cosas más comunes del mundo; dijo Perceval. No trabaje por unos cuantos días, y véase con un oculista, todo pasará. Yo arreglaré la cuestión con los socios del *Club* que se han dado por ofendidos, y no se ocupe Vd. de nada. ¡Ah!, ahora recuerdo que Vd. me pidió el busto de la Cibeles para hacer un estudio de ella, este es el tiempo oportuno. Se lo mandaré, y tenga mucho cuidado con él, pues fué moldado en Atenas expresamente para mí, y no creo que podría conseguir remplazarle.

—Gracias; es Vd. muy amable.

—No hay de que darlas. Á propósito: he alquilado un queche de recreo para el verano, y se halla ahora en Wargrave; ¿porqué no viene Vd. á pasarse unos días conmigo? Venga por allá el próximo sábado.

—Si esta afección se prolonga, no tendré valor de acercarme á ningún río.

—¡Bah!, no durará mucho. Le espero á Vd.; tenga la bondad de avisarme su salida. Esta tarde le mandaré á la Cibeles.

Después que Perceval se marchó, Campión se puso á reflexionar sobre el triste futuro que le esperaba.

¡Acromatópsico! ¡Santo Dios, eso no es sino un grado menos que ceguera! En adelante ya no podré reconocer los tintes, ni elegir ningún color con que agradar la vista, y al trasladarlos al lienzo, mi paleta me hará también traición.

Era la pérdida completa de su fama como colorista, á menos que se olvidase de todo lo que para ello había aprendido, y pintase como toca el músico que se vuelve sordo, incapaz de apreciar lo que ejecuta ni corregir las faltas que comete.

Sentado en su estudio, con la cara oculta entre las ma-

nos, Campión se consideraba completamente arruinado por este último golpe que acababa de recibir. De repente, sintió una mano que le tocaba el hombro, y al volver la cara se encontró con el *Chela.*

—¡ Ah, Nebelsen ! ; dijo con animación ; llega Vd. á tiempo para darme la enhorabuena. Acabo de descubrir que estoy sufriendo de acromatopsia. Cosa muy agradable para un pintor, ¿ No le parece ?

—¡ Al fin se ha convencido Vd. !

—¿ Convencerme ?, ¿ de qué ? ¡ Oh, ya caigo !, y Campión echó una mirada á la embadurnada cara del ídolo, que parecía animado de una santa resignación. Nebelsen, eso es demasiado ridículo ; no lo creo.

—¿ Será posible que tenga Vd. la cabeza tan dura ? El experimento fué elegido por Vd. mismo.

—Le digo á Vd. que este es un asunto muy serio ; ¡ Por todos los santos del cielo !, no asocie Vd. á ello este ídolo insignificante. ¿ Me dejará Vd. tratar de olvidarlo ?

Y cogiendo un pedazo de un viejo bordado veneciano, que fué lo primero que encontró, Campión limpió con él los cabizbajos ojos del ídolo, ansioso de borrar todas las huellas de un acto que, en esta última aflicción, le parecía tan frívolo y pueríl.

—Vamos, ya está enmendado ; dijo : ¡ Ah, si con la misma facilidad pudiera yo limpiar los míos ! ; pero ¡ oh, si hubiera podido pensar antes en todo esto ! Y se aproximó otra vez á su cuadro de Christabel. ¡ Verde !

Ya no hay esperanza para mí ; nadie me podrá curar. ¡ Jesus ! ¿ Qué es esto ?, ¡ si es que ahora lo veo tal cual es, seguramente es por que ya estoy curado ! Pero ¿ cómo y cuándo ha tenido lugar ?

Se dejó caer en una silla, temblando violentamente, y dijo con ronca voz :

—¡ Gran Dios ! Nebelsen Vd. tenía razón. ¡ Esto es horrible !

—Una vez que ya se ha convencido Vd. no importa, contestó el *Chela.* Además le traigo una buena noticia : he recibido la respuesta de mi honorable *Majatma.* El hermano, por medio del cual la recibí, se la encontró esta mañana escrita con lápiz azul en su tableta de papel secante, y me la envió enseguida. En ella me indica el único medio que tiene Vd. de verse libre de todas sus desgracias, el cual afortunadamente es muy sencillo. ¡ Bien le dije yo á Vd. que mi *Majatma* era un sabio !

Campión, dió un pequeño quejido, pero habiéndose ya tragado un ídolo, mal podía ahora hacer aspavientos á un *Majatma* y dijo :

—Y ¿ qué dice ?

—Voy á leérselo; escuche; pero no haga mientes al estilo :

"Es cierto que el ídolo es el mecanismo que lleva á efecto la mayor parte de las desgracias que afligen á su amigo, sin embargo, que la teoría sobre la cual Vd. se apoya, es el disparate mayor que pudo pasar por una cabeza de chorlito."

—Mi muy querido *Majatma* es un hombre llano y que no se anda con ambages ; siga Vd. escuchando :

"Solamente un mentecato soberbio, podría suponer la posibilidad de cargar de electro-magnetismo á una imagen ridícula ; pero ya que Vd. ha tenido á bien aburrirme con sus estúpidas preguntas, le diré simplemente, que el único medio que existe para cortar el Nudo Gordiano con el cual su amigo se encuentra atado y enterrado en el fango."

—Yo no puedo comprender de donde saca mi *Majatma* toda esta retahila de palabras y frases snblimes, y lo mejor del caso es que el hermano que se las dicta no da tampoco en el clavo ; siga escuchando que falta poco :

"Es que devuelva en el acto el ídolo á la persona de quien lo recibió. Por lo que concierne á su idiotismo y crasa estupidez . . ."

—Y después continúa en los términos más cariñosos. Como Vd. vé, el remedio es bien sencillo ; devuelva el ídolo al individuo que se lo vendió. Vd. puede hacerlo fácilmente.

—Ha sido un regalo.

—Devuélvalo al donante ; eso es más fácil todavía.

—Es imposible Nebelsen; si ese es el remedio único que su *Majatma* puede indicarme, esté Vd. convencido que hubiera hecho mejor si no se hubiera ocupado del asunto.

—¿ Por qué ? ¿ dígame por qué ?

—¿ No está claro ?, ¿ cómo puedo yo creer que esta maldita imagen pueda causar daño de una manera incomprensible ? Pero Dios me perdone, pues realmente lo creo ; dijo Campión desconsolado y continuó : ¿ Cómo podré devolvérselo á ella que creyó hacerme un cariño al dármelo ?

—Pero si mi *Majatma* le dice que es la única manera ; añadió el *Chela*.

—Si fuera mi solo camino de salvación, creo que no lo haría. Póngase Vd. en mi caso Nebelsen : ¿ Cómo puedo yo saber las diabólicas acciones que hará esta imagen si yo la devuelvo ? No pretendo ser tan malvado como para enviarla sin avisar á la persona, y si yo la prevengo, ¿ cómo van á tener valor de recibirla ? No, su *Majatma* podrá ser muy sabio, pero según parece no está familiarizado con las cosas de Europa.

—Tiene Vd. razón ; mi *Majatma ;* dijo el *Chela ;* no comprende las cosas de este mundo ; y como he dicho siempre, él no es un hombre práctico en los negocios. Confieso que no comprendo bien el consejo que da en esta carta ; no me parece del todo racional ; y temo que él no se haya

ocupado mucho de este asunto, por considerarlo completamente terrenal.

—No le vuelva Vd. á molestar por causa mía. Con seguridad debe haber algún otro medio de salir de la dificultad. Entre Vd. y yo lo encontraremos.

—¿No quiere Vd. hacer lo que aconseja mi *Majatma?*

—Seguramente que nó.

—Entonces lo siento; pero no me es posible ayudarle más. Yo soy su *Chela*, y tenga razón ó nó, no puedo consultarle y después hacer lo contrario de lo que me aconseja.

—¿Es ésa la etiqueta entre los teosofistas? dijo Campión con amarga sonrisa. ¿No quiere Vd., pues, ocuparse más de esto? Muy bien, si es que quiere Vd. dejarme solo para que me arregle con esa imagen influyente, ya veré lo que debo hacer con ella. Nebelsen, ahora siento que no me haya Vd. dejado en mi ignorancia, porque ¿de qué me ha servido que Vd. me abriera los ojos, si es que nada puede hacer por mí? He perdido el reposo: vea cómo me tiemblan las manos. Si pienso mucho en este negocio me volveré loco. ¿Cómo puedo yo creer en un ídolo? y sin embargo, creo, que es lo peor del caso. No permanezca aquí para escuchar mis locuras. Vd. no puede hacer nada por mí. Márchese Nebelsen, se lo suplico. No me dejará en paz; pero márchese.

Nebelsen, conmovido y en contra de su voluntad salió.

Reinaldo quedó solo y sentado miraba aquel ídolo extraño con creciente desesperación. No sabía que pensar sobre él. Se avergonzaba de creer que un ídolo pudiera hacerle daño, y sin embargo, su experimento le había dado una terrible lección. Á falta de otra explicación tenía que admitir que trataba con una fuerza misteriosa pronto á vengar cualquiera falta de respeto hecha contra aquella absurda imagen. No se había formado ninguna teoría, pero pensaba

que el ídolo sería algún conductor, ó especie de botella de Leiden consagrada, ó bien que tendría vida propia. La sola cosa de que estaba convencido, era de que si la imagen recibía un insulto lo vengaba *incontinenti* con mano de hierro. Había suspendido su última venganza, pero Campión temblaba al considerar, que por un nuevo capricho podría de nuevo volver á ser víctima del aquel espíritu invisible. Sabía todo, y sin embargo, no tenía quien le ayudara. Nebelsen no era muy profundo en conocimientos sobrenaturales, pero conocía algo de aquellas cosas y había sabido descubrir de donde procedía el mal. Este último también le había abandonado y no podía contar sus penas á nadie porque ¿quién había de creerle? ¿qué haría? ¿destrozaría la imagen? Esto último estaba convencido de que no podía hacerlo por la promesa hecha á Sibila; apesar, de que si hemos de decir la verdad, la razón era que el joven artista se hubiera aterrorizado de atentar á tal extremo. Enviársela á Sibila era imposible. Si Nebelsen y su *Majatma* sabían algo en realidad, y el ídolo deseaba volver á las manos de la joven, indudablemente que llevaba mala intención, y estaba convencido, de que nunca podría permitir que aquella que tanto le había amado fuera expuesta á una oculta desgracia.

¿Qué haría para de cualquier manera deshacerse de aquel adorno infernal?; pero había hecho una doble promesa. Si Sibila supiera lo que él pasaba, movida por un instinto humanitario desharía el compromiso. Pero, ¿qué pensaría ella si él se lo decía?, ¿en que razón podría él fundarse para hacerlo?, ¿y si lo hacía sin su permiso, y se cumplían sus esperanzas de volverse á reunir á ella, su primera pregunta dejaría de ser sobre la existencia de su regalo y la contestación negativa, no tendría un resultado fatal?

En todo caso, estaba decidido á no hacer nada con el

ídolo por algún tiempo, pues creía probable se presentara una explicación natural de todos aquellos contratiempos. La mayor parte de los jóvenes de sano juicio en Inglaterra no se someterían sin antes sostener reñida batalla con el fanatismo, y al pensar esto, Campión tenía momentos en que se rebelaba indignado contra el terror que le perseguía.

En el momento en que recordaba sus desdichas caía de nuevo en su terror y temía que la imagen le molestara siempre con desgracias pasajeras, las que si solamente dirigía contra sus muebles no era del todo malo : pero ¿qué sucedería si la imagen como el gato que juega con su víctima el ratón ¿empezaba á jugar con él y reservaba para el fin su más terrible golpe? Sus pensamientos eran horribles ; tuvo miedo de estar solo en el estudio y decidió salir de paseo en medio de su inquietud. Á su vuelta pasó por la puerta de un florista donde compró las flores más costosas que había en el escaparate ; y después las colocó en el mejor vaso de tierra que tenía en su casa. Llamó á Bales y le dijo que las llevara al estudio.

—¿En qué lugar debo ponerlas? preguntó Bales.

—No importa, dijo Reinaldo con afectada indiferencia ; y haciendo ver su confusión continuó diciendo :

—Ahora veo ; mira, pienso que debes ponerlas en el armario esculpido frente por frente al ídolo de la India. Sí, ponlas allí mismo ; no te olvides. Ahora, á Dios ; yo voy á comer fuera.

Aquella noche volvió tarde á su casa. Él no pretendía confesarse así mismo que se había propuesto mimar al ídolo, pues era imposible hacerlo sin rebajarse ante sus propios ojos ; y se dijo ; "mañana trataré de pintar estas flores." Indudablemente que él no lo creía : ¿Estarán ó nó, en el gabinete cuando yo me levante? De cualquier manera an-

tes de ir para su cuarto y para asegurarse que las flores estaban colocadas en el puesto indicado fué para el estudio.

Las flores á no dudar habían sido puestas en el gabinete, pero yacían por tierra en aquel momento deshojadas y pisoteadas ; el hermoso jarro estaba hecho mil pedazos ; el ídolo ocupaba su lugar, y en su loca imaginación Reinaldo creyó verle una mirada de implacable hostilidad retratada sobre su radiante cara.

Estando en el gran salón de estudio donde todo yacía casi en la oscuridad excepto la esquina donde él se encontraba, sus carnes comenzaron á crisparse al pensar que aquella imagen no podía ser aplacada ; se había humillado sin resultado, y su presente arrojado con desprecio. Y en el silencio sepulcral de la noche, rodeado por las fantásticas sombras que causaba la luz que llevaba en su mano temblorosa, Campión no pudo resistir al impulso de hablar á aquella imagen y exclamó en voz ronca y apagada :

¿ Qué quieres ? dímelo y lo tendrás. Quien quiera que seas, por lo menos sé razonable.

Pero el ídolo guardó silencio, no dió el menor signo de aplacarse ; y el joven pintor disgustado de su propia superstición fué para su cama completamente desesperado. La mañana siguiente se levantó fatigado y lleno de disgusto con todo lo que le rodeaba. Creía tener que hacer algo para deshacerse de su propio horror, pero le faltaba valor para destrozar á aquel formidable antagonista. Sus nervios habían perdido la fuerza y se encontraba triste y afligido. Al encontrar la carta que su amigo Perceval le había escrito al mandarle el busto, leyó en ella que este había salido aquel mismo día en su queche de recreo invitándole para que fuera lo antes posible ; y en vez de esperar al Sábado, fué el mismo día congratulándose de la oca-

sión propicia que la casualidad le presentaba para retirarse del ídolo y distraer sus vagos temores.

Antes de salir, Bales con semblante afligido se presentó á él diciéndole :

—Señor, el vaso de flores está roto ; yo creo mi deber decírselo y . . .

—Si, ya lo sé ; anoche lo rompí yo mismo ; contestó Campión interrumpiendo al criado.

¿ Quién pudiera figurarse que el artista podría caer á un estado tal de Paganismo ? Hacer ofertas delante de un ídolo y si este las rechazaba, ocultarlo á su propia costa.

Nadie debe imaginarse que él dejaba de sentir su degradación, pero se la rechazaba amargamente.

La cara de Bales por lo general tan dura como si fuera de palo se había convertido en un campo de batalla de emociones y al hablarle Campión acerca del vaso roto había contestado, "Está bien señor" ; pero al verse solo se desahogó preguntándose á sí mismo :

—¿ Cuál habrá sido la intención de Don Reinaldo al contestarme de esa manera ? No comprendo que es lo que se propone ; pero si él está satisfecho á mí me importa poco del resto.

Campión se marchó convencido de que Bales había descubierto ó al menos sospechaba algo. Le hubiera sido imposible soportar que nadie conociera el triste estado de su alma, y se consolaba al recordar el escepticismo sistemático de Bales.

CAPÍTULO XI

MISTIFICACIONES

Después de haber sido pospuesta una ó dos ocasiones, al fin llegó la noche en que iba á tener efecto la proyectada conferencia esotérica en casa de la Señora Staniland. Ella había á menudo prestado antes su ayuda en favor de algunos genios que luchaban por darse á conocer, y les había sido de verdadera utilidad. Varias personas mal intencionadas comparaban la benevolencia de esta señora con la de la urraca de la fábula, que "hacía suscriciones pero que no se suscribía," y quizás era cierto que su corazón se abría con más facilidad que su bolsa. Pero el dinero no es la única ni la más valiosa contribución en todos los casos, y aun con él la Señora Staniland era generosa cuando la ocasión lo requería.

Era para ella una nueva sensación el figurar como la protectora de una naciente fe religiosa, que podía, ayudándola un poco en tiempo oportuno, llegar á regenerar la sociedad ; y aquella noche recibió á sus amigos con gran satisfacción.

—Creo en verdad ; dijo á varias personas ; que vamos á pasar una noche muy agradable. El apreciable Señor Nebelsen espera que se le permita traspasar los límites de los fenómenos usuales.

Los salones se iban llenando, y ya se hacía esperar el

coche que debía traer al héroe de la velada. La reunión á penas se diferenciaba de la que se congrega siempre en una concurrencia nocturna de amigos y conocidos : los jóvenes conversaban con la convicción usual de que era una gran condescendencia por su parte el hacerlo, y las muchachas sentadas al frente de ellos les escuchaban atentamente para no perder una sola de sus palabras ; aquí y allá algún sugeto, envanecido de su destreza social, atravesaba ligero y con tortuoso paso por entre los grupos, hasta llegar al punto en que quería tomar parte en la conversación, y con sus contorsiones parecía como la bola de mármol que formando zigzag corre por entre los alfileres del billar de niños.

Todos parecían querer hablar á la vez, con alta presión, y á toda velocidad, y el efecto que á corta distancia producían hacía recordar con pena las grandes jáulas de monos ; pero también se encontraban individuos silenciosos de costumbre, sin los cuales ninguna velada sería completa, sugetos que no conocen un alma, y á los cuales como á los rebaños cuando sopla el vendaval, se les ve algunas veces formar grupos para animarse mutuamente ; pero con más frecuencia se hallan cabizbajos en apartados rincones, preguntándose á sí mismos por qué fueron á la reunión, y echándose de soslayo unos á otros furtivas miradas de misantropía.

También había allí animados grupos, de los que con frecuencia parte un escondido y emponzoñado dardo ; y se oían salir de ellos exageradas bienvenidas, que nada tenían de sinceras ; y se notaba el movimiento mesurado de abanicos, y el continuo arreglo del cabello.

Las dos únicas cualidades características, que en aquella reunión se descubrían, eran una restringida excitación general, y el hecho de que el tema de todas las conversaciones era el mismo. Hablaban sobre el carácter raro y probable

de los entretenimientos del *Chela*, con respecto á los que se hacían muchos pero vagos comentarios.

—Señor Babcock, venga acá y dígame todo lo que Vd. sepa de ese Nebelsen ; dijo la Señora Pontifex con su tono imperioso de matrona. ¿ Qué clase de hombre es ? Yo sé que Vd. le ha visto antes de ahora.

—Déjeme recordar ; contestó Babcock :

Si Vd. puede imaginarse una mezcla personificada de un inexperto taumaturgo extrangero y un canario á medio enseñar, y que sepa hacer suertes, tendrá una idea del héroe de la velada.

—Entonces es un sugeto que divierte.

—No queda duda, tiene algo de chistoso, sin que por eso sea vulgar. Debemos pedirle que ejecute sus mejores milagros. Con seguridad Señora Pontifex, antes que concluya la velada ya la tendremos á Vd. convertida en budhista completa.

Babcock estaba tratando de abrirse paso para llegar á donde estaba sentada Sibila, cerca de una ventana abierta, cuando volvió á ser interrumpido en su camino, esta vez por la pequeña Señora Venham Honiton, que le dijo :

—Dígame, Señor Babcock, ¿ no cree Vd. que se está haciendo demasiado tarde ? En verdad que no creo que ese profeta va á venir ya, si es que tuvo alguna vez la intención de hacerlo, pues ellos, tienen que tener mucho cuidado del lugar donde van por primera vez, ¿ no es cierto ? no pueden ir á cualquier punto. Ciertamente que es un gran chasco para la amable Señora Staniland, después de reunirnos á todos nosotros aquí para que conociésemos á ese señor ; pero quizás se anticipó á confiar en que él condescendería á venir, ¿ no lo cree Vd. así ? ¡ Me causa tanta pena, la pobre !

—No es tiempo de desesperarse todavía, contestó Babcock : Creo que Nebelsen se presentará al fin.

—¡ Ah ! ; siempre está Vd. de buen humor, y dispuesto á ver todo de color de rosa ! Por mi parte, creo firmemente que no vamos á oir mucho budhismo esta noche. Sí, ya noto por sus miradas, Señor Babcock, que á Vd. como á mí, le ha llamado la atención la palidez de la joven Elsworth. ¿ Ha visto Vd. alguna vez á nadie que aparezca tan abatido ?

—Yo no la noto ningún cambio desfavorable ; contestó Babcock, quien por el contrario creía que Sibila estaba encantadora aquella noche.

—Quizás las mujeres notamos más esas cosas ; yo lo veo claro. No es que nunca la haya considerado bonita, aunque me atrevo á decir que algunas personas la juzgaron agradable en un tiempo. Confieso que con la vejez me estoy volviendo muy amable.

—Vd. dista mucho de serlo, Señora Honiton ; replicó Babcock, sin importarle mucho en cual de los dos sentidos pudiera ella tomarlo.

El se alejó en seguida, acercándose poco á poco, según se lo permitía el gentío, á donde se hallaba Sibila de pié con una joven amiga, que era una desagradable admiradora de su belleza.

—Señor Babcock ; dijo ésta ; ¿ no cree Vd. que es injusto por parte de esta cruel criatura negarse rotundamente á prepararme de antemano para lo que vamos á presenciar ?

—¡ Pero si es que yo mísma no lo sé !, replicó Sibila en tono de protesta.

—Yo las preparé á ambas ; dijo Babcock. Habrá señales y prodigios, y formas astrales por toda la sala ; no es que nosotros veremos nada de esto, pero sabremos que están aquí porque Nebelsen así nos lo dirá. Tendremos también lectura elemental del pensamiento, ó mejor dicho, deletréo. No deben Vds. olvidarse de rogarle que ejecute un portento,

que nunca deja de sorprender y deleitar á todos los jóvenes: la materialización de un pudín esotérico dentro de un sombrero astral.

—Pobre Señor Nebelsen; él cree á puño cerrado en todas esas cosas; dijo Sibila.

—¿Á qué extrañarlo? Él cree en sí mísmo; contestó Babcock. Pero, ¡aquí tenemos al fin á nuestro místico! ¡Cómo le reciben! Mírenlo cómo se hace que no le gusta la ovación.

Nebelsen estaba en extremo orgulloso de haber por último obtenido permiso para poner de manifiesto los misterios del ocultismo, ante un auditorio más numeroso que todos los que hasta entonces le habían escuchado: La hermandad, por medio de su representante en Londres, había retirado su oposición; y el *Chela* se sentía ahora en un estado tal de tensión eléctrica, que se creía capaz de producir fenómemos mucho más sorprendentes de los que hasta entonces se había atrevido á soñar.

¿No podría él en este salón, uno de los puntos de reunión de la frívola moda (nada de eso era, pero él no lo sabía), obtener resultados que harían que todas las personas pensadoras de Londres se agrupasen ansiosas en su derredor? Sólo necesitaba para ello valor y una fé ilimitada en sí mísmo.

—En verdad, querido Nebelsen; le decía la Señora Staniland; principiaba ya á creer que Vd. me había abandonado; pero no hablemos de ello una vez que ya está Vd. aquí. Esta es una gran oportunidad para Vd.; algunas de las personas que hay aquí esta noche serían una verdadera adquisición para cualquier secta religiosa, y además las veo dispuestas á convencerse. Con respecto á mí, ya yo soy demasiado vieja, según me lo ha dicho Vd., para cambiar mis idéas; pero con todo, me tomo mucho interés en

su causa. Y, dígame ahora ¿ hay algo que desée Vd. hacer como preparativo? ¿ Quiere Vd. que se ponga la sala á oscuras, ó que se cambien las sillas, ó cualquier otra cosa? Sírvase dar sus órdenes.

—No es necesario, todo está bien ; contestó el *Chela*. Solamente desearía que hubiera menos ruido.

La conversación al fin cesó, después de dos ó tres rebeldes risotadas. El *Chela* se colocó sobre la alfombra que estaba frente á la chimenéa, desde donde con soñolienta emoción contempló el concurso de gente á través de sus espejuelos azules.

—Mi querida Sibila ; dijo en voz baja la joven que estaba á su lado ; ¡ Tengo mucho miedo ! ¿ Crées tú que van á apagar las luces? ¿ Eres tan valiente como para resistir . . . ? ¡ Oh, dame tu mano !

Babcock, que se hallaba allí cerca, hubiera querido poder fingir y hacer que tenía miedo para que le dieran el mismo remedio.

El *Chela* había ya empezado su discurso, en el que con frase rápida y entusiasta, aunque un tanto incoherente, elogiaba el poder asombroso que se puede adquirir por medio de la voluntad, cuando se halla dirigida y fortalecida por el ejercicio de los conocimientos ocultos. Habló tanto sobre el asunto, que al fin sus oyentes principiaron á dar pequeñas é indudables señales de impaciencia ; pero Nebelsen tardó un gran rato en descubrir que el auditorio deseaba que "diera un corte al dialecto y mostrase el amuleto."

Después, por vía de introducción á los misterios más recónditos, hizo que se oyeran algunos golpecitos secos y vibrantes sonidos de campanillitas, en varios puntos imprevistos del salón.

—¡ Oh, esto es horrible !, exclamó la Señorita Tremlett. No creo que se debe jugar con esas cosas.

Es muy fácil excederse en el número de campanillazos, y hay que confesar que el *Chela*, en el placer sin arte que experimentaba con aquella suerte, se pasó de los límites, produciéndolos por largo rato después que habían perdido la novedad ; pero el decayente entusiasmo de la reunión volvió á renovarse, al anunciar su intento de hacer otra suerte con un cigarrillo.

—Para un estudiante como yo ; siguió diciendo Nebelsen, al sacar un cigarrillo de la cigarrera que uno de los concurrentes le presentó; aunque sea sólo con objeto de distraer, romper una cosa y luego volverla á su estado normal, es un asunto de muy poca ó ninguna importancia : nosotros no tenemos más que transformar el material primitívo al estado cósmico, y después reorganizarle. Tenga la bondad alguno de Vds. de poner una marca á este cigarrillo.

Trajeron pluma y tinta, y se le hizo una gran cruz y dos marcas. El *Chela* entonces lo mantuvo en la llama de una vela hasta que quedó consumido.

—Si dentro de cinco minutos ; dijo, abren la tapa de aquel piano que veo allá en el otro salón, le hallarán allí.

Será conveniente que dejemos consignado el hecho de que no era posible que hubiese coalición ó sustitución : el dueño del cigarrillo era completamente desconocido de Nebelsen, y éste nunca había estado en la casa ; además, las personas que se hallaban cerca lo vieron con las marcas consumirse poco á poco. Á la terminación de los cinco minutos hubo un movimiento general en dirección al piano, la tapa del cual levantó Babcock en medio de una gran excitación.

—Bien ; dijo el *Chela* con impaciencia, desde el lugar en que se hallaba. ¿Por qué no lo saca Vd. ?

—Debo decirle, contestó Babcock con calma ; que mejor será esperar otros cinco minutos.

—No tema Vd.; sáquelo, que no le morderá. ¿Por qué, no lo quiere Vd. sacar para que todo el mundo lo vea?

—Así lo haría; pero es una cosa bien singular: no está aquí.

—Nada tiene de particular; contestó el *Chela* algo disgustado; cuando Vd. se halla tan cerca difundiendo una influencia carnal y grosera, con la cual tienen que desorganizarse por completo las corrientes magnéticas. Deje Vd. que la Señorita Elsworth sa aproxime al piano, y entonces el cigarrillo podrá formarse de nuevo.

Babcock se encogió de hombros, y se retiró de allí con un sentimiento muy diferente al de la amabilidad, por este bochorno que se le había hecho pasar en público. Sibila, no muy á gusto por haber sido elegida entre tantas otras personas, se acercó al piano y, después de examinar su interior, dijo:

—De veras, yo tampoco lo veo.

—No; replicó el *Chela* sin mostrarse turbado en lo más mínimo; y voy á decir á Vdes. el porqué: el fenómeno ha dejado de tener efecto porque el cigarrillo no quedó suficientemente impregnado con mi magnetismo personal. Me apuré demasiado en destruírlo; debí haberlo tenido más tiempo en mi poder.

"En la manga de la camisa," dijo Babcock por lo bajo:

—Pero no importa; continuó diciendo el *Chela*. Volveré á hacerlo otra vez.

Pero la Señora Staniland, tal vez por cierta duda que entonces se le ocurrió, de si los cigarrillos mejoran ó nó el tono de los pianos, se interpuso diciendo:

—Oh, nó, querido Nebelsen, no se moleste Vd. en volverlo á hacer otra vez. Todos nosotros comprendemos muy bien el procedimiento, y nos agradaría más que produjera algún otro fenómeno, si no tiene en ello inconveniente.

—¡ Ótro ! ¿ No está Vd. todavía satisfecha ? No se asuste nadie ; pero allí en el balcón veo uno de los de nuestra hermandad en forma astral. Vamos ahora á tener una manifestación muy linda y curiosa. Quizás esta señora que está aquí frente á mí saludando á la Señora Pontifex ; tendrá la bondad de pensar en alguna cosa que haga mucho tiempo ha perdido, y que se alegraría de volver á tener ahora.

"No espere Vd. que vaya á decir su *figura"; murmuró entre dientes la Señora Venham Honiton.

Pero la Señora Pontifex tuvo la suerte de no poder acordarse de nada, y el *Chela* entonces se dirigió á todos en general ; mas nadie quiso prestarse por temor de verse comprometido como testigo, evitando todos la mirada de Nebelsen con singular unanimidad.

Al fin una señora, peinada con graciosa negligencia, con una triste sonrisa, y en voz baja y vacilante dijo :

—Cuando yo era niña tenía un objeto que apreciaba mucho, era una muñeca vieja, sin manos ni piernas y con la cara toda rota, un verdadero palo de bolos ; pero era casi la única cosa que me llamaba la atención en el mundo. ¡ Muchas veces he deseado en el alma volver á ver aquella cabeza vieja y redondeada con su largo pescuezo !

Había una emoción de sinceridad tal en esta confesión pública, que impresionó á todo el que poseía el más ligero sentimiento de ternura. El mismo *Chela* quedó encantado de la simplicidad de la súplica que se le hacía, y con gusto se prestó á gratificarla.

Durante algunos minutos él permaneció en profundo silencio con los brazos cruzados y los ojos fijos en una de las ventanas abiertas. Por último salió de su arrobamiento dando un pequeño salto, y dijo :

—Si busca Vd. en el interior de la silla en que está sen-

tada, encontrará la muñeca desfigurada que hace tanto tiempo perdió.

La señora se levantó de su asiento dando un grito de alegría.

—¡ Ah, qué agradecida le estoy á Vd. !, y después, dando un picaresco suspiro de asombro, agregó : Pero ; ¡ dentro de la silla ! Oh, Señora Staniland, ¿ me permite Vd. buscar dentro del armazón de la silla ? Soy egoísta, lo reconozco ; pero ¡ me agradaría tanto volver á ver mi antiguo juguete !

—Por supuesto, amiga mía ; contestó la Señora Staniland. ¿ Cómo puede Vd. pedirme permiso para eso ? Córtela Vd. en seguida.

Era un hermoso sillón, muy cómodo y lujosamente tapizado. Cuando se le quitó la cubierta de cretona que tenía se vió que estaba ricamente recubierto de brocado, imitando un dibujo antiguo ; éste fué cortado con todo el cuidado posible, y debajo apareció otra cubierta de género blanco, que también se cortó. El estado en que se hallaban estos forros probaba de una manera bien evidente que no se les había tocado para nada, pues las puntadas eran fuertes y las telas casi nuevas.

La excitación llegó á su colmo cuando el suelo quedó cubierto de la crin con que estaba relleno el sillón, y el que principió á quedar en esqueleto ; pero no pudo encontrarse el interesante palo de bolos.

—¿ Está Vd. seguro que no está en uno de los brazos ? ; preguntó la Señora Honiton con candidez sospechosa.

—Creo que á la Señora Staniland no le gustaría mucho ver sus sillas abiertas como ostras ; replicó con sorna Babcock.

—Particularmente para buscar una perla problemática ; contestó uno.

—Bien, quizás nó. Pero ¡ qué sofocado se está poniendo el pobre hombre ! ; dijo otro : le compadezco.

—Siento mucho lo que pasa ; exclamó el *Chela*, dando el primer indicio de confusión ; pero aquí, entre tantas y tan opuestas individualidades, me es imposible concentrar toda mi fuerza de voluntad en un simple palo de bolos. Si continúo trabajando hasta el amanecer, no conseguiré nada, absolutamente nada. Y además, el hermano que estaba en el balcón ya se ha marchado.

Esta manifestación fué seguida de un profundo silencio, interrumpido solamente por unas cuantas tosecitas ; y la Señora Honiton, que hacía muy poco tiempo acabába de amueblar de nuevo la sala de su casa, pensó que no era prudente invitar al *Chela* para que diera en ella una conferencia, mientras que la Señora Staniland se arrepentía ya de que sus salones hubiesen sido la escena de un fiasco semejante.

—Tal vez su *Majatma ;* dijo Babcock por vía de sugestión ; pueda hacer algo en su obsequio si Vd. le pide su apoyo.

De repente pareció que el *Chela* tenía una inspiración ; y le contestó á media voz :

—Escuche Vd. Mi *Majatma* se encuentra allá en las orillas del Tiber, ¿ no cree Vd. que si yo le escribo una carta, y recibo la respuesta aquí en el salón, esta gente entonces creerá ?

—No me queda la menor duda ; contestó Babcock. ¡ Feliz idéa ! ¿ Cómo vendrá la respuesta ?

—Caerá del techo ; replicó el *Chela ;* y dirigiéndose luego á la concurrencia, dijo :

—Deseo que Vds. tengan un poco de paciencia. Voy á escribirle á mi *Majatma*, que está en el Tiber, y todos verán cuando llega la respuesta, y oirán también lo que me dice.

Babcock condujo á Nebelsen hacia un pequeño escritorio, en el que éste escribió precipitadamente unas cuantas líneas.

—Pondré ahora esta carta en una corriente magnética, é instantaneamente será trasportada hasta el Tiber; decía el *Chela* al mismo tiempo que se dirigía al balcón, en el que extendiendo la mano con que sujetaba el místico billete, esperó allí en el silencio de aquella noche calorosa y alumbrada unicamente por las estrellas.

Á pesar suyo, la mayoría de la concurrencia quedó impresionada al contemplar aquel individuo de imponente estatura grotescamente vestido, silencioso y de pie en el balcón; hubo un murmullo de entusiasmo y al entrar otra vez el *Chela* en la sala, dijo tranquilamente:

—Ya se fué; y ahora, entretanto llega la respuesta, ¿querrá alguna señora ó señorita cantar unas canciones?

Álguien cantó el "Á Diós," y luego que terminaron los aplausos el *Chela* dijo excitado:

—La respuesta; ya pronto estará aquí un minuto más.

—¡Trabajo ligero: ir y venir del Tiber en diez minutos!, replicó Babcock.

—Para el verdadero adepto no existe el tiempo ni el espacio; contestó Nebelsen; pero por una causa ó por la otra, la muy esperada respuesta no llegaba.

¡Si alguna persona tuviera la amabilidad de tocar otra vez el piano!, sugerió el *Chela* al fin; sintiéndose en una situación muy análoga á la de los sacerdotes á quienes con tan poca gratitud dejó Baál en las astas del toro.

Por último, cuando todos tenían la atención fija en el que iba á tocar el piano, y que acababa de sentarse, una repentina exclamación de Babcock atrajo la curiosidad de la concurrencia hacia un papel color de rosa doblado en cuatro, que caía del techo é iba á parar á los pies del *Chela*.

En la reacción que se efectuó todos corrieron presurosos á ponerse en su derredor, mientras que Nebelsen con la cara encendida y una sonrisa de triunfo, cogía del suelo la misteriosa misiva, deciendo con orgullo :

—Ya les decía yo : mi *Majatma*, ha vindicado nuestra causa enviando á Vds. su enhorabuena.

Con mucha reverencia se puso á desdoblar el papel, y luego leyó para sí lo que decía.

Muchas de las personas que hasta entonces se habían mostrado escépticas, principiaron á vacilar, y por todas partes se notaba gran impaciencia por saber lo que el *Majatma* decía. Esta ansiedad no quedó satisfecha.

Después de leer Nebelsen la carta con cara airada y confusa, la estrujó entre sus manos y la guardó en su faja.

—Pero ¿no podremos verla nosotros también? exclamó la Señora Honiton. ¡Me gustaría tanto ver á lo que se parece la misiva de un ocultista!

—No puedo comunicar á Vds. el contenido; dijo el *Chela*.

—¿Es demasiado terrible para que nuestros débiles entendimientos lo comprendan? preguntó Babcock.

—Exactamente; fué la respuesta del *Chela*. De nada serviría leerla en alta voz. Creo, después de esto, que ya no podré esta noche producir más fenómenos.

Este aviso renovó otra vez con mayor intensidad la frialdad que ya había sentido la concurrencia : mucho de los presentes arquearon las cejas en señal de disgusto, se cambiaban sonrisas de profunda incredulidad; y, finalmente nadie parecía tener encomios que hacer de una fe religiosa que no podía entretenerlos ni siquiera por una noche.

La Señora Staniland principió á enviar algunos convida-

dos á otro salón, donde tenía preparada una buena cena, y al pasar por delante del *Chela* le dijo :

—Yo sé Nebelsen que Vd. nunca come por la noche.

—Esta noche sí, replicó él.

—Oh, bien ; en ese caso Vd. vendrá más tarde en compañía de alguien ; contestó ella en marcado contraste á la distinción con que le había tratado al principio de la velada, y se alejó dejándole en el salón estático, y humillado pero conforme. Ya casi le habían dejado solo, cuando Sibila al verle se compadeció de él.

—No debo ir todavía, debo esperar hasta que todos hayan ido ; le decía ella á Babcock, que esperaba ser su compañero de mesa. Nadie ha invitado á la linda Señorita Chatterton : venga Vd. conmigo, y lo presentaré á ella.

Sibila después de desembarazarse de él y no quedando más que algunas parejas en el salón, se aproximó á Nebelsen, y le dijo :

—¿ Será Vd. tan amable que me llevará al comedor? Pero no ahora, que está lleno de gente ; vamos al balcón, que será más agradable.

Ella se dirigió al balcón acompañada del *Chela*, que la seguía con respetuosa sumisión. Cuando estuvieron sentados, Sibila dijo algunas frases de poca importancia ; pero él tardó tanto en hablar, que ella principió á sentirse confusa.

Al fin habló, mirando con curiosidad las facciones de Sibila para descubrir el efecto que la producía esta tremenda noticia :

—He decidido renunciar mi *Majatma.*

—¡ Ah !, contestó Sibila, sintiendo muchas ganas de reir á pesar de su conmisceración.

—Y ¿ por qué ?

—Porque es muy impolítico ; replicó Nebelsen con vehemencia ; y además no sabe conducirse bien. Allá en el

Tiber la gente es un poco ruda ; lo he soportado con paciencia por mucho tiempo, pero lo de esta noche ya pasa de la cuenta. Yo lo confié todo á mi *Majatma* y él me ha abandonado. Otros *Chelas* de menos importancia que yo reciben ayuda para producir fenómenos ; pero á mí se me deja solo. Así es que desde esta noche dejo de ser *Chela* y cierro el pico.

—Me alegro mucho. Creo que es muy juicioso por parte suya : dijo Sibila.

—¡ Ah !, y ¿ por qué se alegra Vd. que yo me separe de la hermandad ? Vd. no sabe ¡ cuán feliz me hace con decírmelo !

—¿ No cree Vd. ya más en la Teosofía ?

—Sí, creo en ella lo mismo que siempre. El que esta noche no haya podido producir más que unos cuantos fenómenos no significa nada ; no es extraño que algunas ocasiones la fuerza de la voluntad y las corrientes magnéticas se nieguen á funcionar : ocurrirán de vez en cuando accidentes, roturas y descarrilamientos, en los ferrocarriles ; pero á pesar de todo, como Vd. misma vió, recibí respuesta de mi *Majatma.*

—Pero Vd. no quiso enseñárnosla.

—Esa es la razón por que digo que él se ha portado tan mal. Me escribe una carta, pero tiene cuidado de que yo no pueda mostrarla ó leerla en alta voz. Voy á decírselo á Vd. para que vea qué groseramente se ha portado : cuando abrí la carta leí en letras griegas lo siguiente : (Perdone Vd. que repita la palabra) "*No sea Vd. un mocarro.*"

Sibila se vió obligada á acariciarse los labios con las plumas de su abanico para no reírse y poder mantener su dignidad.

—Como Vd. comprenderá, después de una ofensa semejante debe terminar todo entre él y yo. Por lo tanto esta

noche le mandaré mi renuncia en forma. Nunca se ha tomado mucho trabajo en contestarme cuando le he consultado, y algunas veces no contesta ni una palabra ; otras veces la respuesta, cuando viene, es "bien," ó "no es gran cosa." Voy á referir á Vd. un caso : Yo tengo un amigo pintor, Vd. le conoce, puesto que fué el que hizo aquel retrato de Vd. que está ahora en exhibición ; se llama Mr. Reinaldo C.

—Bien, y ¿qué? ; contestó Sibila poniéndose de pronto seria.

—Ese señor ha estado muy desgraciado durante varias semanas, y casi completamente fuera de quicio, como dicen Vds. : ha perdido fama, amigos, dinero y trabajo ; se encuentra enfermo, angustiado, y no puede decir porqué. No podía el pobre saber la causa de su infortunio, hasta que yo la descubrí y le dije que era un ídolo pequeño y feo, que tiene en su casa.

—Y cuando Vd. se lo dijo, ¿ lo creyó?

—Al principio nó ; pero después, sí, y casi tanto como yo. Lo siguiente le demostrará á Vd. qué clase de indivíduo es mi *Majatma:* le escribo preguntándole qué era lo que debía hacer el Señor Campión, y me contesta diciendo que el único remedio es que dicho señor devuelva el ídolo á la persona que se lo regaló ; precisamente lo que el Señor Campión no puede hacer.

—¿Por qué?, preguntó Sibila sorprendida de que Reinaldo pudiera dar crédito á una explicación tan extravagante, y en la esperanza de descubrir que él no era tan crédulo como Nebelsen parecía creerle.

—Porque dijo que esa sería una acción cobarde y egoísta, en lo cual estoy de acuerdo con él. Mi *Majatma* ha cometido un gran error moral al dar un consejo semejante. Pero ya no importa, pues por segunda vez volveré yo solo á auxiliar al Señor Campión.

—Señor Nebelsen; dijo Sibila con ahinco, creo que Vd. no debería alentarle en esos sueños fantásticos, perdóneme, pero ¿cómo es posible que yo califique esas cosas de otra manera? Vd. no puede con seriedad creer que un ídolo tenga ningún poder, ¿no es cierto?

—Exactamente lo mismo que me dijo el Señor Campión al principio; pero permítame Vd. que le refiera como se convenció.

Y el *Chela* le contó el experimento que Reinaldo hizo con la pintura roja, y el resultado que tuvo.

—Y ¿tiene miedo ahora?

—La última vez que le vi estaba aterrorizado, y no puedo desechar mi creencia de que si no se hace algo para evitarlo, ese ídolo hará alguna cosa mucho más terrible aun. Hasta ahora ha estado haciendo las veces de el gnogmo *Poltergeist*, pero eso no puede continuar siempre así.

Sibila sintió un pequeño escalofrío, y contestó:

—¡Ojalá que no me hubiera Vd. dicho todo eso! Vamos ahora al comedor.

El *Chela* aquella noche fortaleció su intentada apostasía con buenos bocados de ensalada de langosta y sendos tragos de champaña; al volver á su casa se sentía más contento que de costumbre, y estaba firmemente resuelto á enviar su renuncia al *Majatma* antes de acostarse.

Sin embargo, que un *Chela* corte de esa manera las amarras que le unen á su guía esotérico, es un acto cuya inmensa importancia no necesita demostración. ¿Por qué, pues, Nebelsen volvía la espalda al deslumbrante panorama de puro espiritualismo y omniciencia que tenía á la vista, y que para alcanzarlo había luchado por tanto tiempo y en este momento se disgustaba solamente contra la disciplina á la que era de suponer se hallaría ya acostumbrado?

¿Cómo podía él abandonarlo todo, sin dar marcadas señales de tristeza?

¡Ay, que las debilidades de la humanidad no puedan ser desprendidas ni aun con las doctrinas teosóficas!: las ventajas de los consejos de su *gurú*, la esperanza de la completa iniciación, el llegar hasta el mismo *Nirvana*, todo, era nada para el enamorado *Chela* comparado con un par de ojos pardos y una cara de expresión encantadora y picaresca. Durante muchos años había mantenido su corazón á flote en la inmensidad para bajarlo al fin como un cometa, y ponerlo con humildad á los piés de una belleza.

CAPÍTULO XII

EN OBSEQUIO DEL ANTIGUO CARIÑO

Sibila al recordar las revelaciones hechas por Nebelsen podía con dificultad resistir la mala impresión que la habían causado. Habían despertado en ella un pensamiento supersticioso que á pesar de toda educación siempre está latente en la mente de la mayor parte de las personas.

¿Era por ventura, cierta aquella historia? Ella no podía olvidar lo que le habían dicho al comprar el malhadado regalo. ¿No había caido la desgracia sobre todos aquellos que habían tenido que estar en contacto con el ídolo? El hombre que lo desenterró fué desgraciado; como también el buque que lo trajo y el vendedor de curiosidades.

Además ella recordaba sus propias experiencias. Por el ídolo se habían descubierto sus relaciones con Reinaldo en el momento menos oportuno, obligándola á separarse de él, quien en otro caso cualquiera nunca hubiera podido pensar de ella y de su amor de una manera tan injusta. Campión se había servido del ídolo para hacer más patente el insulto que le hacía con su ridículo retrato.

La causaba miedo pensar en ello, y no lo quería creer; pero lo peor del caso era que Reinaldo lo creyese, y que se hiciera desgraciado.

Sí; si le daba crédito á lo que Nebelsen le había dicho; Reinaldo á no dudar estaba convencido de que aquella mis-

teriosa imagen se hallaba dotada de un poder extraño. Le habían dicho que si devolvía el ídolo se vería libre de desgracias, y sin embargo Reinaldo rehusaba hacerlo. Era terrible que aquella poderosa inteligencia perdiera de ese modo su vigor; y Sibila se sentía impresionada por la generosidad de Reinaldo, al negarse á poner en sus manos el pretendido objeto peligroso. Con seguridad que él no era tan malo como parecía; y todavía la conservaba algún cariño.

Pero la vista constante del ídolo indudablemente estaba afectando su cerebro; él no había perdido su tranquilidad de espíritu, por enfermedad, ni exceso de trabajo, y ella hasta cierto punto, debía considerarse culpable por tan tristes consecuencias.

¿No fué ella la que insistió en que él conservase el ídolo en su poder? ¿Permitiría que fuera cayendo más y más en aquel terrible estado de melancolía, mientras haciendo un pequeño sacrificio de su amor propio, ella podría evitar tan terrible desgracia?

Ella no tendría más que hacer, que insistir en la devolución del ídolo, y cuando él observara que ninguna desgracia la perseguía, quedaría curado de sus manías. Quizás, fuera quien quisiera el *Majatma* de Nebelsen, en esta cuestión parecía estar acertado.

Sibila apenas concibió la idea, que guiada por los impulsos de su carácter, decidió resolver la cuestión. Debía de salvar á Campión á todo trance. Sibila abrigaba vagos temores sobre el ídolo, y si por algo había que prevenirse contra él, era muy justo que ella sufriera las consecuencias de la inexplicable perversidad de la imagen. El día siguiente era domingo y Sibila que estaba acostumbrada á limitar sus devociones á los servicios matinales, sorprendió á su tía cuando le anunció que aquella tarde pensaba volver

á la iglesia. La Señora Staniland como Sibila había previsto no tuvo á bien acompañarla, y ordenó á una doncella que lo hiciera ; esta última obedeció de muy mal humor por tener otros preparativos muy diferentes para pasar aquella noche.

La iglesia se hallaba á corta distancia de la avenida de Romanoff, y los servicios se concluyeron antes del anochecer. Sibila al salir, afectando la mayor indiferencia le dijo á la criada, que deseaba ir á casa de Campión para recoger algo que había olvidado en el estudio de éste.

Sabía que iba á hacer una cosa mal vista, pues no tenía necesidad de ir ella misma á buscar dicho objeto, pudiendo perfectamente mandar á cualquier otra persona ; pero se sentía impaciente por saber el estado en que se hallaba Reinaldo, y quería verle para cerciorarse de ello. Además, probablemente él se negaría á entregar el ídolo á nadie, y ella quería hacerle comprender que debía devolverlo.

No le era posible evitar cierto temor al recibir el ídolo, que á pesar de todo podía traer consigo la desgracia ; pero luego, reflexionando, se dijo que aquello era una tontería, y que en último caso, á la primera indicación de peligro podía en un momento deshacerse de él, lo que Reinaldo se veía imposibilitado de llevar á cabo por la promesa que había hecho de conservarlo siempre. Por otra parte Sibila estaba animada con el entusiasmo de volverle á ver. El temor que pudiera inspirarle los poderes sobrenaturales del ídolo, ó el recuerdo de su amor propio herido, no pudieron prevalecer en contra de su pensamiento. Al atravesar los jardines de la avenida que en aquel momento exhalaban los perfumes más agradables, escapados de las lilas y alheñas, el corazón de Sibila latía fuertemente impulsado por otro sentimiento diferente al miedo, y acompañada por la malcon-

tenta Luisa, ambas se dirigían rápidamente hacia la morada y estudio de Campión.

La Avenida de Romanoff tenía más impreso su carácter lugareño en medio de la interrumpida tranquilidad de aquel domingo de verano, y bajo un cielo que bañado de una luz azul vacilante, cambiaba en aquel momento sus matices por un verde claro. En la calle no descubrieron sino dos enamorados de domingo que hacían la tórtola en una esquina, y el farolero en su vuelta profesional de encender las farolas. Sibila había llegado á la puerta del estudio y le pareció oir á alguien de la parte de adentro ; ella sabía que Reinaldo tenía por costumbre sentarse á fumar en aquel sitio por las tardes. Á pesar de llevar á Luisa como aya, principiaba á creer que hubiera sido más conveniente no haber ido, y á sentirse indecisa. Si el criado de Reinaldo, ó alguno de los indivíduos que le servían de modelo, venía á abrir la puerta, ¿ que le diría ella ?

Ya tenía la mano en el botón de la campanilla, cuando se oyó una carcajada que partía del interior, vibrando claramente en aquel silencio, y Sibila se separó de allí aterrorizada.

Fué una carcajada insultante, llena de triunfo, cínica y sarcástica ; pero muy parecida á la risa de Reinaldo, como pudiera quizás ser después de sufrir una larga enfermedad.

Volviéndose entonces Sibila á la criada, con la cara pálida y asombrada, le dijo :

—No creo que debo entrar ; he reflexionado, Luisa. Parece que el Señor Campión está ocupado.

—Como á Vd. le parezca mejor, señorita ; contestó la criada muy contenta ; y ambas se pusieron en camino de regreso á Sussex Place.

¿ La había visto Reinaldo aproximarse ? ¿ Se creía acaso que ella iba porque todavía le amaba ? ¡ Nó, él no podía

ser tan malvado en pensar eso de ella ! Pero entonces todo lo que se le había dicho respecto á las maldades del ídolo debía ser un engaño, ó quizás una treta para ganar su buena voluntad, y el haberlo ella creído era la razón por la cual él había reido de aquella manera tan burlona. Ella le haría ver lo contrario de lo que él se había imaginado ; y si, según Sibila creyó comprender, en realidad quería él deshacerse del ídolo, ya desde aquel momento le importaba muy poco de lo que él quisiera hacer con su regalo.

* * * * * *

Al volver Nebelsen á su casa, que se hallaba situada en una tranquila calle del barrio de Paddington, se puso á escribir el documento en que repudiaba á su *Majatma*. Tardó varias horas en preparar un escrito, con el cual pudiera hacer sentir su ponzoña al empedernido corazón del *gurú ;* pero al fin lo concluyó, y se dijo : "No lo mandaré por conducto de Babu Chowkydaree Loll, porque entonces éste me querrá hablar sobre el asunto y tratará de hacerme desistir de mi idea, y yo no puedo volverme atrás. Yo mismo lo enviaré directamente al *Majatma* por medios ocultos, y lo recibirá con la misma prontitud."

Su noviciado no llegaría á realizarse, abandonaba las visiones, conocimientos y poderes ocultos, y no podría en lo sucesivo vanagloriarse con la convicción íntima de su superioridad sobre el resto del género humano : deliberadamente había bajado á ponerse á nivel de los demás hombres.

Á pesar de eso gozó por varios días un consuelo inexplicable : ya no le mortificaba el recuerdo de las vagas pero terribles pruebas por que debía pasar, y en las que su sistema nervioso y su cerebro tenían que sufrir un rudo sacudimiento ; no necesitaba ahora reprimir los más tiernos sentimientos, ni dar tormento á su cuerpo ; podía ser tan sentimental como su corazón lo desease ; y ciertamente que

Nebelsen lo era. No quiere decir esto que se había olvidado por completo de Campión y sus desgracias. Al contrario, ahora que se veía libre de su *Majatma* se sentía ansioso de ayudarle.

El *ex-Chela* estudiaba á menudo el mensaje que había sido "precipitado" por medio del representante Babu Loll, hasta que al fin logró darle otra interpretación distinta con la cual se resolvía el problema de una manera más satisfactoria y equitativa que la primer vez, y quedaba mejor parado el buen nombre del maestro.

Nebelsen quedó tan deleitado de su propia sabiduría y penetración, que determinó ir en seguida á casa de Reinaldo para participarle su descubrimiento ; pero estando preparándose para hacerlo oyó que llamaban á la puerta, y al abrirla se encontró con el pintor.

—Llega Vd. á buena hora ; dijo Nebelsen alegremente.

Campión nada contestó, no hacía más que mirar y remirar al *ex-Chela*. Seguramente quedó sorprendido del cambio que se había operado en la apariencia del místico, pues éste tenía puesta la ropa usual de un ciudadano común, habiendo sacrificado sus rizos y la mayor parte de la barba, dejando sus cabellos color de ocre, cortos y un tanto flechudos : había destruído lo que tenía de pintoresco su conjunto, pero no pudo lograr obtener la buena apariencia que el sacrificio merecía.

—¡ Ah ! ; dijo al fin Nebelsen ; ya comprendo : Vd. no me ha visto desde que renuncié mi *Majatma.*

—No ; contestó Campión ; y ¡ ojalá que nunca le hubiera visto á Vd. ! ¿ Cuándo le he pedido yo á Vd. que se interponga entre la Señorita Elsworth y yo ? Lea esto que encontré anoche en casa á mi regreso del campo.

Y arrojó una carta sobre la mesa que estaba frente á Nebelsen, él la cogió y principió á leer :

"No sé el objeto que Vd. se propone al tratar de inducirme, por medio del Señor Nebelsen á que reciba el regalo que le hice; pero sea cual fuese ahora estoy segura que no le hace á Vd. ningún honor. No le pediré que me devuelva el ídolo, porque si es que Vd. ya no lo quiere, menos aun lo quiero yo. Si es cierto que se considera Vd. obligado á guardar la promesa que yo fuí tan tonta en exigirle, puede con toda libertad considerarse que no me ha hecho ninguna, y deshacerse del ídolo por cualquier medio que juzgue conveniente, y tan pronto como lo desee."

—No comprendo; dijo Nebelsen poniendo la carta sobre la mesa.

—Pues entonces se lo explicaré: Vd. ha hablado con ella, y por alguna equivocación infernal le ha hecho creer que yo le pedía que volviera á recibir su ídolo.

—Pero ¿por qué lo ha de recibir ella?

—Vd. ha leído la carta; ella me regaló ese ídolo cuando nos habíamos dado palabra de matrimonio, y me hizo prometerla que jamás me desprendería de él.

—¿La Señorita Elsworth le dió á Vd. ese ídolo? ¿Vd. estaba comprometido á casarse con ella? respondió el *ex-Chela* poniéndose pálido como la muerte, pues la noticia le hirió como un rayo haciéndole ver hasta que punto se había dejado llevar por la esperanza.

—Ya nó, puesto que hace tiempo hemos roto las relaciones (y la ilusión de Nebelsen volvió á formarse de nuevo, como las divididas sílfides en "El Robo de la Guedeja"—); pero yo abrigaba la esperanza de que las reanudaríamos, hasta que leí esta carta: Vd. ha hecho que la pierda por completo.

—Permítame que le diga; si es sobre el ídolo, no se impaciente: acabo de descubrir que ha habido una pequeña equivocación.

—Fué más que una pequeña equivocación; dijo Reinaldo interrumpiéndole. Cuando Vd. se tomó el trabajo de hablar de mis asuntos á la Señorita Elsworth, yo iba á escribirle, pero Vd. ya me lo ha impedido. Después de esto, Nebelsen, confío en que Vd. me dejará á mí manejar mis propios asuntos.

—Solamente diré á Vd. esto: el verdadero consejo que por escrito dió mi *Majatma.*

—No quiero saberlo, interpuso el furioso pintor. Siento haber sido tan idiota en confiar á Vd. mis secretos, pues con su intrusión y sus enjuagues me ha hecho Vd. más daño del que pudiera hacerme ese miserable ídolo, aunque fuese todo lo malo que Vd. cree que es; ya tengo de sobra con lo que Vd. ha hecho. Yo puedo hacer ahora lo que me plazca con la imagen, y lo haré sin ayuda de nadie. En lo sucesivo tenga Vd. la bondad de no mezclarse en mis negocios.

El pobre *Chela* se sintió profundamente disgustado: había querido prestar un servicio á Campión, y no comprendía en qué podía haberle ofendido; por consiguiente no pudo defenderse. Pero según lo había deseado Campión, el orgullo y la incomodidad de Nebelsen se sublevaron al fin: él había intentado que el pintor se aprovechase de su último descubrimiento; pero si rehusaba estar prevenido, entonces no le importaban un comino sus desgracias. Además, ¿por qué había de tomarse ya interés en mantener la buena reputación de la Teosofía? Si el *Majatma* sufría alguna equivocación, y él la enmendaba, esas eran incumbencias de *Karma.*

Nebelsen con los ojos colorados, como los de un perro rabioso, dijo con vehemencia:

—Vd. es un ingrato cabeza dura. Ciertamente que no me tomaré más el trabajo de ocuparme de sus desgracias.

Ha rehusado Vd. poner atención á lo que trataba de decirle; muy bien, no trataré de avisarle nunca, y me lavo las manos.

No sería mucho suponer que una vez terminada la entrevista, Nebelsen se sintiese mas bien contento que triste de que el rival que hasta entonces no conocía, hubiese rehusado estar sobre aviso. Pensó en lo futuro confiar en que el ídolo desconcertaría todas las pretensiones amorosas. De estas reflexiones puede muy bien deducirse se había degradado en parte de la elevada y desapasionada lógica de la Teosofía corriente. Campión por su parte estaba satisfecho de la entrevista ; había logrado aclarar su imaginación de las ideas de aquel obstinado místico, y hasta se avergonzaba de la poca confianza que había sentido en él. No faltaba más sino deshacerse del ídolo, como estaba en libertad de hacer. Comenzó á ser menos supersticioso respecto á la imagen, la que durante su excursión por el Támesis había observado una conducta ejemplar. Empezó por cuestionarse él mismo sobre la inteligencia de que pudiera estar dotado el ídolo, y se convenció de que carecía en absoluto de ella ; pero á pesar de todo determinó que no estuviera ni un momento más en su poder.

¡ El ídolo se hallaba asociado en su mente á tantas y tan tristes circunstancias ! Además, le estorbaba en el estudio y era de una fealdad horrible. Campión tenía otras muchas razones para quitarlo de allí ; pero estaba seguro que ni el temor ni la sospecha formaban parte de ellas.

Cualquiera creería que es una cosa muy fácil deshacerse de un adorno ó curiosidad supérflua ; pero en este caso había sus dificultades. Por ciertos motivos que Campión no hubiera confesado, ni aun á sí mismo, no quiso destruír el ídolo ; en conciencia no podía regalarlo á un amigo, ó dárselo á cualquiera que pasase por la calle. Tal vez por algún resto de respeto que le quedaba de la sugestión hecha por

el *Majatma*, le indujo á llevar el ídolo á la calle de Hanway con objeto de encontrar al anciano que se lo había vendido á Sibila, y ver si lograba que lo volviera á recibir. Efectivamente halló allí un anciano dueño de una tienda de curiosidades; pero éste negó con insistencia haber vendido dicho ídolo, aunque Reinaldo con razón ó sin ella se sospechó por la cara que puso que no le era desconocida la imagen; y también rehusó comprarla bajo el pretexto de que los ídolos eran mercancía "pesada," y no había demanda por ellos.

En otro sitio, Reinaldo ofreció la imagen tan barata, que rehusaron su oferta de una manera que daba motivo para sospechar que él no la había conseguido por medios legales. Esto era muy desagradable, y en otra tienda pidió por ella una cantidad tan extraordinaria y ponderó de tal modo la rareza y el trabajo artístico de aquel ídolo de la India, que el dueño le dijo que le era imposible privarle de su tesoro.

Dejó entonces la calle de Hanway y entró en la de Wardour; en varias tiendas trató inútilmente de dejar el ídolo para que lo vendieran en comisión; pero todos se negaron á aceptarle ni aun en calidad de almacenaje.

Ya Campión principiaba á sentirse cansado de llevar de aquí para allá este ídolo invendible en Londres, cuando al fin, hacia el oscurecer, pasó por la puerta de una casa de préstamos; era un pequeño y desmantelado establecimiento cerca de Paddington Green, que á juzgar por su apariencia el dueño no debía ser muy escrupuloso. Nadie había por los alrededores, ni era probable que le conociesen por aquel vecindario, y Campión se deslizó á través de la puerta trasera, y después de regatear un poco para no infundir sospechas, recibió una pequeña cantidad como préstamo y volvió á salir dando un suspiro de desahogo.

Entonces, por la primer vez aquella tarde, principió á dudar si había hecho bien en andar de aquí para allá con aquella petrificada maldición, pues ¿no era esto tan malo como vender un perro, que se teme está atacado de hidrofóbia? Este pensamiento le inquietó, hasta que al fin logró persuadirse de que el caso era en un todo diferente. Ni con riesgo de su vida hubiera permitido que Sibila se lo llevase, únicamente por evitarle hasta la más mínima posibilidad de peligro, del cual (con la sola excepción de él y el *Chela*) probablemente no había una persona en toda Inglaterra que no se hubiera reído á sus anchas. En verdad, ahora que ya se había desembarazado del ídolo, principiaba él mismo á dudar del poder de éste. Casi se alegró al descubrir que había perdido la papeleta de empeño, puesto que así se veía á cubierto de la tentación de redimir la peligrosa alhaja. El esfuerzo que hizo por encontrar dicha boleta, no fué, por consiguiente ni vigoroso ni prolongado.

Se pasó día y medio en deliciosa inmunidad. Campión volvió á estar animado al verse libre de esa pesadilla, y estaba pensando con cierto desdén en las tontas pretensiones del *Chela*, al tratar de resolver un problema á todas luces tan sencillo, cuando le entregaron una carta anónima escrita en letra desconocida, y un bulto.

Su autor seguramente debía ser una de estas personas que, al hacer una buena acción, procuran ponerse á cubierto de demostraciones demasiado vehementes de gratitud.

Principiaba diciendo que Campión no le conocía; pero que él había seguido con interés la suerte del pintor, y se sorprendió mucho al descubrir la terrible necesidad á que evidentemente se hallaba reducido un artista de tanto talento y brillante porvenir. En la creencia de que con toda probabilidad el objeto que Campión se había visto obligado á empeñar, era muy estimado de éste por los re-

cuerdos que le traía ; él sentía un verdadero placer al devolvérselo, para lo cual el afortunado hallazgo de la papeleta de empeño, con el nombre y dirección del pintor, le había permitido realizarlo. Todo lo que pedía en cambio, era que Campión tratara firmemente de enmendar su conducta en lo futuro, á fin de evitar una necesidad tan degradante.

Reinaldo, con una terrible sospecha de lo que aquel paquete contenía, lo desenvolvió y del interior salió el ídolo rodando, con la cara más alegre que nunca.

Indudablemente aquella persona creyó hacer una buena acción ; pero á pesar suyo se equivocó ; se había pues tomado una libertad que Campión calificó con los más violentos epítetos. Según creyó, el pintor, se hallaba tan poco acostumbrado á tratar con prestamistas, que no le ocurrió ocultar su nombre y dirección : él solamente había querido dejar depositado allí el ídolo, y marcharse en seguida ; por consiguiente no tuvo tiempo de tomar precauciones.

Sin embargo ese descuido y la pérdida subsiguiente de la boleta, sirvieron al entrometido extrangero para descubrir el secreto de Reinaldo, y obligarle á que pensara de nuevo otro proyecto para desembarazarse del funesto figurón. Decidió, pues, que esta vez no trataría de vender el ídolo, ni de empeñarlo ; después pensó si aquella no había sido una acción egoísta, ciertamente fué poco digna. Ahora lo dejaría perdido donde quiera, y así nadie podría servir de intermediario, y su conciencia quedaría tranquila.

Estaba decidido á que la imagen no pasase ni una noche más bajo el techo de su casa. Con el ídolo escondido debajo del faldón de la levita, fué al parque poco antes que cerraran las puertas. Encontró cerca del ornado lago un asiento vacío, que era el mismo en que habían estado sentados él y Sibila, cuando ella por primera vez le habló de su regalo. Campión dejó abandonado allí el ídolo, y disimu-

ladamente se alejó. Pero al entrar en su estudio sintió que alguien le tocaba el brazo, y al volver la cara vió que había sido seguido por un chino. Probablemente el celestial había prestado sus servicios en el Kiosco Chino de la Exhibición de Higiene, ó servía de intérprete en los tribunales de policía, pues hablaba inglés.

—*¿ Cómo tá, tú siñó ?* ; le dijo á Campión con una sonrisa de familiaridad.

—¿ Cómo lo pasas ? ; contestó el pintor. ¿ Quién eres ? y ¿ qué quieres ?

—*Me contlé tu dió, siñó ; aquí tá*, y con gran disgusto de Campión el asiático le mostró el insubordinado ídolo.

—¿ Cómo sabes tú que es mío ?

El chino solamente hizo una mueca con pretensiones de sonrisa, y sacudiendo la cabeza se limitó á contestar :

—Yo sabe ; y luego agregó : chino *poble*, mucho *poble ;* da mí te, yo *tlaje* tí tu *dió.*

—¡ Que el diablo te lleve !, dijo Campión encolerizado ; más después, comprendiendo que la culpa no era del asiático, agregó : Por su puesto, te estoy muy agradecido; pero ese objeto ya no me sirve de nada, ¿ comprendes lo que te digo ? Quédate con él, si quieres. Tu estás más acostumbrado que yo á cuidar ídolos, llévatelo para tu casa, ríndele adoración, hazlo más felíz de lo que yo he podido hacerlo. Mira, te lo regalo.

Sin embargo, el celestial no parecía estar muy dispuesto á aprovecharse de la generosidad de Campión, y con cierto orgullo trató de explicarse diciendo :

—Yo *clitiano*, mí no *jurío ; glasia*, no *quiêle* tu *dió.*

Y poniendo el ídolo en uno de los peldaños de la entrada del estudio, estiró las manos abiertas en señal de abnegación, volviendo á decir :

—Da mí te.

Á no dudar el chino aunque convertido al cristianismo, todavía conservaba respeto á los símbolos paganos y temía cometer una indiscreción al aceptarlo. Cuando pedía "te," no era con la intención de que el joven artista le invitara á tomarlo, sino que deseaba hacer comprender que le dieran dinero. En el momento en que Campión le comprendió y le satisfizo, el celestial dejó el ídolo en un escalón á la puerta del estudio, volvió la espalda y pronto desapareció envuelto por una nube de polvo. Reinaldo lanzó un suspiro de resignación y lo puso en su puesto de costumbre sobre el armario. Él creía que todo aquello no era más que una nueva cadena de coincidencias, y á pesar de que no creía que el ídolo estuviera dotado de poderes sobrenaturales, no estaba muy satisfecho al ver la persistencia de aquel figurón en volver siempre á la casa, y le parecía que estaba animado por algún genio invisible.

—Creo que le dejaré estar aquí por esta noche: dijo el artista con tono de desesperación, á la vez que formaba planes para llevarlos á cabo al día siguiente. Al levantarse se sorprendió al ver que el ídolo no le había causado ningún destrozo, no obstante, aquella mañana al ir á almorzar recibió más cuentas que de costumbre y además una citación de demanda por deudas; pero él no podía figurarse que la imagen tuviera la menor intervención con todo aquello; mucho menos, cuando ésta con la esperanza de poder permanecer allí se estaba conduciendo de la manera más quieta. Esto último, era de todo punto imposible, pues el pintor no quería exponerse de nuevo al miedo vergonzante de que había sido víctima. Inofensivo ó poderoso era necesario deshacerse de aquel objeto y procurar que no volviera á tener la suerte de que nadie lo pudiera auxiliar en hacer otra reaparición en la casa.

Había pensado esperar hasta el anochecer para llevar

á cabo su plan, pero después de pintar durante toda la mañana se sintió con gran dolor de cabeza, y decidió salir del paso mientras le quedaban ánimos para ello. Puso el ídolo dentro de un saco de mano, ajustó bien las correas, y comenzó á marchar en dirección al "North Bank."

Hacía una linda aunque calurosa tarde, y la brisa se sentía como una caricia. Campión había de nuevo recobrado su bienestar y caminaba sobre el parapeto del acueducto observando si alguien le veía para llevar á cabo su proyecto; pues si era visto arrojando un saco de mano al canal, llamaría mucho la atención é indudablemente causaría sospechas.

Muy pocas personas podían verse, los muchachos dormían la siesta; los carruages no habían comenzado á cruzar por el paseo y solamente un mensagero, vuelta la espalda, jugaba sobre la palizada; ningún barco se veía deslizar en las aguas color de aceituna sobre las cuales colgaba el umbroso ramage de los árboles, y todos aquellos lugares parecían gozar de una siesta universal.

El momento había llegado, pero era tan horrible como querer ahogar un gato; por fin se decidió; como por accidente dejó caer el saco al agua, y después de un sordo chasquido lo vió desaparecer bajo la superficie líquida; y cuando la última onda circular desapareció al chocar en las orillas del canal, Campión lanzó un suspiro de desahogo y comenzó á alejarse.

Por fin el hecho estaba consumado, y si el ídolo hubiera podido tener el más pequeño indicio de lo que le iba á pasar, indudablemente hubiera hecho una terrible resistencia antes de dejarse encerrar en la líquida prisión.

Campión parecía estar tranquilo, pero inconscientemente no quiso volver de nuevo al estudio por no exponerse al olor de las pinturas y almáciga que temía le produjeran el dolor de cabeza, fué al parque decidido á pasar el resto de la tarde,

pero encontró que el lago brillaba á eclipsar la vista ; el hermoso césped estaba cubierto de vagabundos, y él sentado en uno de los bancos á la sombra de los árboles, estaba atormentado por el recuerdo de sus perdidos amores. No permaneció allí por mucho rato, y al llegar á "Marylebon" vió pasar un ómnibus que llevaba el anuncio del Torneo Militar de Islington, lo que le sugerió la idea de ir para matar la tarde, y una hora después se encontraba bajo las galerías del "Agricultural Hall" tratando de abrirse paso entre el espeso gentío ; grupos de hombres enmascarados y vestidos con chaquetas de cuero, competidores, guarda-costas con gorras y chaquetas impermeables, y polainas de cuero blanco ; piezas de artillería ligera arrastradas con y sin acémilas, y policías, todo reunido presentaba un curioso golpe de vista para la gente del interior no acostumbrada á aquellos espectáculos. Por todos lados llegaban á sus oídos atronadores aplausos, pero él nada vió hasta que hubo llegado á un portalón de donde contempló aquel gran anfiteatro pintado de color oscuro que se desvanecía en la luz ; hileras de cabezas se destacaban á lo largo de la inmensa galería y por encima de ellas se veía el poco artístico techo construido de hierro y cristales azules.

Acababa de tener lugar el ejercicio de artillería de montaña, y la pareja de caballos victoriosos daba la vuelta á la arena haciendo saltar astillas de los postes, levantando nubes de tierra con las patas y haciendo saltar el negro barníz de todas las esquinas. Campión se detuvo por un momento sobre una plataforma, desde donde pudo contemplar los vistosos uniformes, los brillantes arneses de los caballos mezclados con los deslumbradores rayos de luz reflejados en la superficie pulida de los cañones.

Principiaba á alejarse, cuando creyó ver entre el gentío una cara que nunca estaba ausente de su memoria, pero

pasó como un relámpago, y se oyó la orden de retirarse de la galería para dar paso al tronco de caballos que dejaba la arena. La multitud, retirándose á sitio de salvedad dió pruebas de haber entendido el aviso, á excepción de una señorita que parecía no haber oído, ó no comprendía que era lo que llegaba. Permaneció como aturdida al parecer buscando á alguno con la vista ; la pareja de caballos avanzaba rápidamente hacia ella y debido al ángulo que formaba el paso, el oficial que los mandaba no podría hacerlos parar sino cuando indudablemente sería muy tarde.

Campión lleno de terror descubrió que la joven era Sibila Elsworth, le que gritó se retirase, pero ni ella ni nadie conocía el peligro hasta el momento en que se dejó oir una exclamación general. Si la confusión de Sibila era causada por el terror de la desgracia que le amenazaba ó por haber reconocido á Campión, no pudo saberse, pero con vacilante paso parecía dirigirse al punto donde la catástrofe sería inevitable, se paró como fascinada de horror y evidentemente imposibilitada de moverse. El joven artista derribó á los que se encontraban á su paso ; con la rapidez del rayo se lanzó á ella y consiguió echarla á un lado, cuando en el mismo instante las ruedas del pesado cañón haciendo un ruído aterrador, pasaban por el sitio antes ocupado por la joven á quien un segundo más de espera, y á pesar de lo bien enseñados que estaban los caballos, nada hubiera podido salvarla de una muerte terrible pero segura. Por un momento él la tuvo por la cintura y ella pareció inclinada á rechazarle, pero después de una rápida mirada sobre su cara en la cual se veía pintada la felicidad mezclada de horror, Sibila sucumbió al cariño. La ola viviente se mecía atrás y adelante, y ninguno podía explicarse como se había salvado ; y en efecto, nadie volvió á acordarse excepto un viejo de aire

militar que llegó inmediatamente con la mayor excitación, era el padre de Sibila.

—Gracias, gracias ; exclamó ; yo he visto todo y venía abriéndome paso por entre la multitud. Sibila hubieras muerto antes que yo llegara, á no haber sido por este caballero ; pero como, ¿ Vds. se conocen ? preguntó al ver la expresión en la cara de su hija.

—¿ No adivinas quien es, papá ? dijo Sibila con una pequeña sonrisa, y la cara del coronel se animó al tomar la mano de Reinaldo, y cerrarla con la mayor efusión.

—Indudablemente que sí ; ¿ Vd. ve lo que es la casualidad ? ; ¿ quién había de creer que nos fuéramos á reunir de esta manera ? Hija mía, después de Dios, le debes la vida á este joven. Yo la llevaba á tomar una taza de te, cuando, y sin saber cómo, nos separamos, y al volverla á ver ella estaba . . . pero no hablemos más de ello. Nunca pude haber tenido tanta felicidad de conocerle como en este momento. Ahora ; agregó el coronel satisfecho de su tacto y penetración ; ahora repito, yo me vuelvo á decir á mi hermana donde están Vds. Vd. puede llevarla á donde puedan tomar una buena taza de te, eso le hará bien á Sibila. Ella le dirá después donde pueden Vds. encontrarnos. Y antes que ninguno de los jóvenes pudiera hablar, el coronel se había retirado dejándoles solos.

Sibila á pesar del susto, se podía sostener y marchar sin dificultad, y apartándose un poco del lado de Campión le miró por entre sus largas pestañas como si esperara que él fuera el primero en hablar.

—Sibila ; dijo Campión ; yo creo que ahora debo de llamarla Señorita Elsworth ; no es mi falta que me encuentre á su lado de esta manera ; Vd. debe admitirlo.

—¿ Le dá Vd. mucha pena ? preguntó ella medio distraida y á la vez anhelante.

—Dime que es lo que tú quieres que haga, Sibila.

—Te han dicho que debes llevarme á tomar te ; replicó Sibila con cariño.

Campión enloqueció de alegría al ver que la joven no le guardaba el menor rencor como sus dulces palabras lo indicaban. Pero dejemos por un momento á la felíz pareja, y volvamos atrás algunos segundos para explicarnos la causa de la complacencia del coronel.

Hacía dos días que este último había vuelto de la India, y la Señora Staniland le suplicó que las acompañara aquella tarde : ella había comprado cuatro asientos, dos separados de los otros dos ; el asiento número cuatro debía ser occupado por Leonel Babcock.

La Señora Staniland siendo ya vieja tenía especial placer en que todas las cosas, hasta en sus mas mínimos detalles, se llevaran á cabo con arreglo á su parecer. Ella creyó llegada la ocasión de que Babcock se dirijiera á Sibila con plena confianza de éxito, y creía que su sobrina quedaría vencida esa misma tarde y en el mismo sitio en que se encontraban. Instruyó á su hermano el coronel para que no entretuviera á su hija demasiado, á lo que este último accedió apesar suyo, pues por momentos iba creciendo el cariño hacia su hija, y el orgullo paternal se hacía mayor constantemente.

Al llegar á oidos del coronel el rompimiento entre Sibila y Campión tuvo un gran placer, no porque tuviera ninguna predisposición en contra del joven artista, sino porque de ese modo no teniendo un novio que la entretuviera, el coronel podría gozar por más tiempo de la compañía de su hija. En este momento en que dejaba á su hija al lado de Campión, él se marchaba resentido. Sin embargo su hermana era una abogada tan ardiente en defender la causa de Babcock ; hacía tan buenos discursos poniendo en relieve

la necesidad de salvar á Sibila de las garras de Campión, que el padre de la joven tuvo que rendirse, y dijo :

—Si tú dices que él es un buen hombre, le veremos en el torneo y podrémos hablar del asunto.

La Señora Staniland, veía con pesar que la silla número cuatro, permanecía sin ser ocupada ; pero el padre de Sibila que sentado al lado de la joven estaba deleitado admirando las maniobras militares, felíz de ver el interés que su hija tomaba en todo, y encantado por su conversación, hubiera deseado que Babcock no hubiera hecho su aparición en toda la tarde. En el sitio donde estaban hacía un calor extremado, y el Señor Elsworth al ver la palidez de su hija la invitó á tomar una taza de te, lo que Sibila aceptó con placer por miedo de que las maniobras de artillería que ya habían comenzado, terminaran por hacer fuego con los cañones. El padre y la hija se marcharon, dejando sola á la Señora Staniland para que recibiera á Babcock cuando este llegase.

Poco después la Señora Staniland vió venir á su hermano cruzando por entre los asientos, y rebosando alegría.

—¿ Preguntas por Sibila ? ; dijo el Señor Elsworth en contestación á las preguntas de su hermana : ¡ Oh ! ella ha quedado con buena compañía : ¿ Tú sabes á quien nos encontranos allá abajo ? pues al mismo joven Babcock, me acordé de lo que tú me habías dicho Hilaria, y lo hice en el acto ; pero por el "chápiro verde," te aseguro que ellos están mejor sólos que con la compañía de un tercero. ¿ No apruebas lo que he hecho ? Lo que es el joven me gusta mucho, puedes estar segura de ello ; y por lo menos se la merece por su intrepidez.

Entonces el coronel refirió á su hermana lo que había pasado, y agregó.

—Si ella hubiera caido nadie hubiera podido salvarla.

¡ Por Dios, aquello fué cuestión de un abrir y cerrar de ojos ! Imagínate que hubiera sido de mí, si mi pobre Sibila hubiera muerto de una manera tan horrible.

—Horacio, no te quepa la menor duda que eso ha sido un milagro á la vez que un aviso providencial. Tú has hecho muy bien en dejarlos solos. Leonel nos lo contará cuando vuelva.

De tal manera y con el mejor humor, la Señora Staniland miró con interés la maniobra de la caballería, vió á los caballos acostados en tierra mientras los soldados disparaban sus carabinas ; y su alegría duró hasta el momento en que una mano bien enguantada y Babcock elegantemente vestido se apoyaba contra su silla.

—¿ Como está Vd. ? ¿ Qué hay de nuevo ? ; preguntó ella con ansiedad.

—Muy bien gracias, no me fué posible venir antes, lo que siento mucho.

Babcock creyó conveniente no presentarse demasiado temprano al sitio de la cita, pues estaba convencido de que sería mejor para él esperar á que Sibila le echase de menos, en lugar de hacerse pesado apareciendo antes de tiempo.

—Y ; ¿ dónde está Sibila ? ; preguntó la Señora Staniland : ¡ Oh ! Leonel, cuando pienso lo que hubiera podido suceder si no hubiera sido por su valor. ¿ Ha quedado todo arreglado ? ¿ dónde la dejó Vd. ? ¿ es que ella me necesita ?

—¿ Qué quiere decir todo eso ? preguntó Babcock lacónicamente.

—Cómo, ¿ no viene Vd. del lado de Sibila ?

—¿ Qué ? dijo Babcock, no la he visto por ningún sitio.

—Horacio, ¿ qué es lo que esto quiere decir ? Trata de hacer memoria ; este caballero es el Señor Babcock.

Las quijadas del coronel, casi se desprendieron de tanto saludo mecánico, y dijo :

—Pues entonces, ¿quién es el otro individuo?

—¡Ah! exclamó la Señora Staniland á media voz y en tono de amargura. ¿Cómo es posible que tú hayas hecho el viaje de la India hasta aquí, tan sólo para hacer una cosa como esta?

Probablemente en aquel vasto recinto no había otra señora de su edad y posición, y que estuviera más desconcertada que ella.

CAPÍTULO XIII

LA SUERTE SE CAMBIA MÁS DE UNA VEZ

Tomando en consideración que la conducta de Reinaldo necesitaba algo que la justificase, puede hacérsele á Sibila el cargo de que no tuvo la suficiente firmeza de carácter para olvidarse tan pronto del pasado. Pero dejando á un lado el hecho de que á una joven de sentimientos generosos no le es fácil permanecer seria con un hombre, sean cual fueren sus faltas, cuando llevado por un impulso generoso la salva de una muerte cierta con peligro inminente de su propia vida; Sibila se creeía en realidad muy felíz de ver á Campión para ocuparse de su herida dignidad. Para ella era un gran consuelo encontrarle tan poco cambiado después de todo lo que le habían dicho. No podía creer que él se hubiese dejado desmoralizar por ninguna desgracia, real ó imaginaria, y no le era tampoco posible dudar, que Reinaldo la amaba con tanto fervor como siempre.

La noche anterior durante un banquete, Sibila había estado sentada al lado de Perceval, y por él supo que Reinaldo en compañía del académico, había pasado desde el Viernes hasta el Lunes en el queche de recreo de este último; de lo cual deducía que Reinaldo no era el autor de la carcajada que ella había oido en su estudio el Domingo por la tarde. Perceval sin ser una cosa extraña, no la había reconocido como el original dél retrato en exhibición en la

Galería de Grosvenor, y Sibila, aprovechando esta circunstancia con la mayor sutileza pudo saber las últimas desgracias acaecidas á Campión, y que venían á corroborar la historia contada por el *Chela*.

Reinaldo por su parte le parecía un sueño del cual despertaría en el *club* ó en su estudio; pero al mismo tiempo veía la perfecta realidad hasta por las rotulatas del cuarto de refresco donde se hallaban, y los sucios manteles que cubrían las mesas. Sibila se encontraba al otro lado de la pequeña mesa y entre los dos no se veía más que una taza que tenía algunos terrones de azúcar parda. Ella apoyada su cara en la palma de la mano le miraba con la terneza con que lo hacía algunas semanas antes. ¡ Ciertamente aquello era un sueño más agradable que los que últimamente había tenido !

—Debo decirte ; principió ella haciendo un esfuerzo ; que siento en el alma haber escrito aquella horrible carta.

—Todo fué culpa de Nebelsen ; contestó Campión ; pero estoy convencido, que tú tienes la seguridad de que á tí menos que á nadie, pudiera yo soñar en suplicarte que volvieras á recibir el ídolo.

—Ahora sí ; y entonces también hasta que me ví obligada á creer que tratabas de asustarme para que volviese á tí. Y fuí, Reinaldo ; oh, sí, debo confesártelo ; fuí á tu estudio á buscar el ídolo.

Sibila le refirió que había ido hasta su casa, y cuando llegó á lo de la extraña carcajada Campión se puso pálido.

—Yo sé que tú no estabas allí ; agregó ella prontamente ; te hallabas con el Señor Perceval en Wargrave : él me lo dijo. Pero ¿ quién fué ?

—Si te dijera lo que pienso me creerías loco. Gracias á Dios que no llegaste á entrar.

—Reinaldo, con seguridad que no me quieres dar á en-

tender que mi ídolo tuvo algo que ver en el asunto. Lo que oí fué una carcajada; una carcajada como pudiera ser la tuya si te hubieras vuelto disoluto y perverso.

—Ya comprendo. Seguramente tenía alguna mala intención en hacerte creer que me habías oído. ¡ Maldito sea su descaro ! Es capaz de cualquier cosa.

—Querido Reinaldo, piensa lo que estás diciendo : ¡ Un ídolo !

—Sí, lo conozco, Sibila ; parece el raciocinio de un loco ; pero creo firmemente que hay algo de malo en esa condenada imagen. No puedo evitar la sospecha de que te tiene mala voluntad, y te confieso, que me alegro muchísimo de que no entraras en mi estudio.

—No fué sin embargo tan astuto como el lobo de Red Riding-hood ; dijo Sibila ; pues hizo que me alejara de allí. Pero no puedo consentir que tú tengas ideas tan descabelladas respecto al ídolo. Quisiera ; ¡ oh, cuánto quisiera no habértelo nunca regalado ! No puedo explicarme lo que me hizo comprarlo. Entonces me pareció lo más á propósito. Prométeme ; sí, que no lo conservarás en tu poder ni un día más.

—No temas, vida mía, al fin ya he dispuesto de él ; pero no puedes figurarte el trabajo que me ha costado.

Campión refirió á su amada todos los esfuerzos que inútilmente había hecho para desembarazarse del ídolo.

—Casi parece que la imagen te ha tomado un cariño temible, Reinaldo.

—Sí, me lo tiene ; respondió el joven ; con vengativa satisfacción ; pero creo que esta vez he logrado ahogar su naciente amistad. Debe quererme muchísimo si conserva aún su cariño en el fondo de un canal, y encerrado en una maleta de cuero, pues es así como se halla ahora. Mira como la suerte se cambió en seguida : vengo aquí, y me

encuentro contigo; más aún; tu padre, que yo esperaba hallarle prevenido en contra mía, está tan contento y satisfecho como yo pudiera desearlo.

Los ojos de Sibila brillaron con una maliciosa mirada, y dijo afectando candidez:

—Sí, pero he estado pensando que tal vez papá no comprendió bien quien eras tú.

—¡Pero si me reconoció!

—Sí, como Leonel Babcock. Éste debió haberse reunido aquí con nosotros.

Un triste pensamiento cruzó por la mente de Campión, y exclamó:

—¡Babcock! Dime, Sibila, ¿puedo tener esperanza todavía?

—¿Tú crees que si no la tuvieras permanecería yo aquí contigo? Pero; Reinaldo, no quiero pensar en lo que se me hubiera obligado al fin á hacer, si hubiese perdido la fe que tengo en tí. Casi la pierdo en ocasiones, y estoy segura que aún ahora tía Hilaria espera salirse con la suya.

—Pero tú no lo consentirás, ¿no es verdad, Sibila?, ¿tienes ahora entera confianza en mí?

—No puedo remediarlo, aunque todavía no me lo explico todo bien.

—Ni yo tampoco; pero mientras tú confíes en mí, á pesar de las apariencias, nada podrá separarnos, ¿no es cierto?

—¡Por nada en el mundo! Y cuando papá te conozca . . . ; ¿Irás á la velada que da esta noche la Academia? Nosotros vamos.

—Perceval me regaló una tarjeta de invitación, pero no pensaba hacer uso de ella, pues como tú comprenderás, cuando le rechazan á uno un cuadro, no es del todo agradable ir allí á pasar la noche; sin embargo por verte, iré.

—Bueno, y si por casualidad no me es posible hacer que tú y papá os conozcais, insistiré en que él vaya mañana conmigo á tu casa : tía Hilaria puede pensar de ello lo que quiera. Reinaldo, nosotros después de todo, vamos otra vez á ser felices, ya verás que bien marchan ahora las cosas.

Campión deseaba que el mozo del café mirase en otra dirección, á fin de poder apoderarse de la tentadora mano que Sibila tenía descansando sobre la mesa muy cerca de él, pero el mozo, que probablemente llevaba bajo la almidonada camisa un corazón desengañado, mantenía sobre ellos una mirada sardónica, acompañada de un gesto desdeñoso que se notaba por una contracción de su barbilla.

—Si no viene nada peor que esto ; decía Campión, cuando en aquel momento la Señora Staniland entraba en la pieza con toda la apariencia de una reina, y seguida del Coronel Elsworth, que parecía como si le llevaran á remolque; mientras que Reinaldo pensaba que la mirada del sirviente había tenido sus ventajas.

Campión se levantó preparándose para la defensa ; Dª. Hilaria acercó una silla á la messa, y se sentó, mientras que el sirviente se aproximó para ver lo que ordenaban. La Señora Staniland evidentemente estaba de muy mal humor, el que creció de punto al verse en la necesidad de pedir una taza de café, á fin de desembarazarse del criado y principiar á hacer fuego.

—Bien, Señor Campión ; comenzó á decir ; ¿ cree Vd. que su conducta le hace algún favor ?

—Señora, en mi concepto nada he hecho que pueda deshonrarme. Mi encuentro con Sibila aquí ha sido una mera casualidad ; además, el Coronel Elsworth en persona me pidió que me hiciera cargo de su sobrina de Vd.

—Le tomé á Vd. por otra persona, exclamó el coronel con mal humor.

—Sibila, tú sabías que fué una equivocación, y no hiciste ningún esfuerzo por sacar á tu padre de su error. Hace dos días solamente que está con nosotros, y ya principias á engañarle.

—Papa, dijo Sibila tratando de excusarse, ¡ hacía tanto tiempo que no veía á Reinaldo, y además acababa de salvarme la vida!

—¡ Caramba, Hilaria ; dijo el coronel en voz baja á su hermana ; Sibila tiene razón !

La Señora Staniland no quería dejarse vencer tan fácilmente ; se sentía contrariada en el alma de ver aquel obstáculo, en el momento en que iban á realizarse sus planes, así es que contestó :

—Sí le salvó ó no la vida, yo no estaba presente ; pero suponiendo que así fuese, no tiene derecho á esperar nada. No deseamos detenerle á Vd. más tiempo aquí, Señor Campión.

Dª. Hilaria apenas devolvió el saludo que hizo Campión al retirarse, y el coronel lo hizo con una afectada frialdad que le costó un gran esfuerzo disimular. El joven aquel sería todo lo inelegible que fuera ; pero el militar creyó que su hermana le acababa de tratar con dureza ; comprendía que había enredado por completo el asunto, y decidió permanecer callado hasta ver más claro cual era su deber.

Á Campión le importaba un bledo : Sibila le amaba todavía, tenía fé en él, y tarde ó temprano las cosas se arreglarían ; ahora ya podía esperar.

Al llegar al pasadizo y cruzar otra vez por encima del portalón, el anfiteatro se hallaba muy animado con un brillante espectáculo militar, que nada tenía de guerrero, y que hasta el más estricto cuáquero podía gozar en verle : era el paseo con música de la Guardia Real de Caballería. Pero Campión no se hallaba entonces en disposición de ver aque-

llo. El vasto edificio no era capaz de contener su felicidad, y era preciso que saliese á respirar el aire libre de las calles. Caminó de prisa y sin descanso, pues es sabido que una gran alegría, lo mismo que una gran tristeza, requiere alguna clase de ejercicio ; por fin llegó á St. John's Woods, dando un gran rodeo, y mucho antes que fuese hora de vestirse para ir á la velada.

Cuando llegó á casa ya había comido, aunque probablemente, si se le hubiese preguntado, no habría podido decir donde ni que ; y por consiguiente no le quedaba otra cosa que hacer más que sentarse en su estudio y formar castillos en el aire.

Á primera vista, cualquiera hubiera creido que el futuro del artísta no tenía nada de halagüeño : su reputación como pintor había perdido mucho ; tenía varias cuentas que pagar, y no sabía de donde sacar dinero para ello. Pero ¿ qué le importaba?: él se había ya desembarazado de la horrible imagen, que mataba lentamente su esperanza y su valor, é inmediatamente que lo había realizado el horizonte de su dicha aparecía refulgente. ¿ En qué tenía que molestarse por el pasado ? : Sus desgracias no pudieron separarle de su amada ; ella le era fiel todavía, y al fin lograría hacerla su esposa. Campión medio dormido, medio despierto esperaba la hora deseada. El reloj de su estudio dió primero las ocho, después las nueve ; media hora más y comenzaría á vestirse. La noche parecía estar demasiado oscura para la hora, no podía ver el reloj, pero dudaba si eran ó no, más de la nueve. En aquel momento se dejaba oir la campana de una torre vecina que con pausado compás tardó mucho rato en tocar nueve, diez, once, y las doce. Encendió luz para asegurarse y lo primero que vió fué una cosa que lo llenó de espanto y desesperación. Sobre el reloj estaba el ídolo con su risueño semblante de costumbre, y que Cam-

pión creía se hallaba cubierto por el negro fango del canal. ¿ Cómo había podido romper las correas del saco de mano, salir del fondo del canal, y encontrarse allí para turbarle de nuevo ? El ídolo no estaba enfangado, ni húmedo, ni tenía la menor señal de la prisión en que se había hallado. Pero entonces el joven artista echó de menos el precioso busto de la Diosa Cibeles que le había prestado Perceval, y que se había comprometido á guardar con el mayor cuidado. ¿ Sería tal vez, que en la confusión en que estaba y bajo la diabólica impresión que la imagen infernal producía en él siempre que quería, habría podido sustituir el hermoso busto por el ídolo ? Esto estaba explicado por la presencia de aquel en el estudio, y además que su sarcástica sonrisa se había cambiado por una expresión dulce é inocente como la de un cordero.

Ya era demasiado tarde para ir á la reunión y hablar con su adorada Sibila. El ídolo debió haber desconcertado el reloj á fin de engañarle con una falsa seguridad de la hora. ¡ Ah, su mala suerte había vuelto con el regreso de la horrible efigie ! y Campión se sintió otra vez con sus antiguos temores supersticiosos.

¿ Qué debía hacer ? ¿ Se sometería á tener en su casa este objeto de mal presagio, precisamente cuando Sibila iba á llevar allí á su padre el día siguiente ? ¿ Qué maldad no podría ocurrírsele al ídolo, y á su oculto poder permitirle que la realizara ?

Cualquier cosa que la imagen fuese, y por más que su inteligencia y poder estuviesen limitados, había probado poseer una maravillosa facilidad para adaptarse á todas las circunstancias, como si fuera capaz de observar lo que la rodeaba y sacar provecho de sus observaciones con refinada sutileza Oriental. Sin embargo quizás podía abrigar la intención de hacer alguna cosa buena, pero siendo así ya era

tiempo que lo hubiera hecho de una manera clara y palpable. Según iban las cosas, Campión no se atrevía á permitir que Sibila arriesgase su vida poniéndose al alcance del ídolo. Debía procurar hallar un medio de reducirlo á un estado inofensivo por algún tiempo; sólo que, ¿cuál era el medio que no había ya empleado sin conseguir su objeto?

Dejemos aquí á Campión tratando de poner término á sus dificultades, y volvamos á Babcock.

La equivocación del Coronel Elsworth en el torneo militar había desconcertado los planes de la Señora Staniland, la que, sin decir á Babcock más de lo que era necesario, le dió sin embargo á comprender que tenía que posponer para otro día el hacer su declaración á Sibila. Él no se impacientó mucho por esto, á pesar de que comprendió al cuidado de quién había dejado el coronel su hija. Hacía mucho tiempo que Campión debió haber abandonado toda esperanza, ó de lo contrario no se hubiera conducido como lo había hecho últimamente: con toda probabilidad su entrevista con Sibila fué involuntaria, y desagradable para ambos.

El coronel, volvió solo á ocupar su asiento, y le dijo que su hermana y su hija, que aún se resentía del susto que pasó, se habían marchado. Babcock y él observaron en silencio el resto de los ejercicios; pero no le invitaron á comer con ellos aquella tarde, como él esperaba lo hiciesen: "No parece que he simpatizado mucho con el papá"; pensó Babcock, "pero no importa; tengo á las mujeres de mi parte."

Se fortaleció con una buena comida, y se fué en un coche para su casa, encontrándose con Nebelsen á la puerta, y le dijo:

—¿Venía Vd. á hacer alguna investigación?

—Quería consultarle á Vd. como hombre de mundo.

—Entre. Puede Vd. disponer de diez minutos, pues tengo que vestirme en seguida. Es preciso que esté dentro de una hora en la velada que da esta noche la Academia. Dígame, continuó diciendo Babcock mientras encendía la luz, ¿ qué es lo que puedo hacer por Vd. ?

—¿ Cuál es la costumbre en este país para un pretendiente que quiere casarse con una joven ? ¿ Debe hablar primero con los padres ó con la joven ?

—Según sea el caso, Nebelsen. Si Vd. habla primero con el padre de la joven, tiene más probabilidades con él ; pero menos con ella, como regla general. Seguramente que no me hace Vd. esa pregunta en beneficio propio, ¿ eh ? ¿ Es acaso por eso que ha cambiado Vd. su apariencia personal y sus vestidos ? ¿ Está Vd. enamorado ?

—¡ Ella es tan linda, con ojos como estrellas y un alma tan pura como la nieve !

—Sí, amigo mío, pero Vd. no puede depender de las estrellas y la nieve para vivir, ¿ no lo sabe Vd. ? ¿ Tiene alguna otra propiedad ?

—No lo sé ; no se lo he preguntado.

—Bien, ¿ tiene Vd. de qué ?

—Lo suficiente para vivir económicamente con lo que gane dando lecciones de filosofía.

—Eso no suena muy plausible que digamos. Siga mi consejo, Nebelsen, y quédese soltero.

—Vd. dice eso porque es solterón y desprecia todos los goces del hogar doméstico.

—Me acaba Vd. de demostrar con eso lo poco enterado que está de mi vida Nebelsen. ¿ Vé Vd. este billete ? Pues bien, esta tarjeta es mi pasaporte para la felicidad ; cuando el portero la recoja, también se quedará con mi celibato. ¿ No comprende Vd. la relación de ambas cosas ? Bueno, pues escuche : voy á encontrarme en esa reunión con la

muchacha más simpática del mundo, y he decidido preguntarle esta misma noche si quiere ser mi esposa.

—Y ¿no le queda á Vd. ninguna duda del éxito?

Babcock se sonrió y dijo:

—Hombre, no quiero echar bravatas; pero me creo tener para ello tan buena oportunidad como cualquier otro. Hubo un tiempo en que estaba celoso de ese condenado Campión; pero él mismo se ha cortado la cabeza.

—¡Campión! ¿Será posible que se refiera Vd. á la Señorita Elsworth?

—¡Ah, se me había olvidado que Vd. les conoce! Pero no hay peligro de mencionar nombres propios. Como Vd. vé, ya es tiempo de que yo me case, y además ella es una muchachita tan buena que no creo podría encontrar otra mejor, ¿no lo cree Vd. así?

—Sí; contestó el *ex-Chela* en voz baja, ni Vd. ni el hombre más grande del país puede encontrar otra mejor.

Nebelsen se sentía en extremo descorazonado al hallarse con un rival en la persona que esperaba fuese su confidente. ¿Qué esperanza podía abrigar en una lucha con este hombre de mundo, rico y engreído?

—Me alegro que Vd. piense así; respondió Babcock. Por supuesto, esto que le he dicho es en plena confianza, por ahora á lo menos. Solamente se lo dije á Vd. para sacarle del error en que estaba de que yo era un obstinado solterón. Vaya, sólo le quedan á Vd. cinco minutos más para consultarme respecto á sus asuntos amorosos. Entre paréntesis, yo creía que Vd. tenía hecho voto de permanecer soltero toda su vida.

—No era voto; pero como es proverbial hasta la afección más pura es un impedimento para el adelanto en el conocimiento de lo oculto; ya eso me importa poco, pues

he renunciado el ocultismo, mi *Majatma*, mi progreso en la iniciación y todo lo demás.

—Seguramente que no me quiere Vd. decir con eso que hasta ahora no había descubierto Vd. lo que son ellos.

—Creo en ellos ahora lo mismo que antes, sólo que mi *Majatma* se ha hecho intolerable. ¿ Recuerda Vd. la carta que recibí de él estando en Sussex Place ? ¡ Ah ! no puede Vd. imaginarse lo que contenía.

—Á menos que le aconsejase á Vd. que no fuera imbécil.

—¡ Ah, Vd. lo sabe ! ¿ Cómo es eso ?

—¿ Cómo ? Simplemente porque yo escribí esa carta, ja, ja, y Babcock principió á reír á carcajadas. La escribí á la carrera mientras Vd. estaba en el balcón. Letras griegas, ¡ quiá ! ; pero . . . Vd. conoce mi letra y yo nunca he visto la de su *Majatma*. Después le dí una media vuelta al papel doblado y lo arrojé en el aire, colocándome detrás de todos para que nadie me viese. ¡ Ya tiene Vd. ahí explicada una comunicación del ocultismo ! ; Vd. lo creyó, y cuando llegó á su casa renunció solemnemente su *Majatma*, los hermanos saltimbánquies del Tibet, y todo lo que ellos han hecho, fundándose en aquella carta, ¿ eh ? ¡ Vaya, hombre !, yo creí que Vd. había comprendido mi broma, sin embargo de que estaba seguro que no lo haría Vd. público entonces. ¡ Qué chistoso ; ja, ja, ja !

—Sí, demasiado chistoso ; dijo Nebelsen enfurecido. Ellos creerán ahora que yo soy un apóstata perverso, digno sólo de irrisión, por haber renunciado á todas las esperanzas que hacen soportable esta vida terrenal ; harán referencia á mí en su informe anual como una catástrofe, y todo á consecuencia de su broma de Vd. ¡ Ah, Señor Babcock ! ya que es Vd. un bromista tan encantador, va á tener ocasión de apreciar una pequeña broma en cambio de la suya. Vd.

tiene la intención de encontrarse con esa joven esta noche en la Academia, ¿ no es verdad ?

—Bien, ¿ tiene Vd. algún inconveniente ?

—Sí ; Vd. no la verá esta noche. Otro, quizás un rival á quien Vd. no teme, se hallará con ella en lugar de Vd., y no será por cierto la causa de Vd. por la que él abogará. ¡ Vd. permanecerá ausente !

—No me disgustaría ver quien es el atrevido que pueda impedírmelo.

—Ya me verá Vd. á mí. Puede que Vd. no sepa que en experimentos electro-biológicos yo soy lo que Vds. llaman un experto consumado. En muchas ocasiones con sólo fijar la vista en un individuo he impedido que coma aun teniendo hambre. Vd. cree que nó, ¿ eh ?

—Al contrario, no tengo la menor duda que Vd. puede quitarle á cualquiera las ganas de comer, si se le antoja ; pero mi comida, Nebelsen, ya no se la lleva el gato.

—Sin embargo, va Vd. á presenciar lo que yo puedo hacer por medio de mi fuerza de voluntad.

—¡ Ojo, Nebelsen ! Bien sé yo que todo eso es simple palabrería ; pero no permitiré que Vd. me haga ninguna jugarreta.

—Si no es más que palabrería, nada tiene Vd. que temer. Ea, pues ; yo contrarresto ahora su voluntad de Vd. con la mía. Quiero que me dé Vd. su tarjeta de admisión.

—¡ Vamos, hombre ! ; dijo Babcock con voz pesada y burlona. ¿ Está Vd. loco ? ¿ Darle esto ? Bueno, no arme Vd. líos ; yo se la dejaré ver ; pero devuélvamela, ¿ entiende ? Lo que hago lo estoy haciendo de mi propia voluntad ; de mi propia vol. u. n. t. ad. ¡ Vaya, tenga Vd. la tarjeta !

—Ahora, dijo Nebelsen tomándola, siempre con la mirada

fija en el inquieto Babcock ; vaya Vd. y siéntese en aquella silla.

—Siéntese en ella Vd. primero ; balbuceó Babcock. ¿ Por qué no me he de sentar ?, agregó obedeciendo. Da la casualidad que es una de mis sillas favoritas ; yo iba á sentarme en ella antes que Vd. me lo dijera. Nebelsen, ¿ qué diablos me está Vd. haciendo ? No me mire más con esos ojos . . . ¡ no me mire más, se lo repito !

—De ahí no se moverá Vd. hasta que sean las doce.

—Condenada silla, ¡ qué cómoda es ! ; pero si Vd. se cree . . . Nebelsen, devuélvame la tarjeta. Ah, ya comprendo lo que Vd. se propone. Ese pícaro de Campión es el promotor de todo esto. ¿ Querrá Vd. darme la papeleta ó nó ? Ah, bueno, ya he cambiado de idea : no saldré de casa esta noche . . . es demasiado molestia. Pero no se figure Vd. haber tenido ninguna influencia en ello. Quiero que . d . a . r . me . a . aquí . . . eso es todo.

Babcock quedó postrado con los ojos prominentes y fijos en los que se retrataba una mirada de cataléptico.

Á pesar de que Nebelsen pudo haber sido asistido por la circunstancia de que Babcock acababa de hacer una fuerte comida, quedaba sin embargo demostrado que este último tenía menos fuerza de voluntad.

—Le doy á Vd. mil gracias por su bondad en regalarme la tarjeta, dijo el *ex-Chela* con dulzura : Diré á la Señorita Elsworth que Vd. tiene sueño, y que por eso no ha podido ir. Buenas noches.

Probablemente Babcock le oyó, y comprendió lo que le decía ; pero no contestó nada. Nebelsen entonces cerró la puerta y se marchó, produciendo un sonido gutural en señal de la satisfacción que experimentaba por el buen resultado de su empresa.

Los invitados á la velada de la Academia formaban largos

cordones en las galerías y al verlos traían á la memoria el desembarcadero de Folkestone durante las ceremonias de recepción de algún alto personage. En un momento todo el mundo pareció sorprendido al ver entrar un extrangero, con espejuelos verdes y barba amarillenta corta y puntiaguda, y al saludar al Presidente lo hizo de una manera tan original que aquellos que pudieron ocultar sus cabezas tras las macetas de flores dejaron escapar tremendas carcajadas.

Nebelsen, sin embargo, no tenía la menor sospecha de que su traje de etiqueta no se había amoldado bien á su figura, y poco le hubiera importado aunque lo hubiese sabido. Toda su atención estaba concentrada en una sola idea: hallar la linda joven inglesa, y hablarle según le dictara el corazón.

Nunca es fácil encontrar en una aglomeración de gente la persona que se busca, ni tampoco los salones de la Academia de Pintura están adaptados á ese fin. Nebelsen fué pasando con dificultad de sala á sala, siempre con la desagradable convicción de que Sibila se hallaba en la siguiente, hasta que por último, cuando ya había abandonado toda esperanza, la vió en la galería de escultura detrás de un grupo de estatuas de mármol.

Sibila también había estado observando la cara de las personas que allí se hallaban, é iba perdiendo cada vez la esperanza. "¿Por qué no vendrá Reinaldo?" se decía ella "Si todo marcha bien, seguramente que no puede faltar esta noche." Al ver la cara del amigo de Campión la joven pareció como deleitada por su presencia y él recibió aquel cariñoso saludo creyendo que era una buena señal para llevar á cabo sus deseos.

—Vd. tiene algo que decirme, ¿no es verdad?, le dijo ella aprovechando un momento en que su tía se hallaba algo distante para que pudiera oirla. Quisiera tomar un helado

ó cualquier cosa, si es que puede Vd. sacarme de este gentío. Señor Perceval, ¿tendrá Vd. la bondad de decir á mi tía que volveré inmediatamente?

Antes que la Señora Staniland que también se hallaba impaciente viendo que por segunda vez Babcock se hacía esperar pudiera darse cuenta de lo que pasaba, Nebelsen al lado de Sibila subía una escalera, sin comprender bien á dónde iban. El *ex-Chela* vió que Sibila estaba aquella noche más encantadora que nunca, y ya principiaba á regocijarse con la idea del triunfo que había obtenido sobre Babcock, cuando las primeras palabras de la joven vinieron á turbar su alegría.

—Vd. viene de donde él está, ¿no es cierto?; dijo Sibila; ¡Ah, ya yo me lo figuraba! No, no quiero tomar helado; gracias; contestó ella á la insinuación que le hizo Nebelsen al pasar por un salón de refrescos que estaba al extremo de la escalera. Entremos aquí en la biblioteca, en la que no habrá mucha gente. Bien, dígame ahora ¿por qué no ha venido él?

La biblioteca estaba sombría, alumbrada por luces cubiertas con pantallas, y como se hallaba sin gente se respiraba un aire más fresco que en los salones y galerías. Nebelsen no pudo haber encontrado una oportunidad mejor que aquella; sin embargo de que su esperanza había sufrido un rudo sacudimiento con la malhadada referencia que Sibila le hizo de Babcock, y no podía aprovecharse de la ocasión en aquel momento; por eso contestó:

—Se sentía con un poco de sueño después de la comida, y me suplicó que le excusase con Vd.

—Señor Nebelsen, dispénseme, pero no puedo creer eso; Vd. me está engañando. Algo debe haberle sucedido; quizás una desgracia. ¡Oh, dígamelo Vd.!

—No, no, él está bien; no le ha resultado nada. ¡Ah!,

Señorita Elsworth, créame, él es indigno de que Vd. se interese tanto en su favor.

—¡ Vd. también está contra él ? Creí que Vd. era su amigo.

—Ya no lo soy ; la culpa es suya. Temo enojar á Vd., pero con todo . . . ¡ si pudiera Vd. decirme que no es amor lo que siente por el Señor Babcock !

Cualquiera otra persona que la hubiese hecho esa pregunta, Sibila se habría molestado ; pero Nebelsen tenía la ingenuidad de un niño para que pudiese ofenderla y dijo :

—Vd. no tiene derecho á esperar ninguna respuesta á preguntas de esa clase ; sin embargo, voy á satisfacer esta vez su curiosidad. El Señor Babcock no tiene nada que ver conmigo, ¿ Vd. comprende ? . . . nada.

—¡ Ah, qué feliz me hace Vd. con decirme eso ! ; replicó él dando un profundo suspiro de desahogo, el que Sibila creyó una prueba de simpatía hacia Campión.

—Entonces Rei . . . el Señor Campion no le dijo á Vd. que viniera, ¿ eh ? Creí que Vd. venía de su casa. Vd. sabe que en un tiempo él y yo estuvimos comprometidos á casarnos, y que luego rompimos nuestras relaciones. Siempre le estaré á Vd. muy agradecida por haber sido el primero que me hizo sospechar que él quizás pudo haber tenido algún justo motivo, y el cual sin la ayuda de Vd. jamás yo hubiese ni siquiera soñado. Ahora estoy segura de ello, y esta tarde nos encontramos, y todo volvió á quedar arreglado como antes.

El castillo en el aire que el desventurado *ex-Chela* había formado vino abajo deshecho y dando tumbos contra sus oídos. Quizás fué el polvo lo que le cegó y por algunos momentos casi le ahogaba.

En verdad que el pobre hombre era bien desventurado : tan pronto como Campión, según su parecer se había inuti-

lizado para siempre, cuando se le presentó un nuevo rival en la forma de Babcock; y justamente cuando éste dejaba de ser peligroso, volvía Campión á aparecer triunfante.

—No; contestó; yo no sabía; yo no sabía eso.

—Sí, Señor Nebelsen, él debía haber venido aquí esta noche; pero ya es demasiado tarde, y no puedo evitar sentirme inquieta, apesar de que al fin logró desembarazarse del ídolo.

—¿Cómo lo logró?

Sibila entonces le refirió lo que Campión le había dicho.

—Yo le aseguro á Vd. que de esa manera él nunca conseguirá deshacerse del ídolo; este volverá una y otra vez, siempre más molesto. El Señor Campión no puede comprender lo que ese ídolo quiere, y sólo yo lo sospecho. Creo que en la carta de mi *Majatma* hay una equivocación, que hace cambiar su sentido.

—Vd. con seguridad lo descubrirá, ¿no es verdad?

—Sin consultar á Shang Gasba no puedo hacerlo, y Vd. se olvida que él y yo, ya no nos escribimos; pues lo he renunciado. Sí, y lo siento; agregó Nebelsen con una triste satisfacción que no pudo por completo ocultar; pero me temo que el Señor Campión sufre todavía alguna desgracia por causa de la imagen, y que esa sea la razón porque no se encuentra aquí esta noche.

—¡Ah, pero eso no puede ser; eso es de todo punto imposible! Y sin embargo él lo creía; quizás sea cierto; puede que esa perversa cosa haya vuelto otra vez. ¡Oh, Señor Nebelsen, ayúdenos Vd.!

—Ya no puedo, porque sin mi *Majatma* no me es posible saber si tengo razón ó nó con respecto á la equivocación de la carta y la manera de enmendarla, y ambos estamos reñidos.

—Pero Vdes. pueden hacerse amigos otra vez; cuando

Vd. le conozca mejor quizás encuentre que él es más amable de lo que Vd. se cree. ¡ Ah, si Reinaldo estuviese en peligro ! Mire, Señor Nebelsen, yo le regalé esa imagen, y si le resultase alguna otra desgracia por tenerla, eso me mataría, sí, en verdad que me mataría.

—¿ Me pide Vd. en realidad que haga todo eso ? exclamó con desesperación ; ¿ Que vuelva y me hinque á los piés de mi *Majatma* como un niño arrepentido ? Si nunca hubiese visto á Vd., yo sería todavía feliz ; pero por Vd. he renunciado mi *Majatma* y mis estudios de *Chela*, á fin de ser libre y poder amar : Sí, lo confieso, para poder amarla : Y ahora quiere Vd. que me vuelva atrás, que abandone el objeto de mi cariño, que me declare loco y estúpido ; y ¡ todo en obsequio del Señor Campión !

Sibila se quedó sorprendida y asustada, pues nunca se le había ocurrido la idea de que pudiera pasar por la mente de Nebelsen ningún pensamiento amoroso ; y con los ojos bañados en lágrinas y su semblante lleno de tristeza le dijo :

—Lo siento mucho, muchísimo ; si lo hubiese sabido, jamás le habría dado á Vd. este disgusto. Ahora que lo sé, ya no le pediré á Vd. que me ayude. Después de todo quizás no haya ningún motivo de alarma, ¿ no piensa Vd. así ? Pero la incertidumbre y el no saber qué hacer . . . es terrible.

La tristeza y resignación de Sibila parecieron producir un gran cambio en el ánimo de Nebelsen, que contestó enternecido :

—No llore Vd., no ; porque si llora también lloraré yo . . . ¡ y yo que lloro tan fuerte ! He sido un tonto en creer que Vd. pudiera amarme ; en pensar que puedo ser feliz como lo son otras personas. Desde que dejé de ser *Chela* me estoy volviendo egoísta, y mi sexto precepto va pereciendo gradualmente. El ídolo del Señor Campión es venga-

tivo, y algo me dice que no le dejará tranquilo. Si ya no es demasiado tarde trataré de reconciliarme con mi *Majatma.* Mañana temprano iré á casa del Señor Chowkydaree Loll el hermano, Vd. sabe, que nos sirve de intermediario, y le haré todas las promesas que quiera; suplicaré, lloraré y me retractaré por completo. Entonces quizás se me diga lo mejor que hay que hacer, y si yo tuve razón ó no, en suponer que había habido una pequeña equivocación en el último mensaje que me entregó Loll.

El lector puede quizás creer que el *Chela* era algo parecido á un ovillo roto, para confiar en él en un caso urgente; pero Sibila, sin embargo, se alegró de poder contar con su auxilio. Si efectivamente Reinaldo había logrado desembarazarse del ídolo, no habría necesidad de los servicios de Nebelsen; pero si había vuelto á aparecer, y trataba de hacer daño, la persona que preveía el peligro era ciertamente la más apta para habérselas con la imagen.

Un triste presentimento se había apoderado del ánimo de Sibila, pareciéndole cada vez más extraño que Reinaldo hubiese faltado á su promesa; por lo que se sentía inquieta, y excitada con el temor de lo que pudiera quizás en aquel momento estar pasando á su amante, y Nebelsen era la única persona que podía comprender algún tanto sus aprehensiones.

—¿Irá Vd. pues á ver á Campión en seguida, y decirle todo lo que Vd. se sospecha? Si espera hasta mañana quizás no llegue Vd. á tiempo. ¡Querido Señor Nebelsen, asegúreme que irá Vd. esta misma noche!

—Ya es tarde; son más de las doce . . . pero si Vd. lo desea, iré.

Sibila se hizo conducir otra vez á la galería de esculturas, donde el *Chela* se despidió dejándola que oyese las conjeturas que hacía su tía con respecto á la ausencia de Bab-

cock, mientras que ella por su parte se esforzaba en explicarse la ausencia de Campión al que solamente una imprevista calamidad pudo haber impedido ir á la velada.

Sibila no se hubiera calmado tan pronto si hubiese sabido el resultado de la embajada del *Chela.* Este llegó á la Avenida de Romanoff y encontró que la casa y el estudio estaban á oscuras y en el mayor silencio; y sin siquiera atreverse á tirar de la campanilla se alejó, pensando en que su auxilio y su arrepentimiento llegarian tarde según le decia su triste convicción. Después se paró á pensar y dijo para sí "Ahora iré á casa del Señor Loll, él nunca se acuesta temprano y podrá decirme si tengo ó no razón. ¿Quién sabe si habrá tiempo todavía? Pero temo que el fraude del Señor Babcock y mi tontería y falta de fe, me impidan poder llevar á cabo una buena obra en el momento en que yo lo haría gustoso; y volviendo la vista hacia la casa de Campión exclamó: ¡Malo; el silencio que reina en esa casa es muy profundo!

CAPÍTULO XIV

ANTÉO SEGUNDO

Durante algún tiempo, después de reconocer el desagradable hecho de que el ídolo poseía el "instinto del hogar," en mayor escala que el gato mejor domesticado; Campión se sentó frente á él y se puso á contemplarlo lleno de un vago pero intenso disgusto. El ídolo parecía no entender de insinuaciones, ni querer hacer sugestión alguna; pero ciertamente se ofendía con demasiada facilidad, y era imposible deshacerse de él. Muy gustoso lo hubiera cambiado por el citado monstruo de Frankenstein, pues al menos de esa criatura extraordinaria, todos sabían lo peor que podía sucederles, y además con él tendría la ventaja de que estaría ausente durante largos períodos; pero de este petrificado enigma nadie podía decir lo que quería, ó hasta que extremo llegaría su deseo de que respetasen su dignidad. Por ahora permanecía allí sentado sonriéndose tontamente, como si quisiera dar una satisfacción por su insufrible terquedad; pero el pobre Reinaldo se había acostumbrado á odiar aquella sonrisa intrigante y su horror hacia ella aumentaba por el miedo que la tenía. ¿Qué haría con el ídolo? Tenía que tomar una pronta determinación para alejarle; ya era tarde pero no quería que pasase una noche más bajo su techo. No podía pensar en dejarle abandonado en cualquier sitio por temor á que volviese. Reinaldo le conocía muy bien, y en

aquel momento venía á su mente los extraños consejos del *Majatma* de Nebelsen. Si aquella persona existía, ¿podía él creer que se dedicaba á estudiar los secretos de la oscuridad como el Oráculo de Delfos? ¿Qué podía esperar si el primer poseedor del ídolo era uno de los habitantes de un *Majatmaismo* ó planeta superior á la Tierra donde el ídolo había estado prisionero por tanto tiempo? Y si este último fuera el espíritu de un clásico insolvente que solo deseara una honrosa sepultura, ¿podría él dársela impunemente?

Campión no era hombre que vacilase á conceder un deseo tan justo, pensó en ello y le agradó la idea por varias razones: la imagen estaría fuera de su vista, fuera de su casa, y donde no pudiera hacerle daño á Sibila; dado el caso que él se equivocase, poco sería el mal que podría hacer estando enterrada en el fondo de un hoyo profundo.

Es doloroso tener que dejar consignada tal superstición de parte de un joven inglés, fuerte de cuerpo y vigoroso de inteligencia; pero que se pregunte imparcialmente aquel que se halle dispuesto á reirse de la inquietud que sentía Campión, si lo que le había pasado con el ídolo no justificaba hasta cierto punto sus temores. Séa como fuese, envolvió la imagen en el pedazo de paño bordado que ya había sido echado á perder en su servicio, y proveyéndose de un cuchillete como el mejor instrumento que tenía á mano, salió del estudio, se dirigió al pequeño jardín que lleno de hierba se hallaba en el frente de su casa, y dió principio á su tarea.

Era una noche de pesada calma, con un cielo lóbrego á través del cual la luna aparecía roja y encendida. Campión se persuadió entonces que la noche era más calorosa, y el trabajo más arduo de lo que se había imaginado. Sin embargo continuó cavando el suelo y sacando la tierra con las manos. Mientras se hallaba ocupado en su faena oyó sobre

las losas de la acera los pasos mesurados de una persona calzada con pesadas botas, y comprendió que era un vigilante que se acercaba. Sin embargo él no cesó de trabajar. No hay ninguna ordenanza municipal que prohiba á un individuo enterrar en el jardín de su casa cualquier objeto de su propiedad : podrá ser un excéntrico pero no es ilegal, y Campión comenzó á tararear en voz baja, como el viajero indigente de Juvenal.

El ruido de los pasos parecía acercarse más y más. Y de vez en cuando el sereno se detenía para examinar si alguna puerta había quedado abierta, ó arrojar los rayos de luz de su linterna á través de alguna llavera, ó quizás para escuchar á alguno que cantaba. Por último, cuando Campión había concluido de hacer el hoyo para colocar su ídolo, cesaron las pisadas frente á la puerta de su jardín, y la luz del farol pasó vacilando por el terreno y luego por la fachada de la casa.

—¿ Eh, *questaostez hicienduay?* dijo el vigilante desde la acera.

—Supongo que Vd. no podría adivinarlo : contestó Campión.

—Yo *mi* sospecho *quiostez nuestá* haciendo nada de *güeno aestas* horas de la noche ; *siesque* eso *quié* decir con la palabra adivinar.

—¡ Como ! ; dijo Campión sorprendido ; me parece que conozco esa voz ¿ no se llama Vd. Yarker ?

—*Esautamente,* el mismo *siñor* ; el viejo *criao'* de la *Siñora* Staniland ; *aura miacuerdo diostez Siñor* Campión ; y sin meterme en camisa *dionce* varas, ¿ *quiace ostez aura* en el jardín *extraño desa* casa ?

—Este es el jardín de mi casa, ¿ Ya se olvidó Vd. de eso desde que está haciendo de sereno ?

—Nunca lo *sabí ;* dijo Yarker con tono de orgullo ; yo

nunca hice caso *deso.* *Miacuerdo quiostez* era artista. *Tuavía* más *ence questuve* en Sussex Place siempre le tuve á *ostez* especie de *rincor*, no por *quiostez* era, yo soy también de los *quiacen destenciones desa* clase. *Siun endeviduo* no *pué ganase* la vida *dotra* manera *quiaciendo moñecos*, que *losaga* y Cristo con *toos.*

—Esas son ideas muy liberales, Yarker.

— *Ostez pue crer* lo que quiera, pero con *too* y *coneso* son mías. Bien, y como *liba* refiriendo, volviendo al caso, *ostez* no *sempatizaba* mucho con *mi*, era *ostez* muy *echaopatrás* y *desencubierto paquicieramos güenas* migas *ostez* y yo. No *miagradaba* mucho su plática cuando *ostez almuerzaba* en la casa, sus *pulíticas* estaban como perro y gato con mis pensamientos. *Ostez* no *senoje porquaura* se lo diga.

—Pero siento que Vd. no me lo dijera entonces.

—Eso no fué *farta* de *voluntaz*, por *quiostez pué* ser que no sepa *quiay* está la *pulítica* de etiqueta. *Ningún criao* que se tiene por hombre *enstruido* deja de *callase* la boca cuando la conversación de la familia *liofende* en lo más *prefundo* del fondo que tienen sus más ínfimos pensamientos, y por eso me reventaba *lempleo* de *criao, á más quiostez* se mete en la librea y tiene *amarraos* los pensamientos. En la comida tenían *ostedes* sus conversaciones tan pulcras *é inorantes* que de pura *indinación* algunas veces hasta los platos se *rivelaban* en mis *mesmas* manos. Pero decía, "callate la boca Yarker" y solo preguntaba. ¿ Añejo, del Rhin ó Jerez?

—¿ Goza Vd. de más libertad en su nueva ocupación?

—No sé que responder, pero tengo aquello que yo llamo *contato* con *sociedaz* humana.

—Vaya hombre, Vd. pertenece á la división V., ¿ no es eso?

—Sí, *siñor:* pero la fuerza *diorden publico* si se con-

sidera en un conjunto del *too*, *nués* lo que yo llamo un cuerpo *denteligencia estruida*, son gente de poca mollera, no *pue ostez escutir* de formación de pensamientos *elusorios* de la cabeza, y *liaseguro* que en el tiempo ya *pasao* yo era miembro *diuna sociedaz* de *siñores*, y en este cuerpo *nuay* nada que le llegue ni *paezca*.

—Por ello Vd. está deseoso de hablar sociedad inteligente *filosofista*. ¿ No es eso ?

—Pues claro *Siñor* Campión. No por *questo eja* é tener ventajas y *esventajas*. Ahora la gente me mira con respeto, en mi casa me respetan por *larta* posición que *dinamente* ocupo, y cuando voy hacer visitas *diamistaz* mis amigos me respetan con *enfluencia*. Pero yo no *ejo é* comprender *questa* es una vida *quiostez* llamaría *monotona*, y *liaseguro quioy* yo siento *sastifación* cuando hablo con *cualisquiera*, y *ostez* lo *pué* pensar cuando tanto tiempo estoy *pegao aesta* reja *conesta* conversación.

—Sí pero si el público requiere sus servicios yo no quisiera entretenerle por el deseo egoísta de gozar de su compañía.

—Por un *menuto ú* dos, no se apure, eso es nada entre dos platos, y estoy seguro como tengo la *seguridaz quiostez* se *riría* de saber mi pensamiento *estupefato* que pensé cuando lo ví, me pasó por la mollera *quiostez* quería echar la tierra alguna cosa.

—Quizás acertó Vd.

—¿ *Ostez noentiende* la palabra "ilegal" ? *nues* nada extraño, es palabra del servicio ; es una cosa como enterrar sin *premiso* de *lotoridaz*. La semana pasada fué un caso parecido en el barrio de Kensal Green un chico enterrando debajo *é* la tierra un hombre.

—Siento que Vd. se haya equivocado ; contestó Campión sonriendo ; pero la verdad es que. . . .

El artista había profundizado bastante el hoyo y se preparaba á enterrar al ídolo, cuando observó con horror que la imagen se meneaba dentro de su envoltorio ; la dejó caer como si le hubiera mordido, y continuó hablando sin saber o que decía :

—La verdad es que estoy haciendo lo que tengo perfecto derecho en interés propio. Todo inquilino puede y debe tratar de impedir un daño á la propiedad, como creo que Vds. llaman á las casas. Pero me parece que sin querer le estoy entreteniendo á Vd.

—¡ Oh ! no ; *ostez* no me *desturbía,* y tantas gracias por su amable y simple *pulítica:* respondió el sereno con gravedad. Como digo al *siñor* un rato de conversación siempre *magrada* : *Ostez* me dijo que quería *impeir* un daño *aesta propiedaz, tar vez* una *quiebradura* de los canales.

—Sí ; contestó Campión, á la vez que tomaba el lío entre sus manos como para asegurarse que nada se movía dentro de él ; y sin saber como desembarazarse del "sereno diplomático" se devanaba los sesos en buscar un asunto de conversación menos peligroso ; por fin continuó diciendo : Ahora tiene Vd. buena ocasión para estudiar astronomía.

—Yo soy muy *sabido* y se *tóo* lo que *memporta* saber *deso.* Vea *ostez,* allí está el carro de Longíno, *Nuay denguno* otro que le *paizca.*

—¡ Oh ! sí ; dijo el artista desesperado de permanecer tanto tiempo interrumpido en su trabajo ; y también está la Osa Mayor, ¿ La conoce Vd. ?

—Sí, me *paíce* haber oido mentar la Gran Osa ; y dígame ¿ *Nuay* otra *consternación* que se llama el *Arao ?*, y otra con el nombre del *Centurón diurbano ?*

—Según veo, Vd. es un gastrónomo consumido.

—¡ Oh !, ¿ qué se figura *ostez ? yoé lido argo,* y es muy *enteresante* ver lo que sabe el que sabe de letra. *Ostez* no

se dá cuenta *dello* cuando tiene una *presona* al lado que le sopla; pero vea *ostez* con toda esta *pulítica* yo ni *miacordaba* de *preguntale ques* lo *questáiciendo.*

—El desagüe ¡Hombre de Dios! contestó Reinaldo desesperado con tono de mal humor; ¿Vd. no comprende que mi jardín se anega cuando llueve?

—*Nuay* por que *ostez* conteste con *fuño;* si yo *liablo aostez* con *amistaz* no tiene por que cometer abusos de *mi presona.* Yo *lice* una pregunta *estópida, perostez* no debe responder con arrogancias *diorgullo;* y por lo *contao* sigo mi camino.

El sereno comenzó á alejarse lentamente y ofendido; y Campión le veía lleno de felicidad al contemplarse solo. Pero el vigilante volvió de nuevo al pensar que un sereno no debe consentir que se le trate con malos humos. Reinaldo al verle volver pensó en no contestar sus preguntas, pero creyó que sería más conveniente para él calmar al enfurecido guardián del orden público, y dijo:

—No sea Vd. quisquilloso; yo no puedo creer que Vd. se moleste por una broma. La noche está sofocante, ¿no quiere Vd. tomar algo?

—Gracias, *Siñor* Campión, *ostez* es muy *pulítico,* y como *ostez* vé, yo tomé su *indelcta* de *güen* talante; las tabernas están *cerraas,* yo no *miapuro tuavía;* siga *ostez* en su trabajo y cuando me vea haga tan poco caso como si viera un borrico aun *ques* mala la comparación.

Reinaldo tenía miedo de tocar el ídolo, pues la idea de que se había meneado le tenía confuso, decidió molestar al sereno para que se marchase de allí, y le dijo con sequedad.

—Supongo que Vd. tiene deberes que cumplir cuando está de ronda ¿no le sería mejor ocuparse de ellos?

—Sí; contestó Yarker herido en su amor propio; ya

quiostez mecha esa *endeleta direta,* yo le diré que *lombre* que tiene *larta* misión de proteger las otras *presonas* humanas, debe cuando tiene sospechas de *arguna* cosa *endagar* y si yo le pregunto *paqués* ese hoyo ¿Puede *ostez* responder?

—Si le contesto, no sabrá Vd. nada más de lo que sabe ahora. Pero venga á razones Yarker, yo no le quise ofender, únicamente que mi objeto al venir aquí fué el estar sólo.

Yarker habló, pero sin tener idea de poner la amenaza en vías de obra y las palabras del artista le convencieron de que no tenía de qué sospechar.

—Yo no quiero incomodar á *ostez;* me voy y *güenas* noches.

—Buenas noches; contestó Campión y su ánimo recobró la alegría; pero un momento después y cuando el sereno se alejaba por última vez, el ídolo lanzó un gemido tan lastimero, que el corazón del pintor al oirle comenzó á latir como si fuera á hacerse pedazos; aquel gemido se oyó como el chirrido de un pavo real á media noche.

—¿*Ques* eso?; exclamó Yarker deteniéndose: ¿*Deonde* salió esa queja?

La horrible imagen envuelta entre los trapos pareció querer satisfacer la pregunta, y comenzó á gemir y llorar á más y mejor. Yarker se aproximó á la verja y dirigiendo la luz de su linterna hacia el envoltorio preguntó:

—¿De qué son esas manchas?

—De pintura, contestó Reinaldo: pues el pedazo de género bordado, todavía conservaba las manchas rojizas de la pintura que él había quitado de los ojos del ídolo.

—¡Ah!; exclamó el vigilante abriendo la puerta del jardín, y acercándose á Campión que sentado sobre el césped creía que iba á volverse loco, y continuo: *Siñor* Cam-

pión, ya no puedo hablar *aostéz* con *amistáz;* y asumiendo un aire de autoridad el criado convertido en guardián del orden público, ansioso de distinciones se dijo para sí; "Esto es una *güena* nota del servicio, y además *premoción";* y continuó en alta voz diciendo: *Esues* sangre, *ostez* lo sabe bien, *Siñor* Campión, abra *enstantaniamente* ese *envueltujo.*

Yarker recordó la sospecha que tuvo al ver por primera vez al artista y en aquel momento estaba convencido de que allí había algo malo. Reinaldo comenzó á desatar lienzo tras lienzo y de repente se puso de pie dando un grito de horror. La luz de la lámpara alumbraba de lleno el lío, é hizo ver al aterrorizado Reinaldo que el ídolo estaba vivo, ó mejor dicho, en su lugar había un niño que se le parecía en su aire grotesco. Mientras el artista miraba como petrificado, la cara pálida y vidriosa del ídolo, este abrió poco á poco los párpados y aparecieron unos ojos brillantes y sin expresión, pero que arrojaron sobre Reinaldo una ojeada vengativa; después la cara de aquella extraña criatura se contrajo y de nuevo comenzó á llorar y gritar con más fuerza.

—¿Eso era lo *quiostez* quería hacer?: ¡Oh, *deprivación* y *debilidaz* de los hombres humanos *deesta humanidaz!;* dijo el sereno.

—Si Vd. está sorprendido no lo está tanto como yo. ¿Por qué diablos grita de esa manera?

—Razón tiene *paello;* dijo Yarker; cinco *menutos* más y *siacabó*, estaría muerto *der* todo. *Siñor* Campión, yo no *mimaginara* de *milusorio* pensamiento de la cabeza tal cosa *diostez;* con esa pobre *creatura*, ¿qué mal *liaecho* á *ostez?*

El desconcertado artista guardaba el más profundo silencio; era inocente, pero ¿de qué podría servirle el decírselo al sereno?; principió á creer que el ídolo iba á vengarse de él y se creía al borde de un precipicio insondable.

—Le aseguro que Vd. . . . se e . . qui . . vo . . ca : dijo Reinaldo agitado por el miedo.

—*Ostez* dice eso ; está *güeno ;* ya ve lo que resulta *diuna* vida *esoluta* y mala y chandra y perezosa. *Ostez* iba á cometer un *chiquicidio* si una *casulidaz, desas* de la *Proviencia* por un milagro de Dios nuestro si yo *nubiera* sido *enspirado* de la sospecha cuando pasé *puaquí*, y no le viera excavar el hoyo. Este asunto tiene mal *calitre ;* pero yo como *dino* agente de *lautoridaz, luarresto* por conato de *chiquicidio* con un niño, y tenga *cuidao* de decir palabra *comprometiente pauostez*, por que después le comprometerá en contra *deostez ;* y *aura* con paso despacio y lentamente venga con *mi* sin rechistar.

—Yarker ; ¡ Hombre de Dios ! Vd. está equivocado : dijo Campión con voz ahogada ; esto no es lo que aparenta ¿ piensa Vd. llevarme preso ?

—Sin *nenguna* duda : ¿ quiere *ostez* que toque el *chiflato* y que venga el otro de *lavenida* de Marlbough, ó prefiere *ostez* venir *con mi* á las *güenas* y con *güena voluntaz* del brazete ?

—Déjeme entrar en casa para dar una orden á mi criado.

—No *siñor*, mañana podrá *ostez* mandar el *recao* que quiera. Por último y ya no más, ¿ toco el *chiflato ?*

Campión comprendiendo que sería una locura tratar de escapar en un barrio donde era muy conocido donde pronto sería hecho preso, y además que con eso admitiría la culpabilidad que no tenía. Después de un momento de silencio dijo :

—Yarker, le doy á Vd. mi palabra que con dejar este asunto, ni la justicia ni nadie sufrirán ; Vd. está equivocado, convénzase de ello, yo le daré una libra, ó un billete de á cinco, mire tome uno de á diez, y siga tranquilo su ronda sin acordarse de este pequeño incidente.

—No era *ostez* tan generoso cuando yo estaba en Sussex Place ; hay cosas que no se arreglan con *nengún* dinero ; contestó Yarquer, y deje que *aura* voy *apuntar* la palabra sorpechosa *quiostez* dijo la *úrtima* "*indicente,*" ¿ no fué esa ? *güeno yastá apuntá,* sigamos la marcha andando un paso detrás *diotro.*

—Está bien ; pero haga favor de evitarme los disgustos que pueda.

—Nos iremos hablando y platicando como si fuéramos amigos que se tropiezan por *casulidaz. Dese* modo iremos si *ostez* se porta *irricional* y delicado con delicadeza, deme ese *fierro* y también al chiquito, y como *yaestamos* listos vamos moviendo.

El sereno tomó al preso del brazo y ambos comenzaron á marchar en silencio. Campión obsevaba el aire de gran hombre que Yarquer se daba, su yelmo y las brillantes letras y número en el cuello de su levita. Sin embargo el guardian del orden no podía estar mucho rato sin hablar ; y además como es proverbial entre esa clase de gentes, se moría de curiosidad y empezó á hacer preguntas y repreguntas á su prisionero, y en una de las veces dijo :

—¡ Voto á la burra de mi tía, *Siñor* Campión ! ; cuando *ostez* venía á Sussex Place yo nunca *mimaginara* con los sesos de mi cabeza que yo Yarker, tuviera que llevarle *aostez* al *violón.* Reinaldo no contestó y el sereno seguía diciendo : Yo quiero *questa* andada sea *tóo* lo sabrosa posible *paustez ;* pero *ostez* tiene que poner su escote. *¿ Quie ostez* decirme como se le metió *aostez* en la mollera de su cabeza hacer ese *chiquicidio ?* yo *lescucharé aostez pa* pasar el rato.

—Mientras menos hable será mejor : contestó el artista.

—No soy yo de *lopinión dostez ;* yo no le doy esperanza *denguna* pero tampoco *liago* miedo ; sin embargo, pero *prosupuesto* y en *confianza* siempre le servirá de consuelo el

decir algo; y *laseguro aostez* que *ostez* fué *empelido pa que luiciera.*

—Crea lo que quiera, pero guárdeselo para Vd.; dijo Campión interrumpiéndole.

—No se moleste *ostez*, yo *liablo* con *güena entención;* pero podemos cambiar la converación *siostez* lo *disea.* Mire *ence* que comenzamos á charlar hasta la luna *mesma siacscondido*, y creo que pronto tendremos borrasca, *laire* está *homecido.* Yo *quió* verle el *jocico* á la luna cuando estoy de ronda, pues mi *paice* que tengo compañía: y reflexionando prosiguió: Con perdón *deostez*, yo no *quió* decir *qucostez* es mala compañía. Algunos dicen *quiay* un viejo, otros *quiay* un perro, y yo creo *quiay* una mujer que tiene la cara acurrucada como si comiera una cosa amarga como *arcíbar.* ¿Qué le *paice aostez?* Pero no vale la pena de *blasfemiar* de la luna. Pero *ostez* es muchacho, hablemos un poco *aura deste* pobrecito chico, y *sies* por el peso tiene que ser un *rebusto* muchacho, *yestá callandico* como si fuera un *rodejo* de piedra; *ence* que tiene la *confianza* de que nadie *liace* nada está como si fuera un angelico *é* Dios de juicioso. ¿*Nuestá ostez repentido?* ya *pasao* el apuro. Á *toas* las *presonas* no les gustan los muchachos. Pero; ¡por las parrillas de San Lorenzo!, siempre, *siempreay* manera de *quitase* el *mocho dencima* sin tener que *meteles* debajo de la tierra *vivicos comueste* en un hoyo del jardín. ¿*Nues* cierto? Pero *ostez* podía *habelo mandao aún* asilo á la *Maternidaz* y *ostez* se viera fuera *deste* mal paso, y creo *quiaestas* horas *ostez* ve que no tuvo *güena* la mollera *pacer* tal cosa.

—Váyase al infierno y no me atormente con su charla sempiterna. Dijo Campión.

—¿Se cree *ostez* que yo *liablo* por gusto? Pues mire *sentivoca*, *luago* por *dale* ánimo. Los otros serenos no serían tan *güenos*, ni tampoco yo lo sería si no fuéramos co-

nocidos viejos. Por los coches que pasan *paice quiay* baile *puaquí* esta noche. ¿ Le gusta á *ostez* bailar? ¡ Oh ! sí; ya, ya *miacuerdo quiostez* iba á los bailes de casa. En bailar *nuay prejuicio, siostez nuace* otra cosa *pior;* y Yarker lanzó un suspiro significativo. *¿ Que edaz tieneste angelico é* Dios? ; está tan quietecico que da gusto. ¿ No pensó *ostez* en *echale lagua* bendita? Vamos *Siñor* Campión, tome la cosa con *carma* ¿ de qué le sirve *aostez* echar palabras que *repunan?*

Aquella caminata fué para Campión tan larga y penosa como una pesadilla, constantemente fastidiado con la charla de Yarker que era parte rencor, parte curiosidad. De cuando en cuando este último se detenía como para asegurarse si una ventana ó una puerta estaban bien cerradas, y una vez se detuvo para dar informes á un cabo de su fuerza que estaba estacionado en una esquina; pero á pesar de todo nada interrumpía por largo tiempo su discurso.

De repente un individuo en traje de etiqueta pasó junto á ellos, se detuvo un momento y después volvió hacia atrás.

—¡ Campión ! ; exclamó sorprendido ; ¡ está bueno ! ; el mismo sugeto á quien yo iba á buscar.

Babcock que acababa de despertar de su letargo, viendo que era demasiado tarde para ir á la velada, decidió ir en busca del artista á quien creyó culpable por la acción que le había hecho el *Chela*, y con esa idea avanzaba en la seguridad de encontrarle en Snt. John Woods. Campión no hubiera deseado verle por nada del mundo, y al conocerle se hundió el sombrero hasta los ojos, y decidió no hablar aunque le preguntasen.

—¡ Ea ! ; dijo Babcock ; dé la vuelta que tengo que hablar con Vd.

—Lo siento mucho *Siñor;* contestó Yarker ; pero *aura* él y yo tenemos que hablar.

—¿Ha encontrado Vd. dinamita en su posesión?; exclamó Babcock riendo.

—No, no; la cosa no es tan grave, *Siñor* Babcock: replicó Yarker que le conocía muy bien.

—Seguramente no se lo lleva Vd. á la estación de policía: Campión, ¿qué ha cenado Vd. esta noche? y dígame Yarker, ¿por qué no me responde él mismo?

—Bien *Siñor ostez pué* ver *quel* está *endispuesto* por contestar preguntas.

—¡Santa Tecla!; exclamó Babcock viendo que Campión aceptaba la excusa con resignación. Cualquier cosa hubiera sido menos degradante que verse obligado á revelar su desgracia á un rival. ¿Con qué él es de los que arman camorra? Yarker, no le quiero interrumpir más, dos hacen compañía pero tres . . . Mire, no le trate de mala manera, es un pobre diablo.

—Babcock se alejó por temor de que fueran á pedirle que pusiera fianza por el preso, lo cual no haría bajo ningún concepto, en las circunstancias en que se encontraba.

—El *Siñor*, Babcock es un buen hombre; dijo Yarker cuando estuvieron solos: y muy liberal, *¿noes verdaz?* y *sempatiza* mucho con *mi* el *Siñor* Babcock y con *ostez* también; ¿no le *paice?;* pero amigo no tiene *ostez questirar* su *jocico* por eso, esta noche está *ostez* del genio de culebra pisada.

Yarker no volvió á hablar, pues acababa de entrar en una callejuela á cuyo extremo se veía un edificio con una farola de vidrios azules en la puerta. Allí se les reunieron algunos curiosos que llegaron con ellos hasta los umbrales; pero Yarker la cerró de pronto dándoles como suele decirse "con la puerta en las narices."

Entraron en una gran habitación muy bien alumbrada, cuyas paredes estaban cubiertas por un papel color azafrán

y franjas verdes. Los muebles consistían en unos bancos á un extremo y en el otro una pequeña oficina parecida á la cantina de un hotel. El sereno depositó el envoltorio sobre la mesa y dijo á Campión :

—Siéntese *ostez* aquí ; pronto nos ocuparemos *deostez,* pues el *despector* está *ocupao* con aquel *siñor questa* allí.

Cerca de la pared había un lugar apartado por una reja que llegaba hasta la altura del pecho ; dentro de él había un postigo donde se hallaba un hombrecillo sucio y haraposo que sonreía afectuosamente al inspector por quien creía sentir simpatía, pero mas bien era " un anzuelo." Cada vez que le preguntaban daba nombre y domicilio diferentes. Con esto el tiempo iba pasando y el pintor lo empleó en pensar tranquilamente en su situación. ¿ Cómo terminaría aquella escena ? El ídolo había esperado bastante tiempo antes de herirle ; pero finalmente su venganza era atroz. Le había complicado en un escandalo del cual por bien que saliera, su reputación quedaría manchada para siempre : ¿ Cómo podría vindicarse ? ¿ Qué explicación podría dar sobre la presencia de aquel niño, el cuchillete y el hoyo que había hecho ? Y finalmente el pensamiento que le atormentaba más, era el juicio que de él formaría Sibila cuando llegara á saber lo sucedido.

El hombrecillo riendo con mejor y más gusto que nunca se había dejado caer al suelo, donde se acurrucó pareciendo una concertaina ó un farolillo chinesco, y para sacarle de dentro del enverjado, le pescaron por el pescuezo y le depositaron en el banco junto á Campión, á quien dijo en voz baja y en gran secreto :

—Ahora le toca á Vd.

Yarker con aire de gran autoridad dijo á su vez.

—*Aura* le toca á *ostez Siñor.*

—Pocos momentos después el artista se encontraba den-

tro del pequeño enverjado, el cual se cerró con la barra que le servía de puerta y que corría á uno y otro lado en forma de cerrojo.

—Un niño, ¿ eh ? ; exclamó el inspector que miraba aquello como un mero detalle de su oficio ; ¿ Vivo ó muerto ?

—Vivo *Siñor ;* respondió el sereno ; ó por lo menos *nuestaba* muerto cuando yo me lo *tropiezé ;* gritaba y chillaba *comun desaforao, siñor despector.*

—¿ Por qué no avisó Vd. enseguida á un doctor ? Ea ; marche uno inmediatamente y no perdamos más tiempo. Deje ese niño donde está, puesto que nada podemos hacer hasta que llegue el médico.

Campión volvió á pasar otro rato de martirio. No quitó sus ojos del lío para ver si el ídolo se movía ó daba señales de vida. Nada vió, pero pasó por su mente una idea que le dejó como si su sangre se hubiera helado en sus venas. ¿ Qué sucedería si aquella imagen infernal había llevado su venganza hasta morirse ? "Sí, sí"; decía él "Ya no me juzgarán por conato, sino como infanticidio y si lo prueban me ahorcarán." Bañado en sudor se agarró á la baranda con mano nerviosa, y hubiera dado una parte de su vida por percibir aunque no fuere más que uno de aquellos horribles chirridos que había oido algunos momentos antes ; ¿ Cómo salir de aquella incertidumbre ?

En aquel momento entró el cirujano de la división V., hombre pequeño y tosco, pero al parecer muy activo.

—Tráiganme aquí á ese niño, y pónganle cerca de la lámpara ; voy á echarle una ojeada.

Yarker condujo el envoltorio al sitio indicado por el Doctor, y se quedó parado mientras este último lo desenvolvía cuidadosamente y el corazón de Reinaldo latía con fuerza.

—¿ Qué dijo Vd. que era esto ? ; preguntó el cirujano.

—Un chico, *Siñor Dotor:* contestó el sereno mirando hacia el techo con aire distraído.

—Buen jamelgo de policía es Vd. ; dijo el médico con desprecio ; aquí no hay ningún niño.

Campión al oirle se llenó de alegría ; por fin el ídolo había cedido no llevando más lejos su venganza.

Yarker se frotó los ojos y dijo :

—*Siñor* yo hubiera jurado que era un muchacho y si no *lues ¿ Ques* lo *ques Dotor ?*

—"247," Vd. ha estado empinando el codo ; y Vd. sabe bien que tendré que dar una queja contra su conducta, interpuso el inspector.

—*Siñor* Campión, *ostez* me *sirvirá* de testigo ; *ostez* le vió y oyó como yo.

—Le dije á Vd. que se equivocaba ; pero Vd. no quiso creerme ni hacerme caso.

—Y con mucha razón ; dijo el cirujano ; ¿ comprende Vd. lo que es, Señor Inspector ?

El jefe de policía tanteó por fuera el envoltorio y contestó :

—Me parece ser un cartucho de dinamita.

—Exactamente : dijo el médico ; Yo nunca los he visto en esta forma, pero en mi interior no me cabe duda que es dinamita.

¡ Dinamita ! ; pensó Reinaldo ; esto es grave, pero á lo menos no es tan grave como lo otro.

—"247," ¿ por qué no dijo Vd. eso desde un principio ? preguntó el inspector : me ha hecho Vd. hacer un falso asiento en el libro. ¿ Está Vd. loco para confundir un paquete de dinamita por un muchacho ? Vd. tendrá que darme cuenta de ello, se lo prevengo.

El pobre Yarker no se hacía más ilusiones de ascensos y

permaneció de pie y temblando mientras el furioso inspector enmendaba el asiento hecho en el borrador de la estación.

—¿Desea Vd. hacer alguna declaración?; preguntó el inspector á Reinaldo.

—No señor; contestó; únicamente que no sé nada sobre la dinamita de que Vd. habla.

—Está bien; esta noche queda Vd. arrestado por sospechas, y mañana cuando se hayan hecho indagaciones sobre el asunto, será Vd. conducido á la presencia del juez de policía del distrito de Marylebone. Ahora llévenle á la celda número 3.

Al poco rato Campión estaba encerrado en el calabozo; permaneció sentado por algún tiempo, y su mente estaba absorta en pensar lo que le sucedería después. Contemplando la vacilante luz de gas del pasillo, se aseguraba á sí mismo que Sibila no llegaría á ser suya; su padre y su tía no habían de permitirla casarse con un individuo cuyo nombre aparecía en los registros de la policía; ¡Esto era horrible! Aquella misma tarde había reanudado su relaciones amorosas, y al día siguiente, ella debía ir con su padre á hacerle una visita. Campión trató de recordar si podía ó no haberse conducido mejor con el ídolo y se preguntaba: ¿Por qué esto implacable enemigo indiano obra de una manera tan vengadora y terrible contra mí?; había tratado de dejarle en plena libertad ¿Que más quería?

En su loca fantasía Reinaldo comenzó á querer descubrir cual sería la nueva forma de personificación que asumiría el ídolo; probablemente no tardaría en arrepentirse del error que había cometido al efectuar la segunda; pero ¿lo habría hecho con intención? ¿llevaría la idea de estallar, envolverse y envolverlo en las mismas ruinas? ¿sería esta su venganza? Y Sibila sabría el sitio donde murió sin saber el por qué.

La noche fué pasándose poco á poco ; á cada momento llegaban á sus oidos las pisadas de los policías ; las breves y bruscas noticias recibidas allí ; el rugido de las fieras del cercano jardín zoológico, y los gemidos de un hombre ébrio que parecía estar en pesadilla constante en la celda junto á la suya y que sin cesar recomendaba á una mujer llamada Juana para que le esperase hasta que las nubes pasaran rodando por allí. Y después que esto pasó por su mente como si hubieran sido siglos de existencia, Campión cayó dormido sobre el banco, y con él durmieron también sus desgracias y sinsabores, por el corto espacio de un vago segundo tan largo como una eternidad.

CAPÍTULO XV

EL DÍA DESPUÉS

El joven artista abrió sus pesados ojos para ver la luz del naciente día que á través de los cristales penetraba en su celda; los gallos entonaban su canto matinal en los corrales vecinos; los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías; los lecheros se anunciaban con el ruido peculiar de sus cacharros; los muchachos gritaban, y todo en fin anunciaba que aquel suburbio recibía un nuevo día con su acostumbrada y escasa animación.

Aquellos sonidos tan familiares para Reinaldo le causaban en aquel momento el mayor disgusto; todo le anunciaba la humillación que debía sufrir; en pocas horas se hallaría en el banco de los acusados, sin más causa que la que el ídolo quisiera imputarle; los periódicos de la tarde anunciarían su nombre; el juez rehusaría aceptar fianza, é iría á la cárcel, ¡qué vergüenza!

Su corazón se consumía inútilmente en la más completa incertidumbre. No quería pensar en ello y quedó sumido en lo que creía una calma estóica, pero que no era sino un letargo.

Un alguacil, y esta vez no era Yarker, abrió la puerta de su celda diciendo: "Señor; el inspector desea ver á Vd. en su oficina"; dicho esto con bastante delicadeza comenzó á andar seguido de Campión hasta llegar á donde había estado la noche anterior.

El inspector mirándole con una expresión de abatimiento y disgusto le dijo :

—Señor mío, nosotros no estamos acostumbrados á esta especie de cosas ; en mi libro he hecho dos asientos diferentes de inculpación contra Vd. y desearía que antes de seguir adelante Vd. interpusiera alguna contestación á ellos.

—Eso lo reservo para mi defensa ; dijo el artista ; y lo único que tengo que decirle es que cualquiera que sea la acusación ; soy inocente.

—Yo quisiera que Vd. me explicase que fué lo que encontró en Vd. el No. 247.; con eso probablemente le evitaría que esto fuera más adelante de lo que Vd. piensa.

¿Sería un lazo? puede ser ; pensaba Campión ; pero decidió contestar inocentemente como único recurso que tenía.

—No sé si Vd. me creerá ; dijo Campión, pero no era otra cosa que una imagen india, un ídolo.

—Está bien señor mío ; dijo el inspector vuelva Vd. la vista y la verá en esa herrada.

Efectivamente el ídolo se encontraba cabeza abajo en el agua y al parecer sin demostrar el más pequeño resentimiento de su ofendida dignidad. Campión respiró con libertad ; ó el ídolo se había templado ó habría llegado á agotar sus recursos ; de cualquier modo, por aquel momento no quería llevar las cosas adelante.

—Está bien señor ; dijo el inspector ; realmente no sé como pude detenerle á Vd. anoche, pero tanto el cirujano como yo, pensamos que eso sería alguna máquina infernal cargada con dinamita ; toda la noche ha estado guardada en un cuarto interior metido en esa herrada de agua y en este momento de ninguna manera parece ser un explosivo. ¿Puede Vd. explicármelo?

—Yo creía ; dijo Campión ; que Vd. era persona apta para explicar estas cosas.

El inspector tosió como para darse tiempo á pensar y dijo :

—Estoy seguro que Vd. no es una de estas personas capaces de armar un escándalo por esta pequeña equivocación. Como Vd. ve, nosotros estamos obligados á protegernos, y si Vd. no quisiera acceder á un arreglo, aun en el estado en que están las cosas podríamos traerle algún disgusto, y finalmente á nadie le hace bien tener la policía en contra suya. Si Vd. quisiera hacer lo que le ind . . .

Campión comprendió enseguida que su libertad dependía de un mero arreglo, que el inspector estaba ansioso de evitar quejas y procedimientos públicos, y á su gran placer poco después salía de la estación en plena libertad.

¡ Qué deliciosa le pareció aquella mañana de Junio ! Las sombras que cubrían las aceras hacían respirar el aire fresco ; las lilas que colgaban de las palizadas de los jardines embalsamaban el aire con sus aromas ; frescas mozuelas limpiaban las entradas de las casas y sacudían las esteras en las puertas ; estas escenas las observaba Campión con extremado placer. El día prometía ser caluroso, la atmósfera tenía el color azul pálido peculiar á los días de estío, y pesadas y cárdenas nubes perfiladas de rosa y oro se destacaban como una cordillera de montañas que se perdía de vista en el horizonte. Campión con su detestada carga bajo el brazo, marchaba lentamente receloso de que el ídolo le saliera con otra "pata de gallo." Cuando llegó á la puerta de su estudio se vió contrariado al ver á Bales que limpiaba el polvo, el cual mirando al ídolo que le había sido imposible ocultar á Campión, dijo :

—Mucho ha madrugado Vd. esta mañana, señor.

—En verdad ; contestó Campión de una manera con la que quería indicar que había estado de "tuna."

—Señor, cuando Vd. salga para *correrla* toda la noche debía Vd. de decírnolo para no estar con cuidado ; y, ¿ qué

diablos hacía Vd. con el ídolo al hombro? Mi pobre mujer creyó que se lo habían robado; pero yo la tranquilicé diciéndola que nadie sería tan loco como para robarlo. Según parece Vd. disfruta de su compañia en estos últimos días; pero si yo fuera Vd. preferiría comprar un mono, y porsupuesto que así lo haría.

En otras circunstancias Campión le hubiera contestado que se mezclara en sus negocios; pero en aquel momento estaba muy desconcertado por lo que le había sucedido, y hasta trató de darle cuentas al criado.

—Como ves, yo no pensaba haber estado fuera tanto tiempo; me encontré con un amigo á quien le gustan mucho todas estas cosas, me detuvo un rato é insistió en que pasará la noche en su casa.

Á esta explicación tan extraña y poco sincera, Bales dió un bostezo con el que indicó dudar de la veracidad.

—Arriba está aquel hombre que llevaba el pelo largo y rizado que le llegaba hasta los hombros; dijo Bales; dice que no puede esperar mucho rato, y yo le he informado que Vd. estaba en la cama.

Campión cuando llegó arriba se encontró á Nebelsen dispuesto á salir. El artista recordando la última entrevista que habían tenido parecía encontrarse confuso; pero el *Chela* estaba dispuesto á reanudar el asunto, y Campión no se encontraba en estado de poder rehusar.

—¿ Todavía lo tiene Vd. ?; dijo Nebelsen al ver el ídolo que su amigo traía debajo del brazo.

—Sí; contestó Campión con aire descorazonado; parece que no se ha cansado de mí todavía. He tratado de deshacerme de él varias veces; pero siempre vuelve. Anoche mismo provó meterle dentro de un hoyo.

—Y, ¿ no quiso quedarse allí, eh? dijo el *Chela* con tono compasivo.

—No solo no quiso quedarse sino que me metió á mí en el hoyo; dijo el artista; y con el agradable resultado de que ambos pasamos la noche en el "violón."

—¿Cómo?, gritó el *Chela;* yo sé muy bien que Vd. solo nunca podrá escapar; Vd. podrá probar pero no sacará nada bueno. Ahora yo sé algunas cosas más; pero Vd. no quiere hacerme caso, se cree que yo estoy loco.

—Nebelsen; dijo el artista avergonzado; si Vd. me hace el favor de olvidar la manera con que yo le traté la última vez, y me ayuda como buen amigo, se lo agradeceré en el alma. Yo estoy plenamente convencido de que solo, nunca podré prevalecer contra esta imagen diabólica.

—Porque Vd. va por mal camino. Anoche ví y hablé á la amable Señorita Elsworth; pretendí complacerla y no hay más que un camino para ello. El objeto de mi visita es para proponerle que se deje guiar por mí, y voy á ver si hay una manera de pacificar al ídolo.

—Está bien; dijo Campión con aire desesperado; haga Vd. lo que guste, lo dejo á su elección; pero quiero que me diga antes lo que va á hacer.

—Es una cosa que nunca lo hice; pero estoy seguro, que con un poco de esfuerzo y fe lo lograré; dijo Nebelsen; pero escúcheme desde un principio; cuando yo le ví á Vd. el otro día, pensé que apesar de todo, mi *Majatma* no le había dado un mal consejo. La comunicación que Vd. conoce llegó por medio del *Babú* Chowkydaree Loll, al parecer, precipitada por medios ocultos y se me ocurrió de momento, que bien sea por falta de concentración de parte de mi *Majatma*, ó bien que el *Babú* no estuviera muy atento, una *l* pudo muy fácil alargarse y convertirse en *h*. Por eso la noche anterior á una hora avanzada fuí á ver á Mr. Loll, y le pregunté si estaba ó no de acuerdo conmigo; y no solamente lo creyó así, sino que me contó una historia

por la cual interpretó todo lo que ha ocurrido en el asunto. ¿ Me entiende Vd. ahora ?

—No muy bien ; dijo el artista ; sino que al contrario me parece estar mas á oscuras.

—Yo no puedo estar más tiempo aquí para aclarar su oscuridad ; pero de aquí á un rato volveré y le informaré con exactitud de lo que voy á hacer, como y porqué. Ahora no hay tiempo ; yo me voy á traer mi varilla mágica de acero, á hacer otras cosas, y después comenzaré el trabajo con Vd.

—Pero entre tanto, dijo Campión ; ¿ Qué haré yo si á este condenado le ocurre comenzar de nuevo sus fechorías ?

—Es demasiado pronto para eso después de haber gastado tanta fuerza. Déjelo en su estudio hasta que yo vuelva á entendérmelas con él. Esté seguro que permanecerá quieto, yo respondo.

Campión no tenía la más vaga idea de lo que el *Chela* quería hacer ; pero no ignoraba que lo llevaría á cabo con una varilla, y esperaba que fuese tan poco ridículo como compatible con la gravedad del caso ; y como muchas personas compran medicinas privilegiadas, porque ven en los anuncios que otras personas se imaginan haber sido curadas por ellas, de la misma manera el artista había llegado á infectarse con la incuestionable fe de Nebelsen.

Campión no había olvidado que Sibila le había prometido venir á verle con su padre aquel día, y por algún tiempo dudó si recibiría ó no la visita. Afortunadamente lo peor de todo había pasado, y comenzó á creer que si la entrevista llegaba á tener lugar, sería probablemente con buen resultado para él ; pero cuando le anunciaron al Coronel Elsworth sólo, Campión se sintió desfallecer. ¿ Por qué no venía Sibila ? ¿ estaba molesta por que él no había asistido á la velada la noche anterior ?, y si así sucedía ¿ cómo podría excusarse ?

El coronel no parecía ni estaba muy tranquilo ; la comisión que tenía que desempeñar no le agradaba y no era sino el resultado de una larga conferencia que con su hermana y su hija había tenido la noche anterior. Él era un hombre pacífico y le disgustaba molestar á nadie. Su embarazo le hacía parecer brusco y comenzó diciendo :

—Señor Campión, vengo á visitar á Vd. con objeto de hacerle saber que cualquier compromiso que Vd. pudiera soñar con mi hija, es de todo punto imposible, como Vd. mismo puede comprender.

El joven artista contestó que bajo ningún concepto pediría á Sibila que se comprometiera á casarse con él, y mucho menos, para hacerla partícipe de las difíciles circunstancias por que atravesaba ; pero que sin embargo, esperaba llegase un momento oportuno en el que podría pedirla que renovase su compromiso.

—Todo eso está muy bien ; dijo el coronel ; pero espero que Vd. me haga el favor de no tener la menor esperanza en llevar á cabo una unión tan desigual. Excepto en lo que sucedió ayer, lo cual estoy obligado á confesar fué una obra verdaderamente noble ; en lo demás parece que Vd. no se conduce muy bien para poder aspirar á una señorita como mi Sibila. Supongo que Vd. no lo negará.

—Niego que conscientemente haya hecho nada que me haga inmerecedor de ella. Si Vd. quiere decirme en que he obrado mal, yo creo encontrarme en el caso de probarle que me han hecho injusticia.

El coronel después de todas las maquinaciones que en contra de su protegido había fraguado la Señora Staniland, no sacó en consecuencia más, sino que Campión se había aprovechado de las circunstancias para obligarla á pagar por un retrato de Sibila, que no valía nada, y cuyo retrato él no había visto todavía.

—Nosotros no hablaremos del retrato ; dijo el coronel con orgullo ; no hay necesidad. Yo creo que Vd. probablemente podría encontrar excusas para todo ; pero mi hermana me ha dicho que Vd. tomó á Sibila por sorpresa ayer por la tarde, y la muchachita le dijo á Vd. lo que no sentía, y como caballero Vd. no debe hacer valer ninguna promesa que obtuviera de ella en tales circunstancias.

—¿ Es su hija ó es Vd. el que me hace esa petición ?

—Yo estoy aquí para hacerla por ella ; hay cosas que una joven las hace mucho mejor por medio de su padre.

—Si ella quiere escribir y decirme lo mismo que Vd. me manifiesta, yo no la volveré á molestar ; y aún de la manera que están las cosas, no puedo hacer sino esperar y todo lo dejo hasta que ella me ordene hacer otra cosa.

—¿ Acaso no cree Vd. mis palabras ? dijo el coronel incómodo ; si Sibila hubiera venido conmigo, sin duda alguna se lo hubiera expresado con mis mismas palabras.

—La Señora Staniland y la Señorita Elsworth ; dijo Bales abriendo la puerta ; y Sibila con aire tímido bajó las escaleras del estudio y se colocó entre los dos hombres.

—Déjela hablar á ella, dijo Campión estremeciéndose.

—¡ Ah ! ; dijo el coronel ; esto no debería ser así ; tú sabes que no está bien hecho. ¡ Aquí no tienes que hacer !

—Esa no es mi culpa, exclamó á su vez la Señora Staniland que acababa de hacer su aparición : Horacio, ella se figuró que tú habías venido acá y no fué posible disuadirla de venir también, y por supuesto yo tuve que acompañarla.

—Está bien ; exclamó inocentemente el coronel ; y ya que ha venido que le diga claramente al Señor Campión, que ayer habló más de lo que sentía. Amada mía no te asustes ; él me acaba de prometer que respetará tus palabras.

—¡ Horacio ! ¿ Estás loco ? ; exclamó la Señora Stani-

land; con de disgusto é incomodidad: Es á tí á quien corresponde terminar el asunto, y eso de momento. ¿Qué idea te ha dado dejar esto á ella?

Sibila confusa y con las cejas contraidas miraba á su padre y á Campión, y exclamó:

—No comprendo esto: Reinaldo ¿por qué me miras así? ¿Qué debo decirle papá?

El coronel hablando aparte á su hermana le decía:—¿No me decías que sus sentimientos eran esos?

—Te dije, que así pensaria con el tiempo; dijo la Señora Staniland y volviéndose á Sibila continuó: Tú no tienes que decirle nada, eso nos toca á tu padre y á mí.

Sibila se había ido al lado de su amante y le preguntaba con dulzura:

—Por lo visto, nada te sucedió. Dime, ¿por qué no viniste anoche? yo estaba segura de verte.

—Me lo impidieron involuntariamente: contestó creyendo que no debía decir la verdad y vendiéndose con su palabra y su tono.

—No creía que tú pudieras ser detenido por nada, dijo ella con tristeza.

En el mismo momento su mirada cayó sobre el ídolo que yacía en una silla junto á la ventana, y á su pie el cuchillete que casi había cavado la sepultura, y que en unión de otras cosas confiscadas, el inspector de policía había devuelto á Campión.

—¡Oh! gritó Sibila como si despertara de un sueño; ¿es que ha vuelto de nuevo? ¿fué él el que te detuvo anoche?

—Sí; siempre la misma historia con la sola novedad de que va de mal en peor.

—Sibila, exclamó la Señora Staniland; tu padre quiere que tú y yo nos marchemos enseguida para casa. ¿Cómo

es posible que la más pequeña idea de amor propio te permita hablar con Campión? Después de la manera tan ingrata con que él se ha portado conmigo, y aunque tú no pienses en eso, recuerda el insulto que tuvo á bien hacerte y con el cual me pagó á mí también. ¡ Eso es lo que no puedo explicarme!

—Papá; dijo Sibila en tono suplicante, no me mandes á casa todavía. Tú no sabes que tía Hilaria y tú estais engañados apropósito de Reinaldo. Él no ha hecho nada, ó por mejor decir, todo lo que ha hecho ha sido por causa de ese ídolo que esta allí.

¿Todo por el ídolo? repitió el coronel disgustado. ¿Por ventura sabes tú hija mía lo que estás diciendo?

—Sí; sí, repitió ella; mira esa horrible imagen que está sobre la silla; yo misma se la dí; eso es lo peor de todo. ¡ Oh! yo sé que me estoy explicando de muy mala manera y no puedo comprenderme yo misma.

—Entonces yo voy á tratar de explicarlo, dijo la Señora Staniland con aspereza. Desgraciadamente, tengo buenas razones para conocer ese ídolo y cuanto menos el Señor Campión hable será mejor; cualquier otra persona se hubiera deshecho de él hace ya mucho tiempo.

—Yo no sé como cualquier otro se hubiera arreglado; dijo Campión; ninguno hubiera podido tratar tanto como yo para verse libre de él; pero esa cosa infernal no quiere dejarme.

—¿Qué no quiere dejarle?; dijo el coronel; esa es una buena manera de hablar.

—Yo he tratado de venderlo; pero nadie lo quiere comprar, y ni aún siquiera me dan las gracias por él. Lo empeñé y un amigo cariñoso lo redimió. Lo dejé como perdido y sin saber como vuelve para la casa. Lo arrojé al canal y no quiso estar allá. Traté de enterrarlo y . . . no quiso estar bajo la tierra.

—No parece ser una mala clase de ídolo; dijo el coronel en tono de crítico, tomando aquellas ocurrencias como cuentos convencionalmente exagerados. Eso no es sino una imagen común entre los budhistas; se ven en grandes cantidades en Burmá. ¿Por qué está Vd. tan ansioso de deshacerse de ella?

—No lo sé; contestó el artista; desde que llegó á esta casa todo está trastornado. Comenzó por matar el falderillo de la Señora Staniland, por que le ladraba, como puede decírselo ella misma.

En este instante la Señora Staniland dijo que podría contarlo de otra manera, y Campión prosiguió:

—En un momento desgraciado lo pinté en el retrato que le estaba haciendo á su hija de Vd. y cuando lo volví á ver, había cambiado de una manera abominable todas las peculiaridades de su tipo con las de ella. No puedo creer que los cuadros que llevé á la Academia hubieran salido así á no ser que yo estuviera encantado. Pinté su cara, como por prueba y me quedé acromatópsico hasta que lo limpié. Á no dudar tiene que tener alguna cosa extraña en él.

—En Vd., debiera de decir; dijo la Señora Staniland; si es que en realidad cree lo que nos cuenta. La cosa está entre dos puntos: ó Vd. está fuera de sí, ó de lo contrario saque la consecuencia.

—En ese caso yo también estoy fuera de mí; dijo Sibila; puesto que yo creo todo eso. Y; ¡ah! aquí llega Nebelsen, que también se les dirá.

El coronel estaba diciendo algo sobre insensatez cuando Nebelsen con entusiasmo místico y aire de determinación entró en el estudio diciendo:

—En ese pequeño ídolo anidan muchas maldades; dijo contestando á Sibila; yo así lo creo. En este momento vengo aquí á explicar á Mr. Campión, como y porqué de

acuerdo con mis últimas soluciones en esta teoría, eso es probable y aún científicamente posible.

—Papá, ¿quieres escucharle? dijo Sibila y continuó; Mr. Nebelsen, mi papá; á lo que el coronel contestó con un saludo.

—Si el Señor Nebelsen trata de persuadirnos con su idolatría; dijo la Señora Staniland; él hace lo que debe hacer; pero nosotros no; por lo tanto pido que me dispensen por retirarme.

—Nosotros debemos escuchar lo que el Señor Nebelsen tenga á bien decirnos; dijo el coronel con resignación, y el *Chela* no estaba arrepentido en lo más mínimo de detallar sus últimos decubrimientos delante de un gran auditorio.

Campión, era verdaderamente ingrato, pues hubiera deseado que el *Chela* llegase en otro momento. Estaba poseído de un temor instintivo de que el excelente teosofista aclararía la cuestión haciéndola más ridícula, y que sus nuevas soluciones serían prácticamente como las anteriores. Sin embargo, hubiera sido inútil intervenir en el asunto. El *Chela*, estaba evidentemente en un estado de gozo solemne y preparado á comenzar su discurso.

"Lo primero que debo decirles; comenzó; es que ese ídolo con toda probabilidad, no es ni mucho menos un emblema Budhista. Mi buen amigo el Hermano Chowkydaree Loll, cree que es un ídolo Jaíno, y como Vd. saben los Jaínos son una secta muy próspera en la India. Vds. no ven lo que eso puede tener relación con esto de aquí, yo voy á decírseles. Sus imágenes han sido hechas para conmemorar alguno que durante su vida era tenido por santo, ó sea un *Tirzankara*. Ahora tienen una tradición que dice, que durante los últimos cien años, cierto individuo entró en el calendario sagrado sin merecerlo, y que después se ha llegado á saber que era un impostor, y lo que el Hermano

Loll y yo creemos, es que ese mismo ídolo es el que en otro tiempo le representaba."

"Yo sé lo que Vds. están pensando; si el individuo era un impostor ¿cómo puede hacer que su ídolo sea temido? Vds. se equivocan; porque cuanto más impostor fuera, su ídolo puede obrar con más fuerza, no porque el ídolo pueda hacer nada por él mismo, lo que sería increible; pero si, porque un impostor, en especial si murió repentinamente, es mucho más fácil que se manifieste; y yo voy á decirles la razón:"

"Todos estos santos en su vida terrenal fueron *yogís* ascéticos; instruidos en los secretos de la naturaleza y ocupados en el desenvolvimiento de sus facultades llegaron á espiritualizarse. Por esta razón, si el *yogí* de que hablo estaba representado por este ídolo, como se supone, cuando su cuerpo murió estaba entre los principios sesto y séptimo, y había terminado en la tierra no pudiendo volver á encarnarse sobre ella; ahora vaga de un lado para otro, en todas partes, gozando en éxtasis de la falsa existencia de *Nirvana.* ¿Qué tiene él que ver con un ídolo? Nada, absolutamente nada."

"Ahora veamos; si como creen no era santo, ó no estaba tan espiritualizado como pretendía siendo una falsedad, ¿qué sucedería? Habiendo actuado toda su vida como un ser que ha conquistado todos los deseos y pasiones carnales, estando en sí mismo convencido de lo contrario, ¿por qué ha de seguir cubierto con la máscara que por ambición y orgullo, ó por amor de verse reverenciado y adorado por las gentes del pueblo, había llevado hasta entonces? Al mismo tiempo tenía conocimiento de todo lo oculto como cualquiera otro *yogí,* solamente que hacía uso de ellos de una manera baja y repugnante."

"Muy bien; el cuerpo de este impostor muere y se sepa-

ra de él sin que llegara á merecer *Nirvana;* probablemente teniendo su *yo* espiritual, que ya no existe: en su caida toda su individualidad queda condenada á vivir dentro del quinto principio."

Al llegar á este punto bien fuera para causar efecto ó para tomar aliento, Nebelsen hizo una pequeña pausa, y el coronel perdido en aquel mar de disparates y creyendo que debía decir algo exclamó á la vez que lanzaba un bostezo:

—Así es.

"Sí; continuó Nebelsen; él no es más sino la sombra de una entidad; la esencia de un fantasma invisible, confundido entre sus pasiones y deseos, los que teniendo más vitalidad que su cuerpo para morir con él, continúan en la tierra sin querer marcharse de ella."

"Este objeto que veis ahí, tiene hasta cierto punto conciencia de sí mismo; posee todas sus facultades y poderes que poco á poco está perdiendo; sus facultades intelectuales existen, y sus pensamientos é ideas le quedan convertidas en poder y fuerza, hasta tanto que por su propia violencia queden extinguidas."

"¿No ven Vds. claro todavía? pues voy al punto: ¿Cuáles pueden ser las ideas de un impostor cuyo trabajo en vida no fué sino con el fin de ser respetado y temido? Á no dudar los restos vivientes de su individualidad están ocupados en sostener su reputación, la cual, se halla personificada en ese ídolo. Con lo poco que le queda de sus conocimientos ocultos, le es muy fácil hacer pequeños milagros, hacerse respetar, y castigar á los incrédulos. No tengo la menor duda de que en otro tiempo su ídolo era muy respetado; después, bien sea que fuese descubierto ó bien que su devoción decayese, el caso es que llegó su fin. Si es que este ídolo es el mismo, después de permanecer debajo de tierra muchos años, fué al fin desenterrado. Y ¿dónde estaba el

espíritu de este *Tirzankara* mientras él estuvo enterrado? El espíritu estaba paralizado, durmiendo, y como la anguila eléctrica, almacenando fluído hasta que su ídolo sacado de allí tuvo que volver á ocuparse de él."

"Después lo traen á Inglaterra, y no puede comprender; todo le es diferente y desconocido, y molesto porque nadie hace caso á su ídolo, castiga siempre que puede, pero no llega á tener creyentes."

"Por eso al principio de estar aquí estaba tranquilo, pero ahora, esta personalidad tan engreida con la devoción y respeto que le tenían, poco á poco recuerda, observa y calcula, á pesar de que nadie puede decir que es lo que quiere al llevar á cabo sus maldades. Puede ser que él mismo no lo pudiera explicar, por ser simplemente una mala humorada suya. Para mí, lo que quiere es separar á Mr. Campión de la Señorita Sibila, de todos sus amigos y obligarle á que se ocupe de él. Por esto, de tiempo en tiempo su voluntad, que es la única cosa que posee, se reconcentra en el infortunado Campión y probablemente es la causa de que pinte de una manera tan ridícula; porque según Vds. comprenden, cuando la corriente de la voluntad del ídolo se reconcentra sobre este señor, no puede pintar aquello que tiene en su imaginación, sino aquello que puede ocupar la energía física del difunto *Tirzankara*. Por supuesto que todas esas cosas no son ni más ni menos que representaciones de lo que era en otro tiempo ó bien del ídolo que ahora le representa."

—Ya veo; dijo Campión; interesado á pesar suyo. Esa es la explicación que Vd. da de que yo pusiera el ídolo en el retrato, la pintura del *fakir* y aun probablemente la causa de que diera aquel bárbaro colorido á los cuadros que llevé á la Academia.

—Puede ser que fuera vanidad, malicia, ó celos; eso no lo puedo asegurar; dijo el *Chela;* pero se va descubriendo

su propósito cada vez más ; con todos esos golpes, está procurando con el mayor empeño el hacerse aborrecible.

—Y en parte lo ha logrado ; replicó Campión ; yo lo detesto.

"¿ Por qué ? Ni yo mismo pude saber nada hasta hace poco. Finalmente el ídolo ha llegado á comprender que no le quieren en esta tierra, y desea volver á su hogar ; por eso mi querido *Majatma* decía muy bien cuando en su comunicación escribía 'Devuelvan ese ídolo á su país (land), no á la mano (hand) de que vino.'"

"En ese caso, para conseguir su objeto, el falso *Tirzankara* ejerce con su espíritu la mayor presión posible para que este señor respondiendo á sus deseos se lo lleve de aquí ; pero eso no es justamente lo que desea, porque cada vez que se lo llevan vuelve y siempre más molesto."

—Y, ¿ á dónde quiere ir ? ; preguntó Campión ; porque por mi parte no tengo interés en detenerle.

—Á la India ; pero como sobre toda la India hay Jaínos, Mr. Loll no sabe á que parte se refiere la leyenda.

Nebelsen después de haber dado fin á su discurso miró en derredor suyo con aire de inocente satisfacción, y su auditorio como es de suponer la interpretaron de diferentes modos. El coronel que al parecer no estaba familiarizado con las doctrinas Teosóficas, parecía ahogarse por falta de aire, cuando en un principio bostezaba de fastidio. La Señora Staniland estaba furiosa y decía que un místico debe ocuparse de los asuntos que le conciernen, en vez de tratar de engañar con ideas fantásticas para excusar la traición é engratitud de un joven, y que por su parte, no podía ponerse de acuerdo. Sibila estaba mistificada y más preocupada que nunca ; y Campión á pesar de haberse impresionado secretamente con aquella teoría, no veía que las cosas hubieran mejorado.

—Y bien Horacio ; dijo la Señora Staniland ; rompiendo el silencio ; ¿ tienes algo que decir ?

El coronel pellizcándose la barba contestó :

—Bajo mi palabra ; no sé qué decir ; á la verdad es una historia extraordinaria.

—Pero ¿ crees en un ídolo irritado ?: por lo menos debes tener conciencia de tí mismo para contestar.

—Por supuesto mujer ; dijo el coronel ; esas son locuras. Sin embargo te diré que si me encontrase en el caso del Sr. Campión, no quisiera tenerle á mi lado. Eso es lo que pienso.

—Y, ¿ por qué ?

—La magia de la India es muy curiosa. Yo he visto algo de eso en mi tiempo. ¡ Por la gracia de Dios ¡ ; á veces le hace á uno dudar de sus propios sentidos, y si se mira bien la cosa, es bastante peligroso poner esos diablos de ídolos de los dioses nativos, como adorno de las habitaciones. Á nosotros no nos gustaría si á un discípulo de Zoroastro se le ocurriese poner en su casa alguno de nuestros atriles de iglesia ; dijo el coronel como si buscara una manera de ilustrar su argumento ; y que hiciera de él una percha. Nosotros diríamos que había tenido muy mal gusto.

—Sobre el parecer del Señor Campión en el asunto no hay nada que discutir ; pero yo veo que tu crees también en ello. Á Dios gracias, ahí viene una persona racional ; ¿ Leonel, cómo supo Vd. que estábamos aquí ?

—Me lo han dicho en Sussex Place ; replicó ; y venía á dar una explicación de mi ausencia la noche pasada ; y mirando á Campión de un modo significativo continuó : Yo no esperaba encontrarle á Vd. aquí.

—¿ Cómo ? ¿ no encontrarle en su propio estudio ? exclamó Sibila, haciendo ver un pequeño resentimiento en el tono ; Leonel, él no es como Vd.

El desgraciado Campión permaneció mudo. Pero de repente recordó, cuando y como le había encontrado la noche anterior, y el juicio que Babcock habría formado al oir la contestación evasiva de Yarker, y además comprendió que la intención de su rival no era muy buena.

—Y, ¡ Nebelsen también ! ¡ qué felicidad, dos placeres inesperados ! Reflexionó, y le pareció mejor no hacer ninguna alusión á la suerte electro-biológica llevada á cabo por el *Chela ;* pero dirigiéndose á Campión continuó ; Dígame ¿ Es que el magistrado se contentó con una multa ?

—¿ Qué magistrado ? : preguntó la Señora Staniland creyendo que le había llegado una buena ocasión.

—¿ No se les ha dicho á Vds.? preguntó el amable Babcock, que al ver la expresión de Sibila comprendió que era necesario tomar medidas extraordinarias. Á pesar de todo si Vd. hubiera . . . no supongo que podría estar Vd. aquí en este momento. Pero ésta es una buena historia y no debo echarla á perder.

—Y por mi parte ; dijo Campión ; no creo que ésta sea la ocasión á propósito para contarla.

—Perdone Vd.; interpuso agriamente la Señora Staniland ; este es el momento más oportuno para ello.

—No es justo obligarle ; dijo Babcock ; porque á juzgar por lo que yo ví, no es extraño que él no pueda recordarlo, y por otra parte cada uno tiene su manera de pensar para pasar la velada combinando beneficio y placer.

—¡ Reinaldo estuvo conmigo ayer por la tarde y no temo saber lo que hizo después !, dijo Sibila con orgullo.

—Esa es tu manera de pensar, querida mía ; exclamó Babcock con dulzura ; mira, para saber cosas que te han de disgustar es mejor que todo lo ignores ; así, sigue mi consejo y no preguntes.

—Reinaldo ; dijo Sibila con ternura ; dime, ¿ qué te pasó ?

La necesidad de contar la historia en aquel momento llenó de confusión al joven artista. ¿Cómo probaría su inocencia? ¿quién le apoyaría en contra de Babcock?; y exhalando un suspiro de desesperación dijo:

—Todo está en contra mía; no te lo puedo decir Sibila.

En aquel momento la puerta se abrió y la cara de nogal de Bales apareció mirando á Campión, y dijo:

—Señor, acaba de llegar un individuo, que desea verle en este mismo momento. Se anuncia diciendo que viene de la estación de policía.

¿Le traía nuevas desgracias aquel ídolo infernal? Él había dado por concluido el asunto de la policía y su corazón parecía haber dejado de latir al ver aquella nueva y desconocida calamidad, y por un momento permaneció como sin vida.

—¿Qué estación de policía es esa? preguntó la Señora Staniland con voz imperiosa.

—No lo sé; contestó Babcock; pero según parece debe ser el hotel donde el Señor Campión estuvo alojado la noche anterior.

—Esto es degradante; replicó la Señora Staniland indignada.

Sibila se había puesto al lado de su amante y exclamó:

—¡Papá! ¡Tía Hilaria! Él no ha hecho nada deshonroso: ¡ha sido el ídolo! ¿No es eso?

—Tú sabes que nunca puedo engañarte, bien mío; él fué.

—¿Qué se trae Vd. hombre? dijo el coronel un tanto violento: Vd. sabe que no es posible que Vd. tome esa imagen ridícula como culpa de todos sus hechos.

—¿Por qué no? observó Babcock con calma; todos sabemos que la devoción para con los ídolos siempre llega al exceso, y especialmente del género de la que gozaba esta

mañana temprano cuando yo tuve el gran placer de verlo escoltado por un policía.

—¡ Eso es falso ! exclamó Campión con fiereza. Yo fuí arrestado la noche anterior y la pasé en la estación de policía, pero no por lo que Vd. dice. Si yo se les digo Vds. no van á creerme.

—Yo quiero que lo digas y te creo. Yo sé que no hiciste nada malo.

—¡ Dios te bendiga, amada mía ! dijo el desdichado artista ; yo les estaba hablando á los demás y sé que ante ellos no hago más que perder mi tiempo en defenderme.

—Yo creo ; observó la Señora Staniland ; que no tenemos nada que hacer aquí.

—Un minuto más ; dijo Babcock ; me acaban de informar que soy un embustero, y quiero ver ese punto explicado. No me extrañaría, que el policía que está esperando tanto tiempo fuera, deje de poder informarnos sobre el particular. ¿ Esperamos ?

—Señor Campión, ¿ acepta Vd. ? dijo el coronel, con dureza.

Campión, después de haber oido al inspector sabía muy bien que la policía en su propio interés no estaban dispuestos á declararse engañados, pero no pudiendo sostener la situación decidió que las cosas siguieran su propia marcha.

—De acuerdo ; dijo con apatía ; Bales dile á ese hombre que venga aquí.

CAPÍTULO XVI

PUESTO EN JAQUE

Las duras facciones de Bales descubrían en él una gran curiosidad, y fué á decir al policía que podía pasar.

—Yarker ¿cómo es eso? exclamó la Señora Staniland como herida por una nueva ofensa.

Yarker esperaba en el alto de la escalera, su aire imperioso é insolente había desaparecido, y con el casco en la mano, tenía una expresión por la que el artista tuvo la esperanza de que su visita no era de un carácter profesional.

—Sí, *siñora;* dijo el policía con un gracioso saludo que no pegaba muy bien con su uniforme; estoy muy contento *dencontrar* á todos *ostedes güenos* y á la *Siñorita* Sibila. Venía á ver al *Siñor* Campión, pero no creía tener el gusto *dencontrar* á *ostedes* aquí.

—Puede Vd. decir lo que necesite; dijo Campión.

—*Siñor* yo no se como voy á *ecirlo*, vengo á traer á *ostez* una *satisfación* como sereno nuevo tengo *quiacerlo* por lo que pasó anoche.

Yarker parecía dudar si haría su confesión delante de tanta gente ó aprovecharse de ello para tener padrinos.

—*Siñor ; empués quostez* salió el *enspetor* me *llamao* y dicho lo que resultó con *ostez.* "No. 247, yo no deseo que *ostez sía sospendido* por que *hastaquí ostez* es un buen hombre, y si lo puedo evitar *ostez*, no quiero yo que pierda el

puesto. *Poreso* si *ostez pué* hacer *quese* caballero no venga con ruidos ni belenes por su *conduta*, entonces *too* está bien, *mia dicho* el *Siñor Enspetor*." Este *mañanica* fuí al *Trebunal* á prestar una *eclaracion puel* caso más feo *quévisto*, y *empués* vengo acá á *soplicar* á *ostez* que mire por mí que no *luaga* subir á los *pedródicos* por *denguna* forma, por *queso marruinaria;* yo *nuice* eso por mala *volontaz* contra *ostez*, por *queso* yo no lo llevo encima con *mioniforme* y *tuavía ostez* sabe que *nues* muy *güeno* ver en la *oscuridáz*.

Campión comenzó de nuevo á respirar y creyó que el inspector era un buen angel difrazado, y dijo con la severidad de un juez :

—Yo prometo no acordarme más del caso ; pero con una condición.

—¿ *Qués* lo que tengo *quiacer ?* , dijo Yarker.

—Diga Vd. aquí en presencia de la Señora Staniland y del Coronel Elsworth todo lo que sucedió la noche anterior. Esto como si Vd. estuviera en el banco de los testigos, y le prometo que no lo perderá.

—¿ Cómo *siestuviera* en el banco ? dijo Yarker haciendo una gran aspiración como para tomar aliento, y continuó. Así *luaré*. Y comenzó con el tono favorito á los muchachos de escuela y que es la manera con que los miembros del cuerpo de policía prestan sus declaraciones.

" En la noche de ayer, el día—de Junio, entre las horas de doce y una, y en mi ronda pasé á este prisio . . . (quiero decir la casa del *Siñor* Campión), y lo ví al parecer ocupado en cavar un hoyo en el jardín de su casa, y me dijo, "estoy arreglando las canales de desagüe," lo que comprendiendo que no podía ser dije " Oh." Entonces lo ví que estaba enterrando una cosa (*questoy* seguro que no *puó* decir como pude *entivocarme*) y creí que era un chiquillo que quería ser enterrado fuera de con la ley. (Pero yo crec

quostedes no toman nota *desta* declaración.) Y *puel* camino nos *tropiezamos* con el *Siñor* Babcock y comprendiendo el *Siñor* Campión no tenía *volontaz diablar* y como el *Siñor* Babcock *nués* un zángano, le quise hacer *crer quel Siñor* Campión estaba "contento" (por lo *quespero quiostedes siñoras* no *siofendan*) y que nosotros llamamos en la fuerza un hombre *ebrío*; y por supuesto yo *piensaba quel Siñor* Babcock era un *verdaero* caballero y que no *siacordaria deso*.

—Vea Vd. como Yarker le conoce, Leonel; dijo Sibila á la vez que este miraba con aire de disgusto.

"Cuando llegamos á *lestación* el *Siñor Espetor* y el *Dotor*, declararon que *nuera* un *enfante*, y por que *loigeron* yo no sé; pero seguro estaban *quera diramita* ó cosa *quiace* ruido. Encerramos el *burto* en el cuarto del *Siñor Espetor* en una *jerrada diagua* boca abajo, y el *Siñor* Campión quedó *encerrao hastaveriguar* el caso. Por la mañana *inos* visto *quel burto* era un simple *idolo* de *lindia*, como los *quiostedes puen* ver *pentados* en los paquetes de te. Entonces el *Siñor Espetor* le dió *libertaz* al *Siñor* Campión; y ya no tengo más *quiablar deso* á *ostedes*.

Cuando Yarker se había retirado con la cabeza más ligera y los bolsillos más pesados que á su venida, hubo un corto silencio. Babcock que creyó que su antiguo amigo llevaba mala vida y que merecía ser descubierto, pasaba en silencio su vergonzoso chasco. La Señora Staniland estaba en el mismo caso. El pobre coronel parecía anonadado. En todo caso un oficial del ejército inglés, cuando ya está en la edad madura, por más que nunca haya pensado en ciertas cosas, no puede tragar una gran dosis de cosas sobrenaturales sin que se le atraviesen en la garganta. Nebelsen que esperaba una coyuntura favorable para continuar, se aprovechó de la pausa y dijo con aire de triunfo:

—Ya ven Vds. como mis sospechas se confirman. Este muerto *Tirzankara*, ve que su ídolo va á ser enterrado de nuevo, y como un adepto que es, puede producir alucinaciones, y en ese caso ¿ cómo no va á procurar salvar su imagen ?

—Por supuesto, si Vd. lo interpreta de ese modo ; comenzó el coronel ; si él principió por convertirse en muchacho ¿ por qué no continuó ?

—Por que le sería muy difícil, ó porque no fuera su idea ; pero nosotros no nos debemos fijar sino en hechos claros.

—Está bien ; dijo el coronel ; mire á ese ídolo ¿ hace alguna cosa ? ¿ Vd. no vendrá á contarme que nos está alucinando ?

—No lo creo así ; porque á juzgar por el gasto de fuerza que ha debido sufrir, ahora necesita un período de reposo ; y por otro lado ya consiguió que el Señor Campión no pretenda volver á enterrarle.

—Ciertamente ; dijo Campión ; bien puede estar seguro de ello.

—Ahora, él quiere salvar su ídolo, y desea volver sin demora al lugar donde floreció su gloria.

—Y si no lo sabemos, ni podemos averiguarlo ¿ cómo es posible hacerlo ? dijo Campión y continuó ; me parece que tendré que quedarme como los autores de nuestros calendarios, " anunciando y esperando tempestades."

—Eso es ; dijo Nebelsen en tono solemne ; pero hay otro medio que aunque difícil y peligroso voy á probarlo.

—¿ Qué es lo que Vd. va hacer ? preguntó el coronel.

—Yo voy á concentrar toda mi voluntad y obligar al espíritu de este falso *Tirzankara*, á que se materialize. Entonces le podré preguntar y ser contestado, y voy á ver si le puedo convencer, que si él nos ayuda nosotros le pro-

curaremos la manera de que vuelva á su tierra. Esto es lo único que hay que hacer.

Había tanta simplicidad y franqueza en las palabras del *Chela*, que el mismo Babcock comenzó á impresionarse y la Señora Staniland estaba aterrorizada, y apenas tuvo fuerza para decir:

—Señor Nebelsen permita que yo me retire antes de ver levantarse al espíritu malvado.

—No puede estar nadie presente, más que yo solo: y al mismo tiempo con un trozo de carbón comenzó á pintar sobre el suelo un enorme figura.

—¿Puedo preguntar á Vd. lo que es eso? preguntó el coronel mirando al dibujo con curiosidad.

—El "Tetrágono Sagrado" de todos los místicos; contestó el *Chela* sin dejar de dibujar. Vean Vds. á cada ángulo yo pongo una letra del nombre místico de los cuatro Budás que vinieron y marcharon después.

—Muy bien, muy bien; dijo el coronel; y ¿para qué hace Vd. eso?

—Para ponerme en el centro, porque si el espíritu viene estará rabioso, y quisiera poder tener cuatro lámparas de nafta para que ardieran sobre esos puntos; eso sería más prudente; pero ya no hay tiempo, y levantándose de su encorvada posición prosiguió.

—Ahora ya estoy preparado, y si Vds. quieren saber el resultado, el Señor Campión podrá indicarles donde pueden estar esperando hasta que yo termine.

—Ahí está mi antesala; y volviéndose á Nebelsen le dijo en voz baja; ¿Está Vd. seguro de sacar algo de esto? ¡Por Dios! tenga cuidado de no salir con una tontería.

Nebelsen se volvió hacia él con un aire solemne y ofendido dijo:

—Ó llego á un fin con él, ó saldré hecho pedazos.

Campión como encantado por la confianza y simplicidad del *Chela* replicó :

—En ese caso yo no permito que Vd. se quede solo ; yo me quedo con Vd.

—No, no ; contestó Nebelsen : ¡ Eso sería peor para ambos ! ; márchese con ellos, yo le llamaré cuando sea tiempo. Una palabra antes que Vd. se retire ; Vd. tiene que darme pleno poder para hacer lo que sea necesario, de otro modo no puedo hacer nada.

—Amigo mío, si Vd. cree que me puede sacar de este terrible asunto, haga Vd. lo que guste ; pero temo que Vd. vaya á salir chasqueado.

—Yo le ruego que no me hable una palabra más, eso me desanima : yo necesito reconcentrar toda mi fe, y Vd. me lo impide ; Contestó el *Chela* con aire patético. Ahora márchese, y si yo no voy pronto á buscarle ; continuó limpiándose los ojos ; es porque voy á ser hecho pedazos.

—Vd. no debe exponerse á ese peligro por mí ; exclamó Campión ; la cosa no merece la pena ; yo quiero mejor sufrir que no verlo á Vd. comprometido. Nebelsen, desista de su empeño, yo lo quiero así.

—Vd. se olvida que hay uno cuya felicidad depende de mí, y yo no creo que pueda hacerme daño estando en medio de mi tetrágono, aun siendo tan perverso que se atreviera á hacerlo. Además ya es tarde para dejar esto : ¡ Llévese á todos de aquí !

Sacó de su bolsillo una pequeña varilla mágica de acero, y con aire imperioso apuntó á la puerta.

—¿ Dónde está esa habitación ? ; preguntó el coronel ; todo esto es tan extraordinario que tengo curiosidad de ver el fin.

No quedaba nada más que hacer sino permitir que el *Chela* hiciera su gusto ; Campión los llevó á la antesala

donde todos estaban conformes en esperar. La Señora Staniland no quería dejar solo al coronel por temor que este hiciera una tontería ; y Babcock tenía que permanecer para mirar por su propio interés.

Campión veía que estaba en más ridículo que nunca, y no tenía ni remota esperanza de que Nebelsen saldría bien con su cometido, pues de haberlo creido no le hubiera abandonado tan fácilmente, y sabía que estaba sostenido por un hilo. Sibila, aunque nunca había dudado en la sinceridad del *Chela*, sin embargo recordaba con disgusto el fiasco en los salones de su tía, en el momento en que Nebelsen estaba más sereno y confiado en sí mismo.

Aquella reunión era todo menos feliz, y cualquiera hubiera podido tomarles por una partida de pacientes que esperaban su turno en casa del dentista, y la pesantez que causaba en la atmósfera la tempestad que se había formado, aumentaba su desconcierto. El azulado y hermoso cielo de la mañana, había cambiado en un color cobrizo verduzco, las casas estaban bañadas por su pálida luz, y las chimeneas dejaban escapar columnas de humo que ascendían hasta perderse de vista ; los árboles yacían como agoviados por el peso del aire caliente, los gorriones lanzaban en ellos sus alarmante notas, y el vecindario como impresionado por aquella escena estaba más silencioso que nunca.

—¿ Cuánto rato tenemos que esperar ? ; preguntó la Señora Staniland no pudiendo permanecer callada por más tiempo.

—Si esperamos hasta que Nebelsen haya podido hacer aparecer un *ta-zankee*, ó como él le llame, y que le haga salir de lo más profundo de sus conocimientos, creo que será el cuento de nunca acabar ; contestó Babcock.

—Nadie le ha obligado á Vd. á quedarse ; contestó Campión ; pero su rival que tenía interés en permanecer se mantuvo en paz.

—¡ Yo quisiera saber, si había hecho bien en quedarme !

—Hasta que se haya disipado la tempestad estaremos tan bien aquí como en cualquier otro sitio ; contestó el coronel.

—¡ Por la gracia de Santa Bárbara ! ¿ No oyen Vd. un murmullo ? exclamó su hermana : ¡ Esto es terrible ! Entretanto oscurecía más y más y la naturaleza parecía haber detenido su respiración para aprestar mejor sus oidos á los trabajos místicos del *Chela.* Desde la antesala se oía un ruido extraño como de voces incomprensibles que parecían venir del estudio, se oyeron pasos de la parte de afuera y Nebelsen entró cerrando la puerta tras él, con el aire misterioso del domador cuando sale de la jaula del león. La oscuridad no permitía verle la cara pero podía oirse su respiración fuerte y agitada.

—¿ Qué hay ? preguntaron todos.

—Ha sido un trabajo horrible ; pero al fin le he obligado á venir. Me ha hecho correr y dar mil vueltas dentro de mi "tetrágono," pues no quería verse materializado. Le he probado con Sanscrito, Palí y Tamil, y parece que no comprende. Lo que él desea es que lo lleven para su tierra y yo le he prometido que así lo haremos.

—¿ Á dónde quiere ir ? preguntó Campión ; porque voy á embarcarlo en el primer vapor correo.

—No me lo quiere decir hasta que Vd. venga allí con migo ; dijo Nebelsen ; y Vd. no puede empaquetarlo, tienen que marchar los dos juntos.

—¿ Yo ?, dijo Campión ; ¡ Qué locura !

—Sí, señor, Vd. tiene que ir. Tiene que ir acompañado de alguien en quien él tenga confianza que le va á levantar un pequeño templo y restaurarle su iglesia como estuvo en otro tiempo.

—Querido amigo; dijo Campión; cree Vd. que yo puedo ir á la India á convertirme en alto sacerdote para esta imagen infernal. Déle fin á todo eso Nebelsen, yo no vuelvo á comprometerme más.

—Es muy tarde para quejas; exclamó el *Chela* en tono tétrico: Yo lo he arreglado así porque Vd. me dió carta blanca.

Lo irrazonable y absurdo de aquel arreglo tenía á Campión furioso y casi fuera de sí exclamó:

—¿Eso es lo que Vd. llama hacer un arreglo? lo que á mí me parece es que Vd. apretó más mi dogal; yo no transijo. ¿Cómo podría yo aceptar ir á la India, construir un santuario y poner este farsante según estaba? ¡Estas son locuras! Además quiero hacer comprender al *Tirzankara* que no voy á dejarme llevar más allá por esta estupidez. El ídolo tendrá que marcharse sólo como cualquier otro bulto. Todo se le hará lo más costoso y mejor; si quiere le pagaré coche todo el camino, donde quiera que vaya; le tomaré un camarote si lo desea y además le aseguraré por la mayor cantidad posible para que llegue bien; pero tener que ir yo ¡necuacuan!

—Esas son cosas de muchacho; dijo Nebelsen. ¿No sabe Vd. lo que hará este mal espíritu si Vd. se vuelve atrás y lo engaña?

—Ni lo sé, ni me importa; contestó Campión.

—Pues voy á decírselo. Él le atacará á Vd. haciendo daño á la persona más querida que Vd. tiene; dijo Nebelsen tartamudeando; sí, ella es quien está en peligro con su obstinación; no Vd.

Reinaldo dando diente contra diente dijo:

—Ya veo; Vd. me ha cerrado la salida; y . . . está bien, iré.

—No es mucho; replicó el *Chela* para animarlo; todo

no es más que marchar á la India con su ídolo, levantarle un pequeño santuario y volver.

—Pero Vd. está vuelto de cabeza ; interpuso el coronel con un grito ; Vd. debe saber que no puede ir á la India con esta comisión ; los nativos se levantarían en armas ; y ¿ qué haría el gobierno si lo supiera ?

—Nosotros no pretendemos que lo sepa el gobierno ; contestó el *Chela*.

—Yo no creo que Vd. pueda pensar eso seriamente. ¿ Es posible que alguien pretenda rebajar nuestra nación ante los ojos de los infieles alentando su idolatría ? Dijo la Señora Staniland ; ¡ Después del dinero que hemos gastado en misiones ! ¡ Señor Reinaldo Campión, yo no puedo creer que Vd. se determine á ello !

—No vayas Reinaldo ; suplicó Sibila temblando : No pretendas marcharte tan lejos con esa criatura degradada. Él te engañará. ¡ Ten compasión de mí, y no vayas !

—Tú no sabes lo peor, querida mía ; dijo Campión ; si lo que Nebelsen me dice es verdad, tengo que ir. Señora Staniland, coronel ¿ creen Vds. que yo no veo el peligro que corro, lo absurdo y lo impropio del viaje ? Yo tengo que ir y así lo haré. ¡ Hablar de ello, es tiempo perdido !

El pobre Campión estaba dispuesto á llegar al extremo de lo ridículo antes que dejar que Sibila sufriera en lo más mínimo.

Babcock soltó una tremenda carcajada y dijo :

—Yo no sé que razones tendrá Vd. para salir del país ; pero de todos modos, creo que Vd. y el ídolo no llegarán más allá de Mónaco.

—¿ Cómo, y Vd. no cree todavía ? dijo Nebelsen.

—¿ Cómo voy á creer ? contestó Babcock : en el estudio del Señor Campión podrá estar el fantasma del *Tirzankara ;* pero nosotros no tenemos otras pruebas que su palabra.

—No nos separan de él más que dos puertas ; ¡ vaya Vd. á verle si se atreve !

—Tantas gracias ; ese no es mi negocio. Yo no veo que haya ninguna necesidad en menearme de aquí. Tal vez el Señor Coronel . . . ¿ Quiere ir Vd. á ver el "aparecido ?"

—No, Señor ; dijo el coronel con firmeza : Yo no doy mi opinión ni por lo uno ni por lo otro ; pero hasta que no tomara la resolución de ir encontrarme cara á cara con él, no veo la valentía en burlarse á su espalda. Yo quisiera que todo esto hubiera terminado.

—Vámonos Nebelsen ; dijo Campión ; pero Sibila les detuvo diciendo :

—¡ Piensa lo que vas á hacer ! ; Señor Nebelsen, ¿ cómo puede Vd. prestarse á auxiliar el ídolo para que vaya á hacer más daños ? ¿ Qué beneficio hace Vd. ?

—Nada de bueno ; dijo Nebelsen ; pero no hay más remedio.

—Hay dos caminos ; volvió á decir Sibila ; si es que Vd. no se ha engañado con sus creencias. ¿ No nos dijo Vd. que había una corriente magnética por medio de la cual podía enviar cosas á la distancia que Vd. quisiera ? ¿ por qué no le manda Vd. por una de ellas ?

—Él no quiere ir de ese modo ; dijo el *Chela*, y no hay que extrañarlo, porque yo no tengo mucha práctica con las corrientes ; algunas veces se niegan á trabajar en común, y la corriente que va, puede chocarse con otra que viene, y el cuerpo enviado nunca llega, y en vez de ir á su destino vuela hacia las regiones del cosmos.

—Eso no tiene que ocuparnos ; continuó Sibila, y sería mucho mejor, porque no podría hacer ningún daño en un espacio sin camino.

—Nebelsen ; dijo Campión ; Vd. sabe hasta donde pueden llegar sus poderes, pero si Vd. lo hace, será superior al

ídolo, y ¿por qué no? Vd. puede hacerle ir á Tusi-Yama, al Chimborazo, ó al Polo Norte, á cualquier sitio, la cuestión es echarlo fuera del paso.

—Yo no sé si mi *Majatma* lo tomará á bien; dijo Nebelsen vacilando.

—Si él aprueba su otro plan, también aprobará este; contestó Campión con impaciencia: Vamos allá Nebelsen, y hágalo.

—Haré lo que pueda; contestó el *Chela.* Yo no puedo hacer más; pero sin embargo, vayamos.

Campión no quiso detenerse á hablar con Sibila y salió de la antesala en unión de Nebelsen. Entre las dos habitaciones, hay un pequeño pasadizo y el artista se sintió asido fuertemente por el brazo á la vez que en medio de la oscuridad Nebelsen le decía al oido presa de la mayor agitación:

—No pude decírselo á la Señorita Sibila; lo que ella quiere que haga, yo . . . yo . . .

—¿Qué? dijo Reinaldo en la más penosa excitación.

—Por supuesto que yo puedo amenazarle, y si Vd. quiere lo ha . . . pero si me toma la palabra . . . yo me he olvidado de la manera de . . .

Campión sonrió y dijo con sequedad.

—Nebelsen, está bien, nosotros estamos aquí para hacerlo; y, ante las circunstancias en que estamos, quisiera que Vd. fuera el primero en entrar.

CAPÍTULO XVII

ANIQUILADO POR EL RAYO

La imaginación del joven artista era un verdadero volcán. Seguía á Nebelsen en la oscuridad y temblaba encontrarse con alguna cosa terrible; pero por momentos se tranquilizaba y creía estar haciendo un papel ridículo. La escalera por la que descendían al estudio estaba como si fuera de noche, y además una cortina interceptaba por completo la entrada de la luz. Detrás de ella Nebelsen se detuvo de nuevo y dijo en voz baja:

—Queda otro requisito; para trasportar el ídolo es menester llevarlo en la mano.

—Está bien; contestó Campión, Vd. lo llevará.

—Vd. no me comprende; contestó el *Chela;* de seguro que el *Tirzankara* no lo querrá.

—Vamos, no pasemos el tiempo; vamos á la luz, á ver lo que tenemos que hacer. No haga Vd. caso; si puede ó no, de cualquier modo es menester que se lo diga Vd. á él y veremos si con el miedo le hacemos aceptar.

—Yo lo amenazaré con todas mis fuerzas; contestó el *Chela;* pero mi plan era mejor.

Campión un tanto avergonzado, instintivamente entró dentro del *tetrágono* dibujado con carbón, no creía, pero á pesar suyo temblaba. Á través de la ventana del Norte se veía el cielo de un rojizo oscuro, todo era lóbrego, y con la

escasa claridad apenas podía distinguirse el ídolo que en un rincón yacía sobre una silla, con la cabeza y los hombros bañados por algunos rayos de luz. Parecía como meditando algún plan terrible, y como una criatura infernal estaba esperando tranquilo el momento para que su golpe fuera más seguro. Campión no pudo ver á nadie más, pero estaba convencido de que alguna cosa horrenda se ocultaba entre las sombras. Nebelsen parecía tener su sistema nervioso dominado por el entusiasmo y en tono de triunfo gritó :

—¿ No se lo dije á Vd. ? ¡ Véale Vd. por sí mismo ! ¡ Véale !

—¿ Qué ? ¿ qué ? Exclamó Campión instintivamente.

—¡ Allí está ! ¡ Véale flotar con las piernas cruzadas como el que Vd. pintó ! ¡ qué ojos tan horribles ! ¡ Véale allí, detrás del ídolo !

—No veo nada, contestó el artista.

En el mismo momento los fríos y rígidos dedos del *Chela* asiéndolo por la muñeca fuertemente le tenían aterrorizado, cuando este último comenzó á hablar de un modo incomprensible, pero que Campión interpretó por una evocación.

—Ya se mueve ! ¡ Vd. puede, Vd. debe verle agitar sus brazos !

Si Campión vió ó no, jamás se sabrá, pues sus labios quedaron sellados con el secreto. Como quiera que sea, el resultado no es un misterio. En aquel momento una columna de intensa luz proyectó en la oscuridad con un resplandor purpurino ; las nubes cargadas por la electricidad produjeron un terrible choque que hizo temblar las entrañas de la tierra con ruido aterrador, llenando el aire de gases de azufre y rodando y serpenteando por la atmósfera ; el fluido parece haber cerrado su circuito después de recorrer

todo el sistema solar y repentinamente cesó á lo lejos con un choque metálico, como si se hubiera estrellado contra Marte. Poco después, el aire comenzó á agitar sus alas y la naturaleza principió á respirar. Campión en cuya retina parecía haberse impreso la ráfaga luminosa, horrorizado y creyendo haber perdido la vista, retrocedió hasta tropezar con un armario, pero sus temores desaparecieron en el momento de ver á Sibila que entraba.

—¡ Oh ! ¡ El rayo le ha herido, yo estaba segura de ello ! ; gritó Sibila sollozando ; pero el joven no tardó en tranquilizarla.

—¿ Está salvo el desgraciado Nebelsen ? gritó la Señora Staniland.

—La oscuridad había comenzado á disiparse, y mirando en derredor vieron al *Chela* encrispado é inmóvil dentro de su tetrágono y con la cabeza oculta entre sus brazos.

—¡ No le toquen ! exclamó la Señora Staniland ¡ no me dejen verle la cara ! ¡ Está muerto, yo lo sé !

Todos lo creían así, hasta que el *Chela* empezó á levantarse poco á poco con los ojos espantados.

—¿ Dónde estoy ? preguntó ; he estado en un éxtasis terrible. Señorita Elsworth, sus deseos están satisfechos. El ídolo infernal ha ido á caer en la cima del Cotopaxi, yo mismo le he visto llegar. Por fin las corrientes han operado con toda perfección.

—Mi querido Nebelsen ; dijo Babcock ; yo no quisiera atormentarle con inpertinencias, pero si Vd. mira ; ahí quedan algunos pedazos.

La silla que había sido ocupada por el ídolo algunos minutos antes, estaba hecha añicos y á su alrededor yacían algunos fragmentes medio fundidos de una sustancia parecida al espato.

—¡ Vea Vd.! ; continuó Babcock ; esto parece ser un

trozo de la horrible cabeza, y aquí hay otro del pedestal con una especie de figura de tigre ; allá un pie y una mano ; no parece sino que ha tomado otra corriente y se ha chocado con algún cuerpo extraño al comenzar su viaje.

El *Chela* se cruzó de brazos, sin aparecer desconcertado en lo más mímino por aquellas impertinencias, y contestó :

—Ahora empiezo á hacer memoria ; lo otro que dije no fué sino efecto de un sueño. Le amenacé con enviarle al Cotopaxi, y fué lo suficiente, perdió su esperanza, echó los brazos al aire loco de desesperación, é invocó al rayo que le hizo pedazos.

—Y, ¿ dónde está el espíritu en este momento ? ; preguntó el coronel que había cambiado de color al oir aquello.

—¿ El fantasma del falso *Tirzankara?* exclamó Nebelsen : como no tiene ya su ídolo por quien cuidar, ha desaparecido, vaga disuelto, y de nuevo ha entrado, ó por mejor decir, ha sido reabsorbido por el vacío.

—Y eso es lo mejor de todo ; dijo el coronel ; de seguro que todo el mundo estaría conforme con mi opinión.

—¿ Qué podríamos decir sobre la teoría de Nebelsen ? ¿ Había el espíritu del difunto Psicólogo Indiano ejercido sus poderes sobre la Naturaleza para buscarse su fin ? ó ¿ había tal vez llamado al rayo para vengarse y había sido destrozado con sus propias armas ? ó tocando otro punto más importante ; por ventura ¿ había jamás el espíritu del *Tirzankara* animado al ídolo, ó era simplemente la teoría del oscuro esotérico Chowkydaree Loll la que había forjado todo aquel sueño ? Todos esos puntos serán decididos por nuestros lectores, de acuerdo con sus propias convicciones con respecto á lo desconocido ; pero sea lo que fuere el artista no ha podido encontrar todavía ninguna explicación más plausible sobre su enemigo secreto, á pesar de que podemos añadir, que jamás se ha vuelto á ocupar del asunto.

Sibila no se encontraba dispuesta á echar por tierra la teoría de Nebelsen, fué hacia él y le cerró la mano diciéndole con una dulce sonrisa :

—Le estamos muy agradecidos, Señor Nebelsen.

—Eso no es nada ; contestó el *Chela* con modestia ; al menos, ha sido bien poca cosa.

Babcock poniéndose los lentes exclamó :

—Vd. podrá excusar mi impertinencia ; pero hasta ahora yo no sé que es lo que Vd. ha hecho.

—Yo hice eso que Vd. ve ; contestó el *Chela* con orgullo, señalando con el dedo los fragmentos del ídolo.

—Si Vd. quiere decir que ordenó el rayo ; en ese caso, difícilmente podríamos contradecirle ; contestó Babcock ; eso me parece una aserción muy exagerada. Creo que sea más natural que ese cuchillete que está en el suelo atrajera la corriente.

—No puedo contestar á una suposición tan absurda ; replicó Nebelsen con dignidad.

El coronel que veía nueva luz, y que oía la tempestad á lo lejos volvió de nuevo á su incredulidad y dijo :

—Está bien ; pero eso parece una cosa preparada de antemano para explicarse esto ; y el hecho es, que la tempestad nos puso á todos nerviosos, ¿ no lo cree Vd. así Señor Campión ?

Campión poniendo su mano sobre el hombro de Nebelsen dijo :

—Yo estaba muy asustado, no puedo formar ninguna idea tan pronto, y necesito algún tiempo para olvidar el trabajo que Nebelsen ha tomado por mí.

—*Karma* le ha salvado ; dijo el *Chela ;* ¿ qué importa que lo crean ó nó ? Pero ahora yo digo ¡ á Dios ! y para siempre ¡ á Dios ! Sí ; me voy á viajar á lejanas tierras hasta que encuentre mi amado *Majatma.*

—¿ Yo creía que Vds. no estaban en buenos términos ? ; dijo Babcock.

—¡ Vd. tuvo la culpa con sus juegos ridículos !, y por algún tiempo me entró el deseo de romper con él ; y dirigiéndose á Campión y Sibila, continuó. Yo escribí una carta terrible á mi muy reverendo *Gurú*, que á pesar de haberme tratado con dureza, sin embargo, nunca fué tanta como yo me merecía. La carta renunciando mi *Majatma* la envié yo mismo por mi telégrafo oculto ; y ¿ pueden Vds. creer ? hoy la he encontrado cerrada en mi bolsillo. El Señor Chowkydaree, que es un gran creyente, me decía que era muy probable que mi *Majatma* no la hubiera recibido : eso no lo sabemos ; pero de todos modos yo mismo tengo que ir á confesarme á él. Yo quiero tener mi correspondencia por medio de un tercero más adelantado que el Señor Loll, en lo cual el mismo *Babú* está muy conforme, y me aconseja, que vaya personalmente al Tibet á encontrar á mi *Majatma ;* pero como el primero es tan grande y el segundo tan pequeño, imagínense Vds. las vueltas que tendré que dar, y lo más probable será que jamás le vea el pelo.

—Y ¿ cuándo marcha Vd. ? preguntó Campión que parecía compartir las penas del *Chela*.

—Esta misma noche. Me es imposible vivir entre tanta maldad combinada con tan poca fe. Voy á reclinarme en la calma de mi amado *Gurú*, y prepararme á las pruebas por las que debo pasar algún día. Quiero estar solo para poder pensar. Así, mi querida Señorita Elsworth, ¡ á Dios !, y la deseo las mayores felicidades sobre la tierra ; además que las futuras reencarnaciones sean siempre á imitación de esta y por mediación de *Karma* tan dulces y graciosas como la que goza ahora. Pero piense en el pobre Nebelsen, rodando por pedregosos caminos, y cruzando por senderos espino-

sos para completar mi iniciación, y perdone, si por una sola vez no me atrevo á pensar en Vd.

Levantó una de las manos de la joven entre las dos suyas, sus pálidos ojos se humedecieron, y es fácil comprender que aquello no era el resultado de su exaltación esotérica.

Un minuto después y sin despedirse más que de los dos amantes, se retiró y nadie ha vuelto á saber de él, á no ser que cupiera tal suerte á sus hermanos de Bombay, ó quizá ruede todavía por el Tibet esperando algún día dar caza á su muy amado *Majatma.*

—Ahora, dos palabras con Vd., Señor Campión; dijo la Señora Staniland, mientras el primero dejando á Sibila, se fué á poner á su lado. Según veo por mi libro de banca, parece que Vd. no presentó la libranza que yo le mandé, ¿la ha perdido?

—La rompí; contestó sonrojándose.

—Vd. pensó bien lo que debía hacer, en no aceptar pago alguno por el trabajo que Vd. hizo.

—No como Vd. me lo ofreció; dijo Campión.

—Está bien; de todos modos Vd. lo rehusa y yo no puedo ofenderle ofreciéndoselo otra vez; pero sin embargo ¿podré quedarme con el retrato?

—Ahora es mío; y si Vd. hubiera dicho eso desde un principio, yo sería felíz.

—Yo no sabía nada sobre la libranza; contestó ella dejando ver un tinte rosado en sus mejillas; entonces yo estaba incómoda y con mucha razón, pero en este momento estamos de acuerdo; ya no hay nada del trato. Yo me quedo con el dinero y Vd. guarda el cuadro, para que lo destruya en cuanto se lo devuelvan de la Galería de Grosvenor. Yo, después que me calmé, no pretendí guardar un retrato que pudiera hacer daño á su reputación.

—Vd., aunque tarde, es considerada.

La verdad sea dicha ; la Señora Staniland, había llorado el haber pagado innecesariamente aquella cantidad. Lo había comprado para vengarse ; pero á la verdad cuando la venganza se compra con moneda contante y sonante no está bien justificada.

En el entretanto Babcock estaba entreteniendo al coronel, sin saber las pocas simpatías que le había inspirado, y le decía :

—Nosotros, como hombres de mundo, sabemos que pensar de estas estupideces ; pero según veo, si Vd. no toma las medidas oportunas, por lo que acabo de ver, su hija se dejará impresionar por ellas.

—Vd. puede confiar en mí ; dijo el coronel un tanto irritado, pues no quería apoyar á Babcock, y temía encontrarse obligado á ello.

Babcock era muy astuto para no ver que sus esperanzas habían terminado con lo que acababa de pasar y ahora pretendía echar por tierra á su rival.

—Me parece que Vd. no ha comprendido ; volvió á decir Babcock ; le digo á Vd. que si no tiene cuidado, su hija se dejará engañar por ese pícaro que está ahí, aunque no sé si eso le disgustaría á Vd. ó no.

—Yo, por supuesto tengo que openerme á tales cosas ; dijo el coronel con frialdad ; y por lo mismo no tiene Vd. que darse mal en pensar en ello. Sobre ese joven yo he formado el mejor concepto, pues me hace el aire de ser todo un caballero elegante y amable. ¿ Tiene Vd. algo que decir contra él ?

—Yo hubiera creído que había demasiado contra él y me parece imposible que todas esas historias del ocultismo puedan blanquearle ; dijo Babcock con rastrería : yo tengo mucha razón para estar en contra suya, pues con plena mala

intención me destrozó la mejor pintura que jamás pinté y que nunca podré pintar.

Babcock, con pelos y señales contó al coronel la historia del cuadro donde bailaba el *fakir*; y por supuesto puso tanta sal y pimienta al cuento, que el coronel que nada sabía se puso en contra del pobre pintor é incómodo contestó apoyando las ideas de Babcock.

—Vd. tiene razón : esa fué una acción villana y voy á procurar echarle de mi lado.

Cruzó hasta donde estaba Campión hablando con la Señora Staniland, y dirigiéndose á él con un cambio muy marcado le dijo :

—Nosotros hemos visto muchas cosas esta mañana por las cuales pudiera Vd. estar excusado ; pero la acción que Vd. hizo con su amigo Babcock, no tiene excusa, pues según me acaba de decir, Vd. ha arruinado su reputación como artista.

—Yo no puedo decir más sino que lo hice inconscientemente, y si el pobre Nebelsen no les hubiera probado esta mañana que yo estaba bajo una mala influencia, no tendría ninguna cosa con que vindicarme. Por otra parte, enseguida que yo ví lo que había hecho, me ofrecí á quitar fuera el *fakir*; pero Babcock no quiso aceptarlo, y si él hubiera creído que eso le arruinaba su reputación no lo hubiese dado á Sieditoff para que este lo exhibiera con luz eléctrica á veinticinco centavos la entrada.

—Vd. no me había contado eso ; dijo el coronel á Babcock.

—No ; pero eso no quiere decir nada en favor suyo ; replicó Babcock un tanto desconcertado.

—Como he dicho, con mi obra ni pequé ni merecí ; pero puedo echar por tierra ambas ideas, pues Sieditoff me dijo, sin saber que yo era el autor, que él lo había comprado

por lo excéntrico del asunto ; eso es todo ; terminó Campión.

—Está bien ; dijo el coronel ; pero debo decir que Vd. ha hecho mal en callárselo.

Un momento después Babcock viendo las maneras del coronel, decidió "tomar las de Villadiego," sin ni siquiera tener ánimo para reconciliarse con Sibila como había sido su intención.

—Señor Campión ; dijo el coronel ; no quiero decir ó mejor, no debo decir que nosotros hayamos dejado de engañarnos con respecto á su conducta. Cualquier cosa que digan no me importa achacarlo á eso ó á otro incidente sobrenatural ; y no me creo apto para echar mucha culpa sobre Vd. en todo lo que ha pasado.

—Por mi parte ; dijo la Señora Staniland ; mi opinión no ha variado en lo mas mínimo, ni variará.

—¡ Ah ! ; se apresuró á decir él ; yo no sé si la mía ha variado ; pero . . . considerando todo, Hilaria . . .

—Lo que mi hermano quere decir es, que aun admitiendo que Vd. pueda ser excusado, por más que yo no estoy de acuerdo con él ; sin embargo no puede acceder á los deseos de Vd. con respecto á Sibila, ¿ no es eso, Horacio ?

—Indudablemente ; dijo el coronel ; eso es cierto, porque su posición no le permite casarse, ó ¿ le permite á Vd. ?

—Pero, y ¿ si llegara á poder hacerlo ? se atrevió á decir Campión.

—Nosotros lo consideraremos cuando llegue el día ; dijo la Señora Staniland con acritud ; por el momento no puede Vd. y por lo tanto no queremos perder el tiempo en pensarlo. Vaya, terminemos, esto ya es demasiado. Sibila, marchemos.

—Á Dios, mi querido Reinaldo ; dijo Sibila sin hacer caso á la presencia de su tía. Si tienes ánimo no estaremos

separados mucho tiempo. Estoy segura que sin ese ídolo tú vas á ser feliz, y entonces no tendrás que pensar en tonterías, vendrás á decírmelo y después de lo que ha pasado seremos más dichosos.

—Si eso pudiera ser ; dijo él con tristeza ; pero al menos no pierdo la esperanza.

Todos se marcharon y quedó solo buscando su felicidad al repasar en su mente las últimas miradas y palabras de su amada.

Bales barrió los restos del ídolo y escéptico hasta el último momento exclamó :

—¡ Dicen que el ídolo ha sido destrozado por el rayo !, ¡ va hombre ! le habrá pegado un cacharazo, eso es todo ; y si hubiera sido yo, ya lo hubiera hecho hace mucho. Pero, ¡ de cualquier modo, ha sido una lección para pícaros !, y este fué el único epitafio que mereció el ídolo.

Campión confrontó un nuevo dilema, y era los males que le había dejado su despedazado tormento. ¿ Qué haría con el busto de la Cibeles que su amigo Perceval le había prestado suplicándole tan encarecidamente que le guardara ? La preciosa cabeza estaba sumergida en el canal en vez del ídolo. Hubiera sido una locura el pretender sacarla de allí, y aunque seguro de desagradar á su amigo decidió ir á verle y decirle lo que pudiera ser más creible ; y salió de casa con esta plausible idea, pero un incidente no le dejó llevarla á cabo.

En su camino pasaba por la puerta de una estación de polícia, no en la que él había tenido el disgusto de alojarse la noche anterior, y se sorprendió al ver un anuncio en que describían el encuentro de un saco de mano que creyó podía ser el suyo. Entró y al ver que lo era, le sorprendió, pero le dijeron que el muchacho que estaba en el puente al oir el ruido volvió la cabeza y de momento avisó á la policía, la

cual había conseguido sacar el saco antes que su contenido hubiera podido injuriarse.

Campión tuvo que pasar por algunos malos momentos antes que consiguiera la devolución del saco ; al fin lo consiguió, y Perceval cuando volvió á recibir su Cibeles, nunca pudo pensar que el busto había jugado el papel de *Gilda* en el *Rigoletto* de Campión.

Si el ídolo había ó no intervenido con todas aquellas calamidades, se ignora ; pero es el caso que á su desaparición dió la coincidencia de que el artista comenzó á ser feliz. Á la mañana siguiente recibió un telegrama de los Srs. Moor, Bradshaw, y Moor, quienes según se recordará eran los procuradores que se habían encargado de el litigio sobre la herencia, y en aquel telegrama le anunciaban que era dueño de una fortuna bastante regular. Le decían que por una inesperada casualidad la parte contraria había, mediante un arreglo, retirado el entredicho, y el testamento declarado válido ; y la herencia que Campión había dado por perdida estaba en sus manos sin que pudiera venir ninguna otra contrariedad que le perjudicara en ello.

No es necesario decir que Campión escribió de momento al coronel, y Babcock al saberlo y viendo que el padre de Sibila comenzaba á vacilar, trató de hacer el último esfuerzo para salvar lo que casi ya no tenía esperanza. Su plan no era otro sino el mismo que había llevado á cabo en su propio estudio. Quería convencer al coronel para que hiciera una visita á la Galería de Grosvenor y que viera por sí mismo la vergüenza á la que su hija había sido puesta ante el público. Si esto no paraba la marcha de su rival, en ese caso Babcock se pondría fuera de batalla.

La Señora Staniland, continuando en sus trece, prestó su influencia para llevar á cabo el plan, y el coronel á la hora de almuerzo, en el lunes siguiente al día de la escena en

casa de Campión, anunció que aquella tarde irían á la Galería de Grosvenor, y preguntó :

—¿ Quieres venir tú también Sibila ?

—No ; dijo la Señora Staniland, no debes permitir que vaya, pues está muy débil para sufrir un mal rato.

Sibila hubiera deseado quedarse, pero pensó que podía darle más seguridad á su amante yendo á afrontar la vista de aquel terrible insulto sin inmutarse en lo más mínimo. Sabía que él no lo había hecho y quería decírseles allí mismo. Ella no sospecharía de Reinaldo, pues se figuraba quien había sido la causa de que fueran á la galería.

En aquel Lunes por la primera vez después de aquel terrible Sábado, ella entró en la Galería dispuesta á ver lo que allí la esperaba, y según subían las escaleras, decía á su padre :

Tú sabes, querido Papá, que los pintores ven las otras personas muy diferente á como las vemos los demás, y si ves alguna cosa que no te guste, acuérdate que él estaba pintando el ídolo.

—¡ Ah !, no me digas nada ; dijo el coronel cuya imaginación había recobrado su estado normal ; yo te diré lo que me parece tan pronto como lo vea.

La Señora Staniland no quiso entrar en la Galería del Este y decidió sentarse á esperar en el gran salón. Sibila y su padre fueron solos, ella preparada á pasar los primeros cinco minutos de la mejor manera posible. ¿ Estaría el público delante de su retrato como antes lo hacían ? Pero en aquel momento ella sabía que Reinaldo no lo había hecho y estaba decidida á sobrellevarlo todo por bien de ambos ; le excusaría, y hasta trataría de convencer á su padre de que el retrato más bien la hacía favor que ofensa, todo en fin que pudiera acallar el grito de guerra lanzado contra su adorado Reinaldo.

La Galería no tenía tantos visitantes como en aquel memorable día, pero había bastantes y ¡ qué horror ! un grupo de ellos estaba parado al frente de su retrato. Al momento desfalleció y se sintió como si no pudiera sobrellevar el verle. Pero tuvo valor y decidió ir adelante. Una vez más el cristal que protegía el cuadro la desconcertó de nuevo, y por fin el ánimo la abandonó y cerró lo ojos.

—Pero ; esto no lo creo falto de semejanza ; dijo su padre ; yo le hallo un extraordinario parecido ¡ Caramba !, ¿ qué se trae tu tía con sus cosas ?

Sibila se aventuró á abrir los ojos ; ¿ Qué había pasado ?; el ídolo había desaparecido del cuadro y sobre el pedestal del dragón estaba un ramillete de blancos lirios, y ella misma estaba radiante de hermosura : ¿ Podía ella creerse tan linda ?

La cara tenía la expresión y frescura de la juventud ; la mirada cínica y maligna no existía ya, y había dejado en su lugar un aire inocente y gracioso, con toda la animación de ella misma, no viéndose más que una belleza de mujer delicada, tierna y encantadora.

Mientras Sibila trataba de darse cuenta de lo que había pasado, la Señora Staniland, se reunió á ellos diciendo.

—Horacio, ¿ sabes lo que acabo de oir ? ¿ tu has oido hablar de los millonarios Americanos los Dorados cuya hija va á casarse con Lord Udimore ? : ¡ Oh ! me pareces tonto, tú tienes que haber oido hablar de ellos ; pero sea como quiera, estaban sentados á mi lado en el otro salón y como hablaban tan alto, les he oido decir que el retrato de la Señorita Dorado debía pintarlo, ¿ quién crees tú ? pues ¡ Don Reinaldo Campión ! Á no dudar hará su fortuna, y sin embargo han debido ver . . . ¿ Pero qué es lo que veo ?

—La idea que Reinaldo tiene de mí ; dijo Sibila modestamente ; despojada de mi ídolo.

—¡ Bendito sea Dios !, fué todo lo que la Señora Staniland pudo decir en aquel momento, pero después dirigiéndose al coronel continuó ; Horacio, toda mi vida he creido en que hay cosas que nuestro limitado conocimiento no puede llegar á comprender. Te aseguro que cuando yo ví este retrato . . . y ahora sin el ídolo está como debe estar. Si no comprendes lo que te quiero decir con esto, lo siento mucho. Tú has tratado á ese joven con mucha dureza, y no puedo menos que decírtelo francamente.

La razón que había causado tal cambio en la Señora Staniland, era sin duda alguna muy simple y muy laudable para el futuro de Sibila.

Como el retrato había vuelto á ser la propiedad de Campión, con mucha influencia llegó á obtener el permiso de retocarle á su gusto, y el día anterior, cuando la Galería estaba cerrada al público, por ser Domingo, el joven pintor había, en varias horas de trabajo, conseguido restaurar su cuadro al estado primitivo.

Aquel Lunes pasó por su mente la idea de ir á echar una ojeada para ver como parecía el retrato después del retoque, y dió la casualidad que cuando el coronel miraba á su hermana para contestar la acometida, sus ojos vieron á Campión que acababa de entrar en là Galería.

Ellos se habían retirado á alguna distancia de Sibila y ésta estaba vuelta de espaldas. La Señora Staniland le hizo seña que se aproximara, lo que él hizo lleno de ansiedad.

—Yo quiero que Vds. me contesten aquí mismo ; dijo.

—¡ Oh ! como Vd. ve ; comenzó á decir el coronel que no había tenido tiempo para aprenderse la lección y vacilaba como un niño ; Vd. ve bien, Señor Campión. . . .

—Mira Horacio, déjame esto á mí ; dijo la Señora Staniland ; Señor Reinaldo Campión si Vd. tiene tantos deseos

de saber la respuesta en este momento, vaya Vd. y pregunte á Sibila.

Así lo hizo, y como la contestación que le esperaba era ya sabida, no es necesario añadir más sino que las degracias de Campión terminaron casi donde habían comenzado.

FIN.

